
CORAZONES
INDÓMITOS
Serie Las Damas del Diablo - Libro 3
Hilda Rojas Correa
ROMANCE & LETRAS

Contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Si te gustó esta historia…

Sobre la autora

«Nada en la vida es para ser temido, es sólo para ser comprendido. Ahora es el momento de entender más, de modo que podamos temer menos.»

—Marie Curie—

Prólogo

Londres, 18 de julio de 1845.

Hywel Welsh contempló cómo el ramo de novia volaba por el aire. La flamante y feliz recién casada era su hermana, Gwendolyne. Era extraño, parecía que esos efímeros segundos se estiraban y ralentizaban más allá de toda lógica. No se dio cuenta de que entreabría la boca y empuñaba el pañuelo que tenía en el bolsillo. Aguantó la respiración cuando las solteras saltaron al mismo tiempo y alzaron sus manos para alcanzarlo.

La señorita Sophie Montgomery lo atrapó. La expresión de incredulidad que engalanó el rostro femenino fue memorable para él. Hywel sabía que jamás la olvidaría.

No podía dejar de mirarla… Desde que la conoció, hacía casi un año, sus ojos siempre encontraban una excusa para desviarse hacia ella.

Pronto Sophie se vio rodeada de damas que la felicitaban por haber sido la afortunada que, según la tradición infalible de esas familias, pronto se casaría.

Hywel apretó más el pañuelo, y la dureza de la joya que se incrustaba en la seda le recordó que él también fue partícipe de una nueva tradición nupcial.

El novio —y su nuevo cuñado—, Anthony Witney, inició una tradición para los solteros; dado que los varones de la familia solían intervenir en el ritual de las solteras, él lanzó su pañuelo, el que estaba adornado con un solitario. Quien lo atrapara sería el próximo en casarse y, si eso sucedía, tendría que usar la piedra preciosa para confeccionar una joya para su futura esposa.

Y Hywel, para su consternación, se convirtió en el dueño de tal prenda. No era más alto que los demás, saltó al mismo tiempo que ellos, mas, en cuanto sintió el pañuelo entre sus dedos, se aferró a él como si fuera oro.

Las damas que felicitaban a Sophie se dispersaron y ella admiró el ramo de tulipanes blancos e ilusiones. Una leve sonrisa se asomó en sus labios rosados.

—Hijo, Gwen ya se va a su luna de miel. —Esa era la voz serena de su madre, Cerys. Hywel parpadeó como si un hechizo se hubiera roto. La miró, ella iba acompañada por Eira, su otra hermana—. Vamos a decirle adiós, *cariad*.

Hywel sonrió y asintió. Le ofreció el brazo a su madre y a su hermana, y fueron a despedirse de Gwendolyne.

Su garganta se apretó. Apenas podía acostumbrarse al hecho de que había recuperado a su familia después de tantos años de separación. Un sentimiento agridulce lo embargó, sentía que el tiempo que pasaba junto a sus hermanas y su madre nunca era suficiente, y eso confirmaba que lo perdido jamás se recuperaba.

Sus pasos los llevaron a la feliz pareja. La sonrisa amplia y radiante de Gwendolyne disipó la culpa y el pesar en Hywel. Su hermana abrazó a Cerys y a Eira a la vez, y él las abarcó a todas. Los cuatro eran una maraña de brazos que se rodeaban y apretaban.

Hywel carraspeó y dijo:

—Que tengas una feliz vida, Gwen. Dios sabe que te la mereces.

—No estaría aquí si no fuera por ti, hermano. Respondiste a mi llamado cuando más te necesitaba, y eso lo cambió todo.

Hywel sintió que su madre y sus hermanas se aferraban más a él; una tácita forma de reafirmar las palabras de Gwendolyne.

—Ya, vete… Tu marido te espera… señora Witney. Me gusta tu nuevo apellido.

Gwendolyne se separó tan solo un poco y le guiñó un ojo.

—A mí me encanta… Nos volveremos a ver cuando termine el verano. Les escribiré todos los días.

Besó en la mejilla a cada miembro de su amada familia. La voz de Anthony intervino:

—Debemos marcharnos, preciosa… —Les sonrió. Estrechó la mano de Hywel y les brindó una solemne inclinación a Cerys y a

Eira—. Les prometo que honraré mis votos en el altar y amaré a Gwendolyne hasta el fin de mis días.

Hywel le sonrió a Anthony y terció:

—Sé que así será. Mira cómo tienes a mi hermana, sonriente y feliz… —Todos rieron… Y vaya momento que escogió el corazón de Hywel para recordarle la existencia de ese vacío que no se llenaba—. Que disfruten su luna de miel.

Anthony asintió, tomó a Gwendolyne de la mano y se dirigieron a la salida del gran salón.

Hywel se quedó mirando a su hermana que se despedía de todos. Se preguntó si esa hermosa ilusión de un amor eterno era verdadera. La familia a la que había entrado Gwendolyne parecía tener la receta mágica para gozar de enlaces duraderos y benditos.

Sintió el toque de Eira en su brazo. Él la miró.

—Iremos a tomar aire fresco al jardín.

Hywel asintió, comiéndose todos sus ofrecimientos de acompañarlas o llevárselas de vuelta a la mansión. Cerys y Eira no soportaban estar demasiado tiempo rodeadas de personas en espacios cerrados. Su madre pasó doce años confinada en un manicomio y Eira, uno. Ambas acusadas injustamente de locura por parte de sus respectivos maridos. Comprendía que ellas necesitaban el sol, el aire, que nadie les dijera qué hacer… menos un hombre.

Él se limitaba a observarlas y obedecer a todos sus deseos.

Y eso hizo, las contempló alejarse, tomadas del brazo. No obstante, fueron interceptadas por Sophie. La joven lucía una sonrisa amable y entabló una conversación con Cerys y Eira. Asentía. Miró su ramo y negó con su cabeza. Rio. Al parecer, su hermana bromeó y ella hizo un ademán despreocupado. Luego, las dejó ir.

Quedó sola en medio del salón. Su espalda se encorvó.

Y por primera vez, Hywel vio cómo la máscara de viveza y ligero cinismo abandonaba el rostro de Sophie, y era reemplazada por una expresión taciturna. La mirada azul se ensombrecía mientras acariciaba los delicados pétalos de los tulipanes blancos. Suspiró y frunció el ceño, como si estuviera reprendiéndose. Apretó los labios, envaró su postura y sonrió como siempre.

En ese momento, él se dio cuenta de que esa sonrisa no era real. Era un gesto ejecutado a la perfección para distraer y ocultar el sentir de esa joven.

Hywel se sacudió esa idea de la cabeza. Era absurdo, estaba dándole demasiadas vueltas. Se encontraban en una fiesta, todo el mundo reía, celebraba, bailaba y, en algún punto de la jornada, escondían el cansancio o el hastío detrás de una expresión risueña.

«Sin embargo, ese instante fue real», refutó la vocecilla interior de él.

Las piernas de Hywel se movieron para acercarse a Sophie. No podía ni quería evitarlo. Deseó subirle el ánimo. Y no había otra mejor forma que devolviéndole la pulla que le propinó esa damita indómita minutos atrás, cuando él atrapó el pañuelo.

No tardó en estar frente a ella, agravó su voz y señaló:

—Más le vale honrar la tradición, señorita Montgomery.

Sophie rio. Sus carcajadas eran femeninas y cristalinas.

—Ay, señor Welsh… —Alzó la mirada. Ella nunca evadía el contacto—. No tengo aversión al matrimonio, pero sí a los idiotas, y el mundo está lleno de ellos.

Hywel se llevó la mano al pecho.

—Auch, eso ha sido un golpe bajo, *cariad*. Es el segundo que me propina hoy.

Sophie negó con su cabeza.

—Me parece que usted ha recibido golpes más bajos, señor lobo. —Ese era el apodo que ella le puso cuando lo conoció—. De hecho, me atrevería a decir que es inmune a mis ataques.

—Jamás, sus palabras son como dagas que atraviesan mi tierno corazón.

Sophie jadeó, impactada ante esa revelación.

—¡No me diga! ¿De verdad tiene corazón?

—Estaría muerto si no lo tuviera. Es un órgano vital, ovejita negra. —Y ese fue el apodo que él le puso a ella—. Mi corazón es enorme. Apenas cabe en mi pecho.

—Así alcanza para todas, ¿no?

—Por supuesto, incluso hay lugar para usted.

—Oh, es muy amable su ofrecimiento, lo aprecio de verdad. —Arrugó su nariz—. Pero he de rechazarlo, no me agrada compartir un espacio estrecho con otras damas.

Hywel estuvo a punto de replicar. Sin embargo, el primo de Sophie, William, los interrumpió.

—Sophie, Hywel, necesito un minuto de su tiempo. Vengan.

La pareja lo siguió, intrigada, hasta una zona de la estancia que era bañada por la luz dorada del sol vespertino. Un trípode sostenía una caja negra. A esas alturas de la jornada, ya no había curiosos observando el proceso de tomar un daguerrotipo. William, entusiasmado y orgulloso, les indicó.

—Ustedes serán los últimos protagonistas. Si todo sale bien, Tony y Gwendolyne tendrán hermosos recuerdos de su boda. Tomen asiento. La idea es que queden inmortalizados como los solteros que fueron «víctimas» de la tradición nupcial de los recién casados. Hywel, sostén el pañuelo de tal forma que se vea el solitario. Sophie, eeeeeh, no. Tú estás perfecta así con el ramo.

La improvisada pareja se miró de reojo mientras William hacía los ajustes necesarios en la cámara.

Hywel se inclinó hacia ella.

—¿Es su primera vez?

Sophie arqueó una ceja. Las preguntas del señor Welsh nunca eran inocentes.

—No…

—¡Dios santo! Su apodo lo tiene bien ganado.

Sophie rio.

—Para que vea los alcances de mi negrura… Will ya me ha tomado un daguerrotipo. Desde que volvió de Italia, él ha estado retratando a todos los miembros de la familia con su cámara. Supongo que para usted tampoco es novedad.

—A decir verdad, esta es mi primera vez.

—¡Santo cielo! A su edad ya deberían quedarle pocas, me siento muy honrada de estar en su primera vez posando para un daguerrotipo.

—¿Me está diciendo viejo?

—Quizás.

William los miró y anunció:

—Tomará un minuto aproximadamente. Lo ideal es que no se muevan… Les recomiendo que no sonrían, les dolerá la cara al cabo de medio minuto. Sin querer empezarán a moverse y arruinarán la toma… —Consultó su reloj de bolsillo y dijo—: Bien, no se muevan a partir de… ahora.

Hywel y Sophie sonrieron, desafiando las advertencias de William.

Miraban directo hacia la cámara. Hywel pudo sentir el tenue aroma del cabello de Sophie… A sol. Sí, olía a sol. Muchos podrían decir que ese aroma era absurdo y que no existía, pero él era capaz de apreciarlo. Era una revitalizante mezcla de… sol —valga la redundancia—, calor, tierra, piel, un ligero toque de sudor y jabón.

Como si ella hubiera estado toda la tarde en el campo o en un jardín.

La imaginó con sus manos enterradas en la tierra fecunda, sin importarle si sus uñas se ensuciaban o quebraban, sonriendo de verdad. Esa imagen mental no era antojadiza. Cuando la conoció, ella era huésped en la mansión de su amigo, Edward, y en una de esas tantas tardes de ocio, la descubrió en el invernadero con el encargado del lugar. Ellos conversaban en voz baja mientras trasplantaban un helecho de una maceta a otra.

Durante un breve segundo sintió que una larga búsqueda había terminado… Pero era una tontería, él se conocía, sus afectos eran tan volubles como la luna. Innumerables veces sintió la atracción y tiempo después, cuando ya tenía a la mujer que deseaba, se disolvía sin más.

No entendía por qué le sucedía, era frustrante.

Por ese mismo motivo, nunca intentó ir más allá con la señorita Sophie, y solo se limitaba a coquetear y ser el blanco de los ácidos comentarios de la joven. El respeto y la gratitud que sentía hacia ella y su familia era sagrado. También debía reconocer que su reputación lo precedía.

Por nada del mundo lo arruinaría… Además, estaba seguro de que él no provocaba ni un sentimiento en la señorita Sophie. Ella, si quisiera, podría tener a casi cualquier hombre. No se casaba porque

tenía otras metas que cumplir antes de ser madre y esposa. No había que ser una luminaria para imaginarlo. La joven nació y se crio rodeada de mujeres atípicas, que iban a contracorriente del canon social.

Ahora que lo pensaba mejor, ella no podía tener a casi cualquier hombre. Uno corriente no servía, la haría infeliz.

William interrumpió sus pensamientos cuando, con reloj en mano, dijo:

—Solo faltan quince segundos… No sé cómo lo han hecho para no moverse… Será la mejor toma.

Sophie apenas escuchó lo que decía William. En su mente solo había un pensamiento.

«¿Habrá germinado la dedalera de la maceta Medusa? Quizás me excedí con el guano».

Inspiró lento y profundo para no moverse demasiado. Ah, si había alguien que olía bien en ese lugar, era el señor lobo. Se permitía ese placer pocas veces, porque si lo hacía demasiado seguido le daban taquicardias… Ella estaba segura de que tenía alguna afección coronaria. Nunca se lo comentó a sus padres o a sus hermanas. No quería preocuparlos; esos latidos acelerados solo eran momentáneos, y eran disparados por cosas que no tenían explicación. Podía ser un hombre demasiado atractivo, un aroma que le agradaba más de la cuenta, la idea de ir a un baile, un pensamiento sobre el futuro… o sobre el pasado.

La dedalera era un buen remedio para las taquicardias, la consumía en dosis muy bajas, solo para prevenir. Podía ser tóxica si se excedía.

Ah, el señor Welsh era malo para sus taquicardias, olía muy bien y era encantador.

En extremo encantador.

Los hombres encantadores y seductores eran los peores. No se podía confiar en ellos.

Ella lo sabía muy bien… demasiado bien.

William terminó la exposición colocando una barrera en la entrada de luz y dijo:

—Ya pueden moverse. Lo han hecho increíble. Gracias a ambos.

Hywel y Sophie se masajearon las mejillas. Era cierto lo que les dijo William, pero no se arrepentían. Todo el mundo salía serio en los daguerrotipos y pinturas. Como mucho esbozaban una tenue curva en sus labios.

Se levantaron y se sonrieron.

—Ha sido un placer, señor lobo.

—Lo mismo digo, ovejita negra. —Le brindó una firme inclinación de cabeza y le guiñó el ojo.

Sophie hizo una reverencia y se alejó.

De pronto, la música de la orquesta se sintió estridente en los oídos de Hywel, y el cansancio se apoderó de todo su cuerpo.

«Posar para un daguerrotipo es agotador», pensó divertido. Su sonrisa no se desvanecía.

Era momento de marcharse, el viaje a la mansión era largo.

Los solteros que lanzaron bromas a su costa cuando atrapó el pañuelo tenían razón, lo llamaban viejo.

Sí, quizás lo era. A veces la vida le pesaba como una losa, pero si no se reía de ello, ni siquiera habría llegado a los quince años… y mucho menos hasta esa dama que olía a sol.

Capítulo 1

Londres, 16 de febrero de 1846.

Sophie finalizaba el dibujo de la estructura de una planta en el pizarrón. Disfrutaba detallar las nervaduras de las hojas, las raíces, los brotes… Era fascinante que hubiera tanta vida en algo que no se movía, solo crecía y, a veces, podía convertirse en un ser centenario.

—Bien, señoritas… —Se giró hacia sus alumnas—. Como les estaba explicando, en 1779, el señor Jan Ingenhousz publicó sus descubrimientos en un ensayo titulado *Experimentos con vegetales: Descubriendo su gran poder para purificar el aire común bajo el sol y dañarlo en la sombra y por la noche*. En el que determinó que las plantas emiten oxígeno solo en presencia de luz solar, y que purifican el aire. Esto también se conoce como la asimilación del… —Las jóvenes miraron hacia el cielo raso. Sophie frunció el ceño y, de pronto, notó que la lluvia que caía era más fuerte de lo normal. Eran verdaderos clavos que se enterraban en las techumbres de la Academia Hope.

De hecho, el ambiente estaba más frío de lo habitual. Ni siquiera el brasero que se encontraba en la estancia lograba espantar esa corriente helada que parecía provenir de todas partes.

—¡Está granizando! —Escucharon una voz asombrada desde afuera del aula. Las cabezas de las alumnas se giraron en dirección al bullicio que aumentaba segundo a segundo—. ¡Parecen rocas!

El ruido de las sillas chirriando se elevó en la estancia. Las alumnas se agolparon en las ventanas que daban hacia el patio interior. Sophie no podía culpar su curiosidad, también estaba pegada al vidrio que ya se empañaba. El granizo caía y rebotaba con violencia en el suelo.

—¡Impresionante! —murmuró una joven, maravillada—. Nunca había visto granizar de esta manera. Menos mal que el techo no es de vidrio, ¿se lo imaginan?

Y un sudor frío recorrió la espalda de Sophie.

Su corazón martilleó acelerado… ¿Una taquicardia?

No… Era la certeza de que su trabajo estaba en peligro.

El invernadero de Westwood Hall debía estar destruido y, junto con él, la mayoría de las plantas estarían expuestas al frío y al granizo, incluyendo sus preciadas dedaleras.

Era inútil salir corriendo hacia la residencia de los duques de Ravensworth. La duquesa era la dueña del invernadero en cuestión, y debía estar en ese momento observando, impotente, la catástrofe. Era un riesgo innecesario intentar salvar las plantas ante una lluvia de vidrios rotos y granizo.

Soltó un resoplido, la misma suerte debió correr el invernadero de Pearl Palace. En ese lugar tenía su colección de plantas medicinales.

Ah, todo su trabajo estaba arruinado.

Un dolor se instaló en su garganta. Sophie apretó los labios y se concentró en obligarse a respirar profundo para no llorar.

—Señorita Montgomery —la llamó otra de sus alumnas—. ¿Usted cree que el invernadero de Pearl Palace sufrió daños con el granizo?

Aquella pregunta hizo que el resto de las jóvenes salieran de su trance y miraran a Sophie. Otra alumna preguntó:

—¿Ya no podremos ir de excursión al invernadero?

Sophie forzó una sonrisa que intentaba aparentar tranquilidad.

—Tendré que ir a ver qué tan grave fue el daño… A veces pasa que llueve en algunas partes de la ciudad y en otras, no. Con el granizo sucede lo mismo.

—Ojalá no haya sucedido nada malo. Tenía muchas ganas de conocer el invernadero.

Sophie suspiró con pesar.

—Ojalá. —Mas en su interior, la desesperanza se derramaba—. Continuemos con la clase, señoritas. El proceso de asimilación de carbono es muy interesante…

*****

El desastre fue peor de lo que anticipó.

Cuatro horas después, Sophie se hallaba en la entrada del invernadero de Westwood Hall. El vidrio esparcido en el suelo embaldosado reflejaba la estructura de hierro forjado y el cielo gris. Frágiles orquídeas quebradas, ramas cortadas, flores mustias y hielo derritiéndose. Las macetas destruidas de sus dedaleras —que antes del granizo se encontraban sobre una repisa— eran la violenta muestra del impacto. Emma, la duquesa de Ravensworth, la abrazó por el hombro para consolarla.

—El vidrio no soportó mucho rato. —Suspiró frotándose los brazos por el frío—. Fue espantoso. Era como ver caer fichas de dominó, bastó con que se quebrara un panel y el resto colapsó.

—Lo supuse, tía Emma. —Pese a no serlo de sangre ni por lazos políticos, la duquesa era parte de la vida de Sophie y la apreciaba mucho. Junto con la condesa de Corby fueron sus mentoras, y si hubieran podido ir a la universidad, habrían sido científicas de renombre. La formación de ambas damas fue autodidacta y algunos tutores completaron sus estudios. Gracias a ellas Sophie recibió las bases y las facilidades para estudiar botánica.

—Katherine y lord Grimstone están devastados, perdieron muchos especímenes raros. El invernadero de Pearl Palace también se destruyó.

Y aquella información sepultó los planes de la excursión que llevaba semanas organizando para sus alumnas.

Solo la duquesa de Ravensworth y Katherine —la condesa de Corby— poseían invernaderos en sus propiedades londinenses. Sophie no se relacionaba con otras damas aficionadas a la botánica, principalmente, debido a que los intereses de ellas eran más domésticos que académicos. Se inclinaban más por pintar flores en acuarela y cultivar rosas, en vez de apreciar la maravilla científica que eran las plantas.

Y, además, porque ella no era «como ellos». Era el fruto del escándalo, tal como sus allegados. Una dama del Diablo.

Durante años intentó mezclarse con ellos. Después de todo, su sangre era tan azul como el resto de la aristocracia. No tenía título, pero sí un extenso árbol genealógico por parte materna…

Ah, sí, esa rama parecía no importar, aunque su hermano mayor —medio hermano, subrayarían algunos— fuera un marqués.

Tras varias temporadas infructuosas, comprendió que, pese a las buenas intenciones y el amor de sus seres queridos, no era bienvenida ni considerada para la «buena sociedad».

Con voz abrumada, Sophie señaló:

—Supongo que la misma suerte corrieron la mayoría de los invernaderos de Londres.

—Nos iremos enterando con el transcurso de los días, pero es lo más probable. Por el momento, transportaremos las plantas sobrevivientes de ambos invernaderos al de Windlesham.

Aquel pueblo quedaba a más de cuarenta kilómetros de Londres. No podría repetir su experimento en un invernadero tan lejano.

Sophie se acercó a los restos de sus macetas y se agachó. No hizo más que tocar la tierra y ya no resistió más. Su mentón tembló y sus lágrimas corrieron.

Muchos podían decir que solo eran plantas, que bastaba con sembrar nuevas semillas, o que cortara esquejes para reproducirlas. No obstante, la gente que la conocía y que la amaba sabía lo importante que eran para ella esas dedaleras y el experimento que estaba llevando a cabo. Era el trabajo de largos meses de aciertos y errores, de paciente observación, mediciones, recopilación de datos, conseguir distintas clases de abono…

La duquesa se agachó a su lado y le acarició la espalda.

—Llora, querida… —En sus mejillas también corrían las lágrimas que creyó haber derramado hasta el cansancio sobre el pecho de su esposo. En ese invernadero había más de veinticinco años de recuerdos, estudio y trabajo.

Se quedaron largo rato llorando por lo perdido, por lo pequeñas que eran ante la fuerza de la madre naturaleza. Era un buen momento para desahogar el pesar, ser frágiles, romperse, para luego, recomponerse.

Incluso un árbol cortado encontraba la fuerza para que nuevas ramas emergieran. Solo bastaba con que sus raíces estuvieran bien arraigadas en la tierra.

Sophie se sorbió la nariz entre suspiros entrecortados. Emma le tendió un pañuelo mientras preguntaba:

—¿Necesitas que te ayude en algo? Podemos recoger lo que queda y…

—No… yo lo hago. —Tomó el pañuelo y se limpió los restos de su tristeza—. Gracias, tía. Recogeré todo y veré qué puedo hacer con ellas…

—Las podemos llevar a Windlesham —ofreció consciente de que era un despropósito, pero necesitaba confortar a Sophie de alguna forma. Hacerle saber que no estaba sola.

—No, necesito tenerlas en Londres para las observaciones. Ya sabe cómo es.

Emma le acarició los cabellos castaños.

—Tienes razón. —Se secó las lágrimas con el dorso de su mano y se levantó—: Bien, traeré unas macetas para que pongas tus dedaleras.

—Y papel y lápiz, por favor. Debo marcar los nombres de cada una. —Apretó los labios y se obligó a sonreír.

Fue un triste intento.

—Lo que quieras, querida.

—Muchas gracias.

Sophie volvió a observar sus plantas. ¿Acaso eso era una señal para que desistiera? Después de todo, muchos académicos rechazaban los postulados de Justus von Liebig… Pero es que no sabía de nadie que estuviera comprobándolo, quería ser la primera… ¡Qué absurdo! ¿Quién la tomaría en serio? No importaba cuánto estudiara, era una mujer… No había mujeres en la Royal Society.

—Pero me podría dar el gusto de incomodarlos —dijo con la mirada perdida.

Inspiró profundo y se dedicó a rescatar sus plantas, cuidando de no cortarse con los vidrios.

Media hora después, un carruaje salía de Westwood Hall. Sophie llevaba varias macetas con dedaleras moribundas, dos cortes en sus dedos y sus ojos azules enrojecidos por el llanto.

*****

Cuando Sophie entró a la sala de estar de su casa, Eleanor, su hermana menor, se apresuró a recibirla. No tuvo que preguntar cómo le había ido. La maceta que cargaba era suficiente respuesta.

—Oh, cielo, lo lamento mucho.

A Sophie le ardieron los ojos y sintió que su nariz se calentaba. Carraspeó y se encogió de hombros.

Desvió la mirada. Sus padres, Minerva y August, se levantaban de sus asientos para recibirla. También hizo lo mismo el hombre que los visitaba.

El señor Hywel Welsh.

August se acercó a ella con presteza.

—Dame tus plantas, querida… ¿Es lo único que sobrevivió?

—El resto está en el vestíbulo. —Sophie se aferraba a la maceta como si con ese acto pudiera retroceder en el tiempo.

—Uy, esto pesa. —August tomó con cuidado las dedaleras de los brazos de su hija.

Una vez libre de su carga, Minerva abrazó a Sophie.

—Oh, hijita, lo siento tanto…

Sophie aprovechó ese cálido abrazo, y parpadeó rápido para disipar la humedad de sus pestañas. Hizo el esfuerzo para que su voz sonara segura al decir:

—Tendré que intentarlo de nuevo, cuando reparen el invernadero.

Minerva rompió el contacto con suavidad. Le acarició el rostro, orgullosa de su hija.

—Así será. Emma y Katherine harán lo necesario para reconstruir sus invernaderos lo más pronto posible.

Sophie asintió y esbozó una sonrisa. El recibimiento de su familia le hizo sentir un poco mejor.

Minerva se alejó de su hija para darle espacio, y se aproximó a su esposo, quien estudiaba los ejemplares malogrados en la maceta. Eleanor también la siguió, conocía a su hermana, no le agradaba que la consolaran en exceso.

De pronto, Sophie percibió de reojo la insoslayable presencia de Hywel acercándose. Inspiró para tratar ser la misma de siempre y lo saludó fingiendo ligereza:

—Tanto tiempo, señor Welsh.

—Sí, he estado ocupado. Más de lo que me gustaría… Me hubiera encantado decir que pasaba por aquí y que decidí visitarlos para saludar, pero en realidad necesitaba un consejo profesional del señor Montgomery.

—Entiendo… ¿Cómo están su madre y su hermana?

—El frío las mantiene dentro de la mansión… —Recordó con pesar el estado anímico de Cerys y Eira, era tan gris como las nubes de tormenta—. Ha sido un invierno difícil para ellas.

—Lo bueno es que pronto vendrá la primavera. —«Qué extraño es hablar del clima con él», pensó. Tal parecía que el señor Welsh ya se había rendido con ella. El coqueteo brillaba por su ausencia.

Una punzada de desazón se clavó en su pecho.

—Así es, señorita Montgomery.

—Espero lo mejor para ellas. —Se abstuvo de preguntar por el padre del señor Welsh. El hombre no era santo de devoción de nadie, ni siquiera en su estado apopléjico. Fue el causante de todas las desdichas de su esposa e hijas. Sophie sabía que Hywel tenía una relación difícil con su progenitor, pero no dimensionaba hasta qué punto lo perjudicó.

—Gracias, señorita Montgomery. —Miró de reojo la maceta que estudiaban los padres y la hermana de Sophie—… Disculpe mi atrevimiento, pero ¿está enferma?

Aquella interrogante desconcertó a Sophie… ¿Acaso sus taquicardias se reflejaban en su cara? Porque, ni bien Hywel terminó de formular su pregunta, sus palpitaciones se aceleraron.

—No, ¿por qué lo dice?

—Las dedaleras se suelen cultivar en Gales para tratar las enfermedades del corazón… —Temeroso de ser malinterpretado, subrayó—: Las de verdad, no el mal de amores.

—Ah… Esas… No, señor Welsh, no estoy enferma. Son un experimento que estoy llevando a cabo. —Sus ojos se desviaron hacia la maceta—. Bueno, estaba llevando a cabo. El granizo destruyó el invernadero donde se encontraban… —Suspiró sin querer—. Y ahora tendré que empezar de nuevo, quizás en unos cuantos meses cuando estén reparados.

—¿Y de qué se trata su experimento? —Se mordió la lengua para no llamarla *cariad* o preguntar si ella era alguna clase de curandera. Estaba decidido a no molestarla con sus bromas. Ni mil lisonjas subirían el ánimo de Sophie. Suficiente tenía con esa verdadera catástrofe.

—¿De verdad quiere saberlo o solo es cortesía?

—Interés científico, por supuesto.

—Estoy comprobando las afirmaciones del libro de Justus von Liebig.

—¿*Química orgánica aplicada a la agricultura*?

Sophie no pudo evitar sonreír con una mezcla de alegría y satisfacción, mas no quería cantar victoria. Pocos tomaban en serio ese libro, por lo que agregó:

—Precisamente. Mi mentora, la duquesa de Ravensworth, me proporcionó ese libro, y me propuse experimentar para verificar lo que ahí se expone.

Esa declaración no le sorprendía del todo a Hywel. Sabía que ella era aficionada a la botánica, mas no hasta qué punto. Aquello le produjo un sentimiento que no sabía cómo definir del todo, era como encontrar a alguien con quien podía hablar el mismo idioma.

—Leí ese libro hace poco, fue fascinante. Sin embargo, el tiempo ha sido mi enemigo para comprobarlo, y quizás poder aplicarlos en los cultivos de Assam. Es una lástima que su experimento haya sido destruido… —Y, sin siquiera cuestionárselo, añadió—. Le ofrezco el invernadero de la mansión de Edward para que siga con sus estudios… Incluso este problema puede servirle, piénselo como una variable a considerar en las propiedades químicas del suelo. Es posible que puedan influir en la recuperación de sus dedaleras.

—¿El invernadero de Fullham no fue afectado por el granizo? —Y la esperanza brotó en su corazón. El ritmo de sus latidos se aceleró más, pero aquello no asustó a Sophie. Sabía que se trataba de otra cosa diferente a las taquicardias.

Hywel negó con su cabeza.

—Me va a creer un loco, pero sabía que iba a granizar. Mi rodilla siempre duele cuando se avecina una… Bueno, y también

cuando se trata de una tormenta.

—¡No me diga! Su rodilla en Inglaterra debe dolerle todo el tiempo. —Rio entre nerviosa, entusiasmada y burlona.

—Sí, le digo. Desde que me accidenté en uno de mis viajes se ha convertido en un incordio… —Arqueó su ceja oscura y poblada—. El asunto es que el invernadero de Edward es ridículamente enorme, y este invierno protegimos el vidrio de la nieve con las velas de un barco. Lo estaban desarmando en el puerto y me las regalaron. Así optimizábamos la limpieza para que entrara la luz. Hoy en la mañana, me dolía la rodilla. Observé el cielo y ordené que pusieran las velas de nuevo. Nunca se sabe.

—Qué ingenioso.

—No sé si es ingenioso porque es más trabajo, pero el invernadero ha salido indemne, la tela amortiguó el impacto del granizo. Por eso se lo estoy ofreciendo… —Carraspeó. Hywel notó lo incómodas que resultaban sus propias palabras. Tan solemne, sin sus bromas habituales, sentía que no era él mismo. ¿Acaso ella notaría cuando él intentaba ser serio?—. Digo, el invernadero.

Sophie entrecerró sus ojos, el señor Welsh no parecía el de siempre.

—¿No será una molestia?

—Usted es la cuñada de Edward, ¿cómo va a ser molestia? Él me mataría si le niego algo de la mansión.

—Oh, muchas gracias, señor Welsh.

—Siempre será un placer… Si gusta, adelantaré su trabajo y me llevaré las macetas con sus dedaleras para que no sigan exponiéndose a tantos cambios. ¿Necesita algo en especial para llevar a cabo su experimento?

—Macetas para cada una de ellas, deben crecer separadas. Aparte de eso, tengo todo lo necesario, aún me quedan muestras de tierra y distintos tipos de abonos en el invernadero de Westwood Hall.

—Dejaré todo listo y dispuesto para que vaya cuando quiera a la mansión…

—Muchas gracias, señor Welsh. No sabe lo importante que es esto para mí. Mañana en la tarde iré, llevaré la tierra y el abono.

—La estaremos esperando. Ojalá podamos coincidir para que me hable más de su experimento.

—Ojalá. —Y esa palabra no fue solo gratitud y cortesía. El interés del señor Welsh era genuino, pero había algo que le molestaba… No, más bien, extrañaba. Las pullas, el ligero coqueteo que parecían haber olvidado durante esos meses, y sin más añadió—: Para ser un lobo es muy amable.

Hywel se llevó la mano al pecho con su habitual dramatismo. Otro dardo de la señorita Montgomery a su corazón.

—Siempre lo seré para que usted siga siendo una ovejita negra.

Y Hywel sintió que esas palabras eran verdaderas. No se imaginaba a Sophie siendo de otra manera.

No lo sabía aún, pero esas dedaleras rescatadas no eran lo único que el destino le pedía cuidar con toda el alma.

Capítulo 2

Al otro día, el mayordomo entró en la habitación que Hywel usaba como oficina, y anunció con un marcado acento indio:

—Se acerca un carruaje a la mansión, señor Welsh.

Por lo general, Hywel sentía un escalofrío cuando el mayordomo decía esas palabras. Pensaba que era alguien que traía la noticia de la muerte de su padre.

Sin embargo, por los acontecimientos del día anterior, sabía que se trataba de Sophie. Consultó el reloj que yacía en su escritorio. Eran las dos de la tarde.

—Gracias, Rohan. Iré a recibir a nuestra visitante.

—¿Le pido a la cocinera que prepare algún refrigerio?

—De momento, no. Me parece que mi visita irá directo a trabajar al invernadero.

—Entiendo, le avisaré al señor Kumar entonces.

—Excelente, dígale que es su dama favorita. Él sabrá. —Hywel se levantó y miró por la ventana. Quién diría que el día anterior hubo una tormenta de granizo. La luz del sol parecía penetrar hasta el rincón más oscuro de una madriguera de conejos. Ni una sola nube manchaba el cielo.

El mayordomo se retiró. Hywel parpadeó, se peinó el cabello negro con los dedos y se palmeó las mejillas para salir de su ensimismamiento.

Atravesó la mansión dando largas zancadas hasta llegar a las puertas dobles que daban acceso a la propiedad. Un lacayo, en eficaz silencio, abrió.

Hywel cruzó el umbral y divisó el carruaje que transitaba por el sendero bordeado de álamos. Frunció el ceño al ver que era enorme, elegante y con lacayos. Sabía que la posición de Sophie era acomodada, mas no al punto de llegar a esos extremos.

«¿Y si no es ella? —pensó con la decepción trepando por sus piernas—. ¿Y si me he equivocado?».

Cuando el carruaje se detuvo frente a él, el cochero hizo un ademán de saludo, el cual Hywel respondió con un gesto ligero. Los lacayos abrieron la portezuela ornamentada con un blasón. Él no sabía mucho a quién correspondía ese emblema, pero indicaba que quien estuviera adentro era un aristócrata.

Aquella incógnita no tardó en resolverse. Una mujer rubia, ataviada con un sobrio pero elegante vestido azul, se apeó del carruaje asistida por un lacayo. Le sonrió.

A Hywel le pareció familiar esa mujer… Ah, sí, era la duquesa de Ravensworth. Le sonrió de vuelta, mas sus ojos se desviaron hacia la joven que también se apeaba.

Sophie.

No importaba si el vestido era de un gris anodino, no podía ocultar las curvas que debía haber debajo. Probablemente, ella venía directo de la academia, las maestras solían usar ese tipo de atuendo.

Se reprendió en su fuero interno. Siempre fue su mala costumbre imaginar lo que había debajo de faldas, enaguas y encajes, pero cuando se trataba de Sophie, ese pensamiento lo asaltaba más de lo normal. Volvió a centrar su atención en la duquesa.

—Bienvenida, su excelencia. Tan hermosa como siempre. —Tomó la mano de Emma y apenas rozó sus labios sobre los nudillos enguantados—. Debí suponer que alguien acompañaría a la señorita Montgomery.

Emma arqueó su ceja y repuso:

—Señor Welsh, debió suponerlo. No podemos dejar que una señorita visite la residencia de un hombre soltero sin compañía.

—Oh, bueno esta no es mi residencia, pertenece a Edward.

Emma rio y lo reprendió con sus ojos.

—En términos prácticos sí lo es, señor Welsh.

—Pero no vivo solo, también se encuentran mi madre y mi hermana. Ellas estarían encantadas de ejercer el rol de carabina.

—Lo sé, pero la gente malintencionada no sabe eso.

Sophie llegó al lado de Emma e hizo una ligera reverencia. Hywel respondió con una leve inclinación.

—Bienvenida, señorita Montgomery.

—Gracias, señor Welsh.

Hywel notó que los ojos de Sophie ya no lucían con esa horrible desazón que la gobernaba el día anterior. En cambio, en ellos se mantenía ese incandescente entusiasmo que se reavivó con su propuesta. Le alegraba mucho constatar que su impulsivo acto le subió el ánimo. Fue mejor que cualquier broma o flirteo.

Era raro para él saber que había hecho lo correcto. No había llegado tarde, no dijo palabras desatinadas que empeoraran la situación, no guardó silencio…

No divagó más. Antes de que se empezara a formar el nudo en su garganta, invitó:

—Si gustan pueden ir al invernadero de inmediato. El señor Kumar, la persona a cargo del lugar, ha dispuesto lo solicitado por la señorita Montgomery.

Emma asintió. Les hizo un suave gesto a los lacayos y ellos empezaron a descargar el carruaje. Numerosos y coloridos sacos de tierra y de fertilizantes se apilaban en el suelo. Un baúl, que parecía contener objetos frágiles, fue puesto a una distancia prudente.

Hywel arqueó sus cejas. Cuando Sophie le comentó que tenía lo necesario para continuar con su experimento, él imaginó unas cuantas bolsas de tierra y abono, lo suficiente para llenar cinco u ocho macetas, no decenas de ellas.

La mano de Sophie haciéndole señas interrumpió su estupor.

—¿Arrepentido, señor lobo?

Hywel negó con su índice.

—No, para nada. —Señaló con su cabeza hacia donde estaba la duquesa supervisando la tarea—. Usted se toma bastante en serio su experimento.

—Si no voy a darlo todo, entonces ¿para qué hacerlo?

El tono de la voz grave de él atisbó un tinte pícaro cuando dijo:

—¿Y eso lo hace en todo orden de cosas?

Sophie lo miró. Siempre intentaba dilucidar en los ojos azules de Hywel si hablaba en serio o no. Había aprendido a diferenciar la burla, el interés, el desdén, pero el señor Welsh, a veces, la desorientaba. Por eso mismo, prefería no tomarlo demasiado en

serio y solía seguir sus pullas y coqueteos, y no darles mayor importancia.

A excepción de la propuesta del invernadero.

—Siempre lo doy todo. No soporto a las personas que hacen las cosas a medias.

Hywel, como ya era habitual, se llevó la mano al pecho.

—Y, aun así, por lograr sus objetivos, me tendrá que soportar para hacer su experimento, *cariad*.

—No queda otra alternativa, señor lobo… Puede llamarme ilusa o ingenua, pero yo no considero que usted haga las cosas a medias… Bueno, excluyendo la imposible misión de llevar a alguna dama al altar. Solo se queda en el flirteo e ilusionar a las pobres e inocentes ovejitas blancas.

Él estiró una incómoda sonrisa. De reojo, notó que ya habían terminado de descargar el carruaje.

—Es momento de guiarlas al invernadero.

Hywel encabezó la comitiva hasta el lugar señalado. Al entrar, Emma jadeó, impresionada, tanto por la magnificencia de la arquitectura, como por la variedad de especímenes que albergaba. Las pocas veces que estuvo en la mansión no tuvo la oportunidad de visitar el invernadero.

Sophie sonrió con dulce nostalgia, en aquel lugar aprendió mucho junto al señor Kumar. Y también su vida cambió. Por algún absurdo motivo pensó que viviría para siempre junto a Emily, su hermana mayor. Ya se veía paseando con ella por Hyde Park como unas viejitas solteronas. En ese cuadro no imaginaba a Eleanor, quizás porque ella fue la única cortejada de las tres, parecía tener más posibilidades de casarse algún día… Aunque esa experiencia fue amarga para la menor de las Montgomery.

Durante la temporada en la que Sophie fue huésped de la mansión de Edward Dutton, su hermana Emily floreció, se enamoró y se comprometió. Ahora era la señora Dutton, residía temporalmente en India y ya era madre de una preciosa bebita.

También en ese entonces conoció a Hywel.

Si no fuera tan coqueto habría caído rendida a sus pies. La primera vez que sus miradas se cruzaron, ella pensó que estaba

frente al hombre más hermoso que había visto en su vida. Sus latidos se dispararon con ritmo errático y luego…

Luego ese hombre hermoso se convirtió en un adulador profesional. Fue decepcionante.

Y, aunque Hywel durante todo ese tiempo había demostrado ser una buena persona, un amigo incondicional para Edward, un hijo y hermano ejemplar, Sophie nunca pudo deshacerse de esa decepción. Aquello era bueno, así podría mantener una distante admiración y jamás se enamoraría de él.

La voz del señor Kumar la sacó de sus pensamientos.

—Qué alegría verla, señorita Montgomery. Es un placer tenerla de nuevo en el invernadero.

—El gusto es mío, señor Kumar… Le presento a mi mentora y acompañante, la duquesa de Ravensworth.

El hombre se inclinó con humildad.

—A su servicio, su excelencia.

La duquesa sonrió y elogió:

—Ha hecho un trabajo excepcional en este invernadero, es una verdadera joya escondida.

La piel olivácea del señor Kumar enrojeció.

—Hago lo mejor que puedo.

—Sophie me ha comentado que aquí tienen orquídeas de vainilla.

El hombre asintió, sus ojos brillaron. Esas orquídeas eran su mayor orgullo.

—Será un honor mostrárselas, son una belleza.

—Oh, por favor, si fuera tan amable. —Miró a Hywel y dijo—: Debo decirle que tengo un oído muy fino. No crea que soy una carabina descuidada.

—Usted es una mujer joven, ni por un segundo pensé que era sorda.

—Adulador.

El señor Kumar y la duquesa se dirigieron a la zona más calurosa del invernadero, dejando a Sophie y Hywel casi a solas. Entre ellos se cernió un silencio que se extendió por largos segundos.

Sophie tomó una honda bocanada de aire, como si hubiera olvidado respirar y rompió ese silente momento.

—Necesito cambiarme de ropa, señor Welsh. —El ceño masculino se frunció evidenciando la pregunta que él no verbalizó—. No pretenderá que me ponga a trabajar con este vestido, es bastante incómodo.

—Oh, sí… por supuesto… Eeeeeeh… —Alzó su índice, un gesto tácito para que esperara, y salió corriendo.

Sophie se quedó en medio del invernadero sin saber qué hacer. Recorrió la estancia con la mirada, buscando las macetas con sus dedaleras. Las encontró en un rincón luminoso. Sonrió y se acercó a ellas.

Acarició un diminuto brote que luchaba por emerger del tallo.

—Te pondrás bien, Medea… —Sophie etiquetaba sus dedaleras con nombres de mujeres mitológicas, que fueron víctimas de un dios, semidiós o héroe. «Hombres, al fin y al cabo… La mayoría nos usan de algún modo u otro», pensó con desdén.

De pronto, los pasos acelerados de Hywel anunciaron que volvía. A sus espaldas resonaban los jadeos de él.

—Puede… cambiarse en la… habitación… de Eira… —Inspiró largo y pesado—. *Iesu Grist!*

Sophie apretó los labios para no reír a carcajadas, el rostro de Hywel estaba colorado como una amapola. No resistió lanzar una pulla:

—Los años no pasan en vano, señor Welsh.

—Me reiré… de usted… cuando tenga mi… edad…

—Uy, falta mucho para eso, ¿será cuándo cumpla los cincuenta?

—Muy graciosa… Tengo la edad de Cristo… y no pretendo emular su tormentosa y prematura muerte.

Sophie rio. Vaya qué blasfemo era el señor Welsh. Podría continuar riéndose a costa de él, pero sus dedaleras esperaban.

—Y, ¿dónde está la habitación de la señorita Eira?

—Arriba, primera puerta a la derecha.

—Gracias… Mejor tome asiento en ese taburete para que siga recuperando el aliento. —Y salió del invernadero.

Hywel puso sus ojos en blanco. Lo cierto es que le dolía el pecho…

—Ovejita pícara —masculló. Sí, estaba envejeciendo—. Es fácil burlarse con diez años menos.

Soltó un largo resoplido mientras se sentaba.

Se secó el sudor de la frente.

Con el transcurrir de los segundos, sus pulsaciones ya volvían a regularizarse. Se preguntó si ya era tarde para él, si había dejado pasar demasiado tiempo.

Una parte de su mente insistía en que todavía era joven y estaba a tiempo de formar una familia, amar, dejar su huella, ser feliz.

La otra le gritaba que sería un fracaso.

En sus venas también corría la sangre de su padre.

Un monstruo en potencia.

Temía hacer infeliz a la mujer que sería su esposa, a sus futuros hijos.

Su corazón siempre se dividía entre sus anhelos y sus miedos. Buscar la felicidad al lado de alguien, o quedarse solo y no dañar a nadie.

En los últimos años prevalecía el miedo.

Inspiró. Cerró sus ojos. El aroma del invernadero siempre le hacía sentir cierta tranquilidad; tierra húmeda, rosas, azahares, helechos, hierbas, vainilla y sol.

—¿Ya ha recuperado el aliento? —La voz de Sophie lo trajo de vuelta a la realidad y abrió los ojos.

Se encontró con una joven vestida con pantalones, camisa, chaleco y botas. En su brazo colgaba algo que aparentaba ser un mandil. La sonrisa de ella era de pícara arrogancia, parecía desafiarlo a que se levantara y, escandalizado, le exigiera que se volviera a poner ropa de mujer.

Entreabrió su boca, mas su mente quedó en blanco.

Y por segunda vez en ese día, Hywel perdió el aliento. No era por el esfuerzo físico ni por el peso de sus pensamientos. Era otra cosa…

En medio de ese paraíso de plantas que daban oxígeno, ella cortó su respiración.

Capítulo 3

—¿Está bien, señor Welsh? —La sonrisa arrogante de Sophie se borró. Sin pensarlo, presionó la yugular de Hywel con dos dedos—. ¿Siente mareos? —Corroboró que los latidos eran constantes y briosos, mas no apartó su mano. Aquello no la tranquilizó e insistió—. ¿Su vista es borrosa o clara?

«Respira, respira, respira, respira, ¡idiota!», reprendió su aturdido cerebro con desesperación.

Tomó la muñeca de Sophie con gentileza… Solo bastó ese toque para que el aire entrara a raudales a sus pulmones.

—Estoy bien… Gracias, *cariad*. —Carraspeó y liberó a la joven. Se concentró en no bajar la mirada… Con razón no les permitían a las mujeres usar ropa de varón; no era antinatura, sino un atentado a su fuerza de voluntad. Volvió a carraspear—. Es más que inusual ver a una dama en pantalones. Pensé que usaría un vestido sencillo y ligero.

—¿Escandalizado?

—Viniendo de usted, no me extraña que vista así para trabajar. —Se levantó del taburete—. Bien, el invernadero es todo suyo. La dejaré con la duquesa y el señor Kumar.

—Gracias, señor Welsh.

—Volveré en un rato más para que tomemos un refrigerio.

Le brindó una leve inclinación, la que Sophie la imitó con un tinte de burla. Su gesto fue tan masculino como el de Hywel.

Sophie se quedó mirando la ancha espalda con una sonrisa. Pobrecito. Ella estaba segura de que si él hubiera sido más viejo le habría dado una apoplejía al verla.

Dio media vuelta y se enfrentó a las macetas con sus dedaleras. El entusiasmo vibró en su corazón y en su piel. Ansiaba tocar la tierra y volver a intentar su experimento.

—Bien. Manos a la obra.

*****

—Bienvenida a tu nueva casa, Medusa. —Sophie cortó el tallo dañado de la última muestra. A lo lejos se escuchaba las voces del señor Kumar y Emma, conversaban entusiasmados. Sonrió, sabía que la duquesa iba a estar encantada con el encargado del invernadero, él disfrutaba compartir sus conocimientos.

Se incorporó y observó su obra, orgullosa. En una hilera estaban las macetas con tierra de la propiedad de su tío Andrew, lord Rothbury. Cada una de ellas tenía un distinto tipo de abono: estiércol, cenizas, guano de Perú, huesos molidos y cal. También había una sin ninguna clase de fertilizante; la de control.

Lo mismo ocurría con las muestras traídas desde las tierras del ducado de Hastings y otras de una de las propiedades del condado de Corby.

En total había dieciocho macetas, ubicadas de tal forma que recibieran la misma cantidad de luz.

Sophie hizo una anotación en su bitácora con los cambios experimentados por el granizo y el trasplante de las dedaleras.

Una sombra eclipsó el sol a sus espaldas.

—Interesante. —La voz de Hywel le hizo dar un respingo y jadeó. Su lápiz y bitácora resbalaron y cayeron. El pulso se le disparó—. Oh, lo siento.

Sophie se llevó la mano al pecho. Podía sentir sus latidos.

Sus cuerpos estaban tan cerca que podía percibir el calor que irradiaba él.

Dio media vuelta.

—Casi me mata del susto. Debió anunciarse.

Él alzó sus manos con inocencia.

—Me estaba anunciando.

—Prácticamente me estaba acechando, cielos.

—Pensé que usted había escuchado mis pasos, incluso saludé a la duquesa y al señor Kumar. —Ladino, omitió que solo lo hizo con un gesto—. No fue mi intención asustarla. Lo siento, señorita Montgomery.

Sophie resopló y se arregló un mechón rebelde que bailaba sobre su frente.

—No sea tan sigiloso para la próxima. —Se agachó y recogió su bitácora. Hywel observó el cielo, hubiera sido un sensual suplicio para él mirarla desde abajo.

Todos sus sentidos se encontraban en un doloroso punto sensible, necesitado del toque de una mujer.

Desde que llegó a Inglaterra no había yacido con ninguna. Su vida cambió más de lo que nunca imaginó, y no tenía tiempo para pensar en pasar un buen y vigoroso rato con alguna dama dispuesta. Su cuerpo y su mente nunca dieron una señal de que necesitara desahogarse.

Quizás eso era… Sophie, sin querer, estaba apretando todas las teclas que le hacían hervir la sangre. Sin dejar de mirar el cielo, repuso:

—He venido a ver si ha terminado con su trabajo.

Sophie se levantó. Al ver que Hywel observaba el cielo, hizo lo mismo. Usó su bitácora como visera.

—¿Qué está mirando?

—Oh… solo un pájaro que pasó. —Bajó la vista. Las mejillas de ella estaban teñidas de acalorado carmín, sudor y tierra. Reprimió el impulso de limpiarla y, en vez de ello, le ofreció un pañuelo—. Su cara… está…

Ella arqueó las cejas y se tocó.

—¡Oh, cielos! —Tomó el pañuelo. Se dio toquecitos en las mejillas y la frente—. Siempre ocurre lo mismo, no me doy cuenta y luego soy un desastre.

Por más que ella se limpiara no le atinaba a una mancha rebelde. Hywel no soportó más.

—Permítame… —Con gentileza le arrebató el pañuelo, y se encargó de desaparecer el rastro de tierra que había en su pómulo. Sophie se quedó quieta, sintiéndose extraña ante algo tan natural. El roce de los nudillos y el pañuelo era delicado, casi como si no quisiera tocarla. Se apartó de ella tan solo dando un paso hacia atrás y guardó su pañuelo—. Listo, como nueva.

—Gra… Gracias. —El calor de los nudillos rozando su piel se desvaneció, pero ella seguía sintiendo la marca invisible que dejó.

—Ni siquiera las ovejas negras pueden disimular cuando se ensucian. —Le guiñó el ojo. Por sanidad mental, desvió su atención hacia las macetas—. Con razón necesitaba tanta tierra… ¿Me puede explicar en qué consiste su experimento?

—Oh… Bueno… Son muestras de tierra de cultivo provenientes de tres propiedades de distintos puntos de Inglaterra. Como se ha desviado el objetivo del experimento, he considerado su sugerencia de seguir con él, tomando como factor una planta dañada, y para comprobar si los distintos tipos de fertilizantes aceleran el proceso de curación de la muestra. Las he cortado a todas a la misma altura para simular el mismo daño. De todas formas, la próxima semana volveré y prepararé un semillero para repetir el experimento inicial.

Ambos sintieron que la ciencia era una zona neutral para disipar aquella tensión que espesaba el aire que respiraban. Parecía que la temperatura del invernadero aumentaba con el paso de los segundos.

—¿Y para qué usa esa balanza? —Hywel señaló el objeto en cuestión, el que yacía en el suelo junto con algunas herramientas de jardinería.

—Oh, cada maceta tiene la misma cantidad de sustrato. Me gusta ser rigurosa en ese sentido. No es igual, echar cinco paladas que un kilo exacto.

—Entiendo, ¿lo mismo sucede con el fertilizante?

—Ahí depende del tipo. Todos tienen diferentes formas y medidas de aplicación. He tenido que hacer ajustes proporcionales.

Se hizo un leve silencio. Hywel admiró el compromiso de Sophie con la ciencia; las dedaleras eran plantas bianuales. Aquello quería decir que florecían al segundo año de vida, luego de ello, la planta daba semillas y luego, moría. Ella estaría observando el lento progreso durante meses.

—¿Por qué eligió las dedaleras? Quizás los guisantes hubieran sido más rápidos en germinar y crecer.

Sophie se negó revelar que las dedaleras servían para controlar sus taquicardias. No quiso que él la viera débil, enfermiza… Aunque

nada indicaba que su salud mermara, ella estaba segura de que algún día empeoraría, pese a tomar pequeñas cantidades de infusión de dedalera.

No obstante, le dio una verdad a medias.

—Me gustan las plantas con propiedades medicinales. Sé que tardaré más, pero como no tengo tanto tiempo para hacer observaciones diarias, un espécimen que se desarrolla más lento me permite estudiarlo semanalmente.

—Entonces será mi huésped una vez a la semana.

—Así no me extrañará tanto.

Él solo esbozó una sonrisa que ella no pudo interpretar del todo.

—Por supuesto.

Una parte de Sophie quiso creerle, la otra la convenció de que era el señor Welsh siendo el señor Welsh, incorregible.

En ese momento la duquesa irrumpió con el señor Kumar.

—Oh, este lugar es maravilloso, señor Welsh. El señor Dutton se lo tenía bien guardado. Es una lástima que mi invernadero esté destruido, o si no me habría llevado al señor Kumar.

Hywel rio. Sobre su cadáver.

—A Edward le gusta jactarse más de la galería, que del invernadero.

Emma fingió un repentino sofoco y se abanicó con la mano.

—Esas réplicas de las estatuas del templo Khaju… Kharu… Ah, como sea, es de lo que más se jacta.

—El templo Khajuraho.

—Ese mismo.

Sophie apretó los labios para no reír. Ella conocía la naturaleza de esas réplicas. Ladina, intervino.

—Emily me ha hablado de esas esculturas.

Con la mirada, Emma la amonestó con un cariñoso gesto. En cambio, los ojos de Hywel casi salieron de sus cuencas. En esas réplicas se emulaban posiciones sexuales. Eran tanto o más gráficas que las ilustraciones del Kama Sutra.

Sophie rio ante aquella reacción. Al fin escandalizó a Hywel y aclaró:

—Mi hermana me dijo que eran bastante interesantes, pero solo pueden ser vistas por mujeres casadas. No me ha detallado de qué se trata.

Una mentira monumental.

Lo cierto era que casi dos años atrás husmeó en la galería con su hermana Eleanor. Corrieron el velo que escondía la vitrina y las observaron.

Al principio fue impactante. Luego se rieron nerviosas. ¿Cómo era posible que las personas se retorcieran de tantas formas? ¿De verdad cada parte del cuerpo podía involucrarse en el acto amatorio?

Hywel, aliviado con los dichos de Sophie, cambió de tema y le dijo a Emma:

—Su excelencia, antes de su llegada, le iba a decir a la señorita Montgomery que he venido a invitarlas a comer un refrigerio.

Emma asintió.

—Será un placer, la verdad estoy famélica.

Hywel hizo un ademán para que lo siguieran y las guio al salón de estar, el cual parecía una estancia sacada de un palacio de la India que pusieron en medio de Inglaterra.

Sophie conocía el lugar y se sintió como en casa.

—Me encantan estos muebles tan cómodos. —Se sentó. Pese a usar pantalones, ella no perdía las maneras. Sus ademanes eran elegantes pero relajados.

Emma se sentó al lado de la joven.

Hywel hizo un gesto y dijo:

—Por favor, sírvanse lo que gusten. Aquí no existe la etiqueta.

En la mesa de centro había distintas muestras de dulces indios, galletas de limón, de mantequilla, emparedados, té y…

Sophie jadeó.

—Oh, ¿es la limonada que hace la señora Basú?

Hywel asintió con cierto orgullo. Intentaba llevar la casa tal como si Edward viviera en ella, y eso incluía el menú.

—Iniya es aprendiz de la señora Basú, y reemplaza mientras ella está en la India con sus señores. Se sabe todas las recetas. Le

pedí que hiciera la limonada que a usted le gusta. Con albahaca, menta y jengibre.

Sophie no podía negar que ese detalle la halagó.

—Es muy considerado. Muchas gracias, señor Welsh.

—Es un placer estar a su servicio, *cariad*.

Cariad. Aunque intentara negarlo, esa palabra siempre había tenido un efecto en ella. Como si fuera cierta y no una broma.

«Es un galés, ¿cómo quieres que diga "querida"? No es la primera vez que un caballero usa esa palabra contigo», se convenció. No quería darle espacio a ninguna chispa que encendiera esa tontería llamada ilusión.

En silencio, comieron y bebieron por largo rato. Emma degustaba cada uno de los dulces indios, sin dejar de lado las galletas que eran tradicionales, pero poseían un toque distintivo. Los emparedados también tenían un sabor delicioso y eran un apreciado contraste.

Sophie comía con agridulce nostalgia. Extrañaba a su hermana y a su cuñado, y anhelaba conocer a su nueva sobrina. Con cada bocado que se llevaba a la boca, se dio cuenta de que también deseaba volver a probar la comida de la mansión; esa increíble y sabrosa fusión entre la India e Inglaterra.

Emma tomó un sorbo de té y se atrevió a romper el silencio preguntando:

—Señor Welsh, ¿ha tenido noticias de Emily y el señor Dutton?

—Precisamente por eso visité ayer al señor Montgomery. —Le lanzó una fugaz ojeada a Sophie—. Necesitaba asesoría legal por asuntos de la compañía… Edward está considerando asentarse en Inglaterra. Y muchas decisiones dependen de si me quedo o me voy a la India.

Ante aquella revelación, Sophie sintió una inusitada angustia por la posibilidad de no ver a Hywel por un largo tiempo… Años… Muchos años.

«Quizás para siempre», pensó y un nudo se apretó en su vientre.

Ni siquiera la posibilidad de volver a ver, en el mediano plazo, a su hermana aplacó esa creciente desazón ante ese escenario que se

instaló en su cabeza.

La urgía saber una respuesta.

La soltó sin importarle si estaba bajando demasiado sus defensas.

—Y ¿qué ha decidido, señor Welsh?

La pregunta quedó flotando en el aire por un interminable lapso. La expresión de él era insondable.

Sus miradas azules se encontraron. Él rompió el contacto y respondió:

—Todavía no he decidido nada. Mi familia es lo único que me ata y, en este momento, me necesitan.

Sophie sintió la aguda punzada de la decepción.

«No seas tonta, ¿qué esperabas?, ¿que dijera que se queda por ti», se amonestó en su fuero interno.

El pulso de Sophie se aceleró.

«Ahora te da una taquicardia. Vaya momento».

Emma, ajena al caos mental de su aprendiz, repuso:

—Es una decisión complicada. Tener su trabajo en un país tan lejano y a su familia en Inglaterra le impide echar raíces.

Hywel forzó una sonrisa.

—Los problemas de ser un ciudadano del mundo… En el fondo sé que puedo dejar a mi madre y a mis hermanas, y marcharme. Tenemos lo que antes no, amistades y nuevos lazos familiares… Quien en realidad me hace dudar es padre.

—Entiendo, no es fácil —dijo Emma, conocedora de la situación a grandes rasgos. Con un padre postrado y sin posibilidad de comunicarse, Hywel se había convertido en el administrador del poco patrimonio que le quedaba; la casa de Londres y una finca en Gales. El silencio volvió a reinar, mas no por mucho rato. Emma retomó el hilo—: No obstante, la distancia y la lentitud de las comunicaciones juegan a su favor para tomar una decisión a consciencia. Todavía tiene tiempo. —Sonrió—. ¿Ha disfrutado alguna vez de la temporada de Londres?

—La verdad es que no he tenido la oportunidad de ver el jardín de rosas inglesas.

—Me encargaré de que reciba las invitaciones adecuadas. ¿Quién sabe? Tal vez encuentre a la dama que le haga tomar una decisión y sentar cabeza. Hay una tradición nupcial que se debe cumplir. —Le sonrió, socarrona, a Sophie—. ¿Cierto, querida?

La joven puso sus ojos en blanco.

—Estoy muy segura de que seré la excepción a la regla que confirmará la tradición.

—Como sea, eres la jovencita tres millones que lo asegura… Por cierto, tú y las maestras de la academia deben asistir al baile de Rock Hall. Que conste que te estoy avisando con un mes de anticipación.

—¿Por quéééé? Laura siempre es la que va en representación del plantel académico.

—Es el debut de tu prima Violet. Todas las damas de la familia la deben apoyar esta temporada.

—Oh, lo había olvidado… —Su postura se encorvó. Las Grandes Damas siempre encontraban una excusa para obligarlas a asistir a los eventos sociales, pese a que ya eran solteronas—. Detesto los bailes… No, más bien detesto a los caballeros que asisten a los bailes. Son insoportables.

—Te entiendo, querida. Solo será este año… Si Violet tiene suerte, encontrará algún caballero que sea digno de ella.

—Ustedes las Grandes Damas tienen un exceso de optimismo respecto al matrimonio.

—Por supuesto. Si mi hija se casó a los treinta y uno, ustedes, que son más jóvenes, tienen esperanza.

—Grace es un caso aparte.

—Y Marian, y Laura, y Emily…

Sophie hizo un gesto para que Emma cesara con su enumeración.

—Ya entendí… —Miró a Hywel y, sin pensarlo, advirtió—: Más le vale que usted vaya, si voy a ir a un baile, quiero bailar con alguien que me simpatice.

Hywel arqueó sus cejas. Ese cambio de humor tan drástico lo desconcertó… Definitivamente, Sophie estaba molesta. No quiso azuzar su mal talante y respondió:

—Anóteme un par de vals o gallops… Es lo único que sé bailar. —Y recordó esa ocasión en que hicieron una competencia de baile con su amigo Edward, las hermanas Montgomery y el padre de ellas. El que resistía más ganaba. Solo Dios sabe cuánto aguantó para no besarla y celebrar su victoria. Su premio de consuelo era que todavía podía evocar el cuerpo de ella entre sus brazos, agotado, jadeante. La sonrisa triunfal.

—¿Cómo no sabe bailar otra cosa? —Él se encogió de hombros—. Bueno, es mejor eso que nada.

Emma bebió té en silencio. Solo se limitó a observarlos con cierto brillo en sus ojos.

Sí, eso era mejor que nada… Aunque sospechaba que pronto podrían anhelar mucho más.

Capítulo 4

Hywel entró a la oficina del alcaide de New Gate y cerró la puerta tras de sí.

—Buenos días, señor Back. —Le ofreció su mano.

El alcaide se limitó a asentir con un gesto seco y solemne, respondió el saludo con un apretón firme. Sin palabras, lo invitó a sentarse.

—Pensé que lo veríamos mañana, señor Welsh.

—Quiero acelerar el proceso lo antes posible. Gracias por avisarme en cuanto sucedió el hecho.

—Siempre tendremos la deferencia con usted y el señor Dutton.

Hywel asintió en agradecimiento.

—Quisiera ver el cuerpo.

El señor Back no ocultó su sorpresa ante aquella repentina e inesperada petición.

—¿Está seguro?

Esa simple pregunta rasgó su voluntad. Una parte de él volvió a ser el niño que sufrió aberraciones que jamás podría describir. La otra solo quería asegurarse de que su agresor ya no respiraba el mismo aire que él, que por fin todo había terminado.

Que su venganza se completó.

—Sí, por favor. Debo dar un reporte detallado.

—Entiendo. —Se levantó—. Sígame, si fuera tan amable.

Recorrer el laberíntico y oscuro recinto no era una tarea para débiles. Gritos de todo tipo, voces autoritarias dando órdenes, gemidos colmados de lamentos; tintineo de cadenas y silbidos que se elevaban y se mezclaban con el aire nauseabundo, producido por el hedor de cuerpos sucios y enfermos, desechos humanos, encierro, humedad y comida en mal estado.

Después de recorrer un estrecho pasillo, enfrentaron una lúgubre puerta custodiada por un guardia.

—En esta habitación se encuentran los cadáveres. —Abrió la puerta. El olor a muerte golpeó sus fosas nasales. Hywel y el alcaide se taparon la nariz con sendos pañuelos y entraron—. El forense ya determinó la causa de muerte de Northwood… Fiebre carcelaria.

Una pequeña ventana iluminaba la estancia, la que solo contaba con un par de camastros donde yacían los cuerpos a vista y paciencia de cualquiera.

—Hoy murieron cuatro… Por eso hay dos cadáveres en el suelo —explicó el señor Back.

Hywel avanzó y observó los cuerpos desnudos. Ninguno de los que estaban en los camastros era Northwood. Desvió su mirada a uno que se encontraba en un rincón donde apenas llegaba la luz.

Obligó a sus piernas a acercarse.

Al principio, le costó reconocer las facciones de su abusador, pero pronto lo asoció con recuerdos que no sabía cómo olvidar.

Más viejo, con los labios hundidos en la boca por la falta de dientes. El rictus de sufrimiento.

Flaco como perro callejero.

Miró hacia la entrepierna. La prueba irrefutable de que era Northwood, la venganza materializada.

Recordó ese día en que Edward y él la llevaron a cabo.

Quebraron manos, dedos. Cortaron la lengua…

Le extirparon el «arma» con la cual los sometía.

Las fosas nasales de Hywel se dilataron.

—¿Podría dejarme a solas un par de minutos, por favor?

—Por supuesto, señor Welsh.

Cuando escuchó que la puerta se cerró, Hywel se quitó el pañuelo de la nariz.

No le importó el hedor.

Los ojos le ardían.

Apretó los labios y ya no se pudo reprimir más.

Pateó las costillas y la cabeza.

Huesos muertos crujieron.

Dio pisotones coléricos a la entrepierna.

Y, aun así, no bastó.

Escupió esa horrible cara que siempre volvía en sus pesadillas.

No importaba cuánto profanara esa cáscara vacía. Parecía que el dolor no se iba, que nunca se iría.

Sus resuellos producían un desgarrador eco en ese sórdido lugar.

Durante años fue fácil enterrar sus recuerdos y llenar su cabeza de otros, pero al final, fue inútil… Daba igual que Northwood hubiera pagado por sus crímenes con sangre, y que en esa cárcel fuera la víctima de las mismas atrocidades que perpetró. Aquello no adormecía su mente. Temía que nunca encontraría algo parecido a la paz.

—*Gobeithio y byddi di'n pydru yn uffern!*[1]

Le dio un último puntapié.

Furioso, secó sus lágrimas.

El hedor ya no le afectaba. Tampoco el silencio. Lo que lo golpeaba era una certeza implacable: ni siquiera la muerte de ese infeliz le devolvería lo perdido.

Se dirigió a la salida y abrió la puerta. En cuanto se encontró con el alcaide solo dijo:

—Que lo entierren en una fosa común.

*****

Mientras Hywel abandonaba New Gate con los fantasmas más vivos que nunca, Sophie hojeaba distraída una revista de moda. Minerva revisaba las muestras de telas con ojo crítico. Una seda de color azul marino resaltó sobre los de tono pastel.

—Este color se verá hermoso en ti, Ellie. —Miró a su hija menor—. ¿No crees, querida?

—Lo que elijas estará bien, mamá —respondió, sin demostrar ninguna emoción.

—Oh, hija… No sé qué es peor, tu indiferencia o la renuencia de Sophie por ir a los bailes de esta temporada.

La aludida, sin dejar de hojear la revista, contestó:

—Vamos en contra de nuestra voluntad.

Minerva arqueó una ceja sin dejar de revisar otras telas.

—Eso lo tengo claro, pero es necesario. Violet es la última de tus primas en presentarse en sociedad.

Sophie resopló.

—Menos mal… para cuando lo hagan las hijas menores de tía Katherine y tía Emma, Ellie y yo ya no estaremos en la obligación de ir a ningún baile. —«Seré una gran solterona… En un par de años le pediré a Frank que me entregue la propiedad que tenía destinada para mí y mi inexistente esposo», pensó maquiavélica. Miró a su hermana—. Ellie, míralo por el lado bueno, esta será la última temporada.

No era la mejor forma de animar a Eleanor, pero Minerva agradeció ese amargo optimismo de Sophie.

Ladeó la cabeza al ver una seda gris, era tan brillante que parecía plateada.

—Sophie, ¿ya te has decidido por algún modelo?

Justo en ese instante, los ojos de su hija se clavaron en un diseño precioso.

Escandaloso.

«No, es demasiado —descartó de inmediato—. Tampoco quiero demostrar que estoy desesperada por atrapar un marido a estas alturas».

Recordó la cara de asombro de Hywel cuando la vio con ropa de varón. Le hubiera encantado poder conservar esa expresión en un daguerrotipo.

Se preguntó si un vestido como el de la revista volvería a escandalizar al lobo feroz. En vez de lograr estupor con los ojos clavados en sus pantalones, lo obtendría con la osadía enfundada en seda y encaje.

Solo por eso se lo mostró a su madre.

—¿Qué opinas de este?

Minerva frunció el ceño, se acercó a su hija y tomó la revista para ver mejor el modelo.

—Este escote está a tres centímetros de la indecencia, querida.

Eleanor hizo una mueca. Sophie pensó que quizás se extralimitó.

—¿Es demasiado?

—Ya dije, está a tres centímetros de la indecencia… —Y su ceja rubia se alzó con picardía.

—Oh, entiendo. —Sonrió—. Entonces que sea ese.

—Tienes la madurez suficiente para lucirlo. Estaba pensando que podía ser en seda gris, resaltará tus ojos y tu cabello… Cambiando de tema… ¿Hoy irás a Fullham?

—Sí, tía Emma pasará a buscarme al mediodía.

—Bien, dales mis cariños al señor Welsh y a su familia.

—Lo haré. —Dirigió su atención hacia su hermana que parecía a punto de quedarse dormida—. ¿Me quieres acompañar, cielo?

Eleanor se envaró y le sonrió. No estaba muy segura de lo que le había preguntado su hermana, pero solo respondió:

—Claro que sí.

*****

Sophie observaba, ensimismada, una de las tantas calles elegantes de Mayfair a través de la ventanilla del carruaje. Pensaba en el avance de sus dedaleras, pero, entre medio de tallos sanando y brotes emergiendo, la imagen de Hywel se colaba sin pedirle permiso.

La voz de Emma la sacó de sus pensamientos.

—Estás muy callada, querida.

Sophie la miró y le sonrió.

—Solo estoy cansada. Estuvimos toda la mañana en el atelier.

Eleanor soltó un suspiro.

—Mamá nos levantó temprano. No nos perdona ni porque es sábado.

—No la culpen. Solo quiere que ustedes se vean hermosas.

Sophie volvió a mirar por la ventana.

Y de pronto, lo vio.

No lo pensó dos veces. Tiró de la campanilla para pedir que el carruaje se detuviera. Emma y Eleanor la observaban, extrañadas, cuando Sophie abrió la ventanilla y saludó:

—Buenas tardes, señor Welsh.

Hywel oteó, desconcertado, en todas direcciones antes de verla.

Y le sonrió.

No obstante, ella notó que aquel gesto no era del todo genuino. Carecía de esa fuerza que siempre lo caracterizaba.

—Buenas tardes, señorita Montgomery. ¿Va al invernadero?

—Sí, ya sabe… Mi visita semanal. ¿Lo llevamos?

Eleanor también se asomó.

—Hola, señor Welsh.

—Oh, veo que va un pequeño rebaño de ovejitas descarriadas.

Eleanor rio, le causaba gracia el apodo. Hywel le guiñó el ojo. Su atención se desvió hacia Sophie, quien insistió:

—Hay espacio de sobra para usted.

—Aunque quisiera verme rodeado de tan preciosas jovencitas, he de negarme. Tengo asuntos pendientes en el puerto.

—Oh… Entiendo. —Sophie no dejó que la decepción se reflejara en su voz. No se sentía tranquila. Sabía que la respuesta de Hywel solo era una excusa, el río quedaba en dirección contraria—. Entonces, espero verlo en el transcurso de la tarde.

—Es posible que llegue al anochecer. Tendré el placer de disfrutar de su conocimiento la próxima semana.

Sophie forzó una sonrisa. Una espina se quedó clavada en su serenidad.

—Bueno, así será. Nos vemos. Cuídese mucho, señor Welsh.

—Nos vemos, señorita Montgomery… y señorita Montgomery. —Se tomó el ala de su sombrero y continuó con su camino.

Sophie tiró una vez más de la campanilla, y el carruaje reanudó la marcha.

Con una extraña sensación, siguió con la mirada a Hywel hasta que se perdió entre los transeúntes.

*****

Sábado, 7 de marzo de 1846.

Han pasado dieciocho días desde el granizo. La muestra Circe ha presentado una notable recuperación en

comparación con el resto de las muestras de las tierras de Rothbury que, si bien han sobrevivido y se han curado, no ha sido tan rápido ni con tanta fuerza. Los brotes de Circe ya se han convertido en hojas y pronto se formará el tallo.

Lo mismo sucede con la muestra Asteria de Hastings y Aracné de Richmond.

Si comparo estos resultados con el experimento inicial, se reafirma que el guano de Perú es el fertilizante que ha dado mejores resultados, lo que comprueba los postulados de Justus von Liebig; el nitrógeno, el fósforo y el potasio son nutrientes extraordinarios para la nutrición del suelo y, por ende, para la planta.

Sophie sonrió al poner punto final en su bitácora. Se encontraba sentada en el suelo del invernadero, vistiendo su habitual ropa de varón. Se rascó la cabeza con la punta del lápiz grafito, pensativa, buscando en su memoria si había olvidado un detalle que agregar.

Tomó una de las macetas sin fertilizante, la de Richmond. Esa tierra casi no tenía nutrientes, la dedalera apenas brotaba.

Su experimento no se había perdido. Fue una buena elección tomar en cuenta la sugerencia de Hywel.

Desde ese día que se lo encontró en Mayfair que no lo veía. Habían pasado dos semanas. Cerys y Eira le contaban que apenas coincidían en la mañana y en la noche. Según él, estaba con mucho trabajo de la compañía.

Pero algo le molestaba Sophie. Esa justificación era lógica, plausible, mas no era suficiente.

¿Acaso él la estaba evitando? ¿Había hecho algo malo y a él le molestó?

Quizás estaba pensando demasiado, y aquel distanciamiento no tenía nada que ver con ella.

Sí, eso era.

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que pasaba algo importante?

Un inusitado agobio la invadió.

Contempló las dedaleras buscando un consuelo.

Suspiró.

Cerró su bitácora.

El olor a tierra húmeda y albahaca fresca flotaba en el aire, como si las plantas respiraran con ella.

Se levantó. Miró al señor Kumar que se encontraba regando Las albahacas.

—Ya he terminado por hoy, señor Kumar.

El hombre asintió y le sonrió

—Que tenga una estupenda semana, señorita. Gracias por ayudarme con el jengibre.

—Siempre es un placer.

Justo en ese momento la voz de Eira intervino.

—Señorita Montgomery, mi madre y la duquesa van a tomar un refrigerio, ¿nos quiere acompañar?

Sophie dio media vuelta y puso sus manos en jarra.

—Iré siempre y cuando deje las formalidades de lado. Cielos, usted es mayor que yo por pocos años. No somos unas abuelitas.

Eira rio. Sophie era una joven muy desenfadada y vivaz.

Le recordaba a ella misma cuando era niña. Antes de que su padre la separara de su madre.

A veces sentía una punzada de envidia. Quería volver a esa época más sencilla y feliz, cuando no sabía de la crueldad del mundo y de los hombres.

Ya no se podía desandar lo recorrido.

—Se me olvida que con usted las formalidades no aplican. —Sophie arrugó su nariz, amonestándola—. Digo, contigo.

—Ahí sí, mucho mejor, querida Eira. —Se acercó a ella y la tomó del brazo—. Vamos… Dime, ¿tendrán limonada?

—Por supuesto.

—Ay, es insuperable.

—Sí, tienes razón… —A paso lento atravesaban la mansión—. Hywel nos mima demasiado, siempre se preocupa de que comamos alimentos sabrosos.

—Me enfadaría mucho si el señor Welsh no lo hiciera. Ustedes son sus mujeres favoritas y han pasado por demasiadas cosas malas.

—¿Por qué no lo tratas a él con familiaridad?

Sophie rio.

—Si le doy mucha confianza, sus coqueteos serían más descarados.

—Oh, entiendo… Demasiadas palabras hermosas ilusionan.

—Así es. A veces no se sabe si son ciertas o no. Prefiero ser precavida. Tu hermano es peligroso.

Eira esbozó una sonrisa triste.

—Es extraño conocer esa parte de su personalidad. Vivimos muchos años separados, me cuesta encajarla con lo que creía saber de él.

—Todos cambiamos. Es posible que él también tenga esa clase de sentimiento hacia ustedes… Pero ya sabes, él no dirá nada. Al fin y al cabo, es un hombre, no se le puede pedir mucho.

No dijeron nada más. Cuando salieron al jardín, el sol les dio la bienvenida con su tibio calor.

Una brisa fresca trajo el aroma de los parterres plagados de rosas y peonías que circundaban la mansión.

Eira inspiró profundo y dijo:

—Este lugar es maravilloso. Lo extrañaré mucho cuando tengamos que irnos.

Aquella sentencia le produjo un escalofrío a Sophie.

—¿Por qué lo dice? ¿A dónde se irán?

—Por el momento a ninguna parte, solo es que… No sabemos qué decidirá Hywel. No podemos abusar de la hospitalidad y generosidad de Edward.

—Oh, estoy segura de que a mi cuñado no le molestará, sino todo lo contrario. El señor Welsh es casi un hermano para él, y ese sentimiento se extiende hacia ustedes.

—Lo sé… pero, de todas formas, no es mi hogar.

—El hogar no es el lugar, sino donde están quienes nos aman.

Aquellas palabras fueron como una epifanía para Eira. Al principio, el concepto de hogar lo asociaba con los lugares. Cuando

se casó, extrañaba su casa en Londres, porque era lo que conocía, pero, en realidad, lo que echaba de menos era a quienes había perdido: a su madre, a Gwendolyne y a Hywel. Sophie tenía razón. Mientras estuviera con sus seres queridos, ese sería su hogar.

Cuando divisaron la pérgola, Emma y Cerys les hicieron señas alegres.

No obstante, los ojos de Sophie se desviaron hacia un jinete que se acercaba al trote sobre su caballo.

Hywel.

No importaba si se veía desaliñado, ojeroso, delgado, y barbudo. Podía reconocerlo en cualquier parte, su porte gallardo era inconfundible.

Sophie fingió ligereza y solo lo saludó con un ademán antes de adentrarse en la pérgola y sentarse junto al resto.

Hywel se acercó a ellas, sin bajar de su caballo negro.

Emma, desenfadada, le dijo:

—Está casi irreconocible, señor Welsh. Si no fuera por sus ojos, hubiera pensado que era parte del servicio de la mansión.

—Me falta el acento indio, su excelencia. —Y le guiñó el ojo, evadiendo la pregunta implícita de la duquesa.

Sophie lo estudiaba pretendiendo que la limonada era más interesante. Sin duda, aparte del aspecto, algo más había cambiado en el señor Welsh… En la superficie parecía ser el mismo de siempre, pero a la vez no lo era. Donde antes existía luz y viveza, ahora solo había sombra.

«¿Será que está así por una mujer?», se preguntó y, por primera vez en mucho tiempo, bebió el trago amargo de los celos.

«¡Pamplinas!».

No obstante, su corazón indómito tomó el control de su voz y preguntó:

—¿Y qué le pasó, señor Welsh?, ¿una dama le rompió el corazón?

Hywel no replicó de inmediato, se limitó a mirarla. En sus labios se asomó una sonrisa de medio lado.

—En Inglaterra solo hay una dama que suele romperme el corazón con sus dardos certeros. —Y le arqueó una ceja acusadora.

—No, señor Welsh. Estoy segura de que tiene un corazón tan duro como el acero. Mis palabras no hacen mella en usted.

Sophie sabía que ese juego no la iba a llevar a ninguna parte. De verdad le preocupaba el señor Welsh. Aparentaba que nada lo perturbaba, pero había algo roto dentro de él que ni su coqueteo ni su ironía lograban ocultar. Un llamado que lo sentía como una súplica.

Como si le dijera: «Necesito ayuda»…

Y Sophie no sabía cómo hacerlo, él parecía encontrarse lejos.

Inalcanzable. Como si hubiera alzado altos muros invisibles entre su corazón y el mundo.

Y, sin embargo, ella sintió el impulso irracional de buscar una fisura que le permitiera derribar esa barrera y alcanzarlo.

Capítulo 5

Justo cuando la campana señaló el fin de las clases, Sophie aguardó afuera del salón de música de la Academia Hope. Esperó a que las alumnas salieran de la estancia y luego entró. Ahí se encontró con su prima política, Gwendolyne Witney.

La hermana menor de Hywel borraba el pizarrón con vigor. Con cada pasada, las notas musicales y el pentagrama de la lección anterior se difuminaban.

Sophie carraspeó para anunciar su presencia. Gwendolyne detuvo sus movimientos y la miró, su sonrisa amable emergió al instante. Esa fue señal suficiente para la joven y, sin más preámbulos, dijo:

—Gwen, ¿has visto últimamente a tu hermano?

Gwendolyne frunció el ceño, extrañada. Dejó el borrador de lado y, mientras se sacudía las manos, respondió:

—No lo veo desde hace unas semanas. De hecho, anteayer fuimos Tony y yo de visita a Fullham y no se encontraba. ¿Por qué lo preguntas?, ¿le pasó algo malo?

Sophie se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizás son imaginaciones mías, pero no parece ser el mismo de siempre. Pensé que, como eres más cercana a él, sabrías algo. —Gwendolyne arqueó sus cejas. Sophie sintió que había cometido un error—. No es que sea una entrometida… Bueno, quizás lo soy…

—Ay, ya me has preocupado. Iré a verlo hoy mismo.

Sophie esbozó una sonrisa.

—Gracias, Eira y tu madre también están preocupadas.

Recordó la conversación que sostuvieron en la pérgola en cuanto Hywel se marchó al establo. Todas coincidieron en que algo importante le había sucedido. Eira y Cerys aseguraron que conversarían con él. Sophie les pidió que le enviaran un mensaje en el caso de tener cualquier novedad.

Ya habían pasado cinco días. Quizás solo obtuvieron evasivas vacías. Típico del señor Welsh.

—Me lo imagino —repuso Gwendolyne, trayendo a Sophie al presente—. Hywel puede parecer muy extrovertido, pero suele guardarse las cosas más importantes. —«Y las más dolorosas», pensó con acritud.

—Gracias, sabía que podía contar contigo… Yo… yo estimo mucho al señor Welsh… Ah, y, por favor, no le digas que yo te pedí hablar con él.

El tono nervioso le pareció extraño a Gwendolyne y preguntó, inquisitiva:

—¿Por qué? Eres casi de la familia.

—No quiero que lo malinterprete. Ya sabes cómo es él, se cree el hombre más irresistible del mundo.

Gwendolyne asintió. Entendía a Sophie, ella solo protegía su corazón.

Era divertido. Para su amiga ya era demasiado tarde.

*****

Hywel se quitó el chaleco y la camisa que se le pegaban al cuerpo. Colgó las prendas en la puerta del establo, húmedas de sudor.

Tomó un fardo de alfalfa, rompió las amarras y le dio de comer a Rajá, el caballo árabe de su amigo Edward.

Mientras el animal devoraba su alimento, Hywel tomó un cepillo e inició el ritual de acicalar el pelaje azabache de la imponente bestia.

Sus movimientos eran metódicos, precisos. Su mirada se extraviaba en las formas del animal, en la fuerza de la poderosa musculatura, en las largas crines de la cola.

En las últimas semanas, era lo único que le traía una brizna de paz.

Durante el día era más fácil mantener la mente ocupada, cabalgar, atender la compañía, e incluso visitar a su progenitor le ayudaba a no pensar. Sin embargo, las noches se convirtieron en su enemigo.

Despertaba gritando y con el cuerpo empapado de sudor. El corazón le latía tan fuerte que el pecho le dolía. En su mente se mantenían frescas las imágenes de sus pesadillas: el cadáver de Northwood volviendo a la vida, y él empequeñeciendo hasta convertirse en un niño indefenso. Su voz enmudecía, sus piernas no respondían.

Sin escapatoria.

Ni siquiera al despertar.

—Señor Welsh… —La voz de Sophie, lejana, se metió en sus recuerdos—. ¡Ay, Dios santo! ¡Lo siento!

Hywel se giró y se encontró con su ovejita negra cubriéndose los ojos y con la cara tan roja como una amapola.

Por medio segundo, él no entendía por qué ella reaccionaba de esa manera, hasta que Rajá lo empujó con sus cuartos traseros y sintió el leve golpe en su piel desnuda.

—Oh, lo siento… Tenía calor. Me pilló desprevenido. —Pese a la sorpresa, sonrió. Era tan extraño ver a la señorita Montgomery comportándose como una inocente damisela, por lo que quiso provocarla—. Pensaba que, teniendo cuatro hermanos mayores e innumerables primos, estaría acostumbrada a ver el torso desnudo de un hombre.

—He visto muchos… Pe… pero no tan de golpe. —No quiso admitir que la última vez que vio a un hombre a medio vestir fue cuando sus hermanos eran unos jovencitos. Tampoco contaban las estatuas griegas del Museo Británico. El hecho de que fueran de mármol les quitaba lo carnal y morboso de la desnudez.

Ay, debería existir un manual para reaccionar ante un perfecto torso masculino. Lo hubiera leído antes que cualquier volumen de botánica.

La risita burlona de Hywel hizo que su cara enrojeciera más. No le creía. Alcanzó la camisa y, raudo, se la puso.

—Sin duda debió ser impactante, *cariad*… Ya puede mirar. No es mejor que hace unos segundos, pero usted manda.

—No sea idiota.

Se descubrió los ojos. Al menos se veía un poco más civilizado; la barba más crecida y las ojeras no ayudaban en nada a su aspecto.

Él era una seductora mezcla entre caballero y bárbaro.

Parpadeó para deshacerse de su último pensamiento. Hywel le arqueó una ceja, se puso el chaleco e interpeló:

—¿No debería estar en el invernadero bajo la mirada atenta de la duquesa?

—Hoy me ha acompañado mi madre. Está con Eira y la señora Cerys.

—Entonces, ¿ha venido a escondidas solo para verme? Su reputación está en peligro. Me siento halagado.

Sophie puso sus ojos en blanco.

—Usted es imposible… Sí, he venido solo para verlo, pero no del modo ridículo que supone.

La expresión pícara de Hywel cambió. Llamó a uno de los sirvientes y le pidió que terminara de acicalar y atender a Rajá. Con un gesto la invitó a salir del establo.

A paso lento, la guio por el jardín.

—El establo no es un lugar apropiado para usted, señorita Montgomery. Suelen surgir rumores.

El rostro de Sophie volvió a encenderse. No pensó en las consecuencias, sabía que ni la madre ni las hermanas del señor Welsh obtuvieron algo concreto, y actuó en cuanto lo vio volver a través de los vidrios del invernadero.

No le quedó más remedio que admitir su torpeza.

—Lo sé… Como sea… Señor Welsh, ¿se encuentra bien?

Hywel inspiró profundo y resopló. Otra mujer que le hacía la misma pregunta.

—Sí, señorita Montgomery. Perfectamente.

—Su cara dice todo lo contrario… —Detuvo sus pasos y alzó la mirada—. Usted es una persona importante para muchos, es evidente que algo le ha sucedido y que le ha afectado más que cualquier otra cosa… Mírese, todo taciturno y lánguido. Sé que no soy la primera persona a la que le va a confiar sus tribulaciones, ni se lo estoy pidiendo, pero… —No encontró las palabras que quería decir. Su cerebro quedó en blanco.

—Gracias por preocuparse por mí. —Pese a que por primera vez en su vida se vio impulsado a exteriorizar su sentir, no cedió. Su

dolor era solo suyo, una carga que no debía compartirse con nadie, menos con aquella joven que, sin duda, seguía siendo inocente en muchos aspectos—. De verdad lo aprecio.

Sophie apretó los labios. Se sentía inútil al no poder decir nada que aliviara de alguna forma a Hywel. Ella solo sabía de plantas y…

Abrió sus ojos… Sí, eso era.

—Espéreme aquí. —Y sin más se fue corriendo.

Hywel, desconcertado, solo se limitó a ver cómo ella se alejaba en dirección al embarcadero. Sonrió, se dio cuenta de que se había habituado a verla vestida de varón.

Habituado no era lo mismo que la indiferencia. Sentía que le permitía ver una parte de ella que nadie más —aparte de sus cercanos— conocía.

Un voto de confianza.

No obedeció a la joven, la siguió a paso tranquilo para encontrarse con ella a medio camino.

El sol se hallaba en su punto máximo, nubes errantes y algodonosas cubrían la luz y su sombra se proyectaba en la tierra, moteándola.

La brisa húmeda proveniente del río le recordó el océano, sus largos viajes, la vida de navegante. Cada día era un desafío, cada puerto un triunfo.

Llevaba más de un año en Inglaterra. Le parecía que había vivido más que en veinte.

Llegó al embarcadero y buscó a Sophie. Pronto la halló a la orilla del río, sumergida entre los altos tallos de flores silvestres. Arrancaba una mata a tirones.

—¿Qué hace, señorita Montgomery?

Ella dio un último tirón y sonrió.

—Oh… bueno, estoy cosechando esto para usted. —Le mostró la raíz—. *Valeriana officinalis*. Supongo que sabe para qué sirve, a menos que haya olvidado el latín de la noche a la mañana.

Los labios de Hywel luchaban por no sonreír. Valeriana medicinal, eso significaba y, por supuesto, que conocía sus propiedades. La situación era jocosa a la par de seria. Carraspeó y repuso:

—¿Me está regalando un sedante?

Sophie asintió con energía. Hywel sabía cuál era su propósito.

—Es lógico que no está durmiendo bien, sus ojeras lo delatan. Seguramente, se levanta cansado y ni siquiera se anima para afeitarse… Si tuviera un sueño más reparador, se verá menos… —«Desolado», pensó—… Lamentable.

Se la ofreció. La planta temblaba, y no era por la brisa. Sophie carraspeó, de súbito una taquicardia disparó sus pulsaciones. En cuanto llegara a casa tomaría una infusión suave de dedalera.

Hywel la tomó sin titubear.

—Gracias, *cariad*. —Estudió la planta—. ¿Y cómo la preparo?

—Es más potente la raíz que las hojas, pero lo ideal es que la seque. Se lava bien, se corta en rodajas finas y las dejamos en un lugar seco, fresco y oscuro… Las tiene que ir volteando para que se ventilen y no se forme moho. Eso tarda una o dos semanas. Puede acelerar el proceso a doce horas horneándolas solo con las brasas. El calor debe ser muy bajo, lo suficiente para que pueda poner la mano y no se queme. Así se conservarán las propiedades de la valeriana… —Frunció el ceño y negó con la cabeza—. Creo que es mejor que yo las prepare, ¿qué clase de amiga soy? Le ofrezco una medicina, pero lo hago trabajar. No, señor… Hablaré con mi madre para que me permita quedarme aquí y prepararla, ella debe volver a casa porque tiene asuntos que atender... Estoy segura de que no se negará, sobre todo si se trata de usted.

Hywel entreabrió su boca, ella decía que era su amiga. La cerró apenas lo notó y repuso:

—¿No se supone que usted debe estar con una carabina cuando permanece en la casa de un hombre soltero?

—Su madre y Eira cumplirán esa función. No es para tanto… —Volvió al lugar de donde extrajo la primera mata de valeriana y cosechó más—. Puedo secar una buena cantidad para que tenga por un par de semanas…

Hywel no supo por qué los ojos le ardieron. Se lo atribuyó al sudor que se escurría por el rabillo. Discreto, se sorbió la nariz y ayudó a Sophie a recolectar más raíces.

Ella lo miró de soslayo y reprimió una sonrisa. Quizás no estaba haciendo gran cosa, pero contribuir en algo a la tranquilidad de Hywel le hizo sentir bien, que tanto conocimiento acumulado servía para aliviar a alguien querido.

No era una solución definitiva, pero, si de alguna forma lo ayudaba, se daría por pagada.

Hywel la observó en silencio. Entre sus manos, las raíces recién arrancadas olían a tierra húmeda y a esperanza.

No recordaba cuándo había sido la última vez que respiraba sin sentir que no lo merecía.

Ella, ajena, sacudió la tierra de sus manos y le sonrió.

Y fue entonces cuando él comprendió que, a veces, la vida también germinaba sobre el dolor.

Tal como la valeriana, en medio de la tierra agreste, a merced de los inexorables elementos.

Era un milagro.

Capítulo 6

Sophie se despidió de su madre y el carruaje partió. Las sombras oblicuas señalaban que la tarde moriría en unas cuantas horas.

Soltó un resoplido. Un viento frío le erizó la piel y entró a la mansión.

Cuando llegó a la cocina, el confortable calor le dio la bienvenida. Cerys y Eira lavaban las raíces con afán. Ella ya les había hablado del proceso a grandes rasgos y adelantaron una parte de la tarea.

—Muchas gracias, señora Cerys, Eira.

La madre de Hywel contestó con su voz serena:

—Es un placer… Así aprendemos el proceso. A veces me cuesta conciliar el sueño y la manzanilla no me ayuda en nada.

—Sí, suele suceder. La valeriana es un poco más fuerte, pero no llega al punto de la adicción como el láudano. Ese sedante suele ser bastante… peligroso. —Bien lo sabía ella. Muchos años atrás, cuando su madre era la marquesa de Somerton, bebía su té con láudano. Prefería dormir en vez de enfrentar la realidad.

La tristeza, la violencia, el peso de la vida y las decisiones orillaba a las personas a cometer más errores.

Lo bueno fue que Minerva logró superar esa adicción cuando se dio cuenta de que si ella era feliz, sus hijos lo serían. Se decidió y le abrió su corazón a August y se dieron una oportunidad. Una que todavía aprovechaban.

De ellos Sophie aprendió que un matrimonio por amor era posible, pero había que ser sabia en la elección de un compañero y, aun así, aquello no era garantía de éxito. Muchos hombres eran expertos en ocultar sus verdaderas intenciones.

Eira extendió un paño limpio sobre la mesa y con otro secaba las raíces limpias. Sophie buscó con la mirada a la cocinera y pidió:

—Señora Iniya, ¿me podría prestar una tabla de picar y el cuchillo más afilado que tenga?

La cocinera solo asintió. Buscó lo pedido y se lo entregó. Ella tomó una de las raíces y, con pericia, la cortó en rebanadas finas.

Eira se acercó y observó, asombrada:

—Manejas muy bien el cuchillo. —Sophie sonrió por el halago—. ¿Aprendiste en la academia?

—Así es. Las hijas de las Grandes Damas tenemos la opción de trabajar como maestras en la academia cuando cumplimos la mayoría de edad, y si todavía seguimos solteras… —Lanzó una risita—. Todas hemos pasado por ahí, es parte de nuestro destino cumplir siempre con los requisitos. —Apretó los labios, resignada—. Como sea, el asunto es que también aprendemos diversos oficios. Sé cocinar y debo decir que friego muy bien los pisos.

Cerys, quien también observaba a Sophie con interés, preguntó:

—¿Y el oficio de boticaria también lo aprendió en la academia?

—Oh, no. Lord Grimstone, el suegro de la duquesa y padre de lady Corby, fue boticario en su juventud. Aprendió todo de su primera esposa, y esos conocimientos se los transmitió a su hija y a su nuera, y luego ellas me lo enseñaron. En términos botánicos me especializo más en plantas medicinales que ornamentales.

—Impresionante, tan joven y sabe tantas cosas.

Sophie estuvo a punto de decir «No es para tanto», pero su realidad no era la misma que las de muchas. Agradeció haber nacido en una familia que educaba a sus hijas más allá de las expectativas sociales.

Le sonrió a Cerys y respondió:

—El saber es un privilegio, y a veces lo olvido. Mi madre siempre nos ha inculcado que seamos capaces de sobrevivir si se da el terrible caso de quedar desamparadas, y eso se logra con educación, una que sea práctica y se aplique en el mundo real… —Interrumpió su tarea y miró a Cerys y a Eira—. ¿Me pueden ayudar con las rebanadas, por favor? Deben dejarlas sobre el paño para que absorba la humedad… Sí, así, muy bien. Gracias.

Mientras Sophie cortaba las raíces, el aire de la cocina se fue inundando de aromas: las brasas del horno, las especias y las yerbas

se mezclaban con el peculiar olor terroso y dulce de la valeriana, y el resultado era bastante...

La cocinera arrugó la nariz y negó con la cabeza. Cerys rio al ver el espontáneo gesto.

—¿No te gusta el olor, Iniya?

—Huele a pies sudados… muy sudados. Me recuerda a mi difunto abuelo. Era insoportable.

Todas rieron con aquella vehemente declaración.

Sophie, entre carcajadas, repuso:

—Bueno, le tengo que dar la razón, no es un olor agradable, aunque no sé si huelen así los pies sudados. Lo siento mucho, no es mi intención recordarle la fetidez de su abuelo, pero es por un bien superior.

Terminó de cortar las raíces y las que estaban sobre el paño las trasladó a una bandeja de latón. Probó la temperatura del horno poniendo la mano dentro hasta que ya no soportó el calor y dijo:

—Todavía está un poco caliente. Hay que esperar o las raíces se arruinarán. —Y colocó más en otra bandeja.

Eira, de buen humor, bromeó:

—Pero no hay que esperar mucho o se pudrirán, igual que los hombres. —Y soltó una risita burlona.

Sophie le lanzó una fugaz ojeada. El sentido del humor de Eira era bastante negro. Era como si se riera de sí misma. Quizás era una forma de lidiar con su horrible pasado reciente; un matrimonio espantoso que duró tres años. Un marido viejo y bígamo que la envió a un manicomio cuando ella descubrió la verdad. Su padre la casó con un hombre podrido.

Por pura solidaridad agregó:

—Tienes razón, dicen que los hombres una vez que maduran, se pudren.

Una sombra de anchos hombros se alzó en el umbral. Hywel arqueó una ceja y espetó:

—¿Y yo estoy maduro o podrido?

Eira rio y repuso:

—Estás en un punto peligroso, hermano. Hoy aprenderás a esperar lo justo para no pudrirte.

—Muy graciosa.

Cerys se acercó a su hijo y le acarició el rostro recién afeitado.

—Ya estaba pensando que nunca dejarías la barba.

Sophie le dedicó una mirada subrepticia. Le alegró el alma verlo más repuesto. Hywel se rascó el mentón.

—No estoy acostumbrado y ya me picaba.

Eira terció:

—Ahora ya no pareces un anciano.

—¿Cuál es tu problema con la edad? Tan viejo no estoy.

—Acostúmbrate, porque te lo dirán cada vez más seguido. A nosotras nos tachan de viejas secas desde los veintiuno.

Y Sophie agregó:

—Y si se es soltera, peor. Antinatura. ¡Un desperdicio! —Rio—. Agradezca que a usted lo fastidian pasado de los treinta.

Hywel no replicó. En cambio, tomó una de las rebanadas que reposaba en la lata. La estudió como si fuera un raro espécimen.

—Vaya, casi son transparentes.

Sophie notó que él estaba cambiando de tema.

—Así se secarán más rápido. —Volvió a probar la temperatura del horno. Sonrió, era perfecta. Puso las dos latas llenas de raíces—. Hoy toca trasnochar, pero valdrá la pena. —Del bolsillo de su chaleco sacó un reloj y consultó la hora—. En quince minutos voltearé las raíces. Así será hasta que queden quebradizas.

Hywel asintió. Secar las raíces era una labor ardua.

—Es un proceso largo, propongo que nos vayamos turnando para que usted no lo haga sola. —Miró a su madre y a su hermana—. ¿Les parece bien?

Cerys y Eira asintieron. La madre de Hywel propuso:

—Creo que será más divertido si cenamos aquí en la cocina… ¿No le molesta, Iniya?

—No, señora Cerys. Usted manda.

Era extraño para Cerys escuchar algo así. Nunca sintió que poseía alguna clase de poder. Ni cuando vivía con el padre de Hywel, y menos en el manicomio donde fue encerrada por él.

Eira interrumpió su reflexión cuando dijo:

—Yo iré a buscar naipes de la sala de juegos. ¿Sophie, juegas ajedrez?

—Sí, también damas, billar, adivinanzas. El juego que me propongas lo acepto.

—Estupendo. Buscaré algo, la sala de juegos es enorme. Mamá, ¿me acompañas?

—Claro.

Ambas mujeres se tomaron del brazo y salieron de la estancia.

Hywel y Sophie al verse casi a solas se miraron con incomodidad. Esbozaron una tímida y fugaz sonrisa. Ella desvió su atención al horno. Acomodó unas rebanadas que se habían superpuesto.

Él se sentó en un taburete que se hallaba cerca del mesón de cocina. Se dedicó a observar los movimientos sutiles y gráciles de esos dedos finos. Aquellos estaban lejos de parecerse a los de una damisela ociosa y, sin embargo, para él eran hermosos y reflejaban el carácter voluntarioso de Sophie.

Ella siguió acomodando algunas raíces que, en realidad, no necesitaban moverse. Todo era una puesta en escena para que la pregunta que iba a formular no evidenciara su interés.

—¿Y ya ha decidido si va a volver a la India?

Hywel tardó en responder, sus ojos estaban pendientes en el perfil concentrado de Sophie.

Parpadeó e inspiró.

—Aún lo estoy sopesando. Si dejo de trabajar en la compañía, tendría que empezar de nuevo, ya sea aquí o en la India.

Sophie cerró la puerta del horno. Le brindó una mirada ladina y repuso:

—Y claro, a su edad no se tiene la misma energía. —Hywel rio quedo—. Ya, pero hablando más en serio… Si tuviera que empezar de nuevo, ¿qué haría?

Él miró al cielo raso y se cruzó de brazos.

—Quizás iría a Gales a recuperar las tierras donde viví mis primeros años. Su experimento me está convenciendo de que se puede revertir el daño de tantas malas prácticas agrícolas.

Sophie arqueó las cejas ante aquella declaración.

—¿Cómo sabe que mi experimento ha ido progresando?

—Porque me interesa. Todos los días visito el invernadero a ver las dedaleras. Las muestras que tienen guano han tenido avances notables.

Ella sonrió complacida y agregó:

—Incluso en las tierras que parecen ser más infértiles… Pero todavía falta tiempo para cantar victoria.

—El tiempo probará que lo que le digo es cierto. Debería escribirle al señor von Liebig y contarle lo que ha hecho.

—Quizás… También me gustaría mostrarlo en la Royal Society… Aunque sé que es imposible. No tengo las conexiones para que un miembro acepte revisar mis estudios. —Se encogió de hombros—. Me conformaría solo con incomodarlos.

—Vaya, así que la Royal Society es un lugar donde no ha llegado el poder de su familia y amigos… Es extraño.

—No todo lo que brilla es oro. Las puertas que se nos han abierto ha sido casi a la fuerza, por conveniencia. Los intereses científicos de mi círculo van por el lado de la medicina: mi primo Gabriel es veterinario, y mi amigo Matt es médico.

—Y los que poseen tierras y trabajan con ella. ¿No les interesa el resultado de su experimento?

—Supongo que sí… En realidad no les he contado ni he pedido ayuda. Cuando esté segura se los diré, pero… creo que sería un cambio muy radical.

—A veces hay que arriesgarse para hacer cambios radicales.

—Pues sí… —Y su voz murió. Sophie no quiso seguir siendo el centro de la conversación. Le hacía reflexionar y plantearse de verdad si valdría la pena materializar situaciones que solo estaban en su imaginación. ¿Y si nadie la tomaba en serio? ¿Y si se reían de ella? Una mujer científica, ¡vaya ignominia!—… En fin… retomando el hilo sobre las tierras en Gales, si se queda en Inglaterra, ¿se convertirá en un granjero?

—Sí, ¿por qué no? Así le probaré a ese viejo apopléjico que solo debía darle una oportunidad a la ciencia, en vez de seguir usando métodos agrarios obsoletos.

Sophie sabía a quién se refería Hywel. El señor Welsh, padre, no era santo de devoción de nadie.

Un mal padre siempre recibía la indiferencia de su progenie. Muchos podrían tildar a la progenie de Ferdinand Welsh como malos hijos, pero ella no los juzgaba. Él hizo un daño tan profundo e irredimible que el apelativo padre le quedaba grande.

La indiferencia era una consecuencia casi misericordiosa para el monstruo que fue.

—No tiene nada que probarle a ese hombre. Si lo hace, hágalo por usted… Se merece ser feliz con la vida que elija.

Las palabras de Sophie hicieron eco en su cabeza y en su corazón… ¿De verdad ella creía que él se merecía ser feliz?

Hywel carraspeó. Un insolente nudo apretó su garganta y apenas pudo articular un…

—Gracias. —Se miró las manos, debía advertirle quien era—. No sé si lo merezca… No he sido un santo.

—Lo sé… Nadie lo es. Todas las personas somos luz y oscuridad.

Hywel estuvo a punto de preguntarle si ella tenía un lado oscuro, cosa que dudaba, mas la voz de Cerys y Eira acercándose lo silenció.

Segundos después, ellas entraban en la cocina, cargadas de tableros de juego, naipes y papeles. Eira miró a Sophie y preguntó:

—¿Con qué empezamos?

Ella fingió que se lo pensaba.

—¿*Vingt-Un*? No soy muy buena, pero me divierte.

Eira asintió.

—Será *Vingt-Un*… Vamos a la mesa.

Y la tarde se convirtió en noche. Las risas flotaban en medio del olor terroso y las brasas ardientes.

Las primeras estrellas se asomaron y titilaron, como si también quisieran quedarse a mirar.

Capítulo 7

El alegre trinar de los pájaros anunciaba que pronto iba a amanecer. En la tibia cocina, la tercera vela de la noche estaba a medio consumir, pero seguía brindando una cálida luz y sombras danzantes. Eira y Cerys dormían con sus cabezas apoyadas en la mesa. Hywel cubría sus espaldas con las mantas que se les habían resbalado.

Sophie abrió la puerta del horno, rogando al cielo que fuera la última vez. Jamás pensó que mantener una temperatura constante de las brasas iba a ser un desafío tan grande, tanto como vigilar las raíces.

Pero, sin duda alguna, valía la pena.

Hywel se sentó al lado de ella, extenuado y expectante.

Sophie sacó una de las raíces secas. Con sus dedos ejerció una leve presión y la frágil lámina de valeriana se quebró. Hywel sonrió como un niño que recibe un obsequio.

Sus ojos se desviaron hacia Sophie. Ella le regalaba la sonrisa más hermosa que había visto en su vida, feliz y satisfecha… con un pelín de exquisita y agotada arrogancia femenina.

—Lo ha logrado, *cariad*.

—Sí, tal parece que sí. —Tomó otra y repitió la prueba. Quebradiza—. Ahora está lista para guardarla en un frasco.

—¿Este? —Hywel señaló un recipiente de vidrio de boca ancha.

Ella asintió y él se lo acercó.

Poco a poco las raíces se redujeron a trocitos diminutos que llenaron el frasco. Él la observaba con respetuoso mutismo, mas su sonrisa no se desvanecía.

Cuando Sophie quebró la última lámina, dijo:

—Ahora, para consumirla hay que hacer una decocción. —Se deshizo del polvillo que quedó entre sus dedos y selló el frasco con un tapón de corcho

—Entiendo. Se lo explicaré a Iniya si no sabe.

Era la parte más sencilla. Calentar agua con un poco de valeriana molida, y cuando empezara a hervir, se debía bajar la temperatura y dejar que se infusionara a fuego lento para extraer todos los aceites naturales.

—Puedo prepararle un poco ahora para que vaya a dormir.

Hywel rio flojo.

—Me parece que hoy dormiré sin ayuda… Pero ese no es el problema principal, son los sueños.

Sophie no se atrevía a indagar qué clase de sueños eran los que lo perturbaban. No debían ser buenos si lo despertaban en medio de la noche.

—Es difícil controlar los sueños, por no decir imposible —coincidió—. Es como verse despojada de la voluntad, de lo que sucede en ese mundo.

—¿Usted ha tenido pesadillas recurrentes?

Sophie bostezó.

—Antes. Durante mis temporadas.

—¿Tan aterradoras son? Digo, las temporadas, no las pesadillas, esas siempre son terribles.

Una sardónica y perezosa sonrisa tiró una de sus comisuras de Sophie.

—Aterradora no. Humillante… pero no por los motivos que quizás cree. Era consciente del papel que estaba cumpliendo y el objetivo principal, el cual no era el matrimonio precisamente.

—¿Entonces?

—A estas alturas ya debe conocer la fama de nuestras familias. Para nosotras, debutar en sociedad es reafirmar y consolidar el estatus de nuestros padres. A través de sus hijas muestran su poder. Sería casi un milagro que alguna de nosotras lograra cautivar a un caballero. La única que alcanzó dicho hito fue mi prima Marian y su prometido falleció. Años después se casó con mi hermano.

Hywel los conocía. Había contratado los servicios de Horatio Montgomery como detective privado para buscar a Eira y a Cerys.

—Son una pareja extraordinaria, he de reconocer.

—Sí, es envidiable su relación.

—¿Y por qué dice que la temporada es humillante?

Sophie suspiró entrecortado.

—Porque la crueldad de algunas personas provoca que una se cuestione su propia valía… —Se encogió de hombros—. Estuve a un paso de sentirme avergonzada de mi origen y renegar de los míos… Pero abrí los ojos a tiempo. —«De entregar todo lo sagrado para mí», pensó volviendo a revivir esa aguda punzada en su vientre. Forzó una sonrisa y se apuntó el pecho—. Esta oveja no tenía que cambiar el color de su lana por ellos.

—Una oveja negra en todo su esplendor —sentenció con una chispa de orgullo por ella. Bostezó—. Me alegra saber eso.

—Creo que es suficiente por hoy. Lo estoy aburriendo con mis experiencias frívolas.

—No son frívolas… Le hicieron daño a una joven inocente con un veneno poderoso y, a veces, mortal: las palabras.

—Como sea… No se lo cuente a nadie. —Se levantó y se estiró. Los músculos de su espalda protestaron. Lanzó un quejido que despertó la imaginación de Hywel—. Ah, es suficiente por hoy.

Él carraspeó.

—Me llevaré su secreto a la tumba.

Mientras Sophie ponía todo en orden, Hywel fue a despertar a su hermana y a su madre con delicadeza.

Cerys y Eira, apenas abriendo sus ojos, constataron que Sophie había logrado su misión. Ellas la relevaron durante la noche para que descansara, pero la joven en vez de dormir, se dedicó a jugar a *Vingt-Un* con Hywel, un mal perdedor.

De haber apostado, habría perdido la mansión de Edward.

Con sendas sonrisas y abrazos lánguidos le agradecieron a Sophie por preparar la valeriana.

Para lo que quedaba de noche, no necesitarían aquel remedio, pero sin duda, en las próximas, sí.

Con pasos lentos, ellas se adelantaron para irse a sus respectivas alcobas. Hywel tomó una palmatoria y le ofreció el brazo a Sophie con exagerada galantería. Ella sonrió con la sátira que representaba, un caballero escoltándola al amanecer después de una larga fiesta.

Se dio el lujo de aceptar el gesto, y siguieron a Cerys y Eira.

Atravesaron la mansión, subieron las escaleras. Al llegar a la segunda planta, se dieron las buenas noches. Las damas dormían en el ala derecha, Hywel en la izquierda.

No obstante, él las acompañó. Se separó de Sophie para besar la frente de Cerys, luego la de Eira ante sus respectivas puertas. Al final, llevó a Sophie a su alcoba.

El silencio en aquel pasillo se volvió absoluto. La luz de la vela jugaba con las sombras que se proyectaban en sus rostros.

Sophie sabía que debía abrir la puerta e irse a la cama, pero ahí estaba, quieta, dándole la espalda a su alcoba, a la espera.

Como una oveja que está atenta a los movimientos de un lobo que, a pesar de estar herido, aún sigue siendo peligroso.

¿Correr o averiguar?

Hywel entreabrió la boca. Ella pudo escuchar cómo el aire entraba a sus pulmones antes de decir:

—Que descanse, *cariad*. Siempre atesoraré el regalo que me ha dado.

Ella negó con la cabeza.

—Usted es un buen amigo. Toda mi familia lo aprecia mucho.

—¿Eso la incluye a usted?

Durante un segundo, ella dudó en admitirlo, no podía vislumbrar del todo las consecuencias. Sin embargo, la verdad prevaleció.

—Por supuesto. Por eso le preparé la valeriana. Sé que puede obtenerla en cualquier lugar, pero… —Detuvo sus palabras. Había hecho algo absurdo. Era más práctico ir a una botica de Londres y volver. ¡Qué sinsentido! ¡Tanto trabajo!—. Ay, qué torpe he sido, solo debí comprarla.

«Tú siempre queriendo demostrar que sabes y que puedes», se reprochó con dureza.

Su rostro enrojeció. Se sintió ridícula y bajó la vista.

Hywel esbozó una sonrisa. Delicado, alzó la barbilla de Sophie para que lo mirara a los ojos.

—Por eso, aprecio más su regalo. Me dio su tiempo, su esfuerzo y su ingenio. Me dio algo que no se repetirá: una noche

que recordaré hasta mis últimos días, encerrada en un frasco de valeriana. ¡Dios! Cada vez que la tome escucharé su voz.

—Eso se siente como una maldición.

—No, todo lo contrario. Una bendición.

El silencio los envolvió.

Hywel se sumergió en los ojos de Sophie, tan azules como los de él; pero los de ella tenían un matiz más oscuro y profundo. Le daba la sensación de que esa joven era capaz de ver más allá de lo que él quería mostrar.

Y sintió miedo… Pero también una vocecilla insurrecta en su interior cuestionó: «¿Por qué no?».

Miró los labios de esa mujer que se metía más y más en su vida y en su corazón.

«¿Cómo sería besarla? —se preguntó—. Sería tocar el cielo, y no podría detenerme».

Se obligó a retroceder un paso y deshacerse del contacto. Estaba a punto de cometer una locura… y podría salir todo mal.

Era un profesional equivocándose. Por una vez en la vida debía hacerlo bien.

En primer lugar, no debía dañar a esa mujer, de ninguna forma.

En segundo lugar, todo lo que le pidiera se lo iba a conceder.

Y tercero…

El clic de la cerradura lo trajo a la realidad.

Ella, a tientas, había buscado el pomo de la puerta y la abrió.

—Buenas noches, señor Welsh. —Cielos, hubiera jurado que él la iba a besar… Lo peor es que ella deseó que lo hiciera. Todavía sentía en su barbilla el toque delicado de Hywel.

—Que tenga dulces sueños, *cariad*.

Cuando la puerta se cerró, Hywel soltó un resoplido que extinguió la luz de la vela. Un hilo de humo se elevó, llevándose consigo lo que no se atrevía a admitir.

Y así se sintió, en penumbras.

Capítulo 8

La ineludible noche del baile llegó. Cuando la doncella la dejó a solas en su alcoba, Sophie se miró al espejo. Le costaba reconocerse en el reflejo. No podía creer que la mujer sofisticada y hermosa que veía era ella. El vestido que eligió realzaba todas sus formas, y las joyas de perlas que complementaban el atuendo le hacían parecer mayor.

«El tiempo pasa, Sophie. No puedes tener para siempre la apariencia de una jovencita de diecisiete años».

Se giró para verse de perfil.

«Bueno, no me veo mal. No estoy vieja, pero sí más… adulta quizás… Sí, adulta es un término adecuado».

Se perfumó con la fragancia que su prima Laura le había regalado. Inspiró el aroma femenino a bergamota, rosas y jazmines, lo que le hizo recordar el invernadero de la mansión.

Y su mente la traicionó cuando se preguntó si el señor Welsh habría tomado la valeriana para dormir mejor. Tenía la esperanza de que, de algún modo u otro, espantaran las pesadillas que lo atormentaban.

Se tocó el pecho para calmar sus latidos… *Tum, tum, tum, tum*…

Últimamente, su pulso era más errático que antes. No sabía si aumentar la dosis de infusión de dedalera o admitir que su corazón latía de ese modo por un motivo distinto.

De todas formas, si veía a Matt en el baile concertaría una cita médica para hablar de sus síntomas. Nunca estaba de más una opinión profesional, debía armarse de valor para enfrentarla.

Se puso los guantes largos, se miró una última vez y salió de la estancia.

*****

El baile en Rock Hall era todo lo que se podía esperar del ducado de Hastings: opulencia en su máxima expresión. Cada año elegían un tema para la decoración y, en esa oportunidad, fue el retorno de la primavera. En todos los salones de la mansión había hermosos arreglos florales. Las columnas fueron ornamentadas con enredaderas hechas de papel. En todos los rincones había arbustos, helechos y pequeños árboles que fueron traídos desde el jardín para llenar el ambiente de verdor.

Sophie jadeó al entrar al gran salón del brazo de su padre, quien admiraba y observaba todo a su alrededor:

—Vaya, este año se lucieron las Grandes Damas.

Sophie asintió con una sonrisa y añadió:

—Parece un invernadero.

August le palmeó la mano con cariño y sentenció:

—Te sentirás un poquito más cómoda. —Centró su atención en su hija menor, a quien llevaba en su otro brazo—. Ellie, sé que no quieres estar aquí. Apenas puedas, te escabulles a la biblioteca.

Minerva, quien iba del brazo de Sophie, le arqueó una ceja a Eleanor y dijo:

—Ese «apenas puedas» no significa que lo harás en cinco minutos. Saluda a tus tíos, a nuestros amigos, felicita a tu prima por su presentación, baila con alguno de tus primos y de ahí recién puedes esconderte.

Eleanor soltó un resoplido, eso significaba que debería soportar al menos dos horas de baile. Buscó con la mirada a sus primas y amigas de la Academia Hope y pronto halló a una de ellas. Con un gesto discreto las saludó:

—Mamá, acabo de ver a Charity, voy con ella.

—Ve. —Miró a Sophie, le extrañó que no dijera nada. Su hija parecía estar buscando a alguien—. ¿No vas con tu hermana?

Sophie parpadeó y dijo:

—Perdón, ¿qué dijiste?

—Que si vas con Ellie al grupo de las maestras de la academia.

—Oh, sí, claro. —Tomó el brazo de su hermana y se separaron de sus padres, quienes se dirigieron hacia donde se encontraban las Grandes Damas con sus respectivos esposos.

En su travesía entre los invitados, Sophie sintió el escrutinio general. Miradas ocultas tras un abanico que se posaban en ella más de la cuenta; cejas arqueadas con fugacidad, acompañada por una mueca de ligero desdén; y otros le sonreían como si quisieran desnudarla.

Se arrepintió de haber elegido ese vestido. Estaba llamando demasiado la atención.

Lo confirmó cuando sintió una voz familiar a sus espaldas, una que aparecía en sus pesadillas pasadas.

—Señorita Montgomery, años que no la veía.

Los pasos de ella se detuvieron. Una desagradable oleada de frío y calor invadió su cuerpo. Eleanor, al notar que ella no avanzaba, le preguntó:

—¿Pasa algo, Sophie? —Su mirada se desvió hacia un hombre que se acercaba a ellas. Por puro instinto tiró de su hermana—. Vamos. —Dio otro tirón y le ordenó—. Muévete.

Sophie logró avanzar. Sentía las piernas débiles. Se secó el sudor de la frente. Incluso los guantes sofocaban sus manos húmedas.

Eleanor miró hacia atrás, y el hombre que parecía acecharlas le hablaba a otra mujer que se aferraba a su brazo y lo amonestaba con el ceño fruncido.

Se desvió de su objetivo inicial y se dirigió a las puertas francesas que daban a la terraza, necesitaban aire fresco.

Cuando llegaron, había algunas damas cotilleando en sus propios grupos y apenas notaron su presencia. Sophie se apoyó en una columna y agradeció la brisa que le acarició la piel. Las sienes le latían y en la boca sentía la saliva espesa.

Eleanor se sacó un guante y comprobó su temperatura; un poco más elevada de lo normal, pero tampoco era fiebre.

—Estás pálida, cielo. No te voy a preguntar si te encuentras bien, pareciera que hubieras visto un fantasma.

—Era uno… Elmer… —Se amonestó en su fuero interno y corrigió—: El señor Grant.

Eleanor entreabrió su boca. El gesto vagaba entre la sorpresa y la ira.

—¿Ese imbécil? ¿Qué hace en Londres? —Ella solo lo conocía de nombre por las confidencias de su hermana.

Sophie asintió. Se sentía tan tonta y pequeña. Durante años se imaginó el escenario en volverlo a ver y escupirle a la cara todo el daño que le hizo. No obstante, la realidad fue muy distinta; con solo escuchar su voz se paralizó, ni siquiera fue capaz de mirarlo. Ellie la salvó de una nueva humillación.

—Bueno —dijo Eleanor—, si quieres, esta noche nos escondemos en la biblioteca después de cumplir con nuestra obligación.

—Sí, creo que es lo mejor.

—Iré a buscar una limonada fresca. ¿Te sientes segura de quedarte sola por unos minutos?

—No pasará nada… Supongo que él vino acompañado.

—Creo que la mujer que estaba con él era su esposa, sería muy descarado si fuera la amante. Estoy segura de que ella impedirá que te vuelva a hablar. Era la clásica escena de celos.

—Qué bueno… Gracias, cielo.

Eleanor esbozó una sonrisa.

—Iré a buscar la limonada.

Sophie tomó su abanico que colgaba de su muñeca y lo abrió. Necesitaba respirar. Era como estar en una de sus pesadillas.

El aire cargado. La opresión en el pecho. El dolor de revivir lo sucedido.

«Fuiste tan tonta y confiada», la reprendía esa vocecilla castigadora en su interior.

Cerró los ojos y se abanicó.

Solo sus hermanas sabían lo que sucedió. Nunca tuvo el valor de contárselo a sus padres. Estaba segura de que no iban a reaccionar mal, ni la culparían, pero calló por las consecuencias, las que podrían producir un gran escándalo por algo que, en realidad, no era un asunto grave… Al menos, si se veía con cierta objetividad y desde afuera.

No obstante, para quien vivió la humillación sí lo era.

De pronto, fue consciente de las voces indistintas de las damas que se encontraban en el lugar. Prestó atención en cuanto escuchó

un «Tengo entendido que lord Grant está en las últimas»…

Quizás eso explicaba por qué Elmer estaba en Londres asistiendo a eventos sociales, pronto se iba a convertir en el vizconde Grant. Aguzó el oído…

—¿Recuerdas que su hijo mayor casi cortejó a una de las Damas del Diablo? Para muchos era evidente su preferencia, pero él lo negaba.

—Sí… ¿Cuál de todas era?

—Creo que era una de las Montgomery, la del medio. Dicen que estaba enamorado, pero primó la dote de la que hoy es su esposa… También me contaron que otro motivo de peso fue que esta muchacha tenía un carácter insoportable, una sabelotodo que, irónicamente, no sabe cuál es el lugar de una mujer. ¿Te la imaginas si hubiera sido vizcondesa?

—Impresentable, todas esas mujeres se creen superiores y terminan siendo unas simples maestras solteronas.

Otra voz, una masculina y familiar, interrumpió y señaló con cierta guasa:

—Ay, ni tan solteronas, ya se casaron cuatro.

Hubo un breve silencio incómodo.

—Es de mala educación meterse en conversaciones ajenas, señor. Ni siquiera nos han presentado.

La voz masculina rio con encantadora picardía y añadió:

—Oh, es que el cotilleo estaba siendo demasiado interesante. Me presento, soy el señor Hywel Welsh: empresario, navegante de los siete mares, lector empedernido de revistas de sociedad y poseedor de una inmensa fortuna.

Sophie abrió los ojos. Ni siquiera tuvo que buscarlo, él le brindó una breve mirada de soslayo, y luego le prestó atención a una de las mujeres que reía ante esa inusual y desvergonzada presentación.

—Vaya manera de introducirse en una conversación, señor Welsh —amonestó la que era rubia. Observó al encantador intruso con descarado placer y se abanicó. Sophie la reconoció, era lady Pocklington, y la que la acompañaba era lady Selby. Por un momento creyó que eran viejas cotillas, hasta que recordó que debutaron el

mismo año. El cotilleo malintencionado envejecía la piel más rápido que el tiempo.

Hywel sonrió de esa forma que ella conocía tan bien, como el lobo que era.

—Y ustedes, hermosas damas, ¿van a mantener en secreto su identidad?, ¿o tendré que averiguarlo?

Las damas rieron como colegialas. Lady Selby rizó uno de sus mechones castaños y desafió, coqueta:

—Averígüelo, estimado señor.

—Sin duda lo haré, tengo métodos infalibles. —Ladeó su cabeza—. Y bien, siguiendo con nuestra emocionante conversación, ¿cómo van a rebatir el hecho de que las Damas del Diablo no son tan solteronas como aseguran?

Lady Pocklington alzó su barbilla y respondió:

—Es simple, eso da igual, señor Welsh. —Hizo un gesto lánguido con su mano—. No fueron matrimonios ventajosos: un detective, un duque arruinado, un bastardo y un comerciante… Bajaron más que un peldaño en la escala social. Es lo mismo o incluso peor que quedarse solterona.

—Oh, veo que es bastante reduccionista su apreciación.

—¿Ah, sí? —Arqueó una ceja—. Ilumíneme.

—Bien… —Hizo una pausa con actitud pensativa y detalló—: El señor Montgomery es el detective privado más destacado del momento y, créame, sus tarifas no las puede pagar cualquiera. El duque de Oxford ha construido un imperio portuario, yo no diría que está tan arruinado. —Observó a las damas, su gesto altivo se desencajaba—. El bastardo, el señor William Witney, es un pintor de renombre y ya le han encargado realizar un retrato del príncipe Alberto… Y el comerciante… Bueno, resulta que Edward Dutton es mi mejor amigo. Para su información poseemos la plantación de té más grande de la India, en la región de Assam, y lo vendemos a precio de oro. No cualquiera puede degustar el té que producimos, la reina Victoria es nuestra compradora principal.

Lady Pocklington se abanicó con furor. Su rostro evidenciaba un rojo intenso, a tal punto que su cabello rubio parecía brillar más. Era un contraste de lo más cómico.

—Oh… Bueno… si lo pone en esos términos.

—Deberían leer más las secciones interesantes de las revistas de sociedad y no solo el cotilleo barato. Mi visión de un matrimonio desventajoso es aquel en que los esposos apenas se hablan, con suerte procrean de mala gana y se ponen los cuernos. Y en fiestas como estas deben aparentar que son una excelente pareja… Dios, qué horror. —Fingió un escalofrío—. Aunque claro, las damas que se involucran en enlaces de ese tipo siempre están en desventaja. Las han convencido de que trabajar es de pobres, de que los libros las vuelve tontas y que no pueden vivir sin un hombre. Sé de buena fuente que las Damas del Diablo no necesitan un esposo para sobrevivir, solo quieren que las amen y respeten por lo que son. No es un requisito tan difícil de cumplir, ¿o sí? —Ambas mujeres quedaron mudas. Boqueaban intentando recuperar el control. Hywel se los impidió al añadir—: Lógicamente, no estoy hablando de ustedes, no se tomen mi discurso como algo personal. Solo generalizo lo que he visto en este año que he pasado en Inglaterra.

Lady Selby carraspeó y repuso:

—Coincido con su apreciación de un matrimonio fracasado, señor Welsh… Oh, querida, creo que su fiel esposo nos llama. —Forzó una sonrisa a Hywel—. Si nos disculpa, señor Welsh.

—Por supuesto. —Hizo una hiperbólica reverencia—. Ha sido un inmenso placer. Son unas damas encantadoras.

Lo dejaron a solas. Hywel rio y negó con su cabeza.

Su expresión se suavizó cuando Sophie se acercó a él y le dijo:

—Esas damas no lo vieron venir.

—Nadie hablará mal de ustedes en mi presencia. Vaya par de viejas descaradas, casi me desnudaron con la mirada.

Sophie rio, esa declaración tampoco la vio venir.

Varias damas la reprendieron frunciendo el ceño. Qué vulgar.

A ella no le importó.

En ese momento, volvió Eleanor con dos vasos de limonada.

—Oh, veo que estás de mejor ánimo, cielo… Me alegro. Ten… —Le entregó la bebida a su hermana—. Buenas noches, señor Welsh.

—¿Cómo está, ovejita descarriada?

—Maravillosamente. —Bebió un sorbo y le dijo a Sophie—: Perdón por tardar tanto, me entretuve con Rachel y Charity. Acordamos que nos iríamos a la biblioteca en cuanto nos vieran bailar con un caballero. —Miró a Hywel y sonrió con malicia—. Usted nos podrá ayudar.

—Oh, lamento informarle que lo único que bailo valses y gallops.

—¿Solo eso? ¿Cuadrillas? —Él negó—. ¿Minuets, polkas? —Volvió a negar—. Vaya, ¿qué clase de caballero es usted?

—No soy un caballero, señorita Montgomery.

Sophie terció:

—Es un bribón, Ellie. No lo olvides. —Bebió limonada—. Y ya me ha apartado un vals.

Hywel le arqueó una ceja ante esa mentira descarada.

Eleanor chasqueó su lengua.

—Bueno, nuestros primos y amigos están aquí esta noche. Haré que algunos bailen el siguiente vals con nosotras para desocuparnos pronto… Señor Welsh, ¿podría hacerme el favor de cuidar a mi hermana mientras cumplo mi misión?

—Será un placer, señorita Montgomery.

—Gracias.

Y se alejó de ellos para buscar a los que llevarían a cabo su plan.

Hywel observó a Sophie de arriba abajo. Ese vestido era tan revelador como el atuendo de varón que ella usaba. Conocía sus formas y ahora, atisbaba cómo era su piel.

Sophie desafiaba a su voluntad, su mente, su cuerpo… y su corazón.

—¿No sé cómo la señorita Montgomery dejó al lobo a cargo de la oveja negra? O, mejor dicho, oveja gris.

—Quizás cree que el lobo ha sido domesticado. Aunque Ellie aparente lo contrario, aún no pierde la fe en los hombres. Confía lo suficiente en usted para dejarnos a solas.

—Sabe que nunca le haría daño. Me cortaría una mano antes de hacerlo.

—No tiene que ser tan extremo en sus promesas… Puede que tenga las mejores intenciones, pero a veces, no es posible controlar las consecuencias de nuestros actos, y terminamos haciendo un daño mayor… Incluso a nosotros mismos.

Aquellas palabras se clavaron en el alma de Hywel, era un doloroso hecho.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Inevitable… Supongo que lo que queda es hacernos cargo de ello. Por ejemplo, en mi caso, debo asumir el hecho de que siempre hablarán a mis espaldas y pocas veces será algo bueno… Duele, sí. Me hace sentir impotente, pero… —Esbozó una sonrisa de gratitud—. A veces viene alguien y las pone en su lugar con clase, coquetería y mordacidad…. Gracias, señor Welsh.

—Siempre será un placer… Supongo que ese tipo de personas hicieron sus temporadas humillantes… Incluyendo al hijo de lord Grant. Me parece que esa historia es más de lo que esas cotillas insinuaron.

—Supone bien. —Forzó una sonrisa—. Como sea, está en el pasado.

—Y, a veces, el pasado nos alcanza. —Y vaya que lo sabía él. A sus oídos llegó la melodía familiar de un vals—. Asumo que su mentira va a llevarla a cabo para que sea una verdad.

—Tal cual.

Con una exagerada floritura le ofreció su mano.

—¿Me concede esta pieza, ovejita gris?

Ella tomó su mano. No importaba que los guantes fueran una barrera, sentía la fuerza controlada de su agarre, el calor de su piel.

La familiaridad del contacto.

—Por supuesto, señor lobo. Esta noche solo bailaré con usted.

Y mientras se acercaban a la pista de baile, Sophie se dio cuenta de que temblaba. No era por las miradas o por los susurros que dejaba atrás, sino por el hombre que la sostenía.

Capítulo 9

No era la primera vez que bailaban juntos. En cada reunión familiar en la que ellos coincidían lo hacían. Él siempre le pedía una pieza y ella se la otorgaba sin renuencia. Era parte de ese juego con reglas tácitas. Coqueteaban, él fingía ser una especie de pretendiente no declarado, y ella, la joven que, a pesar de recibir sus muestras, lo rechazaba con gracia y una pizca de crueldad.

Pero esa noche, Sophie sentía como si estuviera en sus brazos por primera vez y, sin embargo, su cuerpo lo reconocía antes que su mente. Era como despertar y verlo más alto y corpulento, que irradiaba más calor, y su aroma a almizcle y limón penetraba en sus sentidos.

Su corazón… Sus latidos se aceleraban más y más, y no podía atribuirlo a la danza.

Hywel dirigía el baile con su compás perfecto, giraban como si no pisaran el suelo. No conversaban, jamás lo hacían, solo disfrutaban de moverse sin dar un paso en falso, en armoniosa sincronía.

Sin embargo, esa noche fue la excepción.

—Señorita Montgomery… Quiero hacerle una pregunta, y espero que no se ofenda.

—Dígame…

—Hay una pareja. A nuestra derecha… ¿La ve? —Sophie dio una rápida ojeada, asunto complicado si estaban bailando.

En un par de vueltas, ella supo a qué pareja se refería Hywel.

—Ya la vi.

—Noté que la dama no le quita los ojos de encima… El caballero me mira como si quisiera mutilarme. Puede que suene delirante de mi parte, pero ¿ese sujeto no es el hijo de lord Grant?

Sophie puso sus ojos en blanco. En su voz destiló toda la sorna acumulada en su pecho al decir:

—El honorable Elmer Grant, su padre es un vizconde. La dama es su esposa.

—¿Entonces él es el culpable de su soltería?

—No diría que culpable. A lo largo de los años, me he dado cuenta de que me hizo un favor. Aunque el método no fue el más apropiado.

—El método fue el peor… —«Hizo que perdiera una oportunidad», pensó. De inmediato se reprendió por permitir que una idea así se atravesara por su mente—. La crueldad y la humillación no son necesarias para rechazar a una dama.

—Y usted sabe mucho de eso, ¿no?

—Oh, *cariad*. Muy a mi pesar he rechazado a muchas damas y he roto más de un corazón, pero siempre lo he hecho con tacto… Ninguna de ellas puede decir que juré amor y prometí el cielo, el sol, la luna y las estrellas

—Entonces, según usted, solo han sido víctimas de su encanto.

—Sí, en cierto modo. No voy a negar que me gusta probar hasta dónde pueden llegar mis poderes; lo que es una virtud y un gran, gran defecto. Sin embargo, ustedes, mis queridas ovejas descarriadas, no han caído en mi supuesto encanto. Eso me da a entender que quizás cautivo a jóvenes demasiado impresionables, y que no diferencian un flirteo juguetón de un cortejo… Hasta un hombre como yo tengo mis límites y usted los conoce, jamás he insinuado nada comprometedor. —Hizo una mueca—. Creo que, para muchas damas en la India, yo estoy al nivel del señor Elmer Grant.

Sophie negó con su cabeza.

—Ni aunque vuelva a nacer diez veces superará en crueldad al señor Grant.

—Creo que ese es el mejor elogio que pudo haberme dado.

—No siempre voy a dispararle dardos venenosos.

—Mi corazón se lo agradece… Al igual que mi descanso.

Sophie se centró en los ojos de Hywel. No era una mentira piadosa, las ojeras se habían atenuado. Reprimió una sonrisa de gusto.

—¿Ha funcionado la valeriana?

—He dormido como un bebé toda la semana… —Sus pesadillas fueron reemplazadas por sueños que podían ser inocentes, otros caóticos y sin sentido, y otros, más peligrosos, que prefería no recordar o daría un epicúreo espectáculo en medio de la pista de baile. Todos esos episodios oníricos eran protagonizados por la mujer que olía a sol y seguía sus pasos sin vacilar—. No sé si una valeriana comprada en una botica habría surtido el mismo efecto.

—Valeriana es valeriana. Da lo mismo de donde la obtenga.

—No, esa valeriana que me preparó es diferente. Usted lo sabe.

Hywel tenía un punto, mas ella no lo iba a admitir.

—Como sea.

Él rio. Una respuesta típica de Sophie Montgomery cuando quería eludir un asunto.

Y siguieron bailando con más ímpetu y gracia. Sonreían sin importar si llamaban la atención o no. En cada giro, la falda de Sophie rozaba las piernas de Hywel y parecían acercarse más y más sin darse cuenta. Él, con su mano afianzada en la espalda femenina, la atraía más hacia su cuerpo, desafiando la fuerza del giro. Como si su inconsciente temiera que en cualquier momento ella fuera a desaparecer.

A quienes bailaban a su alrededor no pasó desapercibida esa energía vibrante que ellos emanaban. Eran como flamas danzantes de la misma incandescente hoguera. Un mismo ser sin principio ni fin.

Sophie dio un último giro, su falda daba la sensación de ver floreciendo una peonía en primavera, y la música llegó a su fin.

Sus respiraciones agitadas eran el resultado del vigoroso baile, mas no les faltaba el aire. Lo único que podían ver eran los iris del otro.

Ella no quería que Hywel la soltara, pero debía. La mano de él, discreta, descendió y descansó en la curva perfecta de su espalda baja.

Sophie se humedeció los labios. Los ojos de él se desviaron directo hacia esa boca rosada y tentadora.

Los aplausos rompieron ese hechizo. Ambos fueron conscientes de que era a ellos a quienes se les brindaba ese reconocimiento.

Azorados, se vieron obligados a recibirlo. El abrazo se disolvió y quedaron unidos por las manos. Hicieron una reverencia que solo avivó los aplausos y se vieron obligados a repetirla.

Hywel carraspeó y sin perder la sonrisa, masculló un:

—¿Huyamos, *cariad*?

—Por favor.

En medio de los espontáneos aplausos, abandonaron la pista de baile. Hywel la guio buscando con la mirada a los padres de Sophie o a cualquiera de su círculo íntimo.

Debía fingir que era un hombre honorable, y no un patán que quería encerrarse con ella y devorarla entera.

Se abrieron paso entre la multitud, dejando atrás miradas especulativas y murmuraciones.

De pronto, Hywel se encontró con un rostro vagamente familiar, un hombre. No quiso malgastar tiempo en recordar quién era. Sin embargo, el sujeto sí lo reconoció al decir:

—Vaya, vaya. Nunca imaginé encontrarte aquí, Welsh.

Hywel detuvo sus pasos. Sophie observaba al desconocido con curiosidad.

—Perdón… ¿Nos conocemos?

—¿En serio no me recuerdas? ¿Harrow? ¿La casa Gayton? Vamos, si éramos compañeros de clase. —Hywel entrecerró los ojos, haciendo memoria, más lo único que recordaba era a Edward y el hermano menor de él… Y bueno, también a Northwood, era imposible de olvidar. El desconocido, ajeno a la tormenta mental de Welsh agregó—: Vaya, de verdad no recuerdas… Ah, quizás porque eras el más pequeño de la clase y varios años menor que todos nosotros… Soy Nathan Hamilton.

El nombre resonó en la memoria de Hywel como un eco que se perdía buscando una conexión con el pasado. Hasta que una imagen fugaz apareció, una versión imberbe y robusta del hombre que tenía en frente.

—Estás más delgado de lo que te recordaba.

Nathan rio y se palmeó el vientre.

—Crecí y dejé de comer tantos dulces… Aunque ya no me puedes llamar Nathan. Hace diez años tomé el título de mi padre, ahora soy el conde de Blackpool. Oh, debemos ponernos al día… ¿Has sabido algo de los demás?

—Solo he mantenido contacto con Edward Dutton… Somos socios de la Assam Tea Company.

—Oh… entonces, ¿sabes lo de su hermano…?

—Sí, lamentablemente. —Carraspeó. No importaban cuantos años pasaran, John también fue su amigo, siempre iba a doler que se hubiera transformado en un monstruo, un cegador de vidas humanas—. De hecho, Edward es… Oh, perdón, mis modales… Blackpool, te presento a la señorita Sophie Montgomery, ella es la cuñada de Edward.

Nathan hizo una ligera inclinación.

—Señorita Montgomery, un placer. —Sophie respondió tal como dictaba la etiqueta—. Si no me equivoco, usted debe ser hija del señor August Montgomery y medio hermana de lord Somerton.

—Así es, milord. También soy hermana del juez Montgomery y el detective Horatio Montgomery.

—Sí… Los Herederos del Diablo les llaman, ¿cierto?

—Su fama los precede. —Y antes de que Blackpool hiciera un comentario desatinado, ella añadió—: Si me disculpan, iré con mis primas, me están llamando. —No era una mentira, justo en ese momento las vio. Laura, Florence y Violet le hacían señas.

Hywel dio una rápida barrida visual y confirmó lo que decía Sophie… En realidad, no quería seguir conversando con Blackpool, solo anhelaba seguir sintiendo la presencia de ella, pero se obligó a hacerlo, no podía monopolizar su tiempo y levantar sospechas…

«¿Sospechas de qué, idiota? —se reprendió en su fuero interno—. ¿De que te tiene embobado?».

La soltó. No obstante, antes de que ella se retirara dijo:

—No olvide que me debe un baile.

Sophie sabía que era una mentira, idéntica a la que ella lanzó. Era una tabla de salvación.

Asintió y respondió:

—Lo estaré esperando.

Los dejó a solas. Hywel le forzó una sonrisa a Blackpool y preguntó —más por cortesía que por interés—:

—Y cuéntame, ¿qué se siente ser conde?

*****

Sophie llegó hasta donde se hallaban sus primas y dijo:

—Ah, menos mal que las encontré. Me han salvado de ser parte de una conversación incómoda.

Laura, Florence y Violet rieron. La primera preguntó:

—¿De quién habló primero lord Blackpool?, ¿de nuestros padres o de nuestros hermanos?

—Ambos… Ya saben que, cuando mencionan a los Herederos del Diablo, lo que sigue casi siempre es desagradable.

Florence asintió y confirmó:

—Sí, algunos tienen la mala costumbre de creer que pueden hablar de ellos frente a nosotras y que nos quedaremos en silencio. —Miró a Violet, quien era la debutante de esa noche—. No aceptes que hablen mal de ninguno de nosotros. A veces lo encubren diciendo que es broma… Tú solo ladea la cabeza y pregunta: «¿Me puede contar de nuevo el chiste? La verdad es que no lo entendí». La mayoría de las veces funciona a la primera.

Violet asentía, era una alumna aplicada y, como tal, preguntó:

—¿Y si no resulta esa estrategia?

—Insistes hasta que se aburran o se den cuenta de lo imbéciles que son.

—Pero puedo quedar como estúpida.

Sophie intervino:

—Sí, pero eso te ahorra el problema de que se te acerquen los caballeros inapropiados.

Florence asintió y repuso:

—Exacto, te permite descartar a tres cuartos de los varones sin necesidad de rechazarlos.

Sophie concordó con un gesto afirmativo, mas su expresión ladina y relajada se esfumó cuando, a sus espaldas, escuchó la voz de Elmer que le decía:

—Señorita Montgomery, ¿me concede la siguiente pieza?

Ella apretó la mandíbula. Sus primas no sabían nada de lo que sucedió con él… O quizás llegaron a ellas los rumores…

Sus fosas nasales se dilataron. Sus piernas temblaron. Dio media vuelta.

Más atractivo, más maduro, más seguro de sí mismo… Conocía esos ojos oscuros que parecían amarla años atrás.

No podía decir que no despertaba en ella ningún sentimiento, que le era indiferente. No, nada de eso, Elmer le producía la más pura y cruda repulsión.

Alzó su barbilla y respondió:

—No, señor.

Laura, Florence y Violet arquearon las cejas. El protocolo dictaba que no debía rechazar una petición de baile, a menos que se quebrara una pierna, tuviera migraña —sin importar si era real o no—, o que el sujeto fuera despreciable, repulsivo, aborrecible.

Si Sophie lo rechazaba de un modo tan rotundo, sin cumplir con los requisitos esenciales, debía ser por lo último.

Elmer no esperaba esa respuesta. Su boca entreabierta le hacía parecer que le faltaba inteligencia.

Apenas balbució un:

—¿No?

—No.

—¿Por qué? No es correcto que lo haga.

—Porque no tengo ganas de bailar con un hombre casado. Y me importa bien poco que sea correcto o no rechazar su petición.

Elmer buscó apoyo en las primas de Sophie, pero lo único que encontró fueron cejas arqueadas que lo desafiaban a insistir.

La retirada era una mejor opción, por el momento. Debía buscarla cuando estuviera sola. En esa fiesta no era posible.

Se limitó a dar una ligera y seca inclinación de cabeza, y se marchó

Cuando Elmer se alejó, todas soltaron el aire que contenían.

Florence fue la primera en arrugar su nariz y comentar:

—¿Y qué bicho le picó al señor Grant?

Laura añadió:

—¿Ustedes lo conocen?

Florence respondió:

—Él era uno de los caballeros solteros más codiciados de Londres cuando debutamos Sophie y yo… Bailamos con él varias veces. Al final de la temporada, se comprometió con la hija del marqués de Bromyard, y después de un año de compromiso, se casaron.

—¿Y por qué le pidió un baile a Sophie?

Florence se encogió de hombros. Las tres miraron a la aludida, quien no les prestaba atención, y siguieron la trayectoria de sus ojos. Observaba al señor Welsh, y él, a la vez, vigilaba a Elmer con un gesto adusto, sutil y feroz.

El ambiente se cargó con una especie de premonición. Como decía Hamlet: «Algo huele mal en el estado de Dinamarca».

Capítulo 10

Al día siguiente, los Montgomery desayunaban cuando el sol se hallaba en su zenit. El baile duró hasta altas horas de la madrugada, y para la familia el descanso era sagrado.

August doblaba el último de los cuatro periódicos que leía en el desayuno. Tomó la mano de su esposa y dijo:

—El baile en Rock Hall ha sido un éxito, querida. Violet llamó la atención lo justo y necesario.

Minerva sonrió, orgullosa de su sobrina.

—Su debut fue impecable. —Le dedicó una mirada subrepticia a Sophie y le preguntó a su esposo—: ¿Hablaron de alguien más de la familia?

—Oh, sí. En uno de los periódicos escribieron sobre la impresionante y talentosa muestra de baile de Sophie con el señor Welsh… —Enarcó una ceja y añadió—: Las dos veces fueron impresionantes.

Sophie no pudo seguir fingiendo demencia. Debía reconocer que esos bailes fueron más que eso, y todo el mundo lo notó. No sabía cómo definir eso que sentía, que le aceleraba el corazón, y le provocaba unas ganas incontenibles e indecentes de permanecer entre los brazos del señor Welsh, y desear que la besara. ¿Eso era amor o lujuria? La única certeza que tenía era que esa miríada de sensaciones se diferenciaba de ese enamoramiento juvenil, intenso y explosivo, que experimentó por Elmer.

Carraspeó, bebió té y repuso:

—Nuestro plan funcionó a la perfección. Yo necesitaba una excusa para retirarme temprano a la biblioteca, y él quería deshacerse de un reencuentro incómodo con un excompañero de estudios.

La expresión de Minerva ante esa rápida y muy sensata respuesta fue inescrutable, pero su instinto la alertó de que algo más profundo pasaba entre su hija y el señor Welsh. Quizás el

acercamiento se produjo en esas horas que compartían en el invernadero, o esa noche cuando prepararon valeriana.

Ella también podía fingir que no se enteraba de nada y repuso:

—Oh, entiendo. Solo fue una estrategia de ustedes dos.

Era evidente que se atraían, y la compatibilidad de caracteres era genuina, pero ninguno de los dos daba el paso a reconocer que existía algo más que coqueteos y bromas filosas.

¿A qué le temía su hija? ¿Había sucedido algo de lo que ella no se había enterado? ¿Esos rumores del pasado no eran del todo infundados?

Sin embargo, conocía a Sophie. Si le preguntaba de manera directa, iba a negarle respuestas satisfactorias hasta la muerte. Su hija ya no era una niña, era una mujer que poseía secretos.

No le quedaba más remedio que ser observadora y estar siempre a su lado para cuando la necesitara.

Sophie le sonrió ladina a su madre y añadió:

—Soy un genio maquiavélico.

—Así veo, querida.

Eleanor apuntó con la cuchara a su hermana y reprochó:

—Monopolizas al señor Welsh. Rachel tuvo que recurrir a bailar con su hermano para poder escaparse a la biblioteca.

—No creo que haya sido tan terrible para Rachel bailar con Matt.

Eleanor soltó un resoplido frustrado.

—Es raro bailar con un hermano, lo sabes. —Fingió un escalofrío—. Ni siquiera puedes mirarlo a los ojos.

—Tienes un punto… —Bostezó—. Ay, todavía tengo sueño.

Contagió al resto de su familia y provocó una cadena de bostezos. Minerva fue la última, esa tarde solo deseaba estar recostada en su cama leyendo un buen libro. Solo Sophie podía alterar tan seductor plan, e indagó:

—Sophie, querida. ¿Vas a ir al invernadero hoy?

—No, el cansancio me ha ganado. Iré mañana… Pero pretendo ir con Ellie a visitar a Rachel. —Le dio un golpecito al tobillo de su hermana menor para que le siguiera el juego.

Eleanor le devolvió el golpe a su hermana y repuso:

—Sí, queremos cotillear un rato.

Aliviada de no tener que ir a Fullham, Minerva sonrió.

—Muy bien… —Se levantó de su asiento y le propinó una fugaz mirada a su esposo—. Iré a descansar.

August sonrió y comprendió el mensaje implícito de Minerva. También se levantó.

—Te alcanzo en un momento, iré a buscar un par de documentos de un cliente y los estudiaré a tu lado.

Los padres de las jóvenes se retiraron del comedor. Esa vieja táctica para tener un rato a solas pasaba desapercibida cuando eran niñas.

Pero ya no.

Eleanor, intentando no imaginar qué iban a hacer sus padres, le preguntó a su hermana:

—¿Es verdad que vamos a ver a Rachel?

—Sí… y también necesito conversar con Matt. Últimamente, no me he sentido bien… No pongas esa cara, no es grave, pero quiero la opinión profesional de él.

—Está bien… Iré a buscar mi sombrero y mis guantes.

*****

Hywel estudiaba las dedaleras de Sophie. Era la segunda vez que entraba en el invernadero. Durante el día, se mantuvo ocupado fuera de la mansión desde que despertó agitado, por el vívido sueño en el que Sophie se entregaba a él.

Resopló con un tinte de decepción, tenía la ilusión de encontrarla ahí, pero, al mismo tiempo, lo invadía un creciente temor de verla y sentir ese inmenso anhelo.

Si ese anhelo se convertía en aquella obsesión que tantas veces lo engulló, y obtenía el cuerpo y el afecto de esa mujer… Si después ese sentimiento se desvanecía como siempre…

No se lo perdonaría a sí mismo. Sophie ya había sido herida. Y él no podía ser un segundo Grant en la vida de ella. No se lo merecía.

Sophie era una mujer apasionada por lo que amaba. Un ejemplo de ello eran esas dedaleras. Y si él aplastaba esa pasión, ese ímpetu…

No, él no debía seguir con ese juego, por mucho que le atrajera. Él no era un buen hombre, la iba a destruir. Estaba roto desde el núcleo de su alma.

«Me iré a la India», pensó resuelto.

A paso vivo, salió del invernadero, atravesó la mansión para ir a la biblioteca y escribirle a Edward. Él manejaría los asuntos en Asia y su amigo en Inglaterra. Estaba decidido.

La distancia apaciguaría lo que sentía hasta convertirlo en un murmullo en su pulso. El tiempo transformaría a esa mujer en un dulce recuerdo. Porque jamás la olvidaría.

Cuando llegó frente a la puerta de la biblioteca, asió el frío pomo. Imaginó a Sophie conociendo a otro hombre, entrando vestida de blanco a una iglesia, teniendo hijos.

La imaginó con una dulce sonrisa enseñándoles cómo crecían sus dedaleras.

Y si ese hombre era lo suficientemente hombre, la impulsaría a presentar su experimento ante la Royal Society.

Apoyó su frente sobre la puerta. Una congoja inmensa le carcomió el alma. Por supuesto que sentía celos de que otro fuera amado por Sophie, pero lo que le dolía más era que ella iba a ser feliz, y si él se iba, no sería testigo de ello.

No. No soportaría verla con otro.

Ni él se entendía, era la contradicción personificada.

Era imperativo marcharse… Lo antes posible. Estaba seguro de que si la volvía a ver, si inhalaba otra vez su aroma a sol, su resolución se diluiría como la miel en la valeriana.

Un nudo constriñó su garganta. Su nariz se congestionó.

—Hijo, ¿estás bien? —La voz de Cerys lo sacó de cuajo de aquella autoflagelación.

Hywel tomó una profunda bocanada de aire y le sonrió a su madre.

—Estoy perfectamente, mamá. —Se odió por mentirle.

Cerys se acercó y le acarició el rostro. Ya era de tarde y su hijo todavía no se afeitaba.

—No lo estás, *cariad*. —Los ojos de Cerys se anegaron—. Y sé que no me dirás nada. Hace tantos años que dejaste de ser el niño que me contaba todo lo que sentía… A veces lo extraño, era más fácil guiarte cuando sabía lo que te pasaba… Ese maldito internado te cambió, ¿cierto? Siempre me opuse a que tu padre te enviara a ese lugar. Jamás volviste a ser el mismo.

El silencio de Hywel dijo más que mil confesiones. Cabizbajo, solo abrazó a su madre.

El peso de los años, el dolor y el sufrimiento lo amordazó.

Su sentir dividido respecto a Sophie le cortaba el aire.

Si se iba, quizás se llevaría a Cerys y a Eira. No soportaría esa vida en tierras lejanas en soledad, sin una parte de sus raíces… Podría conformarse con mantener correspondencia con Gwendolyne; su hermana ya era feliz con su vida de casada.

Abrazó un poquito más fuerte a Cerys. Ella le acariciaba la espalda, tal como cuando tenía diez años.

—Siempre estaré contigo, hijo. Eres un buen hombre, nunca lo olvides.

—Muchas damas en la India dirían lo contrario —repitió lo que Sophie le dijo más de una vez.

—Lo sé, pero estoy segura de que tus intenciones nunca fueron malas. Te he observado, querido. He tenido que conocerte de nuevo por todos los años perdidos. No solo eres una cínica fachada. Te preocupas por quienes estimas… Así fue como nos encontraste y nos sacaste de ese horrible lugar.

—No quiero dañar a nadie más… No quiero ser como padre.

—Solo basta con eso, hijo. Haz que ese deseo se convierta en un hecho. Tienes una fuerza interior tremenda y parece que no lo sabes… o no quieres verlo. En tus venas llevas la sangre de Ferdinand, pero no olvides que también llevas la mía. Eso debe contar, ¿no? —Hywel asintió en un movimiento casi imperceptible—. No podemos deshacer lo hecho, debemos aprender de lo bueno y lo malo. Sea lo que sea que te está pasando, piensa en lo que quieres para ti y tu vida. Piensa en tu felicidad. ¿O es un imposible?

Hywel no sabía si era un imposible.

La felicidad tenía un nombre. Y él aún no resolvía si debía pronunciarlo.

Porque aquello lo haría real.

E irrevocable.

Capítulo 11

Matthew hizo entrar a Sophie a la habitación de Rachel para examinarla. Él llevaba su maletín con instrumentos médicos, el cual dejó sobre el pequeño escritorio. Acercó el taburete que se situaba frente el tocador. Con ello improvisó una consulta médica.

Invitó a su amiga a sentarse y dijo con su tono aséptico y formal:

—Bien, Sophie, ¿en qué te puedo ayudar?

Los dedos de ella se entrelazaron sobre su regazo, sus pulgares inquietos giraban lento. Inspiró y soltó el aire…

—Por favor, Matt. Prométeme que no te reirás.

—Lo que sea que te esté sucediendo, para ti es importante y serio. No es motivo de burla. —De su maletín sacó una libreta y un lápiz. Listo y dispuesto para tomar notas.

—Gracias… —Suspiró entrecortado—. Creo que tengo una afección al corazón… una arritmia. —El lápiz de Matthew cobró vida.

—¿Me podrías decir cómo llegaste a esa conclusión?

Sophie guardó silencio, pensativa. En su memoria esculcaba hasta hallar los primeros indicios.

—Desde… Quizás desde los quince o dieciséis años. El corazón se me aceleraba sin motivo alguno. A veces el episodio era largo, otras veces, fugaz… Suelo tomar dosis bajas de infusión de dedalera para mantener esos episodios a raya.

Matthew asintió y seguía anotando.

—¿Eso ha sido hasta ahora?

—Hubo un tiempo en que todo fue estable, pero este último año, volvieron esos episodios con más frecuencia.

Matthew dejó la libreta y el lápiz a un lado, sacó su reloj de bolsillo y anunció:

—Te tomaré el pulso.

—Está bien. —Le ofreció la muñeca a su amigo y él, con suma gentileza, la examinó.

Durante un minuto interminable, ella solo escuchaba el tictac del reloj y la respiración serena de Matthew. Le asombró que su toque no le produjera ninguna sensación extraña. Solo era él y sus dedos presionando sus venas. No era igual a…

«No pienses en él, no es el momento».

—Listo —dijo Matthew. Mientras anotaba el resultado, agregó—: Debo examinarte el corazón y los pulmones. Si no es demasiado para ti, necesito que te quites la ropa detrás del biombo, por favor. Puedes quedarte en camisón.

Sophie asintió e hizo lo que su amigo le instruyó.

Cuando salió de detrás del biombo, un temblor extraño le recorría los miembros. No se debía a estar con poca ropa frente a un hombre, sino a esa incertidumbre de no saber si su padecimiento era grave o no. Notó que la atención de Matthew se hallaba en un punto indeterminado de la habitación. Carraspeó. Él parpadeó, volviendo al momento.

Se sentó frente a su amigo y forzó una sonrisa que pretendía ser relajada. Él sacó su foneidoscopio y dijo:

—Abriré un poco tu camisón y pondré esto sobre tu pecho. No te asustes, es frío. —Ella asintió.

Y dicho esto, cumplió con lo anunciado. Durante largo rato Matthew escuchó el corazón de Sophie, buscando alguna anomalía.

Tum, tum… Tum, tum… Tum, tum… Acomodó el foneidoscopio…

Tum, tum… Tum, tum… Tum, tum…

Nada parecía fuera de lo normal. Regular, brioso…

—Bien. Ahora escucharé tus pulmones. Abre más tu camisón, por favor. —Se situó detrás de su amiga y tiró del cuello de la prenda para exponer la piel de la espalda. Posó el foneidoscopio en el lado derecho—. Inhala profundo… Retiene el aire… Exhala lento… lento… Otra vez…

Sophie inspiró y espiró varias veces. Matthew deslizaba el foneidoscopio sobre la espalda y escuchaba atento.

Cuando finalizó, guardó su instrumento. Volvió a tomar la libreta y el lápiz, y preguntó:

—Aparte de las palpitaciones, ¿has tenido desmayos, mareos espontáneos, opresión o dolor en el pecho, dificultad para respirar?

—A veces siento opresión en las noches. Mareos y desmayos… pues, no.

Matthew asintió…

—Cuando haces actividad física, ¿te cuesta recuperar tu pulso normal?

—Creo que no… Aunque no digamos que me muevo mucho. Estaré atenta.

—Bien… ¿Has identificado en qué situación se presentan estos cambios de pulso?

—No sabría decirte. A veces solo estoy pensando en algo… —«O en alguien», señaló su cerebro—. Importante. Y el pulso se me acelera. También sucede cuando estoy en el invernadero, o en los bailes… No sé… Es extraño, puede ser cualquier cosa.

Matthew se quedó pensativo…

—¿Has tenido muchas preocupaciones en el último tiempo?

Sophie rio, destilando burla. Vaya ironía

—Vivo preocupada desde que debuté, Matt. —Él le propinó una mirada de reproche, no estaba bromeando—. Es en serio… es mucha presión debutar… Que te… —Detuvo sus palabras—. Estamos bajo secreto profesional, ¿cierto?

—Desde que entré en esta habitación, todo lo que digas no la divulgaré aunque me torturen.

Sophie inspiró entrecortado y soltó:

—Muchas veces ustedes ven que nosotras debutamos, lucimos hermosas y asistimos a interminables eventos sociales… Pero es una carga fingir a todo el mundo que estás bien, que no importa lo que digan de ti o de tu familia, que no te rompieron el corazón, que algunos caballeros te miren como si fueras una… prostituta. —Dos goterones se deslizaron con dignidad por sus mejillas—. Que año tras año ves a las demás enamorarse, tener una familia hermosa… Y para no sentirte vacía, te vuelcas en lo que te gusta y apasiona, y resulta que es inútil porque… ¿Quién toma en serio a una mujer que hace un experimento con dedaleras y fertilizantes? ¿La Royal

Society? ¿La asociación de damas por la botánica? ¿La asociación de agricultores?

«Aparte de tía Emma y tía Katherine, solo Hywel me toma en serio —señaló su corazón—. Los demás poco y nada pueden hacer aparte de animarme».

Matthew le ofreció su pañuelo. Ella lo tomó y secó sus lágrimas.

—¿El señor Welsh te ha hecho daño?

—Oh, no… —se apresuró a defender, sus ojos se desorbitaron ante la equivocada sospecha—. Por supuesto que no. Él es inofensivo, su comportamiento es impecable. Siempre ha sido un caballero conmigo. Fue otra persona… Hace mucho tiempo atrás… Ya lo he superado. —Y sí, al terminar de decir esas palabras las sintió verdaderas. El recuerdo dolía en su orgullo, en su corazón por haber sido burlada, pero por Elmer Grant solo había una mezcla rara de indiferencia e indignación.

—Bien… Por el momento, y por la sintomatología que me has descrito no puedo determinar que sufras de arritmia… Al menos no una severa.

Y por primera vez en ese día, Sophie sonrió de verdad.

—¿En serio? ¿No me voy a morir?

Él negó con la cabeza con tranquilidad.

—No en el corto ni mediano plazo. Esperemos que eso suceda cuando tengas unos cien años… Eso sí, estaremos observando tus síntomas. Necesito que hagamos un experimento, así iremos descartando para asegurarnos de este diagnóstico preliminar.

—Dime qué tengo que hacer.

—Vas a suspender la ingesta de la infusión de dedaleras y anotarás la hora, el lugar y en qué situación sufres estas palpitaciones o si aparecen los otros síntomas. Soy un convencido de que el cuerpo refleja las emociones que se reprimen en el alma. Mente, corazón y cuerpo están ligados más allá de conformar a un ser vivo.

—Entonces, ¿es posible que mi corazón me esté dando señales?

—No todas las personas procesan la presión y las emociones de la misma manera.

—Entonces, solo soy una debilucha emocional.

—No lo definiría como debilidad. Tú sientes a plenitud, quizás demasiado y no puedes limitarlo. Sin embargo, también hay personas que se bloquean para no sentir, es una manera de protegerse, pero es contraproducente con el paso del tiempo.

—Tienes razón, ¿de qué sirve vivir si no puedes disfrutar de las pequeñas felicidades?

—Así es, querida. Bien, creo que eso es todo. Puedes vestirte, yo me retiraré. Nos reuniremos en un par de semanas y de acuerdo a tus anotaciones y apreciaciones veremos cómo proceder.

—Gracias, Matt.

—Es un placer, Sophie.

Matthew guardó todas sus cosas y se retiró de la estancia.

Mientras ella se vestía, pensó en lo que habló con su amigo. Quizás su problema no era físico, sino del alma, y su corazón no estaba en paz.

Tal vez debía buscar esa paz… Aliviar esa angustia, esa aflicción. No sabía muy bien cómo empezar, mas la única certeza que tenía era que Hywel padecía la misma aflicción que ella; su alma no estaba en paz. La valeriana, al igual que las dedaleras, solo eran una medida temporal para atenuar su inquietud, mas no borrarían la raíz del problema.

«¿Por qué te importa tanto? —ironizó su mente—. Admítelo, no es solo un inofensivo juego de coqueteos. Es más que atracción física… Y tienes miedo».

Y de súbito, una opresión. Se llevó la mano al pecho, como si aquello pudiera mitigarla. Su pulso se aceleró y cada bombeo se sentía pesado…

No quiso llamar a Matthew. Iba a anotar ese síntoma…

Esa misma noche, ella escribió en una libreta:

21 de marzo.

Opresión en el pecho y palpitaciones. Pensé en el señor Welsh, en lo mucho que me importa. Tengo miedo

de amarlo… y de ser para él solo un pasatiempo.

*****

Fullham, 26 de marzo de 1846

Querido Edward:

He meditado largamente el asunto de permanecer en la India para dedicarme a supervisar los embarques y delegar la producción a otra persona. He considerado todas las implicancias de ello, y me ha costado mucho tomar una decisión, pero ya tengo mi respuesta, y es…

Toc, toc, toc…

Hywel resopló y dejó la pluma en el tintero. El mayordomo entró con una pequeña bandeja de plata.

—Un mensaje urgente desde Londres, señor.

Hywel solo hizo un gesto de agradecimiento, al tiempo que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Tomó el papel plegado y sellado. Era del señor Wells, el médico que atendía a su padre.

Sin ceremonias, lo abrió.

Solo eran un par de líneas, lo suficiente para que él se levantara y dijera:

—Me voy a la casa de Londres, dile a mi madre y a mi hermana que no me esperen para cenar.

*****

Hywel entró en la habitación donde se encontraba su padre y, como siempre, lo único vivo en ese lugar era el horrible hedor de un cuerpo que no controlaba sus necesidades.

No importaba cuantas veces asearan a Ferdinand Welsh, el olor parecía pegarse a la nariz y al cuerpo como si fuera una alimaña invisible, cuyo único objetivo era ahogarlo.

Hywel, sin mirar a su progenitor, abrió la ventana. Necesitaba aire fresco.

Tomó largas bocanadas de oxígeno antes de dar media vuelta y confirmar lo que el médico le informó: Ferdinand se acercaba a su destino final. Las escaras del enfermo se infectaron, y la fiebre era el

indicio inequívoco de que el malogrado cuerpo ya estaba dando su última batalla.

Cuando se atrevió a mirar a los ojos de su progenitor, no encontró nada más que vacío. Aquel hombre era una cáscara que contenía una vida que se apagaba en miseria y soledad.

Hywel apretó los labios y parpadeó rápido para disipar el ardor en los ojos. No quería derramar ni una sola lágrima frente a Ferdinand. Su dolor no era porque su progenitor estaba a punto de fallecer, sino por la impotencia que se lo carcomía.

Hywel estaba seguro de que Ferdinand nunca iba a aceptar que hizo daño a su esposa e hijos, ni se arrepentía por sus actos. Lo único que ese hombre sentía era furia por perder el control de sus posesiones, de su estatus, de su poder sobre la vida de su familia.

Hywel lo veía en esos ojos inyectados en sangre cada vez que entraba en esa fétida estancia.

Y ahora, que ya no veía esa vida en esos ojos gélidos, entendió que se mentía a sí mismo cada vez que volvía. No era para supervisar el estado de salud de su padre y de la casa… No, era por esa infantil ilusión de ver en la mirada de Ferdinand una pizca de humanidad, de orgullo por su progenie. Sentirse querido por quien le dio la vida.

Nunca iba a ser suficiente.

Inspiró entrecortado… y se acercó a la cama. Se inclinó sobre Ferdinand, buscando un atisbo de consciencia en ese silente delirio.

El viejo parpadeó, lo miró. Hywel supo que era la única pizca de lucidez que le quedaba a Ferdinand y la aprovechó.

—No sé si me entiendes o si me escuchas… Pero ya da igual, tengo a Dios de testigo, y te juro ante él que no seré como tú. No me casaré sin amar… No tendré hijos si no los voy a adorar. No haré una fortuna para arruinarla por codicia y orgullo… El día que yo muera, me llorarán… Moriré feliz por haber tenido una vida bien vivida. Moriré orgulloso de lo que he hecho… y de no repetir tus errores…

El mundo seguía su curso. La mirada de Ferdinand volvió a extraviarse. Las fosas nasales de Hywel se dilataron y luchó contra ese nudo doloroso que ató su garganta y le exigía llorar.

Hacía décadas que se prometió que nunca más iba a derramar ni una sola lágrima frente a él. Ese no sería el momento.

Ferdinand respiraba largo, pausado, profundo. Cada bocanada se sentía como si fuera la última.

Y, de pronto, Hywel notó que Ferdinand no volvió a inspirar. Durante un largo minuto esperó a que el aire entrara en los pulmones de su padre, mas eso no sucedió. En el rictus enfermo e iracundo del hombre quedó impresa la intranquilidad.

Los ojos fijos en él. Bien abiertos.

Lo último que vio Ferdinand Welsh fue a su hijo, el que era físicamente un reflejo de él, pero su corazón, siempre indómito, fue incapaz de seguir la senda que le trazó….

Y después, todo fue silencio y oscuridad.

Hywel consultó la hora en su reloj. Eran las siete y media de la tarde. Salió de la estancia.

Debía organizar un funeral.

Capítulo 12

El carruaje traqueteaba por Belgrove Street. Hywel se sobó la rodilla para calentar el hueso. No había duda, pronto se desataría una tormenta.

La tarde fue eterna, llena de trámites y de situaciones que, de haber tenido un padre amoroso, habrían sido devastadores. En su caso, su actitud fue tan fría como si estuviera vendiendo una propiedad en la ruina.

El carruaje viró en Argyle Square y pronto se detuvo frente a Temis House, la casa de la familia Montgomery. Era la última parada de ese día.

Se apeó del carruaje y se aproximó a la vivienda. El viento ya arreciaba y hacía susurrar a los árboles. Una gota fría se enterró en su mejilla cuando tomó la aldaba y golpeó la puerta.

El mayordomo abrió enseguida. Hywel no pudo esbozar su sonrisa habitual. Su voz sonó extraña a sí mismo cuando saludó:

—Buenas noches, Watson. Sé que es tarde, pero ¿está disponible el señor Montgomery? Es importante.

El hombre asintió y le hizo entrar al vestíbulo. Cerró la puerta tras de sí.

—Veré si ya se ha retirado a sus aposentos. Espere aquí, por favor.

—Gracias.

Cuando se vio a solas, Hywel se quitó el sombrero y los guantes. Resopló, cabizbajo, como si aquello pudiera arrancarle la inusitada sensación de pesadez que lo invadió.

Volvió a sobarse la rodilla. También le dolían los pies, quería quitarse los zapatos…, la ropa, darse un rápido baño y dormir una semana.

Oyó unos pasos apresurados que bajaban por la escalera y la vio. Sophie. Enfundada en un camisón de dormir que cubría con un beato salto de cama. La trenza floja que confinaba su cabello le daba un aire de pureza. Por primera vez en el día él pudo sonreír sin forzar su voluntad.

Sophie no podía ocultar su expresión preocupada, la que se acrecentó cuando llegó frente a él.

—Buenas noches, señor Welsh… Escuché su voz… ¿Por qué ha venido tan tarde?, ¿pasó algo malo?

Apretó los labios antes de decir:

—Él falleció.

A ella no le costó imaginar de quién se trataba, mas quiso confirmar.

—¿Su padre? —Él asintió. Sophie solo lo dudó un momento. Parecía inútil encontrar las palabras precisas, unas que no fueran un simple y vacío pésame. Inspiró, su voz se quebró al decir—: Oh, lo lamento tanto por usted y su familia. Lo acompaño en su sentir.

Y sin más, lo abrazó.

Él respondió a ese abrazo, el hombro delicado se convirtió en su sostén. Sabía que el pésame de Sophie no era una mera cortesía. Ella conocía su historia, era amiga de sus hermanas, comprendía que su dolor no era por la muerte de un ser querido, sino por todo lo que quedó en el aire, por la certeza de que nunca llegaría esa redención que subsanaría parte del daño.

No hubo más palabras, Hywel solo sentía el calor, la fuerza y el aroma a sol de Sophie.

Ella notó que él respiraba por la boca, entrecortado. Conocía esa forma para reprimir el llanto. No era bueno aguantar tanto, incluso los hombres podían permitírselo.

Y por primera vez desde que lo conoció, se atrevió a cruzar un límite y dijo:

—Llora, *cariad*… Deja ir tu tristeza. Permítetelo por un rato. Estamos solos, nadie te verá…

Ese tono de consuelo, ese afecto… La voz de ella.

Hywel no soportó más, la abrazó más fuerte. Sus lágrimas se desataron por tanto, por todo. Sollozaba grave y contenido. Su

propia voz, su plañido le parecía tan ajeno como el niño que alguna vez fue.

Sophie le acariciaba la espalda inmensa que convulsionaba en lamento, la que contrastaba con la dureza de huesos y músculos fuertes. En su cuerpo resonaba el pesar de cada gemido derramado.

Por supuesto que ella no era indiferente al dolor, lo sentía como suyo. Sus lágrimas caían en impotente silencio. Qué no daría por aliviar, aunque fuera un poco, el pesar de Hywel. Ella tenía un padre amoroso y preocupado, pero podía entender y dimensionar lo desolador que era crecer sin uno.

Una historia inconclusa, sin respuestas, sin explicaciones.

La luz cegadora y fugaz los iluminó. El trueno apagó todo sonido y reverberó en sus cuerpos. Fueron conscientes de la lluvia intensa que bañaba la ciudad.

El viento silbaba y azotaba techumbres, árboles y flores.

Y, tal como la tormenta, las lágrimas de Hywel parecían no tener fin…

Sophie ignoró el dolor en el hombro y en la espalda por el esfuerzo de sostener el peso de él. No quería interrumpir esa catarsis bajo ningún pretexto. Hywel se merecía una tregua, tenía derecho a liberarse de parte de su carga…

Lluvia…

Relámpagos…

Truenos…

Una y otra vez…

Lluvia… Lágrimas

Y luego, poco a poco, el llanto fue remitiendo, replegándose como la marea antes del amanecer.

Los sollozos se convirtieron en respiraciones entrecortadas.

Los suspiros pesados y dolorosos cedieron a la calma.

Hywel, sin romper el abrazo, se irguió. La cabeza de Sophie descansó en su pecho.

«Podría estar toda mi vida así, solo abrazándola», dijo su corazón latiendo tranquilo, sin la sombra de lo efímero que podían ser sus sentimientos. Ella le daba algo que nadie pudo, por el simple

hecho de que él nunca se mostró de verdad. Él tampoco daba, ni se entregaba como se debía.

Sin darse cuenta, estaba cometiendo los mismos errores de Ferdinand.

Pero ahora había una convicción tan clara y vehemente que disipó dudas y temores.

No era esa burbujeante atracción y deseo que tantas veces sintió en el pasado. Era diferente, era nueva. Una tranquilidad que creía olvidada.

No quería herirla.

Aspiro su aroma… tanta, tanta paz.

Se imaginó en la India, sin ella. Sin su mordacidad, sin esa aguda inteligencia, sin esos coqueteos, sin su voz, sin su presencia.

No iba a ser como Ferdinand, incapaz de dar, de arriesgar su corazón. Debía tener fe en sí mismo, en la mujer que lo sostenía en uno de los momentos más lúgubres de su vida.

No, no podía irse. Estaba atado a Inglaterra, a menos que Sophie dijera lo contrario. Ah, no sabía cómo decirle que la amaba...

Sí… la amaba. No sabía en qué punto exacto sucedió, tampoco fue una súbita epifanía, pero a esos sentimientos que ella despertaba nunca quiso llamarlos amor.

Ese era su primer acto de valentía, él, Hywel Welsh, podía decir, con total y absoluta certeza, que amaba a Sophie Montgomery con todo su corazón.

Sin embargo, no sabía si ella podría amarlo, si lo amaba.

Sabía que él no le era indiferente a la ovejita negra. Sabía que ella le tenía un aprecio especial. Sin embargo, decir que eso era amor, era sobreestimar sus posibilidades.

Qué complicado. Quizás estaba pidiendo demasiado.

Pero esta vez no huiría.

El sonido de alguien bajando por la escalera los obligó a separarse, mas Hywel enmarcó el rostro de Sophie y secó sus lágrimas con los pulgares.

—Gracias, *cariad*. —Ella no alcanzó a responder. Hywel miró hacia la escalera y rompió el contacto—. Buenas noches, señor Montgomery. Disculpe la hora.

—Debe ser importante. Su cara dice mucho, señor Welsh. —Y era cierto, en el rostro de Hywel se reflejaba el tormento de ser el hijo de un hombre que jamás debió engendrar, que no era capaz de dar afecto, de recibirlo. Durante el último año, había sido testigo de lo nefasto que era Ferdinand Welsh en la vida de su familia, una verdadera maldición.

Hywel tenía todo para ser un hombre igual o peor, pero era lo contrario. Humano, con virtudes y defectos, pero jamás despiadado.

Hywel se sorbió la nariz y carraspeó. Cuando encontró su voz, dio la noticia:

—Mi padre ha fallecido… Necesito ver algunos asuntos legales mañana temprano.

—Por supuesto. —Se acercó, miró de reojo a su hija, quien evadía el contacto. August hubiera bajado antes, pero escuchó el llanto de ambos ahogado por la lluvia y no se atrevió a interrumpir algo tan íntimo. Al demonio la decencia, ante el dolor no existían las normas del decoro—. Hija, gracias por atender al señor Welsh. No encontraba mis pantuflas… —Ella solo asintió. El silencio de Sophie era elocuente. August extendió su mano y dijo—: Mis más sinceras condolencias, muchacho.

Hywel respondió al gesto, sin siquiera anticipar que aquel contacto se convertiría en otro abrazo, uno que no sabía que anhelaba. Era como ese abrazo que siempre quiso recibir de su padre y nunca llegó.

¿Cómo era posible sentir algo así? No había ningún lazo de por medio, salvo la amistad, pero ahí estaba August Montgomery consolándolo como si fuera un hijo. Se sintió pequeño, envuelto en la sensación de que no sería abandonado.

Comprendió que tuvo un padre, pero que este siempre le hizo sentir huérfano.

Sus ojos se humedecieron otra vez al percibir el calor, el contacto seguro y sin cuestionamientos. ¿Acaso sus lágrimas no tenían fin?

Cerró los ojos por un momento para recomponerse.

Sintió más pasos descender por la escalera. Eran Minerva y Eleanor. Sophie le ahorró las explicaciones y, en voz baja, les dio la

noticia.

Pronto Hywel recibió las condolencias de la madre y la hermana de Sophie. Lo abrazaron, le aseguraron que contaban con ellas en todo lo que quisiera. Las sintió cálidas, francas. Un afecto genuino.

Con razón su amigo se casó con Emily… No solo lo hizo con ella, sino con toda esa familia, que daba en función de los sentimientos, no por el dinero, el estatus o una reputación impoluta.

Y eso era una bendición.

Al final, August lo guio a su oficina. Debían ver algunos pasos a seguir debido a la administración de las posesiones que ejercía Hywel. El testamento, cuyo albacea era otro abogado, probablemente, no fue cambiado antes del ataque apopléjico que sumió a Ferdinand en la parálisis. Muchas propiedades ya no eran parte del patrimonio y, aunque fueron informadas, con Ferdinand Welsh nunca se sabía. Ese hombre siempre tenía secretos sucios. Cabía la posibilidad de que tuviera unos cuantos guardados.

La reunión duró poco más de media hora. Cuando Hywel se despidió, volvió a recibir afecto y consuelo por parte de los Montgomery.

Y al llegar el turno de Sophie para decir adiós, ella volvió a abrazarlo y fue capaz de decir:

—Cuente conmigo… con todos nosotros para lo que quiera. Usted no es un lobo solitario.

—Lo sé… Gracias, mi ovejita negra. Los mantendré informados.

Abandonó Temis House sintiendo que era otro hombre. La tormenta todavía azotaba Londres. Sin embargo, parte de su dolor había amainado lo suficiente para afrontar lo siguiente, darle la noticia a sus hermanas y su madre.

Sabía que sería tanto o más difícil para ellas. Ferdinand Welsh no tuvo piedad con nadie.

*****

Después de un grisáceo día de velorio. La mañana del funeral de Ferdinand Welsh fue soleada. En el camposanto, los pájaros trinaban

en medio del aroma de la tierra húmeda que se mezclaba con la fragancia de las ofrendas florales.

No hubo un sentido obituario en cada periódico de Londres. Nadie se enteró de la partida del patriarca de los Welsh, salvo esas familias que acogieron a Hywel, a su madre y a sus hermanas.

Se cumplió lo que Sophie le aseguró. No estaban solos.

Lo irónico era que nadie asistía a la ceremonia por Ferdinand, ellos estaban por Hywel, Cerys, Eira y Gwendolyne. Ellas tampoco deseaban presenciar el funeral, pero no quisieron que su hermano e hijo se hiciera cargo de todo y llevara ese peso solo. Lo acompañaban a él, porque para ellas la historia con Ferdinand terminó mucho antes. Vivieron más años bajo su sombra, atadas a él, despreciadas y tratadas como objetos por ser mujeres. Ellas siempre tuvieron claro que, como esposa e hijas, no eran más que un acuerdo económico, una carga necesaria para preservar un linaje o para lograr una ventaja social.

Ellas ya sabían qué lugar ocupaban en la mente y corazón de Ferdinand Welsh. No necesitaban respuestas, las obtuvieron en vida con hechos irrefutables.

Ellas tomaron la noticia de otra forma; una suerte de resignación mezclada con alivio. Una cadena invisible que al fin se rompía.

No hubo lágrimas para Ferdinand. Tampoco discursos emotivos. Solo el sermón del sacerdote para interceder por la alma de él ante Dios, para que le abriera las puertas del cielo.

Hywel pensaba que Ferdinand ya estaba ardiendo en el infierno… O quizás en el purgatorio, por la atenuante de las cosas buenas que debió haber hecho. No podía concebir que fuera enteramente malvado, en su modo de ver el mundo y la vida, creía que siempre hacía lo correcto.

El féretro descendió a la fosa. Los trabajadores del cementerio iniciaron su tarea. Hywel abrazaba a su madre y a sus hermanas, con la vista perdida en cada palada de tierra que sepultaba a Ferdinand.

Nunca más volvería a ese lugar. Su padre se convertiría en una lápida olvidada, anónima. Cuyo único legado era una familia que

solo deseaba desterrarlo de su memoria, pero sería imposible.

Cada cierto rato, Hywel buscaba a Sophie entre la gente. Siempre la encontraba observándolo, brindándole una leve sonrisa que lo reconfortaba, incluso si no podía abrazarla.

Y una vez que no hubo nada más que hacer, todos se marcharon a sus respectivos hogares.

Sin embargo, cuando Hywel se subía al carruaje, Sophie lo alcanzó. Su pecho agitado señalaba que había corrido. Tardó un momento en recuperar el aliento.

—Señor Welsh… Hywel… —Ah, él adoraba cuando Sophie lo trataba por su nombre de pila. Ni siquiera pidió permiso para hacerlo, pero qué más daba, esa nueva intimidad era un regalo que atesoraba—. Todos estos días he olvidado pedirle algo importante…

—Usted dirá, Sophie.

Ella sonrió. En la voz de Hywel, su nombre era tan valioso como *cariad*.

—Antes del granizo, estaba organizando una salida educativa al invernadero de Pearl Palace y, bueno, después de ese día tuve que suspenderla. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos ir a Fullham? Es un grupo pequeño de mis alumnas de la academia que estudian para ser institutrices.

—Por supuesto… Será un placer recibirlas cuando guste. —Se llevó la mano al pecho—. Pensé que me iba a pedir matrimonio. Me he ilusionado en vano.

—Si piensa que le proponga matrimonio, pierde su tiempo. Mi sueño es que me lo pidan con una gran declaración de amor… Aunque no lo crea, soy tradicional para algunas cosas.

—Lo tendré en cuenta… Ejem… ¿Me permite? —Tomó su mano enguantada y tanteó su dedo anular izquierdo a conciencia. Esos segundos fueron inacabables para ella—. Creo que ya tengo su medida. Debo estar preparado, nunca se sabe.

Las pulsaciones de Sophie se dispararon. Un calor sofocante trepó desde su pecho hasta su rostro. El coqueteo estaba llegando a un límite peligroso. Quitó su mano con un tinte de desesperación.

Hywel la estudiaba, midiendo cada reacción y gesto. Necesitaba un indicio, una luz al final del túnel.

Ella carraspeó.

—Bueno, como sea… El próximo domingo iré al invernadero a ver mis dedaleras y le daré la fecha de la visita educativa.

—La estaré esperando con ansias… Ya que no pudo ir esta semana, anotaré mis observaciones. ¿Le parece bien?

—Se lo agradecería mucho... Ejem…, nos veremos el próximo sábado.

—Nos veremos entonces. —«O tal vez será antes, en el bazar de caridad», pensó. Algo había cambiado entre ellos y lo llenaba de una tonta esperanza.

—Adiós.

Sophie se alejó. Hywel se quedó mirándola. No la perdería de vista hasta que se reuniera con su familia…

Ella se volteó. Él solo hizo un gesto de despedida.

Sophie aceleró sus pasos hasta llegar donde se encontraban sus padres. Solo en ese momento Hywel subió al carruaje. Cerys y Eira lo miraban con una expresión pícara.

Hywel se aclaró la garganta y solo dio la orden de partir.

Capítulo 13

A mitad de semana, la condesa de Corby, junto a las Grandes Damas, llevaban a cabo la tercera versión del Bazar de Caridad, en beneficio de la Academia Hope.

Esa tarde en el amplio patio de Pearl Palace, se desplegaron decenas de puestos engalanados con diferentes temáticas. Tenían a la venta artesanías hechas por las más influyentes damas de sociedad, cuadros pintados por artistas emergentes, un improvisado salón de té, plantas exóticas, entre otros productos de lujo.

No era una feria de baratijas sobrevaluadas, era el gran evento social de la semana aristocrática.

La atracción principal era el Lotto, un respetable juego de azar, en el que por una guinea el jugador compraba un número para optar al sorteo de cuantiosos premios, que se entregarían a lo largo de la jornada.

Sophie se encontraba a punto de terminar su turno en la venta de números de Lotto, el cual era el puesto principal del bazar. En ese momento, lo vio entrar con su andar seguro y sus manos en los bolsillos. Le ordenó a sus labios a que no sonrieran; no quería ponerse en evidencia frente a su prima Charity, quien le hizo señas a Hywel.

Él les sonrió y les guiñó el ojo.

No obstante, en menos de un segundo su gesto, relajado se tornó severo.

Sophie no alcanzó a preguntarse el motivo. La figura de Hywel fue eclipsada por Elmer Grant.

Ella no se molestó en ocultar su hastío.

«Ay, esto no puede estar pasando. ¿Hasta cuándo?», clamó su mente, agotada por solo mirar a ese sujeto.

Sophie apretó la mandíbula y lo ignoró. Charity, ajena a la tensión de su prima, sonrió y dijo:

—Buenas tardes, señor Grant, ¿desea comprar un número?

—Eeeeeh, no. No soy aficionado a los juegos de azar, es lo mismo que apostar. —Le lanzó una fugaz mirada subrepticia a Sophie—. A decir verdad, deseo conversar un asunto privado con la señorita Montgomery.

Charity frunció el ceño, extrañada, y miró a su prima, la que lucía envarada y seria. Luego preguntó suspicaz:

—Y su esposa, ¿dónde está?

—Ha tenido una fuerte migraña, me pidió asistir en su nombre.

—Ah, qué lástima. —No supo qué más decir, cualquier cosa podría ser un error. No entendía qué diablos pasaba. A ese hombre recién lo conoció en el baile de Rock Hall.

Silencio… denso, incómodo.

Sophie soltó un resoplido. Si no accedía a hablar con Elmer, la estaría acosando en cada evento social en el que coincidieran. Debía poner un punto final a lo que estuviera cruzando la cabeza de ese hombre. Le forzó una sonrisa a Charity y dijo:

—¿Puedes hacerte cargo de la venta de números, querida?

Charity fingió una amable sonrisa a Elmer y casi entre dientes la urgió:

—Puedo, pero date prisa, ya sabes cómo es de caótico cuando llegan varios compradores al mismo tiempo. —Era una gran mentira, pero por si acaso le dio una excusa a su prima por si deseaba huir rápido de la situación.

—No tardaré. Seguro que no es gran cosa lo que el caballero quiere conversar con tanto secretismo.

Sophie se levantó. Elmer le ofreció el brazo. Ella alzó su barbilla e ignoró la cortesía.

Mientras ellos se alejaban, Charity desvió su atención hacia Hywel. Ah, reconocía cuando un hombre hervía de ira… ¿O eran celos? Él no tardó en seguirlos.

Charity elevó una plegaria al cielo. Esperaba que nadie montara un espectáculo.

*****

Sophie lo guio hasta el invernadero vacío que estaba en reparación. Tendrían la suficiente privacidad, pero tampoco era un lugar escondido que se prestara a malas interpretaciones.

Ella se cruzó de brazos y, sin palabras, lo conminó a hablar.

Él se quitó el sombrero y se masajeó la nuca antes de mirarla a los ojos y decir:

—Sé que te debo unas disculpas… —Sophie no respondió, mas en su interior bullía de indignación—. Sé que nunca te dije que te amaba, pero todos mis besos, mis caricias y lo que veías en mí lo gritaba… Ahora… Ahora puedo decirlo: te amo, nunca dejé de amarte, y si tan solo…

Sophie alzó su mano e interrumpió la inflamada declaración.

—Si quiere que perdone su cobardía y su falta de rectitud para que se sienta mejor, lo perdono… Respecto a lo otro, permítame dudarlo.

—Pero es cierto. Te lo juro por mi vida, Sophie.

—Ha llegado más que tarde, señor, no siento lo mismo. Usted decidió tomar mi corazón, pisotear mis sentimientos y casarse con otra que tenía mejor posición, reputación y dote.

La negativa de Sophie no disuadió a Elmer. Él había anticipado esa respuesta. Ella lo estaba castigando, por eso coqueteó tanto con ese advenedizo, bailando de una forma que rayaba en lo provocativo.

Se comió su ola de celos y se centró en lo importante.

—Mi padre me presionó… Me iba a desheredar de todas las posesiones no ligadas al título, y eso es lo mismo que la ruina. Me prohibió verte y me envió a York en cuanto me casé.

—Y así me quedó claro que el dinero valió más. Hasta ahí le llegó el amor. Esa es su medida, insuficiente por cierto.

—No sabes nada del mundo. No tenía salida… ¿Crees que no he pensado en ti cada día? Pronto seré libre, él no pasará de este mes…

El ceño de Sophie se contrajo.

—¿Y qué tiene que ver su padre con su libertad?

—Podré volver a ti.

Sophie arqueó su ceja. Ni en un millón de años.

—Sea claro. ¿Qué tiene que ver la inminente muerte de su padre con volver a mí? La verdad no veo el punto.

—Podré darte lo que no pude. Sin amenazas, ni impedimentos… Quizás no de la forma que quise, un divorcio está fuera de mis posibilidades… Pero podríamos estar juntos otra vez, ser felices. Sabes muy bien que mi matrimonio fue por conveniencia, no hay sentimientos…

Los latidos del corazón de Sophie se aceleraron. El pecho se le oprimió… La blancura de su tez ardió de incontrolable rabia.

Ahora todo tenía sentido. Lo que él proponía… ¡Dios, qué humillante!

No le importó nada más. Alzó su mano y lo siguiente que sintió fue el escozor y dolor en sus dedos y palma. A lo lejos, escuchó unos jadeos escandalizados por la escena.

Elmer, incrédulo, se tocó la cara y la miró con los ojos desorbitados.

Sophie bajó el tono de su voz y arremetió:

—Escúcheme bien, señor Grant. Seré una solterona, no tendré una reputación familiar intachable, pero jamás seré la amante de nadie, y menos la suya. No me siga importunando o me veré en la obligación de hablar con su esposa para que lo mantenga a raya… O mejor aún, con su suegro.

Dio media vuelta, mas no alcanzó a dar un paso y él la sujetó de la muñeca, obligándola a enfrentarlo una vez más. Su agarre era casi doloroso.

—¡Suélteme!

—Sé que me merezco tu desdén. Castígame todo lo que quieras, pero sabes que es la única alternativa que puedo ofrecerte… —Sophie forcejeaba para liberarse, mas fracasaba. Los dedos de Elmer se clavaban en su piel, como si quisiera reclamarla para sí—. Piénsalo. Sé que estás enfadada y herida por el pasado, pero todavía me amas. Admítelo.

—No lo amo, maldita sea. Me repugna, señor. —Elmer aflojó la presión de sus dedos y ella aprovechó su oportunidad. Perdió el equilibrio, pero unos brazos la sostuvieron con firme gentileza. Sophie sabía quién era, podría reconocer el aroma de Hywel en

cualquier lugar. Sintió que al fin pudo respirar, la opresión de su pecho desapareció, casi como si fuera magia.

A sus espaldas, la voz de Hywel, fría y acerada, blandió:

—La próxima vez que se acerque y ose tocar a la señorita Montgomery no me contendré. ¿Entendió? Le juro que le quebraré todos los huesos de su despreciable cuerpo, y le arrebataré la posibilidad de dejar descendencia.

—Usted no se meta, este es un asunto entre ella y yo.

—Ha quedado claro que la señorita Montgomery no quiere su asqueroso, patético y diminuto asunto. ¿Acaso no conoce el significado de la palabra «no»?

Elmer miró a Sophie…

—Piénsalo… Otro día hablaré contigo.

Sophie puso sus ojos en blanco, un gesto que Elmer detestaba.

—Definitivamente, usted es un soberano ignorante. No conoce el significado de la palabra «no». Es lo contrario a «sí».

Elmer negó con su cabeza. Su primer encuentro resultó ser diferente a lo que imaginó, Sophie era más rencorosa de lo que recordaba. Dio media vuelta y emprendió la retirada, dejando tras de sí una oleada de murmuraciones. Le iba a costar caro el silencio de la prensa, pero no podía arriesgarse, por el momento.

Sophie se giró hacia Hywel. Él todavía acechaba con la mirada a Elmer que se alejaba.

—Hywel, ya, déjelo ir.

—¿Qué se cree ese infeliz? Su propuesta fue ofensiva. —Dios sabe cuánto se contuvo para no molerlo a golpes, pero era algo que Sophie debía manejar. La miró a los ojos—. ¿Está bien, *cariad*?

—No… Lo escuchó todo, ¿cierto?

—No soy honorable, por supuesto que me escondí para enterarme de lo que pretendía ese sujeto.

Una sonrisa triste adornó los labios de Sophie. No sabía si Hywel era de aquellos hombres de ideas liberales solo para los de su género, y miraban en menos a las mujeres que los igualaban.

—Ahora sabe que soy una oveja más que negra. Fui tonta e ingenua… por amor casi lo entregué todo. —Necesitaba aclararlo,

estuvo a punto, pero el destino se los impidió. Y al día siguiente, salió en la prensa el anuncio del compromiso de Elmer con otra.

—Nadie se salva de ser tonto e ingenuo alguna vez… Y aunque usted lo hubiera hecho, yo sé que, en su sentir, era lo correcto en ese momento, y no la habría culpado. Bien sé que no todos tienen la bendición de entregarse por amor.

Aquella comprensión le dio tranquilidad al corazón de Sophie. Sin embargo, cierta gravedad en el tono de voz de Hywel hizo que esa última oración sonara como una confesión. ¿Acaso algo malo le sucedió? Buscó en su mirada un indicio. Pero él parpadeó y el instante se esfumó.

¿Qué habría sufrido para que él dijera algo así?

La espina quedó clavada en su consciencia. Sophie suspiró y añadió:

—Espero que él deje de intentarlo. ¿En qué piensa el señor Grant? Que iba a saltar de felicidad con su propuesta, después de su humillación y silencio.

—Algunos creen que el amor de una mujer es el más puro e incondicional, que lo puede todo, que lo perdona todo… pero lo cierto es que tiene límites. Todos los tenemos, el punto es descubrirlo a tiempo. —Le ofreció su brazo—. Todavía tiene un turno que cumplir, no es justo que su prima esté sola.

—Oh, cierto. —Sus pasos se dirigieron al puesto de venta de números. Hywel siguió el ritmo apresurado de ella—. Me queda media hora. Rachel y Eleanor vendrán a relevarnos.

—Cuando termine, ¿podríamos pasear por el bazar? Quiero mostrarle algo.

Ah, ella agradeció el cambio de tema. Hywel no la iba a someter a un sórdido interrogatorio. Supuso que le quedó claro con lo que escuchó. Su historia era similar a tantas otras, no iba a ser la primera ni la última en ser cautivada, desengañada y casi deshonrada… pero no por eso su dolor iba a ser menor.

Aligerándose su ánimo, preguntó:

—¿Qué me quiere mostrar? ¿Tiene algún talento escondido para el entretenimiento del público?

Hywel sonrió de medio lado.

—Tengo mis talentos, pero no puedo mostrarlos en público. —Una respuesta típica del lobo. El azoramiento amenazó con teñir las mejillas de Sophie y se abanicó con la mano. Hywel, ignorante de aquella reacción, añadió—: No, lo mío es más comercial.

—¿Tiene un puesto en la feria?

Él asintió con orgullo.

—Edward me colgaría si no hiciera un donativo a la Fundación Hope. Así que tenemos un puesto de la Assam Tea Company y otro con artículos de la India que no se pudieron subastar hace un par de años.

—Oh, son muy generosos.

—Y el té lo estamos vendiendo a precio de China, una verdadera ganga.

—Maravilloso, entonces compraré un poco… ¿Ha recorrido el bazar?

—No, recién llegué. En el puesto se encuentran algunos empleados de la mansión. Les pagué un bono extra y un día libre adicional por trabajar hoy.

—¿Y usted va a atender? —Él se encogió de hombros—. Dígame, ¿lo va a hacer?

—En un par de horas me haré cargo. Además, debo ayudarlos a cerrar el puesto y llevarnos la mercadería… si es que sobra.

—Ya quiero verlo desplegando sus encantos para que no sobre nada.

—¿No se pondrá celosa?

—No.

—¿Por qué?

—Lo conozco, tiene sus límites.

Llegaron al puesto de números y, al verlos, Charity sonrió aliviada.

—Ah, se sintió como una eternidad. Sophie, ¿qué quería el señor Grant?

—Nada importante. —Se sentó al lado de su prima y abrió el libro de registro de ventas—. Solo las típicas y ridículas exageraciones masculinas, como si fueran a salvar el mundo.

—No sabía que lo conocías.

—Lo conozco de mi primera temporada. Eras más joven en esa época y todavía no debutabas.

—Aaaaah, entiendo. —Charity no quiso saber más. Era fácil intuir que ese hombre era una historia pasada, y que su prima ya lo había superado. Lo supo cuando volvió sonriendo con el señor Welsh… Y a propósito de él—. ¿Va a comprar algún número de Lotto? Solo cuesta una guinea.

—Por supuesto… ¿Cuántos sorteos quedan?

—Cinco. Los premios son: un juego de té de plata, una pintura de naturaleza muerta de William Witney; una cena preparada por el chef de la vizcondesa de Grimstone; la colección completa de las novelas de Hubert White autografiada: y el premio final es un viaje para dos personas a Normandía, con una estadía de un mes en la propiedad de lord Wexford.

—Oh, los quiero ganar todos. —De su bolsillo extrajo diez monedas—. Dos números por cada juego.

Charity entreabrió su boca. Los caballeros solían comprar dos números como mucho. Sonrió, diez guineas era una pequeña fortuna.

—Pues estamos muy agradecidas, señor Welsh. —Sonrió—. ¿Qué números quiere? —Le señaló un pizarrón con doscientos números, había unos cien marcados.

—Que la señorita Montgomery los elija. Sé que me dará suerte.

De una bolsa de algodón, Sophie extrajo diez fichas de madera.

—Puro azar, señor Welsh. —Anotó los números en el registro y se los entregó.

Hywel se los guardó en el bolsillo.

—De todas formas, usted me traerá suerte. Iré a ver el puesto de la compañía. —Le sonrió a ambas, pero sus ojos se quedaron en Sophie—. Tenemos una cita.

—En sus sueños.

Él solo arqueó sus cejas con picardía.

—Siempre. Nos vemos, ovejitas descarriadas.

Y se alejó. Charity rio, le simpatizaba mucho el señor Welsh. Era un pícaro encantador, mas no lo podría calificar como libertino o un corruptor de damas.

—Sophie… Ahora que se ha ido el señor Welsh, ¿está todo bien?

Ella apoyó su mentón en el talón de su mano…

—Creo que sí. Espero que el señor Grant no me fastidie más.

—¿Y el señor Welsh?

Sophie suspiró. Ni siquiera se tomó la molestia de mentir o evadir la realidad, y respondió:

—No lo sé… Pero quiero encontrar la respuesta.

—Quizás no se trata de solo encontrarla. A veces hay que pedirla, digo para estar tranquila de una buena vez.

—¿Tú crees?

—Tenemos voz, debemos usarla. Como mucho te rechazará con carisma.

Sophie pensó en que si Elmer le hubiera dicho «Te amo», habrían formalizado su relación… Ella tampoco dijo esas palabras ni se las exigió, creyó que los hechos eran suficientes e irrefutables.

Al final, la vida le enseñó que ni los hechos ni las palabras lograban probar el amor. Era como el Lotto, pura suerte. Había llegado a un punto en el que solo debía arriesgarse si quería obtener algo.

Y su pensamiento, coludido con sus sentimientos, fueron directo hacia Hywel.

Él valía la pena el riesgo, aunque en el proceso perdiera otra vez su corazón.

Ya había comprobado que de amor no se moría.

Capítulo 14

Sophie nunca había paseado del brazo de un hombre a plena luz del día. La relación que sostuvo con Elmer fue clandestina, construida por momentos fugaces e intensos, que lograban concretar cada vez que se daba la más mínima posibilidad.

Debió haber sospechado en su momento que ella no era prioridad, pero él le aseguraba de que era lo mejor mientras convencía a su padre de aceptarla. Su instinto le decía que debía desconfiar, aunque fuera un poco, cada vez que él le pedía un baile a todas las debutantes de mayor rango. Se convencía de que sus celos eran irracionales, Elmer debía flirtear y ser encantador con todas para no levantar rumores sobre a quién prefería.

Al final, el vizconde Grant no la aceptó, y Elmer no quiso sacrificar nada por ella… Quizás fue el último lujo que se dio antes de aceptar un matrimonio por conveniencia.

Pensó en Hywel y la tormentosa relación con su padre. Ferdinand tampoco la hubiera aceptado, solo por contrariar y fastidiar a su hijo, pero la historia habría sido muy diferente.

Hywel trazó su propio destino. Se comprometió con las decisiones que tomó. Eso lo hizo libre de actuar.

Vaya, estaba suponiendo demasiado… Ni siquiera sabía a ciencia cierta si él sentaría cabeza.

Si ella tenía una posibilidad de ser vista…

Pamplinas.

No importaba que en el último tiempo se hubieran acercado, eso podía ser solo amistad, una que también ella estaba atesorando.

Se detuvieron frente al puesto que regentaba Laura. Eran perfumes originales que ella misma fabricaba.

Hywel la saludó con un beso en los nudillos.

—Sin duda, hoy luce más hermosa que de costumbre, señora Witney.

—Oh, es un adulador, señor Welsh, pero gracias.

—Ustedes, ovejitas descarriadas, tienen la costumbre de desestimar mis cumplidos, mas es la más santa verdad, todas son hermosas.

Sophie rio, Hywel siempre las elogiaba de la misma forma.

Laura asumió su papel de vendedora y dijo:

—¿Están interesados en algún perfume en especial?

Hywel tomó un frasquito con una muestra y probó el aroma. Agradable, masculino, pero no era el que buscaba.

—¿Tiene disponible su perfume que huele a limón…? Ay, no recuerdo qué más. Mi hermana me lo regaló para Navidad, uno hecho por usted y se me está acabando.

Sophie intervino.

—Limón y almizcle. —Hywel fingió que no le importó que ella manejara esa información, por dentro sonreía todo bobalicón—. Es que Gwendolyne me mostró los perfumes que iba a regalar para Navidad.

Laura sonrió, su prima se había apresurado demasiado rápido en dar una explicación que nadie le pidió.

—Ah, ese… *Limone e Muschio*, así se llama, no es muy original el nombre pero es lo preciso… Bueno, en realidad está compuesto por lima, bergamota, hojas de naranjo, coriandro, cardamomo, almizcle… y otros toques secretos.

Hywel arqueó sus cejas. No hubiera imaginado que era una composición tan compleja, el aroma era como estar bajo un limonero en un día de sol.

—Vaya… Qué interesante. Entonces, voy a querer dos. Mmmmm… —Siguió probando más aromas, buscando ese que sintió en Sophie en el baile de Rock Hall. Tomó uno llamado *Cuore indomito* e inspiró. Seducción e inocencia embotellada—. ¡Este es!

Laura no quiso hacer ningún comentario, pero sabía que ese fue el perfume que le regaló a Sophie un tiempo atrás. Hywel sonreía como si hubiera encontrado un tesoro.

—Excelente elección, señor Welsh. Es un perfume femenino, floral y limpio; jazmín, rosas y bergamota.

—Me llevo dos también.

Sophie no se atrevió a decir que esa era la misma fragancia que ella usaba. No sabía si él se había dado cuenta.

No quería ilusionarse con ninguna señal.

Laura interrumpió sus contrariados pensamientos cuando dijo:

—Sería una libra, señor Welsh.

—Perfecto…

Pagó y Laura envolvió los frascos en saquitos de lino individual y luego las metió en una bolsa de papel.

—Muchas gracias por su compra. —Le entregó los perfumes a Hywel.

—A usted por crear estas genialidades.

Abandonaron el lugar. Siguieron caminando y observando los puestos en silencio.

De pronto, Hywel esculcó la bolsa y sacó uno de los saquitos de lino. Sin recurrir a ninguna clase de ceremonia, se lo dio a Sophie.

—Le suplico que lo use todos los días… En usted se eleva esta fragancia. —Era cierto, cuando se mezclaba ese perfume con el aroma a sol de Sophie… No había combinación que la igualara.

Ella dudó un momento en rechazar el obsequio y devolverlo. Se suponía que debía hacerlo, no podía aceptarlo de parte de un hombre, era demasiado íntimo… No se atrevía a guardar ninguna clase de esperanza.

«Tenemos voz, debemos usarla», recordó el consejo de Charity. Ah, si supiera su prima el miedo que tenía de ponerla a prueba.

Odió a Elmer por haberle quitado su valentía, su ingenuidad.

Apretó el frasco contra su pecho. Su voz sonó más cáustica de lo normal cuando preguntó:

—Y el otro frasco, ¿para quién es?

Él esperaba esa pregunta. Feliz, respondió:

—Para mí.

—No me lo imagino oliendo a jazmines.

Los labios masculinos se curvaron con picardía. Sacó su frasquito de *Cuore indomito* y se perfumó sin titubear.

—Así estará conmigo todos los días. Considero que es mejor que pedirle un mechón de cabello o un pañuelo.

«¡Ya, basta! No siga, eso es un cortejo en toda regla», rogó Sophie en su fuero interno.

El aroma a petricor y verdor le dieron la excusa perfecta para evadir sus erráticos sentimientos. Era el puesto de plantas exóticas… y lo regentaba un rostro conocido.

Lord Blackpool. Les sonreía a ambos y les hizo señas:

—Welsh, señorita Montgomery, ¡qué sorpresa!

Ella detuvo sus pasos, mas no Hywel, que avanzó sin prestar atención. Era como si él no hubiera escuchado el saludo.

—Hywel, es lord Blackpool. —Notó que él apenas tensaba la mandíbula, ella se arrepintió de haberse detenido. Aunque no hubiera podido, el conde los reconoció primero.

Hywel, al ver que su pésima estrategia evasiva no funcionó, forzó una sonrisa amable.

—Blackpool… A mí me sorprende más verte aquí.

El conde se rascó la cabeza y respondió:

—Las Grandes Damas tienen un impresionante poder de convencimiento. En el baile conversamos sobre el granizo que afectó a los invernaderos, les comenté que el mío también se destruyó… y aquí estoy vendiendo las plantas que necesitan un lugar seguro urgente o morirán.

Hywel arqueó sus cejas y estudió los especímenes. Sophie también hizo lo mismo, eran notables. Desde raros geranios, pasando por helechos arborescentes, brezos del Cabo, camelias y orquídeas, las cuales estaban en tristes y moribundas condiciones.

Sophie se agachó y estudió las posibilidades de sobrevivencia de las orquídeas y preguntó:

—¿No ha probado con las cajas de Ward, milord? —Aquella pregunta llenó de orgullo a Hywel, Sophie se le adelantó a formularla.

—Oh, veo que las conoce.

—Sí, es muy interesante el libro del señor Nathaniel Ward, *Sobre el crecimiento de las plantas en cajas acristaladas*. La duquesa de Ravensworth y la condesa de Corby tienen varias, así pueden exhibir algunos de sus especímenes en sus salones de estar.

—Mi casa ahora mismo parece una tienda de cajas de Ward. pero no tengo más espacio. Menos mal que el año pasado abolieron el impuesto al vidrio o no podría estar reparando mi invernadero.

—La duquesa y la condesa pudieron transportar sus plantas al invernadero que posee el ducado en Windlesham. Era más rápido que hacer cajas de Ward.

A Blackpool le impresionó que una mujer leyera libros más especializados de botánica. Aunque también podía ser una sabionda que solo se dedicaba a memorizar teoría, y repuso:

—Qué suerte la de ellas, yo solo tengo un invernadero… Veo que le interesa las *Cattleya labiata*. —Una especie que llamaban la reina de las orquídeas.

—Sí, pero no sé si sobrevivirán… —Tocó sus hojas, los tallos—. Tal vez si uso el guano de Perú y la temperatura de la zona calefaccionada no le afecte de mala manera… —Miró a Hywel—. Esta especie de Sudamérica no se encuentra en el invernadero de Edward, me gustaría llevarlas, ¿puedo?

—Lo que quiera, señorita Montgomery. Tampoco tiene ese helecho australiano. Al señor Kumar le gustan los desafíos… Tendré que darle un aumento. —Carraspeó y, más por cortesía que por interés, le dijo al conde—: No sabía que eras aficionado a la botánica.

—¿Aficionado? Fui el presidente del club de botánica de Harrow, pertenezco al Jardín Medicinal de Chelsea y pretendo ser miembro de la Royal Society. Llama de esa forma a las damas que solo pintan acuarelas.

Hywel hizo una mueca, una muy mala respuesta. Sophie frunció el ceño y se levantó:

—Muchas no nos limitamos a pintar, también estudiamos y ponemos en práctica nuestros conocimientos.

—No he visto a ninguna que esté experimentando.

Hywel rio con arrogancia. Ah, cómo no amar a Sophie. Se dio el lujo de informar:

—Estás hablando con una que está probando los dichos del señor Justus von Liebeg. La señorita Montgomery es una científica muy rigurosa, y su experimento ya está mostrando resultados.

—¿En serio? —La expresión draconiana de la joven lo conminó a no bromear ni burlarse—. Cuénteme más, si fuera tan amable.

Sophie con cierta desconfianza, expuso a grandes rasgos su experimento. No obstante, lord Blackpool hacía preguntas cada vez más específicas y que requerían más detalles de su parte.

Al final, terminó contando todo. El hombre asintió conforme, y dijo:

—Asumo que usted no tiene ningún contacto con alguna asociación botánica. —Sophie le propinó una elocuente mirada—. Claro, por supuesto que no… Su experimento debería ser conocido. No le prometo nada, pero… Voy a hablar con unos amigos que son miembros de la Royal Society… —Hizo una breve pausa para pensar en las posibilidades y los requisitos—. Va a necesitar que alguno de ellos la patrocine… Bueno, usted es mujer, quizás tendrán que ser varios patrocinadores… Ah, y un seudónimo para que no la rechacen de inmediato. Su inicial y el apellido bastaría.

—¿Qué es lo que está insinuando, milord?

—Que haga una ponencia de su experimento.

Las manos de Sophie temblaron, al igual que su voz cuando dijo:

—No se está burlando, ¿cierto?

—No suelo bromear sobre botánica, y su experimento es notable… Si pudiera llevarlo a mayor escala en el futuro… En fin, hay que empezar por algo pequeño… ¿Tiene una tarjeta para poder contactarla en caso de tener buenas noticias?

—Oh… —Esculcó su retículo, en los bolsillos ocultos de su falda. Nada—. ¡Cielos! Las dejé en casa.

Hywel le entregó la propia.

—Puedes tener esta hasta que la señorita Montgomery te dé la suya.

—Perfecto. —Se la guardó en el bolsillo—. Por cierto, ¿van a querer las orquídeas y el helecho?

Sophie asintió y dijo:

—¿Cuánto debo pagar?

—Tres orquídeas y un helecho… seis chelines. Oh, me duele tanto venderlas a ese precio.

—Están casi muertas, milord.

—Y eso me duele más… No sea cruel.

—Si no tuviera una mínima esperanza de salvarlas diría que es una estafa. —De su retículo sacó el dinero y pagó.

—Ojalá triunfe con su misión… ¿Me avisará si ellas sobreviven?

—Le pintaré una acuarela. —Y tomó dos macetas de orquídeas.

—Oh, usted no perdona nada. Es implacable.

—Eso le servirá para medir sus palabras la próxima vez, milord.

Lord Blackpool rio. Con cierto tinte de malicia miró a Hywel y dijo:

—Agradece que estoy casado, o ya estaría pensando en cortejar a la dama.

—La dama tiene buen gusto, te mandaría a freír espárragos, Blackpool. —Tomó la maceta con el helecho australiano y la otra con la orquídea—. Nos vemos.

—Que tengan un lindo día.

Caminaron sin tener un rumbo fijo. Sophie resopló por su impulsividad. De pronto, se vio cargada de macetas sin siquiera haber pensado en cómo transportar las plantas.

—Hywel… Vino en carruaje, ¿cierto?

—A caballo. —Sophie gimió, lastimera—. Pero podemos dejar las macetas en el carruaje en el que vinieron los sirvientes de la mansión.

—Oh, qué alivio. —Apretó las macetas contra su pecho—. Aguanten queridas, ya tendrán una casa nueva… Tengo que buscarles un nombre.

—Pensé que solo bautizaba a las plantas con las que experimenta.

—A todas les pongo nombre. Pero estas deben tener uno apropiado. Ya pensaré en ello.

—Sé que se le ocurrirá algo original. —Apartó una rama que le hacía picar la nariz—. Le sugiero que use las leyendas de esta isla... El helecho podría llamarse Arturo.

—¡Oh, me encanta!… Y esta orquídea, Percival, esta otra, Lancelot.

—Y esta, Galahad. Ah, un peso menos en sus pensamientos.

—Sí… —Su mirada se desvió a un colorido puesto—. Esa tienda de allá es de la compañía?

—Así es. Llevaremos las plantas allá.

—Maravilloso.

Mientras caminaban. Sophie notó que llamaban mucho la atención. Los observaban y luego comentaban detrás de abanicos, o lograba escuchar que decían «Parece que lo atrapó», «Creo que es cierto, a su edad cualquier partido es bueno»… «Él no sabe con quién se está metiendo».

Sophie apretó los labios antes de preguntar:

—¿No le molesta?

—¿Qué cosa? ¿El peso de las macetas? Porque Arturo es un condenado que pesa bastante.

—No… —Rio bajito por el comentario—. No… me refiero a los rumores. ¿No le molesta que hablen de que usted y yo…?

—¿A usted le molesta?

—No… Bueno, sí. No me gustaría que le incomodara que lo vinculen a mí.

—No me molesta, *cariad*. No me incomoda… Para nada. No se preocupe de lo que digan los demás. Por mi parte, la única opinión que me importa es la suya.

Llegaron al puesto de la Asam Tea Company. Atendían el señor Kumar y Rohan vestidos a la usanza india. Justo le entregaban el cambio a una dama que compró un cuarto de kilo.

Sophie los saludó y Hywel dijo:

—Vayan a descansar y a comer. Yo me haré cargo… —Sonrió y agitó el helecho—. Mire, señor Kumar, más trabajo para usted y la señorita Montgomery.

—Oh, esas pequeñas necesitarán mucha ayuda. —Le guiñó un ojo a Sophie—. La señorita tiene manos mágicas, estoy seguro de que volverán a la vida en poco tiempo.

Las mejillas de Sophie se azoraron y dijo:

—En la mansión todos adoptaron la costumbre del señor Welsh de ser aduladores.

El señor Kumar y Rohan rieron, y los dejaron a solas. Sophie y Hywel dejaron las plantas en un lugar seguro. Ella puso sus manos

en jarras, observó el lugar e inspiró el particular aroma del té de Assam, se le antojó una taza y galletas. Sin embargo…

—Dígame, Hywel, ¿cómo le puedo ayudar?

«Amándome», pensó él. Ah, debía declararse pronto o un día lo diría en voz alta sin querer. Necesitaba el momento preciso, el bazar no proporcionaba ninguna oportunidad decente y romántica. Ella se lo merecía.

—Yo me encargaré de la venta y usted de pesar y embolsar el té. Ahí hay una palangana y agua fresca para que se lave las manos.

—Perfecto.

Diez minutos después, Sophie dimensionó el encanto que tenía Hywel en el sexo opuesto. Su comportamiento era muy diferente al mostrado en las fiestas familiares y en el baile de Rock Hall. Era un profesional del flirteo. Improvisaba versos halagadores, exhibía pequeños trucos de magia con las monedas, sonreía como todo un seductor y, cuando lo ameritaba, hacía comentarios en doble sentido que sonrojaban a las damas casadas que reían y se abanicaban.

Ese Hywel, era una fachada, una máscara. No era él… Y a la vez, sí lo era, pero una versión distorsionada, potenciada al máximo para no mostrar su verdadera forma de ser.

Se preguntó si ese Hywel era el que conocían las ovejitas blancas en la India.

Sophie no paraba de pesar y embolsar té, el que se llevaban de a kilo gracias al encanto de Hywel y, por qué no, también al bajo precio. Si él hubiera querido, habría cuatriplicado el valor y, aun así, lo habría vendido todo.

Se dio cuenta de que él siempre se mostró tal cual era ante ella y los suyos, un inofensivo pícaro adulador.

Ese hecho, lejos de desilusionarla, le hizo admitir que lo amaba más de lo que imaginó, porque le permitió conocer su lado más vulnerable, entrar a su vida de verdad. Él no se avergonzaba del trabajo científico que ella llevaba a cabo, y hablaba del experimento sin disminuirla, al contrario, lo hacía con entusiasmo y admiración… Y, lo más importante, no la juzgaba, a pesar de sus errores, de no ser lo que se espera. Con él, era más orgullosa de ser una oveja negra.

No podía seguir mintiéndose a sí misma.

No podía seguir con la incertidumbre.

Tenía que ser valiente y confesárselo antes de entregarle toda su alma.

Y si él le decía que no, quería, al menos, conservar un pedazo para sí misma.

Capítulo 15

28 de marzo de 1846.

Esta semana Sophie no ha podido visitar sus dedaleras, por lo que yo, Hywel Welsh, haré la entrada de la bitácora de hoy.

Circe continua siendo la estrella de este experimento. Es la que se ha recuperado y crecido más rápido como toda una campeona. La sigue de cerca Asteria. No obstante, si las comparamos con Aracné, esta es la más lenta de las que fueron fertilizadas con guano. De hecho, la muestra de control se encuentra en un punto sin retorno y pronto morirá. Esto significa que la tierra de Richmond es la más empobrecida a nivel químico. Me pregunto si esa propiedad ya ha alcanzado su límite con las rotaciones de cultivos. Sería un buen punto de partida para llevar este experimento a gran escala.

Sophie, si está leyendo esta entrada, quiero decirle que admiro mucho su trabajo, y sé que logrará grandes cosas. Estoy feliz de que me haya permitido ser parte de esto.

Suyo.

El lobo feroz del invernadero

Sophie sonrió al leer la entrada de Hywel en su bitácora. Suspiró. Cómo no amarlo.

Todos esos días su mente volvía a la tarde del bazar. Mientras atendían en el puesto de la Assam Tea Company, cada cierto rato sorteaban un nuevo premio.

Era en ese momento en que él hacía un alto en la venta, sacaba sus fichas del bolsillo y esperaba el resultado.

Cuatro no fueron favorables.

No obstante, cuando llegó el sorteo del premio más importante, repitió el ritual con entusiasmo, como si no hubiera perdido ya ocho guineas.

—Ahora sí que viene la premiada. —Entre sus manos tenía encerradas las fichas y las agitaba—. Sople, cariad, para la suerte.

Sophie le siguió el juego y sopló esas manos grandes que podían ser firmes y duras y, a la vez, tiernas y gentiles.

—¿Y si no gana?

Se encogió de hombros.

—Habré hecho un generoso aporte a la Fundación Hope. Desinteresadamente, por supuesto.

—Ganar, ganar. ¿Siempre le ve el lado positivo a todo?

La sonrisa de Hywel vaciló de una manera tan fugaz, que pareció no haber sucedido si no fuera por el breve silencio que le siguió.

—No siempre. Hay que darle su lugar a todo.

Sophie asintió. No sabía si estaba elucubrando demasiado, pero esa tarde Hywel, sin querer, dejaba entrever más cosas de sí mismo, más profundas. Atenta a él, dijo:

—Es cierto. A veces suceden cosas mucho peores, y ese hecho le da su lugar a otras que antes parecían gigantes.

—Usted lo ha dicho.

La voz de la condesa de Corby interrumpió su conversación al anunciar:

—Y el número ganador de un viaje a Francia y estadía en la propiedad de los condes de Wexford es… ¡El catorce! ¡Felicitaciones!

Hywel y Sophie abrieron sus ojos y sus bocas… Estaban casi seguros de que él había comprado ese número.

Él abrió sus manos y ella revisó las fichas, frenética, conteniendo el aliento.

Y ahí estaba. La tomó.

—¡Ha ganado! —Alzó sus brazos y saltó—. ¡Ganó!

Hywel dejó caer el resto de las fichas y la abrazó, casi atrapándola en el aire. La apretó con fuerza contra su cuerpo y la

pudo sentir entera. Lo peor, ella respondió a ese abrazo, se colgó de su cuello sin dudar. No hizo nada para deshacerse del contacto.

El aplauso general los separó como si hubieran tocado un hierro incandescente. Todos los escrutaban con ávido interés. La piel de ambos enrojeció y miraron a cualquier parte, menos a un par de ojos que pudiera estar fijos en ellos. Ella le entregó la ficha ganadora.

Hywel carraspeó y —con toda la dignidad que pudo— salió del puesto de la compañía para recibir su premio. Un documento que establecía las condiciones del viaje y la estadía.

En medio de los aplausos, los condes de Wexford, los donantes de aquel extraordinario premio, lo felicitaron y le entregaron el documento.

Sophie vio que los condes le decían algo a Hywel, y él parecía haberse puesto más rojo de lo que ya estaba y se abanicó con el documento.

Al volver al puesto, ella le preguntó:

—¿Qué le dijeron los condes? No cualquiera hace que usted se sonroje.

—El domingo le cuento.

—¿Por qué tengo que esperar?

—Vaya, no conocía su lado impaciente, Sophie… Bueno, no le contaré porque no es el lugar apropiado.

—Pamplinas, podría decírmelo al oído.

—¡Y también cotilla! —Ella elevó su barbilla y no replicó. Él buscó su mirada. Sophie no se hizo de rogar y sus ojos se encontraron—. No se enfade, cariad. De verdad no es el momento de ni siquiera decirlo al oído… Le juro por mi vida que se lo diré cuando visite el invernadero.

—Más le vale… ¿Y cuándo va a cobrar su premio? ¿A quién va a invitar, o viajará solo?

Hywel sonrió, en su gesto había cierto aire de ilusión.

—Quizás iré con mi madre y Eira, no me cuesta nada pagar un adicional para incluir a una persona más al viaje. Me gustaría ver qué tal es el verano en Francia. Nunca he visitado ese país.

—¿En serio nunca ha ido?

—Los puertos donde nos reabastecemos están en Portugal, África, Asia. Francia está fuera de ruta.

—Ah, entiendo… Si quiere ir en el verano, no queda mucha espera entonces. ¿Me traerá un souvenir?

—Por supuesto, siempre pienso en usted…

Sophie soltó un suspiro y volvió al presente.

Todavía no había visto a Hywel. Cerys le comentó que su hijo salió temprano a Londres a tratar un asunto importante.

Era extraño, lo único que se podía hacer un domingo en la mañana era ir a una iglesia. Dudaba que Hywel fuera un hombre devoto… Ni siquiera le extrañaría si no creyera en Dios.

Tal vez era el destino diciéndole que no era apropiado que ella le dijera lo que sentía.

Se llevó la mano al pecho… Esa opresión… Tenía varias entradas con ese síntoma, y ya había identificado el detonante. Por lo general, ocurría cuando algo le angustiaba o pensaba demasiado en cómo decirle a Hywel que había caído en sus encantos, igual que una ovejita blanca.

Mejor se distraía con su trabajo, debía revisar el estado de Galahad, era la orquídea más crítica de las tres que trajeron del bazar, Arturo ya se hallaba en mejores condiciones.

—Bien, manos a la obra.

*****

Sophie se secó el sudor de la frente con su antebrazo. De rodillas, ante el semillero de dedaleras que estaba casi vacío, sacó la última muestra.

En una maceta echó tierra de Richmond, plantó la dedalera, le agregó polvo de huesos y la regó, cien centímetros cúbicos exactos. Por último escribió el nombre de la muestra con pintura blanca.

Hydra.

Le dio comezón en la nariz y se rascó.

Una sombra eclipsó el sol.

—¿Ahora le pone nombre de constelaciones o monstruos mitológicos?

Sophie reprimió una sonrisa al escuchar la voz de Hywel. Quiso mantener una expresión serena pese a que todo el cuerpo le temblaba.

Miró de soslayo a Emma, quien se encontraba armando una caja de Ward para mantener unos helechos que el señor Kumar le preparó.

Era ahora o perdería el valor.

Se levantó y dio media vuelta. Se encontró con la media sonrisa de Hywel, y respondió:

—Constelaciones. Me pareció una buena idea ponerles un nombre diferente.

—Creo que ahora entiendo los nombres de las primeras dedaleras. A simple vista son parte de la mitología griega, pero todas tienen algo en común.

—¿Ah, sí? Ilumíneme.

—Llevan nombres de víctimas de la crueldad de un dios o semidiós. —«Un reflejo de tu dolor», pensó.

Sophie esbozó una sonrisa. Nadie había asociado el motivo de los nombres de sus dedaleras. Solo él.

—Ha dado en la diana… ¿Le queda valeriana?

El arqueó las cejas ante el brusco cambio de tema.

—Poca, a decir verdad.

—¿Me acompaña a cosechar las raíces?

—Por supuesto…

Sophie dio media vuelta y dijo:

—Tía Emma, iré a recolectar valeriana al río. El señor Welsh me va a acompañar.

Emma, pendiente del trasplante del helecho, sin mirarla, respondió:

—Ve, querida… No tardes.

Sophie le sonrió. Hywel le ofreció el brazo.

En silencio salieron del invernadero, atravesaron la mansión y pronto llegaron al sendero de gravilla que los llevaba al embarcadero. Tras un rato de caminata, Hywel se detuvo a la sombra de un árbol y dijo:

—Espere… —Ella detuvo sus pasos, en su expresión había curiosidad—. Permítame… —Sacó su pañuelo y, delicado, limpió la frente y nariz de Sophie. Ella se dejó atender, solo por el placer de sentir el toque de él—. Siempre ensucia su cara, se ve adorable, pero no le hace bien a su piel.

—Gracias. No me doy cuenta.

—Lo sé, *cariad*… Listo, como nueva. —La admiró por un par de segundos y entonces preguntó—: ¿Pasó algo importante? ¿El imbécil de Grant la ha fastidiado? Sé que es una excusa lo de venir a buscar valeriana.

—En cierto modo, pasó algo importante, pero no tiene nada que ver con el imbécil… —Carraspeó. No sabía cómo empezar, tampoco quería ser brusca… Dios, no era fácil, necesitaba calmarse—. ¿Qué lo llevó a Londres?

Evasión. Sophie se reprendió por su cobardía.

—Aaah… eso… Blackpool me contactó para contarme que ha hablado con algunos de sus colegas del Jardín Medicinal de Chelsea, quería tantear el terreno sobre su experimento. No ha dicho que usted es una dama, pero las reacciones son auspiciosas como para abordarlo con alguien que pueda patrocinarla en la Royal Society… Necesita un seudónimo para referirse a usted, le sugirió uno, pero debe confirmarlo. Él ya aprendió que no puede pasarla a llevar.

Sophie se tapó la boca para ahogar un gritito. Jamás imaginó que podría ser posible llegar a esa instancia. Ella solo deseaba fastidiar a alguien de la Royal, incomodar al solicitar una audiencia para hablar de su experimento, pero de ahí a realizar una ponencia, eran palabras mayores.

—Oh, Hywel. ¿En serio?

—Sí, Blackpool está muy entusiasmado. Me preguntó si él puede venir a ver su experimento.

—Oh, claro que sí… Oh, gracias… Gracias… —Sus ojos ardieron de pura emoción.

—Usted lo ha hecho.

—Sí, pero usted me ha apoyado en todo… Se enorgullece de mi trabajo, me toma en serio.

—Por supuesto que lo hago. Cómo no voy a hacerlo por mi ovejita negra. —Tomó entre sus manos el rostro de Sophie y secó esas hermosas lágrimas con sus pulgares. Dios, tenía que decírselo. Decirle que la adoraba. Tomó una honda inspiración…

Dio un paso al abismo, su salto de fe.

Pero Sophie se le adelantó:

—Tengo algo importante que decirle, Hywel. —Ya estaba ahí, no podía retroceder. Seguía sin saber cómo empezar, ¿cómo podía hablar de algo que no sabía describir? Inspiró, no le dio más vueltas y agregó—: Cultivo dedaleras porque creía que estaba enferma del corazón, que quizás moriría joven… Oh, no se asuste, ya fui al doctor y estoy bien… En todo caso, esa idea no me atemorizaba mucho. Después de todo… nadie dependía de mí. No había un esposo, hijos… —Un nudo apretó su garganta, su pulso se aceleró—. Ahora mismo mi corazón late tan fuerte y rápido que golpea mis costillas… El asunto es que, a pesar de la imagen que doy, soy más sensible que los demás, siento demasiado, tanto que a veces me sobrepasa. Mi corazón… mi cuerpo busca una salida a lo que reprimo: la angustia, la ansiedad, el dolor… y también cuando amo, y me miento y me digo que eso no es para mí, que no debo creer en las palabras bonitas, que me mantenga alejada… —Hywel la contemplaba con su boca entreabierta. Ella intentó desviar la mirada, pero él, con sus manos temblorosas, no se lo permitió—. Y ya no puedo esconderlo más, me enamoré de usted… Lo amo, lo amo… Lo siento, yo…

—*Cariad*… —La abrazó fuerte. Dios, estaba pasando, Sophie lo amaba… ¡De verdad lo amaba!—. *Oh, cariad…Rwy'n dy garu di*. [2]

Ella no entendía mucho el galés, pero el tono, la fuerza de ese abrazo, la respiración agitada de él le gritaba que la correspondía. ¡La amaba!

Aspiró el aroma de Hywel, su pecho amplio y duro…

—Te amo, Hywel… No te vayas a la India, no sin mí.

—No me iré… Le respondí a Edward que busquemos un punto medio para que podamos hacer vida en ambos países… Le dije que quería sentar cabeza, que amaba a una joven y que no sabía si me

correspondía… Que quizás me veía como el amigo que solo flirtea, pero no me iba a ir hasta intentarlo. —Rio de pura felicidad, a carcajada limpia—. Ahora le escribiré y le diré que seremos más familia que antes. Amigos y concuñados. —Sophie alzó la mirada y se encontró con los ojos enrojecidos de él—. Seré digno de ti. Quiero merecer tu amor… Te amo, mi Sophie.

Rompió el contacto solo para enmarcar el rostro adorado. Ella lo abrazó por la cintura y cerró sus ojos, entregándose a él.

Confiando en él.

Hywel debía honrar ese regalo.

Y la besó.

La adoró con sus labios y ella le dio la dulce bienvenida.

Nunca se sintió más bendito que en ese momento, nunca se sintió tan amado. Sophie lo besaba con ese candoroso ímpetu de alguien que sabe besar, pero que no es consciente del poder que poseía su seducción.

Tanteó para profundizar su contacto, ansiaba probar más de ella. ¿Su lengua sería tan deliciosa como los labios carnosos y calientes?

Lamió la boca entreabierta y se encontró con la tibia caricia de la lengua de ella. No había timidez, solo esa misma hambre que él experimentaba. Era una invitación a entrar, a comer y a beber.

Y el lobo devoró a la oveja negra.

Abrió sus fauces y ella se lo dio todo. Se aferró a su cuello, y sus lenguas se enredaron para impregnarse del sabor mutuo. Se sumergieron en las profundidades del otro y se deleitaron con esa nueva intimidad, esa barrera derribada que les permitía llegar al alma del ser amado.

El corazón de Sophie se fue acompasando a los latidos de Hywel que lograba percibir en su cuello, en su respiración serena pero exigente.

Disfrutó ese primer beso. No se sentía torpe e inexperta, ni tampoco temía ser cuestionada por no haberse «hecho respetar» en el pasado, y aquello le dio la libertad de dar y recibir, sin contemplaciones ni falso decoro.

No era su primer amor, pero estaba segura de que Hywel era el hombre de su vida. Llegar en segundo lugar no era perder. Bien lo sabía ella, él besó a tantas antes de conocerla, pero tenía la esperanza de que sería la última.

Y aquel pensamiento espoleó algo primitivo dentro de ella. Una urgente necesidad se alzó como una ola, cuyo impacto convergía entre sus piernas, en un punto pulsante y vivo. Sabía qué significaba y a dónde llevaba… y fue consciente también del deseo de Hywel que, impetuoso, se hacía notar.

No le asustó. No temió. Algo en él le indicaba que no la presionaría a ir más allá.

Aquello él se lo confirmó al diluir ese beso intenso, en cientos de toques tiernos y fugaces. Domó la pasión propia, apagando la hoguera que lo consumía, hasta convertirlas en brasas ardientes cubiertas de cenizas.

El último beso lo depositó en la frente de Sophie y sus labios ahí se quedaron para preguntar:

—¿Puedo pedirle permiso a tu padre para cortejarte?

—A él no le sorprenderá, pero estará feliz de que lo hagas público.

—Haré lo que hacen los pretendientes, te visitaré, te llevaré flores, pasearemos en el parque con una carabina. Todos sabrán que te adoro. Bailaré tres veces contigo, y el resto con tus primas y amigas para que se vayan temprano a la biblioteca. Te besaré cuando nadie nos vea…

—Y yo recibiré tus regalos, iré feliz de tu brazo, cenaremos con tu familia en casa de mis padres y ampliaré tu repertorio de bailes.

—¿Minuets, cotillón, polka y cuadrillas?

—No todo en la vida son valses y gallops. Esos son míos.

—Yo soy todo tuyo… Y después de un par de semanas, pediré tu mano, nos comprometeremos… Edward tiene que ser mi padrino.

—Podré esperar a su regreso… Emily tiene que ser mi dama de honor… ¡Conoceré a mi sobrina!

—Iremos a Francia de luna de miel.

Francia… Aquello le hizo recordar algo a Sophie.

—¿Qué te dijeron los condes de Wexford cuando te dieron el premio?

—Que dejara de tontear y pidiera tu mano de una buena vez… Eso iba a hacer hoy, o sea, declararme, pero, como siempre, te adelantaste.

Sophie sonrió.

—Por algo soy tu oveja negra… —Le guiñó—. Vas a tener que espabilarte, o tu fama de lobo quedará en entredicho.

Él se llevó la mano al pecho.

—Oh, mi corazón… Otro dardo venenoso. —Sophie rio. Él la abrazó por la cintura—. Volveré a recordarte por qué soy tu lobo…

Sopló las cenizas, y las brasas volvieron a ser hoguera.

Capítulo 16

A la noche siguiente, después de un día agotador, Sophie se encontraba ordenando las láminas de valeriana sobre un paño de algodón. El ático de su casa era el lugar ideal para esa tarea. Una vela derramaba su luz dorada en un rincón. Las secaría del modo tradicional, el cual era un proceso más lento y necesitaba más cuidados, pero no le agobiaba. En un par de semanas estarían listas.

Después de haberse sincerado con Hywel, debieron cosechar las raíces para hacer plausible su mentira piadosa. Ella no podía quedarse esa noche para repetir el secado en horno.

No importaba. Algún día ya no se separarían.

Esa jornada no pudo ocultar que sus latidos eran como mariposas revoloteando en una tarde de primavera. Su sonrisa inamovible era el indicio inequívoco de que algo importante había sucedido. No quiso decir nada a nadie —pese a su evidente buen humor—, no hasta que Hywel pidiera su mano a su padre.

Una parte minúscula, ínfima de su alma, aún temía. No se convencía de que por fin sería la prioridad de alguien. No importaba que Hywel le hubiera asegurado de que iría esa noche a cenar a su casa y cumplir con lo prometido.

Negó con su cabeza y se animó en voz alta:

—Vendrá, Sophie… Te ama, quiere que todo el mundo lo sepa.

Ordenó las últimas láminas y suspiró. Se preguntó si las pesadillas de Hywel volverían cuando la valeriana se agotara, y recordó esa época en la que el ánimo de él se fue a pique. ¿Qué habría provocado esa reacción? Fue antes del fallecimiento de su padre, así que debió ser otra cosa.

Le molestaba no saber qué las causaba.

O quién.

Se parecía a lo que ella vivió. Tuvo pesadillas, taquicardias y opresión en el pecho, antes, durante y después de la traición de

Grant. Su cuerpo y mente luchaban por un alivio a su dolor y ansiedad silente.

Ella estaba segura de que ese mismo grito desesperado fue el detonante de las pesadillas de Hywel.

«Hywel puede parecer muy extrovertido, pero suele guardarse las cosas más importantes», recordó las palabras que Gwendolyne dijo un tiempo atrás.

Sí, siempre se guardaba lo peor. Como en aquella ocasión en que se perdió varios días cuando Gwendolyne enviudó de su primer esposo. Hywel asumió toda la carga de aquel desastre y no le avisó a Edward.

O cuando no le escribió a Gwendolyne durante un mes para no preocuparla acerca de su infructuosa búsqueda de Eira.

O esa misión que se autoimpuso de velar por la salud de Ferdinand y visitarlo todas las semanas. Pudo haber delegado esa carga, pero él la asumió como cabeza de familia.

En su afán de no perturbar a los demás, guardaba silencio.

Quizás nunca sabría qué dolor fue el que lo sumió en esa profunda melancolía, la que fue tan terrible que no lo pudo ocultar. Tal vez esa herida jamás cicatrizaría del todo.

Esperaba que su amor, le diera algo de paz.

Tomó la palmatoria y salió del ático. Ya se acercaba la hora de la cena.

*****

Hywel se había parado frente a esa puerta en muchas oportunidades, pero estaba seguro de que nunca olvidaría esa vez. La emoción lo embargaba al punto de temblar.

Se quitó el sombrero. Hizo malabares para sostenerlo al mismo tiempo que los tres ramos de flores que llevaba. Con su mano libre se peinó el cabello con los dedos y se lo volvió a colocar.

Tomó la aldaba y golpeó la puerta.

El ama de llaves abrió y le sonrió.

—Buenas noches, señor Welsh. La familia lo espera.

—Buenas noches, señora Watson… ¿Y el señor Watson? Es extraño que él no abra la puerta.

—Oh, bueno… Acudió al urgente llamado de la naturaleza.

Hywel rio.

En ese momento apareció Eleanor por el costado del ama de llaves.

—Hola, señor Welsh. ¿Así que se ganó de nuevo una cena? ¿Cómo fue que derrotó a Sophie en el *Vingt-Un*? Me parece imposible.

Hywel abrió la boca para responder, mas la señora Watson se le adelantó y reprendió:

—¿Por qué cada vez que me toca abrir la puerta usted viene a importunar?

—Porque usted es la más bella, hermosa y es más pequeña que Watson.

El ama de llaves puso los ojos en blanco, le sonrió a Hywel y lo hizo pasar con un gesto.

Hywel le entregó los ramos de flores al ama de llaves. Se quitó el sombrero y los guantes, y los dejó en el recibidor, luego, los ramos volvieron a sus manos. Ni bien terminó ese ritual, Eleanor se le colgó del brazo y lo guio hacia el salón de estar.

—Dígame, ¿hizo trampa?, ¿contó cartas?

Hywel sabía con qué excusa Sophie anunció su visita, pero Eleanor lo estaba acorralando.

—Solo fue suerte. —Se encogió de hombros—. Quizás ella contó mal las cartas.

Eleanor hizo un mohín.

—Puede ser, Emily se llevó todo el talento matemático. Mi talento es promedio en esa área, a veces se me olvida la tabla del ocho.

—Y Sophie tiene el talento científico… ¿Y usted?

La alegría de sus ojos se veló por solo un momento y respondió:

—Oh, yo solo leo…

Hywel ladeó la cabeza. No le convencía del todo esa respuesta.

—Una oveja descarriada como usted debe ser más que una devoradora de libros. Siempre hay algo más.

Eleanor evadió el asunto abriendo la puerta del salón de estar.

Lo primero que buscó Hywel fue a Sophie. Ella le sonreía como siempre, pero sus ojos… Oh, sus ojos tenían un brillo excepcional. Le costó la vida gobernar a sus piernas para no ir directo a su encuentro, abrazarla y besarla hasta perder la razón.

Y es que ella lo tenía a sus pies. Bastó solo ese primer beso para saberlo, esa maravillosa sensación de amarla no se desvaneció como muchas veces le pasó. Se quedó ahí, en el centro de su pecho, como una parte de él.

Sí, solo quería besarla. Devorar otra vez a la oveja negra.

Ah, pero no podía o su petición de mano se iría al infierno.

En vez de ello, hizo una leve inclinación.

—Siempre es un placer volver a este hogar. —Le entregó un ramo a Eleanor—. Para la ovejita descarriada.

—Oh, gracias, señor Welsh. Hace mucho que no me regalaban flores. —Ni bien al terminar esa oración recordó al hombre que la cortejó. Su sonrisa tambaleó, mas se recompuso con rapidez—. Están preciosas.

—Como usted, señorita Eleanor. —Luego le entregó el ramo a Minerva—. Mi señora, gracias a usted, sus hijas son verdaderas beldades.

Minerva rio. El señor Welsh no cambiaba nada. Recibió el ramo y respondió:

—Gracias por el obsequio, querido.

—Es un homenaje a tan maravillosa matriarca. —Miró a August—. Por supuesto usted también aportó a formar a estas damas excepcionales.

August solo le alzó una ceja y repuso:

—Más le vale darme algo de crédito. Supongo que esas flores no son para mí.

—Oh, no. A usted le traje esto… —De su bolsillo sacó una saquito de algodón y se la entregó—. Sé que a veces se permite fumar pipa.

August abrió el obsequio y emergió el aroma del tabaco. Ah, ese sería para momentos especiales.

—Gracias, muchacho. Se nota que es de la mejor calidad.

Por último, Hywel se giró hacia Sophie…

—*Cariad*… Por permitirme ganar. —Se llevó la mano al pecho y le guiñó el ojo.

Sophie recibió el ramo e inspiró el aroma de las rosas blancas. Se limitó a curvar sus labios levemente, necesitaba suprimir todo indicio de que moría por abrazar y besar a ese hombre que pronto pediría su mano.

—Gracias, señor Welsh. Son preciosas.

—No más que usted.

La mirada de Sophie de reproche fue más que elocuente. Hywel notó que ella era una actriz consumada cuando alzó su altanera barbilla y añadió:

—Oh, va a tener que variar sus elogios. ¿Cuántas veces los ha usado?

Hywel miró al cielo raso y se lo pensó por largos segundos.

—Me parece que he perdido la cuenta.

—Usted es terrible. Si sigue así, cuando se enamore de verdad, no le van a creer.

Hywel se llevó la mano al pecho. Retrocedió un paso, tambaleó con dramatismo.

—Oh, ¿hasta cuándo tendré que soportar esto?

—No le creo su debilidad, usted es un hueso duro de roer.

Minerva negó con su cabeza e interrumpió ese habitual intercambio:

—Ya, niños. Vamos a cenar antes de que se enfríe. —August le ofreció el brazo, galante, y ella lo tomó—: Hijas, denme sus flores para pedirle a la señora Watson que las ponga en agua.

Eleanor y Sophie le entregaron el ramo a su madre. Hywel les ofreció el brazo y siguieron a August y Minerva.

Él sonreía. Apenas podía creer que estaba ahí.

*****

La cena transcurrió en completa normalidad. En la mesa de los Montgomery conversaban de todo un poco. Reían, bromeaban, pero también podían sostener debates sobre política y negocios. Cuando ya finalizaban el postre, August decidió que era pertinente informar:

—Señor Welsh, quería comentarle que hoy, en la oficina de correos, me encontré con el albacea del testamento de su padre.

Para Hywel era extraño hablar de Ferdinand. Desde el funeral, apenas le dedicó un pensamiento.

—¿Sí?, ¿Y qué le dijo?

—No mucho en realidad, pero estaba enviándole una carta a usted para citarlo a la lectura del testamento de su padre. Ya sabe lo que eso significa.

A Hywel le desconcertó aquella revelación. Un año antes de su ataque apopléjico, su progenitor aseguraba que lo había desheredado. Asumió que, con la muerte de su padre, ya no tendría nada que ver con lo que quedó de su menoscabado patrimonio.

No le sorprendería que el viejo le mintió solo para fastidiarlo.

Se encogió de hombros y sentenció con acidez:

—Tal vez me dejó un mensaje demostrando todo su amor de padre.

—Quien sabe, pero bueno, preferí comentárselo para que esté preparado.

—Gracias, señor. —Carraspeó—. Ya que hemos terminado… Señor Montgomery, necesito conversar un asunto en privado con usted. No tomará mucho tiempo.

—Por supuesto, vamos a mi despacho.

—Gracias.

Ambos hombres se levantaron. Hywel miró de soslayo a Sophie, sus ojos se encontraron. Ella no pudo reprimir un suspiro largo y profundo.

Estaba sucediendo aquello que nunca imaginó. Tembló cuando ellos abandonaron el comedor.

Eleanor la miró y dijo:

—Es mentira que te ganó en el *Vingt-Un*, ¿cierto? Es sospechoso, el señor Welsh nunca trae flores. —Ni bien terminó de soltar esas palabras, jadeó y se tapó la boca. El color de la cara de

Sophie pasó por todas las tonalidades de rojo hasta llegar al de los tomates maduros—. Noooooo… ¿Te va a cortejar?

Sophie, temiendo que su voz no saliera, solo asintió.

Minerva sonrió. Ah, ya sabía que tarde o temprano ese hombre iba a cautivar por fin a su hija. Le tomó la mano y le dijo:

—Sé que esta vez serás feliz... —Los ojos de Sophie se anegaron. Al parecer, su madre sabía más de lo que decía. Quizás fue una ilusa al pensar que los ecos de los rumores no llegaron a sus oídos, Minerva jamás le insinuó nada—. El extraño comportamiento del señor Grant en los últimos días solo confirmó algunas sospechas que tenía.

Sophie, cabizbaja, asintió:

—Perdóname, mamá, por ocultártelo.

Minerva apretó una triste sonrisa.

—A veces por amor cometemos errores y lo pagamos caro. Y ha sido suficiente para ti, eso ya está en el pasado. Esta es tu segunda oportunidad. El señor Welsh, a pesar de ser un lisonjero redomado, ha demostrado con creces que es digno de ti.

—Lo es… Él quiere que todo el mundo sepa que me ama.

Eleanor se secó las incipientes lágrimas y terció:

—Oh, qué romántico. Ojalá todos los hombres fueran como él. —Forzó una sonrisa—. Creo que es momento de que me consiga una mascota… —Dos goterones cayeron—. Al menos te quedarás en Inglaterra.

—Oh, cielo… —Sophie se levantó de su silla y abrazó a su hermana—. Tendremos tiempo…

*****

A unos cuantos metros, en el despacho de August, Hywel tomaba una honda inspiración y dijo:

—Señor Montgomery, he mentido. —Carraspeó—. Lo cierto es que no gané una apuesta. En realidad, he venido a pedirle permiso para cortejar a su hija Sophie.

August para nada sorprendido, se limitó a reclinarse en su silla, arquear su ceja e interpelar:

—¿Y ella lo sabe?

—Oh, claro, señor. Ayer sinceramos lo que sentimos y… y yo la amo con todo mi corazón. Mis intenciones son más que serias y honorables, y quiero hacer las cosas como se debe: cortejo, compromiso y matrimonio.

—Vaya, es extraño ver en esta familia que sigan todas las etapas de una relación… Saltan de la declaración al matrimonio en segundos… —Rio pensando en sus hijos mayores. Hywel soltó todo el aire que contenían sus pulmones, aliviado. Estaba casi seguro de que lo iban a aceptar, pero nunca se sabía si era merecedor de tal bendición—. Ya me parecía sospechoso que le ganara a mi hija en el *Vingt-Un*.

Hywel se rascó la cabeza. La excusa de Sophie era terrible.

—Me gané algo infinitamente mejor, su corazón. Le prometo que la amaré, la cuidaré y la apoyaré hasta mi último aliento.

—Con eso me basta. Te conozco desde hace bastante tiempo y sé que eres un buen hombre. Tienes mi bendición, puedes cortejarla… Aunque esa palabra se queda corta para lo que sienten.

—Lo sé. Deseo darle a Sophie la experiencia completa, como se debe y se merece.

—Santo cielo. —Se masajeó la sien, fingiendo pavor—. Ustedes van a llenar las columnas sociales con sabrosos cotilleos.

—Oh, esa va a ser la mejor parte… No llegaré al extremo de exponerla a un escándalo de marca mayor, pero no podré evitar tomarle la mano en público o besarle la coronilla.

August sabía que eso sería suficiente para alimentar los cotilleos. Se levantó de su asiento. Hywel lo imitó. De inmediato le ofreció la mano.

El padre de Sophie la estrechó y atrajo a su futuro yerno para darle un abrazo y palmadas en la espalda. Hywel, sorprendido, no supo qué hacer por largos segundos. Sus manos colgaban, inertes.

—Bienvenido a la familia, muchacho. Haz feliz a mi hija, ámala y respétala, es lo único que te exijo.

Aquellas palabras, esa confianza, esa fe en él abrió una fisura que dejó entrar luz. Tal vez sí transitaba en el camino correcto. Tal

vez sí merecía esas horas de felicidad que estaba experimentando desde que Sophie le confesó su amor.

Ella lo amaba… Incluso en ese momento apenas podía convencerse de que era real.

Abrazó a August. Quizás así se sentía el afecto de un padre, ese calor, esa confianza. Y supo en ese momento que cumpliría su promesa en el lecho de muerte de su progenitor; él nunca sería como Ferdinand Welsh, sino todo lo contrario, quería ser como August, un hombre.

Un verdadero hombre.

Un padre y esposo de verdad.

—Gracias, señor Montgomery. No lo defraudaré.

August rompió el contacto, solo para darle unas palmadas cariñosas en el rostro.

—Vamos a sacar de su miseria a Sophie.

—Sí, señor.

August abrió la puerta. Ahí estaban sus tres mujeres esperando. No eran necesarias las explicaciones, era evidente que habían escuchado casi todo. Sophie entró y lo abrazó.

—Gracias, papá. —Le besó la mejilla.

—Solo sean felices… —Apretó más fuerte a Sophie, su pequeña. Ah, no importaba cuántos hijos ya hubieran abandonado el hogar para formar el propio, el adiós era un trago difícil de digerir. Se aclaró la garganta y domó sus lágrimas—. Ve con tu novio.

Sophie volvió a besar a su padre, y él la dejó ir.

Hywel la recibió en sus brazos, la alzó en vilo y no temió decir a viva voz:

—Te amo, *cariad*. —La depositó en el suelo con gentileza y le besó la frente. Solo ese contacto le bastó para saciar parte de su ansia.

—Y yo a ti, *cariad*. —Cerró sus ojos y disfrutó del tibio toque de los labios de Hywel—. Te haré muy feliz.

—Ya lo haces. —Volvió a besar su frente—. Ya lo haces.

Capítulo 17

UN ROMANCE QUE NO TIENE NADA QUE OCULTAR.
Por H. Wells.

No recuerdo la última vez que vi un cortejo que fuera un desmesurado desfile de muestras de admiración hacia una dama.

Desde hace unas semanas, el empresario del té de Assam, Hywel Welsh, ha demostrado cada vez que puede el amor que le profesa a la señorita Sophia Montgomery, quien no teme en evidenciar que sus sentimientos son recíprocos.

En los últimos eventos a los que han asistido, la dama le reserva los valses —que bailan como si fueran hecho el uno para el otro— y, de vez en cuando, también le otorga uno adicional. Para sorpresa de muchos, las matronas no se escandalizan con aquella falta a las normas, dado que el señor Welsh no escatima en esfuerzos en hechizarlas con su carisma para que hagan la vista gorda. Además, baila con parientes y amigas de la señorita Montgomery, y ahí es donde queda manifestada de manera empírica la preferencia del señor Welsh, baila con una torpeza que, lejos de hacerle parecer un inútil, resulta adorable. Él se comporta como un respetuoso y coqueto hermano mayor ante cualquier falda que no sea de la señorita en cuestión.

Sin embargo, no solo en los bailes demuestra que la señorita Montgomery lo tiene a sus pies. Varias veces a la semana se les ve paseando en Rotten Row, en un carruaje abierto, en el que la madre y la hermana de la dama los acompañan.

También sabemos, de fuentes muy cercanas, que el señor Welsh va a buscar a la señorita Montgomery, a la Academia Hope, lugar donde ella se desempeña como maestra de ciencias. Lógicamente, también incluye en este paseo a las demás maestras del plantel académico que son parientes o amigas de la pareja.

Creo que es solo cuestión de tiempo para que aparezca en los anuncios de este y otros medios de prensa, que la feliz pareja se ha comprometido para sellar su relación en la santa institución del matrimonio.

Ah, da tanto gusto cuando se combina lo mejor de los dos mundos; la conveniencia y el amor.

Clarín Social, 24 de abril de 1846.

Loretta Grant arqueó una ceja al terminar de leer. Aquella columna le hacía sentir más tranquila respecto a las intenciones de Sophie Montgomery. Era lo único que necesitaba saber.

Dejó la revista a un lado. Siguió con su desayuno, fingiendo que era un día normal.

Cinco minutos después, su esposo tomó el Clarín Social y lo hojeó. Loretta lo miraba de soslayo mientras embadurnaba su tostada con mantequilla.

De pronto, la respiración de Elmer era como la de un toro a punto de embestir. Loretta se hizo la sorda.

Pero no era ciega. Bebió un sorbo de té.

Notó la lucha de Elmer por no hacer pedazos la revista. Sus nudillos se tornaron blancos y las hojas temblaron y crujieron.

Con brusquedad dejó la revista a un lado y se levantó.

—Si me disculpa, me retiro, esposa. Tengo algo urgente que hacer.

Loretta asintió en silencio.

Cuando se vio a solas, suspiró.

Durante mucho tiempo pensó que Elmer había olvidado a la señorita Montgomery. Esa ilusión se desmoronó en cuanto él la vio en ese baile.

Fue un error creer que, con el tiempo y si se mantenían lejos de Londres, el afecto surgiría en él. Se engañaba al interpretar que cada mínima muestra de amabilidad era una victoria. Un paso más para alcanzarlo.

Ahora no sabía qué hacer con su corazón.

Y con ese hijo que venía en camino.

*****

Hywel hizo una reverencia a los anfitriones de la velada, los condes de Wexford y a los hijos de ellos. Todos respondieron al saludo tal como dictaba el protocolo, pero con una leve y pícara sonrisa.

El conde no aguantó mucho más y dijo:

—Menos mal que nos hizo caso, señor Welsh. Mi esposa y yo pensábamos que iba a tardar más en cortejar a Sophie.

El gesto solemne de Hywel cambió a una amplia sonrisa que llenó su cara.

—Había que salir de dudas lo más pronto posible, pero mi reciente felicidad no se debe a mi valentía, sino a la de la señorita Montgomery.

La condesa arqueó sus cejas ante esa revelación.

—No me sorprende que ella diera el primer paso, pero lo que sí me sorprende es que usted lo reconozca. No todos los hombres podrían admitirlo.

—Ella tiende a adelantarse, pero no me quejo.

Hyacinth, la primogénita de los condes, intervino:

—¿Y no los ha molestado cierto caballero de apellido G? —El hermano de ella, Weston, le dio un codazo nada discreto —. ¡Auch, animal! Más respeto con tus mayores.

—Entonces respeta al señor Welsh. —Forzó una sonrisa—. Discúlpela, por favor, es una cotilla sin remedio.

Poppy, la benjamina de la familia, terció:

—El señor G no ha sido nada juicioso, todo el mundo lo sabe, otra cosa es que se hagan los desentendidos.

David, el tercer hermano, asintió y repuso:

—En eso tengo que darte la razón, Poppy. Sé que se gastó una pequeña fortuna para silenciar a los periódicos. Estoy seguro de que no quería que su padre se enterara de su *tête-à-tête* con Sophie en el invernadero de Pearl Palace. Yo creo que todavía le duele la bofetada que le dio.

Hyacinth agregó:

—Tampoco colabora mucho su cara de odio tan pronto los ve bailar, señor Welsh. Por cierto, ustedes son unos verdaderos artistas cuando se trata del vals, hace que los demás parezcamos que tenemos dos pies izquierdos.

Hywel abrió la boca para responder, los hijos de los condes eran irreverentes y avasalladores cuando se encontraban todos juntos. No obstante, la condesa impuso el orden.

—No agobien al señor Welsh, ustedes son terribles cuando entran en confianza… —Sonrió a Hywel—. Supongo que pronto nos veremos para fijar la fecha de su viaje a Francia.

—Por supuesto, milady. Y no se preocupe, sus hijos no son terribles. He conversado con los mayores en otras oportunidades. —Le guiñó un ojo a Hyacinth—. Y usted no tiene dos pies izquierdos, en el cotillón hace magia y me evita que haga el ridículo.

—Es un placer ayudarlo. Usted y mis amigas hacen que los bailes sean más interesantes.

Hyacinth era amiga de las Damas del Diablo, pero se liberaba del apodo solo por no trabajar en la Academia Hope. A sus treinta años, ya había vivido lo que muchas experimentaban durante toda una vida; el amor, el matrimonio… y la viudez. Recién ese año volvió a la actividad social, más por aburrimiento que por buscar un marido. Cinco años de doloroso luto fueron demasiado tiempo para darse cuenta de que la resignación no llegaba nunca, solo la costumbre al vacío que dejó su esposo.

—Gracias por el cumplido, milady. —Dirigió su atención al conde—. Milord, ¿han llegado los Montgomery?

—Hace una media hora. No lo entretendremos más, vaya a buscar a su novia… Gracias por venir, que disfrute la velada.

—Gracias a ustedes por invitarme. Nos veremos más rato. —Hizo una ligera inclinación a los anfitriones.

Los Wexford asintieron y siguieron con el protocolo de dar la bienvenida al siguiente invitado.

Hywel avanzó por el vestíbulo y aguardó a ser anunciado por el maestro de ceremonias.

Al entrar en el gran salón, sintió el escrutinio general. Sabía que todos esperaban ser testigos del siguiente movimiento de su cortejo. La mitad creía que iba a comprometerse con Sophie, la otra mitad lo dudaba.

A él no le importaba, si le iba a pedir matrimonio sería en otra instancia, más privada. Aunque tampoco era una mala idea hacerlo tan público para cerrar algunas bocas.

Avanzó entre los invitados con una sonrisa orgullosa, porque sabía dónde encontraría a su Sophie.

Bastaba con buscar al grupo de ovejitas descarriadas, ataviadas con colores vivos y llamativos.

No tardó en localizarlas. Conversaban y reían sin importarles las miradas de desaprobación de algunos invitados.

Y ahí, en medio del rebaño, se encontraba ella, dándole la espalda. Se abanicaba con un gesto que para él era pura provocación.

El vestido azul que la enfundaba dejaba al descubierto sus hombros y una buena porción de su espalda. Ese lunar que se encontraba justo en el medio era su perdición. Llevaba días anhelando besarla, acariciar su piel y tentar a la oveja negra.

Y perder la razón aunque fuera por solo cinco minutos.

Lo malo del cortejo tradicional era la multitud que siempre los rodeaba y le obligaba a ser un lobo decente y monacal. Las últimas semanas pasaba en una constante y rígida tesitura.

Ya había trazado un plan para tener una pizca de privacidad y probar algo más que besos. Su misión era llevarlo a cabo sin contratiempos.

Avanzó hasta que Rachel lo vio e hizo un gesto para saludarlo. Luego le avisó a Sophie.

Ella se giró.

A Hywel casi le dio un ataque apopléjico. Ese vestido estaba hecho para acabar con su autocontrol, elevaba la silueta de Sophie a

lo divino. Era una verdadera diosa.

Llegó a ella y tomó la mano que le ofrecía. Besó los nudillos con un mojigato y leve toque.

—Buenas noches, *cariad*… Si tu intención en este baile fue matarme, estás frente a un hombre muerto.

—Lo mismo podría decir. —Lo miró de arriba abajo con femenino descaro. Hywel emanaba una energía animal, apenas contenida por el impecable traje de gala que exaltaba ese cuerpo viril y recio—. Te ves arrebatador.

Charity puso sus ojos en blanco y terció:

—No empiecen con su coqueteo. Antes era divertido porque parecía que lo detestabas, Sophie. Ahora es como si comieran pan frente a la gente hambrienta.

«Ah, si supiera lo que es tener hambre», pensó Hywel intentando no quedarse con la vista clavada en el escote de su novia, que atentaba contra su santidad, y repuso:

—Oh, no es mi intención, lady Charity. Por cierto, esta noche las Damas del Diablo se ven soberbias. ¿A qué se debe tanta osadía?

Eleanor se encogió de hombros y respondió:

—Solo porque sí… —De un bolsillo oculto en su falda sacó un lápiz y abrió su abanico. En una de las varillas escribió: «Primera cuadrilla, HW»—. Ya lo he anotado, es el mismo baile de siempre.

—Maravilloso. Cada vez me equivoco menos en las cuadrillas.

—La práctica hace al maestro, señor Welsh.

Las demás también apartaron su baile. Hywel sonrió, ellas no salían de su patrón habitual. Aquello le daba una ligera ventaja. Cuando terminara su primer vals con Sophie, habría un lapso de quince minutos libres. Ese momento lo aprovecharía para un encuentro furtivo. Solo debía ponerse de acuerdo con su novia y averiguar dónde estaba la biblioteca.

Los anfitriones de la velada entraron al gran salón. Dieron su discurso de bienvenida con solemnidad. Después de los aplausos, los primeros acordes de la orquesta invitaron a los asistentes a bailar.

El primer vals. Hywel le ofreció su mano a Sophie, y ella la tomó con una exultante sonrisa.

La primera parte del plan del lobo feroz se puso en marcha.

*****

Sophie entró a la biblioteca. Todo era penumbra, la luz de la luna que entraba por las puertas francesas se derramaba en la estancia.

Al cerrar la puerta con la llave, se apoyó en ella y se llevó la mano al pecho. Era como un *déjà vu* de su relación con Elmer. Se quedó quieta, regularizando su respiración y los frenéticos latidos de su corazón. Necesitaba disipar la incipiente opresión en sus costillas. A veces deseaba golpearse en la cabeza y perder la memoria para no evocar sus errores del pasado.

Anhelaba un rato a solas con Hywel, poder amarlo sin testigos, aunque fuera por unos breves minutos.

El sonido de un fósforo encendiéndose, hizo que ella mirara hacia el centro de la estancia. La luz dorada de la vela reveló la presencia de Hywel.

Sentado, como todo un señor, en una *chaise longue*.

Sophie soltó una exhalación y con ella, sus recuerdos de otro amor furtivo. En ese mismo instante profanaba lo que alguna vez fue sagrado.

Apresuró sus pasos. Hywel se acomodó y se palmeó el muslo, indicándole que ese era su lugar. Ella se mordió el labio, se sentó en el cálido regazo y le rodeó el cuello con sus brazos.

La mano de Hywel se ancló firme en el muslo femenino, justo en el límite de lo indecoroso.

No hubo palabras, sus bocas colisionaron famélicas por el sabor del otro, ansiosas por el carnal contacto. Las lenguas se enzarzaron en una ardiente brega que buscaba saquear al otro y quedarse con su alma.

La temperatura se elevó entre ellos, sus pieles se erizaron. Sophie casi inconsciente, se contoneaba y juntaba sus muslos, buscando el alivio, la liberación de esa sensación que se acumulaba entre sus piernas.

Aquello era un voluptuoso martirio para Hywel. Sensible y duro como el acero. Cada roce, cada presión en su confinado miembro era el cielo y el infierno.

Ah, pero él disfrutaba con ese peligroso juego de perder el sentido. Esa mano que se aferraba al muslo de Sophie ascendió, recorriendo la silueta sinuosa hasta llegar a ese embriagador escote que no ofrecía ninguna clase de resistencia. Lo bajó con maestría y expuso los pechos a la etérea luz de la vela. Ella no se negó, se entregó a los besos que él repartió por su cuello, descendiendo hasta atrapar entre sus labios una de las erguidas cúspides.

Sophie siseó y se arqueó ante ese contacto. Jamás había cruzado ese límite. Nunca lo permitió. No obstante, con Hywel su decoro se desintegraba y emergía su lado más atrevido y sensual.

Hywel asedió los pechos, apretando, lamiendo, succionando y también devorando la plenitud de esa carne firme y turgente. Él le hacía sentir como si fuera el banquete de ese lobo y ella, gustosa, se entregaba.

De pronto, él se detuvo. Cerró sus ojos y tembló. Jadeaba ante el titánico esfuerzo de contenerse y no expulsar su simiente. Los movimientos involuntarios de Sophie lo estimularon hasta ese punto en que si no se detenía, lo lamentaría.

Ella, preocupada, acarició su rostro.

—¿Qué sucede, *cariad*? ¿Estás bien?

Hywel inspiró entrecortado y asintió.

—Estoy bien… —Exhaló largo y pausado—. Eres demasiada tentación, y mi fama de amante casi queda en alardeo.

—Algún día podremos ir más allá… También eres una amenaza para mí.

—Será mejor que nos calmemos o todos se darán cuenta. —Besó por última vez los labios de Sophie. Adecentó el corsé, el corpiño, y acomodó los pechos. Ella rio—. Listo, como nuevas.

Por su parte, Sophie arregló el cabello de su novio y el pañuelo que estaba fuera de lugar. Ah, algún día ella también besaría lo que se escondía debajo de la camisa.

Se sonrieron.

Ella se levantó y sintió una resbalosa humedad entre sus piernas. Aquello desató una insólita frustración, un vacío que no sabía cómo explicar.

Un hambre que no sabía cómo saciar.

Hywel también se levantó llevando consigo el peso del deseo insatisfecho. Besó la frente de Sophie y la abrazó.

—Te amo, ¿lo sabes?

—Siempre me lo demuestras, pero me encanta escucharlo.

El sonido de alguien queriendo entrar los alertó. El pomo de la puerta intentaba moverse.

Golpes.

Una voz grave, que apenas contenía su furia, ordenó:

—Abre la puerta, Sophie. Sé que estás ahí.

Elmer Grant.

Sophie maldijo en su fuero interno esa intromisión. Si fingía que no estaba, Elmer no dudaría en armar un escándalo innecesario.

Debía enfrentarlo, mas su pecho se cerró y sus pulsaciones se dispararon. La respiración se tornó superficial. Se secó el leve sudor de su frente.

Fue una epifanía para Hywel ver esa reacción. Cobró sentido la declaración de Sophie cuando le confesó sus sentimientos. Para esa parte escondida de la mente de su novia, Grant era esa enfermedad que se negaba a abandonarla. Era una amenaza.

Las fosas nasales de Hywel se dilataron y expulsaron aire caliente.

—¿Es que ese imbécil no entiende? Voy a molerlo a golpes. —Hizo el ademán de librarse del abrazo, pero ella no se lo permitió.

Sophie posó su mano sobre el pecho de Hywel.

—Espera. No es necesario... por el momento. Tengo que resolverlo por mi cuenta… Escóndete tras la cortina, y si me ves en peligro, te autorizo a que le fractures todos los huesos.

Hywel miraba fijo la puerta, luego a Sophie. En los ojos de su novia solo se veía la más cruda determinación. Le besó la frente y se fue a esconder.

Ella resopló. Envaró su postura y se dirigió a la puerta.

La entreabrió.

—¿Qué quiere?

—Sé que no estás sola.

—Eso no es de su incumbencia. —Cerró la puerta, pero fue imposible. Elmer lo impidió poniendo su pie y, valiéndose de su

superioridad física, arremetió.

Sophie retrocedió. Elmer parecía un esposo celoso, oteando en cada recoveco de la estancia la presencia de un amante.

—¿Dónde está? —La tomó de los brazos, sus dedos se enterraron en la delicada piel—. Estás llegando demasiado lejos. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Matarme de los celos?

Sophie forcejeó, pero aquello le provocaba más dolor. Le iba a dejar cardenales.

—¿De qué habla, señor Grant?

—De esa puesta en escena con Welsh. ¿Este es un ardid infantil para provocarme? Pues lo han logrado. ¿Qué quieres de mí, Sophie? Sabes que no me puedo divorciar.

—Está perdiendo la razón, señor Grant. Esto no es un ardid. Es mi vida, Hywel es el hombre con el que me casaré.

—Es mentira, sé que lo es. Todos los días sufro tu castigo… Si fuera verdad que no me amas, ¿por qué nunca te casaste mientras estuve en York?

—Porque me destrozó el corazón, malnacido. Escúcheme bien: no lo amo, no quiero estar con usted, preferiría morir que ser su amante. Continúe con la vida que eligió, no siga humillando a su esposa… Trátela como un ser humano, no como una billetera.

—Es mentira… es… —Apretó más los brazos de Sophie, atrayéndola hacia él. Un beso, solo bastaba un beso y ella se rendiría en esa guerra.

Asqueada, evadió el contacto ladeando su cabeza. Se aferró a los hombros de Elmer y le dio un rodillazo en sus partes pudendas. Él gimió. Contrito, soltó su agarre y se arrodilló para mitigar el intenso dolor.

Casi al mismo tiempo salió Hywel de su escondite hecho una furia. No le importó ser un cobarde y aprovecharse de la ventaja que le dio Sophie. Asió la ropa de Grant y le propinó un puñetazo en la nariz. Sin soltarlo, amenazó:

—Sophie ha sido más que clara, le repugnas. Y más te vale guardar silencio, Grant. Tú no has visto a nadie en esta biblioteca. Deja a mi futura esposa en paz o te hundiré donde más te duele… Adivina quién acaba de adquirir los pagarés de la enorme deuda que

tiene tu padre. —Elmer abrió los ojos de par en par—. Haz un movimiento en falso y te dejaré en la ruina.

Lo soltó con brusquedad.

Se volvió hacia Sophie y le masajeó los brazos para calmar el dolor. Ella se refugió en su pecho y dijo:

—Si el señor Grant me vuelve a importunar, no te detendré, *cariad*. He sido demasiado benevolente con él… —Miró a Elmer que, fundido en dolor, intentaba detener la hemorragia con un pañuelo—. Espero que le haya quedado claro. No sea engreído, usted es menos que insignificante en mi vida.

Salieron de la biblioteca sin importarles nada más.

Elmer se quedó de rodillas mirando fijo el suelo.

¿De verdad la había perdido?

Capítulo 18

Al lunes siguiente, a la hora del término de la jornada en la Academia Hope, Sophie se vio emboscada.

Rachel, Charity, Eleanor y Laura, directora de la institución, la miró fijo e inició su interrogatorio.

—Sophie, ¿tienen algo de cierto los rumores que hablan del señor Grant y tú?

Sophie apretó los labios. Sabía que tarde o temprano sus primas y amigas querrían corroborar las habladurías.

Si el río suena…

Debía reconocer que, si no hubiera conocido a Hywel, quizás se habría avergonzado ante esa misma pregunta, ni se sentiría capaz de responderla.

Tal vez habría huido como una gata perdida, bufando y rasguñando a quienes solo deseaban ayudar.

Bebió un sorbo de limonada y dijo:

—Todos tienen cierto grado de verdad.

Rachel no se abstuvo de soltar un:

—¡Lo sabía! No creí ni una palabra cuando el señor Grant dijo que chocó con una puerta.

Sophie se encogió de hombros.

—El señor Grant se extralimitó en sus atribuciones. Le di un rodillazo en sus partes nobles y Hywel le rompió la nariz. —Las demás arquearon pícaras cejas ante lo que ella revelaba implícitamente. Sophie carraspeó y añadió—: Queríamos un rato a solas para besarnos, no es un pecado.

Laura asintió con autoridad. Bien sabía ella de la necesidad de privacidad cuando dos personas se amaban.

Charity se tapó la boca, impactada, y dijo:

—Entonces, ¿tuviste algo con el señor Grant en el pasado? ¿No fue solo el rumor de que él pretendía cortejarte?

Sophie miró de soslayo a Eleanor. Con un gesto, su hermana la animó a sincerarse.

Suspiró, y resumió su historia con Elmer, hasta llegar al presente. Las cuatro Damas del Diablo prestaron atención sin siquiera intervenir, tanto por respeto, como por estupor de todo lo que ocultó Sophie por demasiado tiempo. Solo en ese momento pudieron contrastar lo que murmuraban los demás y la versión que era más lógica y real.

—Sé que no debí permitirle avanzar tanto si no había pedido permiso para cortejarme —admitió Sophie, al final, con lágrimas a punto de derramarse—. Si tengo que justificar mis acciones, puedo decir que era joven e ingenua, y creí en las promesas que él me hizo… El señor Grant juraba por su difunta madre que pronto iba a hacer pública nuestra relación, incluso me regaló un anillo que supuestamente le perteneció a ella… Mis temores, mis dudas se disiparon la mañana en que leí el anuncio de su compromiso, y comprobé que la prueba de su amor era tan falsa como el diamante del anillo que me obsequió; solo era un cristal que no fue capaz de cortar vidrio. —Las lágrimas por fin cayeron—. Y si ahora estoy llorando no es por él, sino porque cuando lo recuerdo, el dolor regresa y me vuelvo a sentir tonta y ciega…

Eleanor la abrazó y le ofreció un pañuelo. Sophie lo recibió y se secó las lágrimas. Tomó una honda bocanada de aire y la retuvo para recomponerse. No quería seguir llorando por el pasado, por la joven que murió esa mañana de agosto cuando se reveló la verdad ante ella.

Las demás, conmovidas, también se secaban sus lágrimas. Podían entender a Sophie, en su lugar, quizás habrían cometido el mismo error. La ingenuidad del primer amor era el escenario ideal para inescrupulosos, mentirosos y cobardes.

Rachel le tomó la mano con cariño a Sophie y dijo:

—Al menos, todo el camino recorrido te llevó al señor Welsh.

—Sí, quizás es lo único que puedo agradecer… Al principio, era muy prejuiciosa con Hywel, parecía ser cortado por el mismo patrón que el señor Grant, pero era solo eso, apariencia. Una fachada para protegerse.

Eleanor suspiró y declaró:

—Yo creo que ni él mismo se dio cuenta de que le gustaste mucho desde el principio. Aparte de sus hermanas y su madre, solo a ti te llama *cariad*.

Sophie arqueó sus cejas, con verdadera sorpresa.

—¿En serio? ¿No las llama así también? —Todas negaron con la cabeza.

Charity soltó una exhalación y aseveró:

—Nosotras somos las ovejitas descarriadas… y solo tú eres la ovejita negra. Siempre fuiste especial para el señor Welsh.

Una mezcla de sensaciones invadió a Sophie, ternura a raudales, infinito amor y una pizca de arrepentimiento por juzgar demasiado pronto a Hywel.

—Sí, parece que siempre lo fui.

Laura entrecruzó sus dedos, y determinó:

—Bueno, ahora que tenemos el cuadro completo, quizás sea momento de hablar con nuestras madres, pedirles que no inviten al señor Grant en el futuro y que retiren las que ya han enviado. Es, desde este momento, una persona *non grata*. No debemos alimentar más rumores desagradables e infundados.

Rachel asintió firme y agregó:

—Ni tampoco debemos darle la oportunidad al señor Grant de seguir fastidiando a Sophie y al señor Welsh.

En ese momento golpearon la puerta. La gobernanta de la institución abrió y anunció:

—Buenas tardes, damas. El señor Welsh ha venido a buscar a la señorita Montgomery.

Sophie se levantó, las miró y dijo:

—Me tengo que ir. Eleanor, sé nuestra carabina, por favor. Hoy es la lectura del testamento del padre de Hywel y me ha pedido que lo acompañe… No puedo ir sola con él en el carruaje.

—No me gusta ser un mal tercio, pero bueno, no tienes alternativa hasta que te comprometas con él.

—Tienes razón… —Sonrió con malicia—. Creo que ya ha sido suficiente tiempo de cortejo.

*****

Hywel entró con Sophie a la oficina de Robert Berrow, el abogado de su padre, que oficiaba de albacea del testamento.

El lugar le recordaba a Ferdinand: ventanas estrechas que apenas dejaban pasar la luz, una chimenea apagada, paredes altas y frías, muebles que evidenciaban la inclemencia del tiempo.

Incluso le hacía evocar esa opresiva sensación de nunca ser suficiente, y que intentar cumplir las expectativas de Ferdinand era igual que traicionarse a sí mismo.

El abogado estrechó la mano de Hywel y luego dijo:

—Necesito que la dama espere afuera, por favor.

Hywel frunció el ceño y su gesto amable se endureció.

—¿Por qué?

Robert parpadeó, extrañado por aquella pregunta.

—Bueno, porque ella no ha sido llamada como heredera, y no es correcto que las mujeres se enteren de ese tipo de información.

Aquella respuesta para Hywel era un reflejo de las misóginas convicciones de Ferdinand. No le extrañaba del todo, su padre siempre se rodeó de hombres como él, y se jactaba de ello.

—¿Y hay algún impedimento legal para que me acompañe si así lo deseo?

El abogado hizo un mohín de desagrado. Antes de responder, le propinó a Sophie una mirada subrepticia, cargada de desdén.

—No lo hay, pero tampoco es correcto.

—Entonces la señorita Montgomery se queda. Me importan tres cominos si es correcto o no para usted. Limítese a leer el testamento de mi padre y zanjemos de una vez por todas este asunto.

El abogado frunció los labios y los invitó con un gesto a tomar asiento. Sin mediar ninguna palabra banal, abrió el sobre lacrado y desplegó la última voluntad de Ferdinand Welsh.

Con un tono grave y autoritario leyó:

Londres 21 de agosto de 1844.

Yo, Ferdinand Alexander Welsh, en pleno uso de mis facultades mentales y obrando con la deliberación que

corresponde a mi posición, declaro que la voluntad que expreso en este instrumento no nace del afecto, del arrepentimiento ni de un deseo de reparación. Nada de lo que aquí dispongo pretende corregir lo que considero defectuoso desde su origen.

Procedo por deber, por preservación del nombre y del patrimonio, no por inclinación personal. Carezco de otros hijos varones que juzgue idóneos para administrar lo que he construido a lo largo de mi vida, y no albergo intención alguna de confiar mis bienes a mis hijas, a quienes estimo incapaces de comprender la naturaleza del esfuerzo, la disciplina y la continuidad que exige un legado. Las mujeres, gobernadas por emociones volubles y gustos frívolos, no son depositarias fiables de una fortuna.

En consecuencia, lego la totalidad de mi patrimonio, cuyos bienes se detallan en el anexo que acompaña al presente testamento, a mi hijo Hywel Ferdinand Welsh

Que no se equivoque: no me he arrepentido de mi deseo de desheredarlo ni por un instante. Tampoco deseo que interprete esta disposición como un reconocimiento de mérito o dignidad personal. Esta decisión obedece únicamente a la necesidad de impedir que mi legado se disuelva en manos ajenas a mi sangre. Sé que a mi hijo le complacería renegar de su origen y fingir que no me debe nada; sin embargo, el rostro que contempla cada mañana en el espejo es el mío, y esa verdad no puede ser negada.

Por tanto, le endoso la responsabilidad de conservar y administrar mi patrimonio conforme a lo que estimo adecuado, sin esperar de él ni gratitud ni objeciones. No deberá expresar queja alguna respecto de esta carga, pues no se le concede como favor, sino como obligación.

Establezco, asimismo, la prohibición expresa de enajenar, vender o disponer de los bienes que integran mi patrimonio por un plazo de cincuenta (50) años contados

desde la fecha de mi fallecimiento. Exijo que mi hijo acate esta restricción sin intentar eludirla, y actuará con la diligencia que demanda portar mi nombre.

Que así conste.

Ferdinand Alexander Welsh.

Al terminar de leer, el albacea agregó:

—Dado que usted actuó como administrador de las posesiones de Ferdinand mientras estuvo postrado, poco y nada queda de lo que pretendía heredarle. Su abogado tuvo la amabilidad de informarme de cada enajenación para poder tacharlo del anexo. —Le extendió el listado y Hywel lo tomó. August solo cumplía con sus órdenes para transparentar sus acciones ante el albacea—. Me parece que los temores de mi amigo se hicieron realidad, usted despedazó su legado.

Sophie apretó sus puños hasta que temblaron de muda ira. ¿¡Qué se imaginaba ese sujeto al cuestionar las acciones de su futuro esposo!? Hywel, sin mirarla, posó su mano sobre las de ella y replicó con gélida mordacidad:

—No me venga a dar lecciones de moral. Mi padre hizo negocios que eran casi ilegales y se endeudó más allá de sus posibilidades… Esto… —Blandió el anexo—. Es lo que pude salvar para poder sanear su contabilidad y solventar los gastos que significan mantener con vida a un hombre postrado… Le recomiendo que no se meta donde no le incumbe y agilice el traspaso final de esto.

Se levantó y Sophie lo imitó casi al mismo tiempo.

Hywel salió del edificio e inspiró la fragancia de esa tarde moribunda. Las sombras altas refrescaban el aire que traía el aroma de los jardines circundantes de Mayfair. Un par de cuadras más adelante, en el Gunter’s, se encontraba Eleanor.

Sophie lo tomó del brazo sin esperar a que se lo ofreciera. Ese simple contacto apaciguó las turbulentas emociones de Hywel que navegaban entre la ira y el vacío.

Caminaron a paso lento, en cómodo y natural silencio.

Hywel rememoraba su relación con Ferdinand, lo tormentosa que fue desde que tuvo consciencia. Las comparaciones con sus hermanos mayores, siempre obedientes y sumisos a sus órdenes. Las que se intensificaron con la muerte de ellos, y que luego empeoraron cuando, años después, llegaron Eira y Gwendolyne.

Ojalá hubiera podido decir que vivir casi todo el año en un internado era un alivio. Ahí lo esperaba otra clase de martirio. Solo una vez rogó para que su padre lo sacara de ahí, que lo cambiara de institución. No podía decir lo que ahí pasaba, los vejámenes que sufría eran indescriptibles, apenas era capaz de dar una verdad disfrazada; golpes, burlas, humillaciones, el terrible *fagging*. Para Ferdinand, las lágrimas y súplicas de su hijo eran solo debilidad, exageraciones de un niño mimado por su madre; mayor razón para que volviera a Harrow y se hiciera hombre.

Con el tiempo entendió por qué Northwood los eligió a Edward, a John y a él. Podía hacer con ellos lo que quisiera, eran como niños huérfanos, abandonados a su suerte, sin una voz que pudiera ser escuchada o tomada en cuenta.

La voz de Sophie llegó justo para romper esa espiral de dolor, antes de que se tornara en un viaje al autodesprecio.

—No me sorprende que tu padre haya escrito esa clase de testamento.

—A mí tampoco… Ni siquiera me ilusioné con que fuera a explicar sus acciones. —Y en cuanto salieron esas palabras de su boca, por fin lo entendió. ¡Eso era! Los hechos se presentaban ante él con meridiana claridad. Un alivio inmenso lo cubrió con dorada calidez—. Yo nunca fui el problema… era él.

Sophie, asintió. Un nudo constriñó su garganta por la súbita emoción de que Hywel fuera capaz de entender esa verdad. Inspiró entrecortado para luego decir:

—Aunque hubieras sido un hijo modelo, para él nunca habría sido suficiente, pedía un imposible. Que tú fueras él.

—Él no vivió ni la mitad de lo que yo he vivido… Nuestras experiencias no tienen punto de comparación. —Suspiró largo, profundo. Y dejó ir a Ferdinand para siempre—. En fin, tengo una propiedad en Londres y las tierras infértiles de Gales. La primera la

voy a demoler y ahí construiremos nuestro hogar, y la segunda será tu campo de experimentación.

—¿Y qué pasará con la compañía de la India?

—Tengo que conversarlo con Edward, ya que estaremos casados con las hermanas Montgomery, bien podría ser un negocio familiar.

Sophie sonrió ante la expectativa. Frente a ella se abría infinidad de experiencias, esperanzas, inevitables dificultades y vicisitudes.

La vida misma.

Detuvo su andar. Él también. La miró, confundido.

—Hywel… ¿Podemos dar el siguiente paso? —Él se encogió de hombros y avanzó, pero sintió que ella no se movía. Las carcajadas de Sophie fueron musicales—. No me refería a esa clase de paso, *cariad*.

—Ya me sonaba extraña tu petición.

—¿Qué te parece si nos comprometemos?

Fue el turno para las carcajadas de Hywel. Alegres, que dispersaron cualquier aflicción.

—¿Cuándo va a ser el día en que yo me adelante?

—Así como vas, nunca.

—En eso te equivocas. —De su bolsillo sacó una cajita y plantó una rodilla en el suelo. Ante ella apareció un anillo de oro con dedaleras labradas en la banda—. ¿Me harías el honor de ser la parte más importante de mi vida? Déjame ser tu esposo… Quiero llevar tu apellido.

Sophie, conmovida por aquella petición, asintió. Lo entendía, él no quería perpetuar un apellido que no tenía nada que ver con él.

Hywel sacó el anillo de su caja, quitó el guante de Sophie y, ceremonioso, lo deslizó en el dedo anular derecho.

—Sabía que había tomado bien la medida. —Le guiñó un ojo, pícaro.

Solo en ese instante notaron que varios curiosos se detuvieron a ver el desenlace de esa petición. Aplausos y vítores se elevaron en las elegantes calles de Mayfair.

Hywel se levantó, abrazó a Sophie y le susurró al oído.

—*Rwy'n dy garu di, fy mywyd i. Allwn i ddim dweud faint*.[3]

No esperó respuesta. Enmarcó entre sus manos el rostro de su prometida y la besó con ternura y devoción.

Y por primera vez en su vida, Hywel sintió que esa felicidad se la merecía.

Capítulo 19

Lord Blackpool entró en el invernadero de la mansión con una sonrisa bobalicona. Detrás de él, iban Sophie y Hywel tomados de la mano.

A medida que el conde se internaba, observaba los ejemplares, se detenía, tocaba las hojas, olía las flores y murmuraba casi como si fuera un idioma propio.

Para Hywel y Sophie era un verdadero martirio la espera. No obstante, entendían al conde. Ellos hubieran actuado de la misma manera ante un espectáculo como el que ofrecía el invernadero de la mansión.

De pronto, Blackpool dijo en voz alta:

—Edward Dutton se tenía muy guardado este paraíso. He visto muy pocos ejemplares de este tamaño de *Vanilla planifolia*. Es impresionante. Su jardinero debe ser extraordinario.

Hywel sonrió con cierta arrogancia y respondió:

—Le recomendé a Edward la contratación del señor Kumar de la India. Él está familiarizado en conservar plantas tropicales, y aquí en Inglaterra ha profundizado sus conocimientos en especies mediterráneas. El invernadero en realidad son dos, para tener los climas separados.

Blackpool hizo un mohín de satisfacción.

—Es un verdadero tesoro, el invernadero y el jardinero. No sé por qué Dutton no se ha acercado a alguna asociación botánica. Me atrevería a decir que esto es digno de la Royal Society.

—A Edward le interesa más la galería. Esto es… Supongo que son recuerdos de sus viajes. Es mejor traer una planta que una momia o el cuerno de algún animal.

Blackpool rio, tenía toda la lógica del mundo. Y siguió avanzando. Hywel le dio una mirada de soslayo a Sophie, se mordía las uñas y no le quitaba la vista al conde.

Apretó su mano con gentileza. Ella lo miró, y él le guiñó el ojo. Aprovechó su atención y le robó un beso.

La voz de Blackpool los interrumpió y se separaron con brusquedad.

—Señorita Montgomery, asumo que este es su experimento. —Con las manos en la espalda, se acercó a los bancos donde se encontraban las macetas rotuladas.

Hywel arqueó una ceja al ver el cambio de postura de Blackpool, era casi otra persona al momento de evaluar.

Sophie se adelantó hasta llegar al lado del conde y respondió:

—Así es. Estas son las dedaleras que cultivé el año pasado y que este año sufrieron los efectos del granizo. Más allá se encuentran los ejemplares plantados en febrero para replicar el experimento en caso de que este fallara.

Por largos segundos estudió las macetas y señaló:

—Veo que las ha dispuesto de una forma particular. ¿Me podría explicar el criterio del orden?

—Como le comenté en el bazar, todas son dedaleras de la misma edad y procedencia. La variable no es la planta, sino el sustrato y su tratamiento: tierras de Richmond, las cuales noté con este experimento que ya están empobrecidas; las de Rothbury que es suelo agrícola; y las de Hastings, que se usa para huerto y jardín.

—¿Y el abono?

—Cada maceta tiene un abono diferente. He usado guano de Perú, cal, cenizas, estiércol y también polvo de huesos para observar el efecto de los fosfatos, tal como sugiere el señor von Liebig. Se ha aplicado en medidas y proporciones exactas.

Blackpool se acercó, sacó una lupa de su bolsillo y observó las hojas de las plantas más vigorosas, los tallos y los brotes. Sin dejar de estudiar los especímenes, preguntó:

—¿Y cuál es su hipótesis más exacta, señorita Montgomery?

—Que el crecimiento no depende de la cantidad del humus en sí, sino de los minerales disponibles en el suelo. En particular nitrógeno, fósforo y sales potásicas. Si estos faltan, la planta no prospera, aunque la tierra sea oscura y, en apariencia, fértil.

Blackpool se irguió y miró fijo a Sophie. Ella no evadió el contacto cuando él dijo:

—Eso contradice a una buena parte de la doctrina agrícola tradicional.

—Lo sé. —Tomó su bitácora y la hojeó hasta llegar a una entrada en particular—. Sin embargo, los resultados lo sostienen. Estas dedaleras crecieron en suelo agotado, pero con guano. Superaron en altura, vigor y, me atrevo a vaticinar, en floración a las cultivadas en suelo rico sin fertilizar. En cambio, las plantas de control, las sin abono, muestran clorosis, tallos débiles y disminución de crecimiento.

Blackpool hizo un mohín, como si sopesara la respuesta. Sin embargo, su tono fue incisivo al cuestionar:

—¿Cómo desestima que el efecto se deba solo a una mayor retención de humedad o que obtenga nitrógeno adicional del ambiente?

Sophie apenas pudo contener su sonrisa. Sabía que esa era una posible objeción.

—Las macetas tienen el mismo drenaje y régimen de riego. Además, las muestras de control retienen más humedad que las fertilizadas y, aun así, son las plantas más débiles. Respecto a la posibilidad de que obtengan el nitrógeno del ambiente es irrelevante, las cantidades son mínimas si comparamos los nutrientes que aporta el guano. El factor decisivo no es el agua, sino la disponibilidad química.

El conde asintió y se aproximó a las dedaleras con las tierras de Hastings.

—¿Y qué le respondería a alguien que afirma que el guano actúa solo como un estimulante pasajero?

—Que, incluso si así fuera, es un estímulo real que se traduce en formación de tejido vegetal, no en un crecimiento ilusorio. Creo que lo ha notado, las hojas son más gruesas, los tallos más firmes y los brotes son más abundantes. No es un artificio superficial ni un verdor engañoso, es nutrición efectiva.

Se hizo un largo silencio. Como si el conde le estuviera dando la oportunidad de explayar mejor su idea. Estaba acostumbrada a un

mundo en que debía medir sus palabras para no agobiar al resto. Blackpool, al contrario, deseaba saber más.

Una idea insidiosa se cruzó en sus pensamientos. ¿Y si el conde pretendía apropiarse de su trabajo? Temió dar más información. Eran años de prueba y error para llegar a ese modelo de experimentación.

Miró de reojo a Hywel. Su expresión era de puro orgullo. No estaba sola. Si ocurría lo peor, tendría pruebas, testigos. La acompañaría a la misma Royal Society a armar un escándalo.

Enderezó su postura y añadió:

—Además, he observado que, tras varias semanas, el suelo tratado mantiene su capacidad productiva, lo que apoya la idea de que los minerales restituyen aquello que el cultivo anterior extrajo.

El conde ladeó su cabeza y entrecerró sus ojos:

—En esencia, está describiendo el agotamiento químico del suelo.

—Exactamente. Y su recuperación mediante la reposición racional, no con interminables rotaciones de cultivos que solo postergan el problema.

Blackpool apretó los labios y se quedó mirando ensimismado las dedaleras. Entre sus dedos tomó una muestra fertilizada de las tierras de Richmond, probando su textura.

Se limpió con un pañuelo. Miró a Sophie, serio.

—¿Cree usted que estas conclusiones puedan aplicarse a gran escala?

Sophie se quedó pensativa. Esa idea era cada vez más recurrente, sobre todo después de que Hywel le dijera que quería entregarle sus tierras en Gales para experimentar. En su mente ya estaba trazando planes, mas debía ser honesta.

—Se pueden aplicar, pero con cautela. Las proporciones se deben ajustar según el cultivo y el estado del terreno. No debemos olvidar la ley del mínimo; hay que darle a la tierra lo que más carece, por lo que un exceso de sales potásicas, por ejemplo, puede ser tan perjudicial como la falta de ella. No obstante, creo que es el camino correcto para una agricultura más previsible y menos sometida al azar.

La expresión severa de Blackpool se fue ablandando, una suerte de sonrisa se reflejó más en sus ojos que en sus labios.

—No ha citado a von Liebig como autoridad. Ha razonado como alguien que comprende lo que él propone.

Sophie intentó controlar su emoción, su pecho se hinchó de satisfacción.

—Porque no basta con repetir la teoría, milord. Hay que ponerla en práctica para entenderla.

Blackpool se permitió mostrar su sonrisa.

—Muy bien, señorita Montgomery. —Aplaudió tres veces, ni más ni menos—. Si alguien le hiciera preguntas así ante una comisión de expertos… no la tomarían como una aficionada. Definitivamente debe hacer una ponencia y yo le ayudaré a lograrlo.

Sophie sonrió y, de pronto, la figura de Blackpool se tornó borrosa. Se secó sus incipientes lágrimas.

—Oh, no está jugado, ¿cierto?

—Por Dios, no, señorita Montgomery. Cuando se trata de ciencias me lo tomo muy en serio… Debo ser muy astuto eso sí, una mujer nunca ha puesto un pie en la Royal Society… Debemos ocultarles todo lo que podamos que usted es una.

—Por favor, no me pida que otro exponga por mí.

Blackpool rio.

—Oh, no. Por eso le comenté a Welsh que usted se buscara un seudónimo. Algo que haga pasar su estudio las primeras etapas, sin necesidad de revelar que es una mujer. El problema será cuando la inviten a exponer. —Le arqueó una ceja.

—¿Y si voy disfrazada de hombre?

El conde la miró de arriba abajo con escepticismo.

—Dudo que usted pueda pasar como uno… Pero convénzame.

—Tengo mis métodos.

—Estoy seguro de que sí. ¿Cuánto cree que tardará en tener su estudio escrito?

—Uno o dos meses quizás.

—Excelente, es el tiempo suficiente para que yo mueva mis contactos en la Royal y acepten leer su estudio. Sé que se ganará su atención, señorita Montgomery.

—Mejor será que ya no me siga llamando señorita Montgomery. Firmaré mi trabajo como… —Pensó en varias opciones. «Vaya, qué complicado es formar un anagrama con la inicial de mi nombre y mi apellido. ¡Es tan largo!»—. Como…

Y de pronto, la figura de su madre apareció en su mente. Minerva escribía con un seudónimo masculino, tanto para no sufrir la discriminación por ser mujer, como para no exponer a su familia. El apellido de soltera de ella era más corto. Si lo usaba con la letra inicial y final de su nombre Sophia…

S, A, W, I, T, N, E, Y…

Ya no eran tantas letras. Las ordenó para formar un apellido y las letras sobrantes serían iniciales…

Y su nombre científico nació.

—Firmaré mi estudio como T. S. I. Wayne.

Blackpool asintió conforme.

—Muy académico, sin duda. Muchos firman con tres iniciales y el apellido. Tardaremos unos meses, pero valdrá la pena.

El inconfundible sonido de un corcho que salía disparado los hizo dar media vuelta...

Hywel intentaba contener el chorro de champaña que borboteaba poniendo una copa. Había preparado todo para el momento preciso. Sabía que Sophie pasaría esa primera prueba.

—Hay que celebrar el nacimiento de T. S. I. Wayne. —Le ofreció una copa llena a Sophie, otra a Blackpool y al final una para él—. ¡Salud!

—¡Salud! —respondieron al unísono chocando sus copas.

Bebieron un sorbo de la burbujeante champaña. Hywel no podía más de orgullo por Sophie. Sentía como propio su primer triunfo.

—Mi madre y mi hermana han preparado unos refrigerios, ellas ya nos esperan en el salón de estar. —Sonrió—. No es bueno beber con el estómago vacío…

*****

Después de recibir las felicitaciones de Eira y Cerys, Sophie celebró comiendo, disfrutando y compartiendo alrededor de la mesa de centro, abarrotada de bocadillos, limonada y vino. Pronto la conversación pasó de lo científico a anécdotas. De pronto, Blackpool le dijo a la madre de Hwyel:

—¿Estaba enterada de que la mitad del curso le tenía envidia a su hijo? En el primer año, demostró que sabía más que los niños de cuarto, por lo que al año siguiente le hicieron una prueba especial y lo subieron a nuestro nivel, que era el quinto.

Cerys sonrió con timidez y miró a su hijo.

—Mi hijo siempre fue muy inteligente. Aprendió a leer a los tres años.

Eira asintió y añadió:

—Cuando Gwen y yo éramos pequeñas, él nos leía el diccionario enciclopédico. A veces nos dormíamos, era demasiada información para nosotras. Una tarde nos leyó todas las entradas relacionadas con la mitología griega… Siempre recuerdo que Zeus andaba detrás de cualquiera que pudiera respirar.

Todos rieron. No obstante, Sophie notó que Hywel lo hacía más por compromiso que por sentirlo de verdad.

Blackpool añadió:

—Ese Zeus… Hywel, a propósito de tu legendaria inteligencia, el próximo mes habrá una reunión de exalumnos de Harrow. Sería bueno ver a los demás.

Hywel carraspeó y forzó una sonrisa. Ir a una reunión a su antiguo internado era como meterse a la guarida de un león.

Sophie se dio cuenta de que él se encorvó de una manera casi inapreciable. Se quedó atenta a él.

—Creo que tendré que declinar esa invitación. Apenas me relacionaba con los demás. La mayor parte del tiempo lo compartía con Edward y… el hermano de él.

Cierta decepción se vislumbró en la expresión del conde.

—Entiendo… Sí, las habladurías sobre el hermano de Dutton no van a ser agradables, y este año, peor.

Eira, ajena a la incomodidad de Hywel, preguntó:

—¿Por qué lo dice, milord?

—Oh, Bueno… Este año falleció un exalumno. Era mayor que nosotros, ¿lo recuerdas, Welsh? El que era prefecto de la casa Gayton. —Hywel negó con su cabeza—. ¿Cómo no vas a recordar a Northwood?, si ustedes tres pasaban en su habitación lustrándole las botas y haciendo todos sus recados. Los demás alumnos tenían el acuerdo tácito de no acosarlos a ti, a Edward y a su hermano, porque de cierto modo ustedes los libraban de caer en las garras de ese sujeto abusivo.

Hywel carraspeó y se masajeó la nuca. Sophie notó una ligera capa de sudor sobre la frente de su prometido. A ella también le llamaba la atención que no lo recordara, o más bien que fingiera no recordarlo. Hacía casi dos años, Northwood y el difunto esposo de Gwendolyne fueron los culpables de usar la flota de la Assam Tea Company para contrabandear opio.

Incluso Edward, Emily, Horatio y él tuvieron que testificar en el juicio.

¿Por qué se negaba a hablar de él?

La voz de Hywel la sacó de sus elucubraciones cuando dijo:

—Ah, ese sujeto… Se me había olvidado.

Cerys y Eira se miraron de reojo. También conocían a grandes rasgos la historia del contrabando. Lo que no sabían era que el famoso Northwood fue al mismo internado que Hywel.

Blackpool se encogió de hombros y dijo con ligereza:

—Bueno, supongo que con tanta tortura era lógico olvidarlo.

Hywel bebió un sorbo de limonada y repuso:

—Claramente. El *fagging* es una verdadera tortura. Deberían abolir esa práctica aberrante.

—En fin… El sujeto este, Northwood, murió en New Gate después del granizo de febrero. No tenía idea de que estaba encarcelado. Me enteré de que le cayó todo el peso de la ley por contrabando de opio, soborno y una cantidad ingente de delitos relacionados… La verdad a mí no me extraña. Ese tipo me daba escalofríos. Algo raro tenía en su mirada que me producía un rechazo desde adentro, lo evitaba a toda costa… No sé si me entienden.

Cerys asintió.

—Hay personas que provocan esa sensación con solo verlas. Es cuestión de piel.

Hywel forzó una sonrisa.

—Mejor cambiemos de tema a algo más alegre… Madre, hermana, mañana iremos a la casa de los Montgomery a celebrar mi compromiso con Sophie.

Cerys se tapó la boca y Eira aplaudió mientras decía:

—Oh, ya se estaban demorando mucho… Con razón nadie vino como carabina de Sophie. —Se levantó y abrazó a su hermano y luego a su futura cuñada que parecía un tanto distraída—. Bienvenida a la familia, *cariad*.

—Gracias, Eira querida. —Apretó un poco más su abrazo—. Seremos hermanas.

—Sí…

Después fue el turno de Cerys. Tomó de las manos a Sophie y se las besó.

—Gracias por amar a mi hijo, por permitir que te ame…

—Tarde o temprano iba a suceder. —Lo miró de reojo—. Resultó ser inevitable.

—Me alegra… —El mentón de Cerys tembló—. Esto fue lo que siempre quise para mis niños.

La voz de Sophie se quebró.

—Es lo que toda madre desea para sus hijos. —Se abrazaron, el contacto era casi un consuelo.

Aparte, el conde estrechaba la mano de Hywel.

—Felicidades, Welsh. Menos mal que apuraste el paso u otro se hubiera llevado a tan singular dama.

—Menos mal que estás casado.

Blackpool rio, le encantaba fastidiar a Hywel.

—Sí, siempre fiel a mi condesa. Ya la vas a conocer, les exijo que vayan a cenar a casa durante la semana.

Hywel pensó que mientras no hablara de Northwood, no tendría problemas… Le simpatizaba Blackpool, trataba bien a su ovejita negra.

Miró de soslayo a Sophie… La valeriana ya no le surtía efecto como antes y, por primera vez en mucho tiempo, le estaba temiendo

a la noche.

Capítulo 20

La luna y las estrellas cayeron sobre la mansión. Sophie, como mujer comprometida, tenía el permiso de sus padres para quedarse. Cerys y Eira eran las garantes de velar por la virtud de su invitada.

Aunque, la verdad sea dicha, cuando los amantes deseaban saciar el hambre por el otro, ni un batallón de carabinas podrían impedir la ardiente unión.

Sin embargo, Sophie notó que el ánimo de Hywel fue decayendo después de la celebración de su prueba con Blackpool. No quiso preguntarle si estaba bien, era evidente que no era el caso, y que él lo iba a negar si ella lo presionaba.

Esa noche no habría pasión ni encuentros furtivos. Solo inquietud.

Las estrellas en el firmamento se desplazaban con inexorable lentitud. Sophie se encontraba en su habitación, insomne, sumida en el rompecabezas que era el pasado de Hywel. Solo tenía piezas engañosas que podían calzar en una parte equivocada del paisaje.

Necesitaba darles sentido.

Hizo memoria, evocó esa tarde que conoció a Hywel, y el comentario que lanzó acerca del internado.

«Vaya vida de aquellos años, para el olvido. Lo único bueno de ese lugar fue Edward. Ustedes ahora me ven alto, apuesto y fuerte, pero en aquellos años era pequeño y flacucho. Mi buen amigo me hizo más fácil la vida en ese lugar. ¿Cierto?».

En esa ocasión, Hywel soltó aquellas palabras con tal ligereza, que ella las creyó como una aversión natural al internado. Sin embargo, contrastaban tanto cuando Blackpool traía el tema de vuelta. Hywel parecía ser otro, como si empequeñeciera ante un fantasma del pasado y hacía todo lo posible por cambiar la dirección de la conversación.

«El *fagging* es una verdadera tortura. Deberían abolir esa práctica aberrante».

Ella conocía el término, era una práctica de servidumbre en la que los alumnos menores debían estar a las órdenes de los mayores, pero de ahí a catalogarlo como aberrante. Aquella palabra llevaba una carga, un nombre.

Northwood. ¿Cómo lo describió Blackpool?

Escalofriante, repelente.

Conocía esa sensación. Ella siempre evitó a los caballeros que le provocaban esa incomodidad y rechazo irracional.

Y volvía esa pregunta sin respuesta: ¿qué le sucedió a Hywel? Todo parecía apuntar a Harrow… y a Northwood.

Abrió sus ojos de par en par ante ese apellido. Otra pieza calzó y todo comenzó a tomar forma, una que no se atrevía a nombrar. A su memoria volvió clara la tarde del compromiso de su hermana en la mansión. En esa ocasión Edward, Horatio y Hywel partieron al puerto para observar la redada que se llevaría a cabo. Esa noche apenas pudo dormir, preocupada por los tres.

Al amanecer llegaron, sanos y salvos.

No supo mayores detalles de lo que sucedió, solo que habían capturado a Northwood, y que los compradores y sus secuaces murieron en el proceso.

En la prensa la historia fue más sórdida.

Northwood fue apresado, mas su guardia lo dejó ir… No obstante, la fuga fue efímera. Horas después, apareció a las afueras de Scotland Yard con sus piernas y dedos quebrados.

La lengua cortada.

Castrado.

Los periódicos señalaban que fue un ajusticiamiento de los mismos compradores, una suerte de ajuste de cuentas por una supuesta traición.

No obstante, la castración no encajaba en ese castigo que silenciaba e inmovilizaba. Era algo más personal.

Más íntimo.

Una venganza.

De súbito, Sophie se levantó y se llevó la mano al pecho. Apenas podía respirar. Descorrió las cortinas y abrió las ventanas. El

aire fresco de la madrugada entró libre a sus pulmones cuando inspiró fuerte y hondo.

No quería imaginar qué pudo haberle hecho ese sujeto a Hywel… Sophie se tapó la boca… ¡A Edward también!

¡Eran tan solo unos niños!

La impotencia se retorcía en sus entrañas como un nido de serpientes.

«Bien sé que no todos tienen la bendición de entregarse por amor». La declaración de Hywel llegó fuerte y claro a su memoria.

Sophie ahogó un gemido preñado de lamento. Cuántas veces no llegaron a sus oídos los horrendos relatos de las alumnas de la Academia Hope. Muchas de ellas fueron prostitutas y ninguna lo hizo por gusto. Algunas llegaban a ese mundo después de haber perdido la virtud de forma violenta. Siempre decían que si tuvieran a su abusador frente a ellas, lo castrarían sin dudar.

Sophie era una convencida de que aquello no les traería paz, ni restituiría lo perdido… pero sí sería satisfactorio.

Ojo por ojo.

«Northwood murió en febrero… Y después llegaron las pesadillas de Hywel», pensó ella encajando otra pieza que confirmaba sus elucubraciones… Recordó las ojeras de su prometido, la falta de afeitado, esa absurda negativa a admitir que no estaba bien cuando era evidente lo contrario.

Un sonido quebró el silencio nocturno. Una ventana del ala izquierda que se abría.

La mitad del torso desnudo de Hywel sobresalía por la ventana. Se aferraba al marco con fuerza. Ahogó un grito que se transformó en un quejido impotente.

Aquellos segundos en muda tensión fueron eternos para ella. Él sufría como si un ente invisible lo estuviera torturando.

Poco a poco Hywel se relajó. Ya no parecía que el aire le faltara. Miró las estrellas por un largo rato y volvió al interior de la habitación.

El silencio se transformó en un ruido extraño, incómodo.

Sophie no pensó, solo actuó.

Sin siquiera ponerse pantuflas, salió de su alcoba.

*****

Hywel se sentó en la orilla de la cama. Al fin podía respirar con relativa normalidad. La sensación del duro suelo lastimando sus rodillas se esfumaba, al igual que el ardor en su cuero cabelludo.

Fue tan real.

Ese olor acre. Los ruegos de Edward. El llanto de John.

Ya no sabía si eran pesadillas o recuerdos.

Por puro instinto se limpió la boca con el antebrazo. No fue suficiente.

Se levantó y fue al tocador. Bebió un sorbo de agua y se la enjuagó. Escupió en la palangana.

Todavía la sentía sucia.

Como último recurso, tomó el cepillo de dientes, vertió polvos dentífricos y se los lavó, enérgico, casi con desesperación.

La fría menta se mezcló con el sabor salino y metálico de su propia sangre.

Bebió agua, se enjuagó y escupió.

Se miró al espejo. El reflejo le devolvió a alguien que no reconocía del todo. Su voz sonó extraña cuando se dijo:

—Ojalá tus pesadillas se vayan cuando te cases con Sophie.

Y las dudas volvieron sin clemencia.

¿Y si nunca se iban?

¿Y si ella se daba cuenta de lo que sucedió? ¿Lo rechazaría? Se preguntó si Emily, la esposa de Edward, ya lo sabía. Y si eso era así, ¿cómo lo sobrellevaban?

Nunca conversaba sobre ello con su amigo. Era un pacto de silencio sellado a cal y canto.

Cabizbajo, se aferró al tocador. Sus nudillos palidecieron y temblaron. No quería que su pasado destruyera la felicidad que lo embargaba cada vez que miraba a Sophie.

La puerta se abrió a sus espaldas. Él dio un respingo y no se atrevió a dar media vuelta, mas en el reflejo vio a Sophie tapándose los ojos. Él cayó en la cuenta de que estaba desnudo.

—¿Te puedes cubrir, mi amor?

Hywel no hizo más que sonreír. Esa inesperada visita lo sacó de cuajo del recuerdo. Acababa de comprobar que, con tan solo verla, la carga invisible de la pesadilla se aligeraba hasta ser un eco en el vacío.

—Te vas a perder de la mejor parte si me cubro.

—Ya he visto un buen anticipo, pero creo que puedo postergar para otro día la gratificación de ver el resto. He venido por otra cosa.

Con la curiosidad recorriéndole las venas, Hywel se apresuró a ponerse el calzón que colgaba en una silla con el resto de su ropa.

—Ya puedes mirar, *cariad*.

Cuando Sophie pudo ver otra vez, se encontró con los ojos de su prometido. Él estaba sentado en la orilla de la cama. Se acercó a él. Sin ningún preámbulo, se situó entre sus piernas y lo abrazó. La cabeza de él descansó en su pecho y rodeó su cintura. Para ambos esa cercanía casi sin barreras fue natural, tierna, cálida.

Besó los cabellos negros de su amado galés y preguntó:

—¿Has tenido una pesadilla? —Hywel no respondió enseguida. Ella continuó con una verdad a medias—. No podía dormir y abrí la ventana para tomar aire fresco. Te vi… intranquilo. ¿Se te acabó la valeriana?

—El otro día compré. Al principio funcionaba, pero ya no hace el mismo efecto.

Esa respuesta fue una velada admisión para Sophie, y le confirmaba que Hywel volvía a tener pesadillas.

—Entiendo. Yo creo que en unos días estará lista la valeriana que tengo secando en casa. Quizás con ella podrás volver a descansar, la estoy haciendo con amor.

—Gracias. —Inspiró su aroma, sol y *Cuore Indomito*—. Sé que funcionará.

Ella suspiró. Debía elegir bien sus palabras.

—Sabes que es una solución temporal. Todos los sedantes en exceso dejan de hacer efecto en algún momento, y después necesitarás algo más fuerte… No es la idea, debemos hallar la causa y trabajar sobre ella.

—Lo sé… —Se aferró más al cuerpo de Sophie—. A veces esto es más fuerte que yo.

—¿Y sabes por qué tienes esas pesadillas? —Hywel tardó unos segundos en asentir—. ¿Tienes esperanza de que con el tiempo disminuyan?

—Eso espero… Durante mucho tiempo dejé de tenerlas. Hace unos años volvieron de a poco, pensé que quizás era normal. Pero los últimos meses han aumentado y solo tu valeriana las alejó lo suficiente… hasta ahora. —Suspiró—. No quiero seguir así.

—Oh, *cariad*. Sé que es difícil… —Volvió a besar la coronilla de Hywel—. Te quiero hacer una confesión… Me di cuenta de algo hermoso hace unas semanas.

—¿Qué es?

—Cada vez que tenía que asistir a los bailes de la temporada, por el motivo que fuera, tenía pesadillas y mis taquicardias regresaban con tan solo la idea de volver a ver al señor Grant…

—Él es un idiota, no te merece —masculló Hywel. Sophie sonrió.

—Cierto. El punto es que esta temporada no he vuelto a tener esas pesadillas porque estás ahí. Solo siento una opresión en el pecho cuando lo veo o hablo con él, pero me he dado cuenta de que es porque soy muy dura conmigo misma. Siempre me he recriminado mi estupidez e ingenuidad por haber aguantado tanto. Sin embargo, cuando sé que estás cerca, siento alivio, dejo de pensar en ello, es como un milagro. Me amas con mis errores y mis defectos y, si tú puedes soportar eso de mí, ¿por qué yo no puedo tener la misma indulgencia conmigo misma? A veces nos culpamos demasiado por cosas que escapan de nuestro control… Estoy aprendiendo de tus consejos, a darle su lugar a lo que no puedo cambiar. No es fácil, mi mente me traiciona, pero tu amor, tu presencia… me da paz.

»Y yo quiero ser eso para ti, ser tu paz cuando no sientas que eres capaz de encontrarla para ti mismo.

Un nudo se instaló en la garganta de Hywel. Una parte de él sentía el impulso de contarle a Sophie lo que veía y vivía en sus pesadillas. La otra se negaba, no quería contaminar a su prometida con su pasado, con sus pecados y secretos.

Sus fosas nasales se dilataron en esa pugna por controlar sus emociones que ya se desbordaban.

Ante ese silencio, Sophie no tuvo más alternativa que decir:

—Hace tiempo tengo una inquietud que solo crece con el paso de los días, y que podría explicar tus pesadillas... —Acarició los cabellos de su prometido y se atrevió a decir—: Sé que algo muy malo te sucedió en Harrow y sospecho quién fue el culpable… —El cuerpo de Hywel se tensó, aferrándose más a ella. Era una confesión silente—. No es necesario que me cuentes nada si no estás preparado, o si no es tu deseo. Solo quiero que sepas que te amo, que ningún secreto me hará amarte menos… Y no me importa lo que haya pasado esa noche en el puerto… si para ti eso fue solo una forma de sobrevivir, para mí es suficiente.

El silencio de Hywel era denso y profundo, tan doloroso como el llanto y revelaba más que millones de palabras. Un grito desgarrado y enmudecido.

Dos lágrimas surcaron el níveo rostro de Sophie. Tenía una idea de los vejámenes que su prometido pudo haber sufrido. Lloraba por ese niño que fue, por esa inocencia interrumpida con violencia, alentada por un sistema que otorgaba poder a personas que no eran aptas para manejarlo… que abusaban de ello.

No era necesario escarbar más en el pasado que se hacía presente en las pesadillas de su prometido. Para Sophie esa admisión le permitía atisbar la profundidad del daño, entender el actuar de Hywel y darle el espacio para que él pudiera lidiar con ello, siempre con la seguridad de que podía volver a ella.

—Te amo, Hywel. Nunca lo olvides, estaré a tu lado pase lo que pase…

La voz trémula de Hywel se escuchó como una súplica al decir:

—¿Puedes quedarte conmigo esta noche?

Sophie sabía que esa invitación era hecha con la más pura intención de ser amado con inocencia.

—Siempre que pueda, mi hermoso lobo.

Se separaron solo para acostarse. En el proceso, él evitaba mirarla a los ojos, pero Sophie lo entendía. Incluso cuando Hywel le dio la espalda, ella no lo vio como un rechazo. Sophie se acurrucó a

ese tibio muro de piel y músculos, lo abrazó por la cintura y él entrelazó sus dedos con los de ella.

No dijeron nada más. Sophie no debió mantenerse despierta por demasiado rato. En cuestión de minutos, la respiración de Hywel se tornó pausada y regular. Una melodía casi hipnótica que la invitaba a seguir a su prometido.

Ella no se dio cuenta en qué momento se quedó dormida, solo supo que, a lo lejos, pudo escuchar el ligero ronquido de Hywel.

Esa fue señal suficiente para poder entregarse, por fin, al descanso.

Capítulo 21

Sophie despertó cuando el sol entraba con fuerza por la ventana. No sentía a Hywel cerca, en algún punto de la noche ellos se separaron.

Ni bien abrió los ojos, él la abrazó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. El calor de Hywel se derramaba en ella desde la nuca hasta los pies.

Se debatió entre marcharse o quedarse. La servidumbre ya debería estar en sus labores diarias, y no quería que la vieran saliendo de la habitación de su prometido.

Ah, pero era tan delicioso sentir el cuerpo de Hywel rodeándola. Se acomodó mejor y sintió la ardiente y tensa longitud presionando su trasero. Él la abrazó más fuerte y la enorme mano se aferró a su cintura.

La voz adormilada de Hywel pidió:

—Quédate un rato más.

—Me encantaría, pero no puedo, ¿y si me descubre la servidumbre?

Hywel parpadeó lento. El sopor se disipaba de su cuerpo, se notó en su voz cuando respondió:

—Yo te acompañaré. Solo una mirada los silenciará… y un bono adicional a su salario.

—¿Y si nos descubre tu madre o tu hermana?

—No hay razón para preocuparse, ellas se levantan tarde.

—¿Y si hoy es la excepción?

—Adelantamos la boda y listo… Edward se tendrá que conformar con ser el padrino de mis hijos, y Eleonor será tu dama de honor.

Sophie soltó un suspiro. Hywel tenía respuesta para todo.

De cualquier modo, ella deseaba prolongar más esa suerte de simulacro de vida en común.

—Está bien, me quedaré.

—Gracias, mi dulce ovejita negra. —Hywel le besó el cuello, y luego le succionó el lóbulo de la oreja. Su respiración tibia le erizó toda la piel. Sophie soltó un suspiro entrecortado—. ¿Puedo ir un poco más allá?

—¿Qué tanto?

—Por el momento, conocer lo suficiente sin arrebatártelo todo.

Ella se giró para mirarlo a los ojos y dijo:

—¿Y si no podemos parar? ¿Y si lo quiero todo?

—Entonces intentaré no dejarte embarazada, pero debo advertirte que no hay método infalible… Independiente de ello, tendremos que adelantar el matrimonio. Si llego hasta el final, ya no podré dejarte ir, estaré buscando la oportunidad de repetirlo, te acecharé y te tomaré en cada rincón, en cada instante privado.

—¿Te convertirás en un lobo depredador?

—En uno devoto y hambriento.

Sophie acarició el rostro de su prometido. La barba matutina sombreaba sus facciones, y las pupilas conquistaban el iris dejando apenas un halo azul.

—Yo también quiero conocerte… Intentaremos el primer plan. —Suspiró. Consciente de lo vivido la noche anterior, preguntó—. ¿Hay algún lugar de tu cuerpo que no pueda tocar? ¿Hay algo que no deba decir o pedir?

Hywel parpadeó rápido. No vio venir esa consideración. Nadie le había hecho semejante pregunta.

Tragó saliva, intentó alejar a sus demonios lo suficiente para darle una respuesta a esa mujer que lo era todo para él. Que lo amaba y comprendía las cicatrices de su alma.

Inspiró profundo para decir:

—Nunca me digas… «Cómetela toda», ni me tires del cabello con fuerza.

Sophie asintió. Apretó su mandíbula de cruda impotencia. Sabía que había abierto una caja de Pandora en la memoria de Hywel, pero era necesario si no quería despertar recuerdos dolorosos en el futuro.

—Está bien, gracias por confiar en mí.

Hywel besó la palma de la mano de Sophie. Se prendó en esos ojos de amado azul profundo, anhelaba perderse en ellos y no en su memoria. No obstante, entendía su propósito y, a la vez, se dio cuenta de que él también podría cometer un error, al hacer algo que pudiese traer recuerdos que apagaran el fuego en su prometida.

—¿Y tú? ¿Hay algo que deba saber que sea importante para ti?

Sophie no respondió de inmediato. Lo cierto era que nada de lo que hacía o le decía Hywel le evocaba a Grant. Todo lo contrario, cada beso, cada caricia profanaba lo vivido en el pasado. No obstante, había algo que le molestaba en particular y respondió:

—Nunca me ordenes que me calle… Sobre todo si estamos a solas.

—Anotado, *cariad*.

El tono que empleó Sophie le señaló que era un límite infranqueable, y entendía de dónde provenía. El carácter furtivo de su relación con Grant hizo que esa orden, la que muchas veces podía ser erótica, resultara insultante para ella.

Si los hubieran descubierto, Grant habría estado obligado a casarse con Sophie y, al parecer, eso nunca fue parte de su plan. De ahí esa necesidad de silenciarla en sus encuentros secretos.

Quizás la quiso, eso era evidente, pero pudo más la presión de su padre y, por qué no, la social. El amor no era suficiente.

Hywel se propuso que nada ni nadie estaría por sobre Sophie…

Le besó la frente.

De pronto, sintió que la mano de ella se escabulló en su ropa interior y lo tocaba… o, más bien, estudiaba una parte específica de su cuerpo que había vuelto a dormirse.

—Vaya, pensé que se encogería más en este estado.

Hywel rio. No le extrañaba esa observación de parte de ella. Se sentía como un experimento científico.

En el buen sentido de la expresión; él estaba encantado de que su prometida se permitiera ser curiosa. Aligeraba el tenso momento que acababan de pasar.

Dejándose llevar, añadió socarrón:

—Puede encogerse más cuando hace frío.

—¿En serio? Qué interesante.

—Y si sigues tocándolo así… —Sophie lanzó un gritito al sentir que se movía solo—. Se pondrá duro como hace unos minutos.

—Oh, ¿cómo puedes moverlo?

Él se encogió de hombros.

—No sé, solo lo hago.

—Aaaah… Oh, tienes razón ya está más duro… y grande. —Se lamió los labios—. ¿Te puedes quitar la ropa interior? Quiero ver.

Hywel no perdió el tiempo, en tan solo unos segundos ya se encontraba impúdicamente desnudo. Sophie, arrodillada al lado de él, lo observaba fascinada, su atención iba de un lugar a otro de ese viril cuerpo. Acariciaba su pecho, hundía sus dedos en sus abdominales, recorría los músculos de sus brazos, intentaba abarcar con sus manos el contorno de sus muslos.

Él se dejaba hacer. Había algo muy estimulante en el despertar sensual de Sophie. No sabía cuál era la siguiente parte de su cuerpo que le iba a provocar curiosidad.

Sin palabras, ella lo instó a abrir sus piernas. Y cuando él lo hizo, acarició sus testículos con delicadeza.

Hywel cerró sus ojos y soltó un jadeo grave.

Sophie lo observó de reojo y esbozó una media sonrisa. Se inclinó y le dio un tierno beso en los labios.

—Te gusta, ¿cierto?

—Ajá.

—¿Dónde sientes más?

Hywel, sin abrir los ojos, tomó su miembro y le mostró cómo se estimulaba. Sophie se preguntaba cómo su prometido podría entrar en ella, esa orgullosa longitud poseía dimensiones considerables. Aquello encerraba el misterio que era su propio cuerpo.

Negó con su cabeza, debía haber una explicación razonable. Empuñó el miembro de su prometido, y él le cedió el control. Su mano subió y bajó al ritmo que él le mostró. Las pulsaciones de Sophie se aceleraron y su sangre recorría sus venas propagando calor. Sobre todo a ese punto escondido que cobraba vida entre sus piernas.

La voz de Hywel, baja y profunda, dijo:

—Quítate el camisón. Yo también quiero verte y tocarte. —Él acomodó las almohadas y se sentó para tener una vista privilegiada.

Sophie obedeció. Era la única barrera que escondía su desnudez.

La prenda de algodón quedó tirada en un rincón de la cama. Sophie no sabía hacia dónde mirar y su rostro se azoró.

—Eres más hermosa de lo que imaginé. —La punta de los dedos de Hywel recorrieron la piel de los pechos, los pezones. Se entretuvo en el vientre ligeramente abultado. Apretó las caderas generosas—. Me encantan… Abre más tus piernas, *cariad*.

Los dedos de Hywel se desviaron al triángulo de rizos oscuros y húmedos. Su boca se secó al sentir ese sensual néctar rezumando hasta los muslos.

La respiración de Sophie era superficial. Él acariciaba con gentileza entre sus pliegues resbaladizos, provocándole una dual sensación: alivio y urgencia. Al fin sentía un atisbo de satisfacción, mas no era suficiente. Su cuerpo le anunciaba que solo era el principio de algo más grande. Sus caderas se movían buscando más roce y presión.

Hywel se mordió el labio al ver que el instinto tomaba posesión de su prometida. No obstante, él también quería disfrutar y le recordó:

—No dejes de tocarme. Si tengo suerte, podré darte placer.

—¿Y yo tendré esa misma suerte? —Sophie volvió a empuñar el miembro de Hywel, se le antojaba más grueso y grande que hacía unos minutos. Anhelaba excitarlo con su voluptuoso acicateo.

—Siempre. —Siseó de puro gusto—. Con tan solo verte cómo me estimulas, ya me tienes al borde. Complacer a una mujer es un arte, pero también depende de ti en muchos aspectos.

Con suma delicadeza tanteó la entrada al paraíso. Su dedo medio penetró con paciente suavidad.

—Ay, Dios… —Sophie buscaba cómo moverse, era extraño y desesperante, como rasguñar la superficie de algo que sabía que era maravilloso y profundo. Sin querer apuró la sensual caricia que le daba a Hywel, propinándole un lascivo castigo.

Un quejido grave, las caderas de Hywel se alzaban para lograr más roce… Devolvió aquella gentileza retirando su dedo y volviendo a entrar. En el proceso presionaba y apretaba el resto del sexo de su prometida y le arrancó un gemido.

La habitación se sumió en el sonido de sus cuerpos explorándose, en el aroma del descubrimiento sexual, en perderse en la piel del otro, anhelando el sabor del otro.

Sus sexos no necesitaban estar unidos para saber que ese amor sería imperecedero.

Hywel sentía la dicha en todo su ser a punto de explotar. Llevaba meses soñando con ella, semanas ansiando un roce accidental, horas de tensión que rompieron su voluntad.

Y no soportó más.

Se dejó arrastrar por esa sensación que emergía desde lo más profundo de sus entrañas. Cerró sus ojos con fuerza y expulsó su simiente bañando la mano de Sophie. El placer pulsante y espeso arrasó con sus sentidos, erizando toda su piel.

Una nueva y cálida sensación inundó su alma.

Era algo parecido a la paz.

No había dolor, culpa o repugnancia. O ese horrible vacío.

Con su respiración agitada abrió los ojos y se encontró con los de Sophie. Ella le sonreía. Era como si le diera la bienvenida después de un largo viaje.

Y así era, por fin tocaba tierra firme.

—No tienes idea de cuánto te amo, *cariad*.

La tomó por la nuca y la besó con hambre. Su lengua acometió buscando el sabor de su mujer y ella fue a su encuentro, igualando su ímpetu, exigiéndole más.

Pero la realidad hizo que él dejara de besarla.

Apresurado, buscó su ropa interior, limpió la mano de Sophie y luego se aseó. Con una inusitada vergüenza, preguntó:

—¿No te dio asco?

—No, solo me sorprendió. ¿Sentiste placer?

Hywel dejó la prenda a un lado y repuso:

—Más de lo que imaginas, jamás había dejado un desastre tan… desastroso. —Sophie rio ante esa «elocuencia». Hywel la

miraba embobado, preguntándose cómo era posible que todo fuera tan simple y natural. Siempre se involucró con mujeres experimentadas que le enseñaron mucho, pero también suponía cierta presión para rendir y dar éxtasis.

Al final solo era un artificioso intercambio de placer, pero jamás algo como la experiencia que estaba viviendo con Sophie. Ternura, curiosidad, inocencia, pasión y deseo.

Con el tiempo eso cambiaría, era inevitable, pero nunca serían dos cuerpos solo buscando gozo. Eran mucho más que eso, era algo más sublime.

La risa de Sophie se diluyó al notar que Hywel no dejaba de mirarla y preguntó.

—¿Pasa algo?

—Solo que me he dado cuenta de que tendrás que cargar conmigo hasta que sea un anciano. Nunca dejaré de amarte.

—Bueno, tú también tendrás que cargar conmigo hasta que sea una viejita.

—Va a ser un inmenso placer… —Esbozó una maliciosa sonrisa—. Y, a propósito de ello, faltas tú.

Sophie en pocos segundos se vio acostada, con las piernas abiertas y Hywel arrodillado entre ellas. No imaginaba qué iba a hacer si él ya había terminado.

Sus pensamientos se licuaron en el instante en que él se inclinó ante ella y sintió el calor de su boca probando su intimidad.

En ese momento tuvieron tanto sentido las estatuas eróticas de la galería. La lengua de Hywel era hábil y perversa. Por un instante pensó que no podría volver a sentir aquello que la elevaba a otro plano de la realidad, pero estaba equivocada.

Volvía a encontrarse en ese desesperante punto de alcanzar una inexplicable liberación.

Hywel volvió a penetrarla con su dedo, pero lo que provocaba su lengua y sus labios en ella era algo que iba más allá de cualquier expectativa. Su interior se abría para él con cada acometida y pedía más.

Más roce, más presión… Necesitaba que algo más grande entrara en ella. Y entendió que él si podría penetrarla sin mucho

problema cuando llegara el momento.

Jadeó al sentir que su centro se estiraba un poco más al darle espacio a otro dedo. No había dolor, solo una inmensa necesidad de alcanzar lo desconocido.

Movió sus caderas buscando esa chispa que encendería su hoguera, lo sabía, sentía que estaba cerca. Con cada movimiento, esa exquisita sensación de plenitud hacía que su interior intentara apresar esos dedos.

Y de pronto, todo convergió en algo divino: movimientos, dedos, labios y lengua se unieron en eso que tanto deseaba atrapar.

Esos dedos gloriosos se hundieron un poco más.

Fue el impulso perfecto.

El dorado deleite se derramó sobre ella y se alzó como el brioso oleaje que azotaba las rocas sin cesar. La estancia se colmó con sus gemidos que rogaban por más placer. Una y otra vez esa fruición se apoderaba de su cuerpo, el que no sabía cómo contener tantas sensaciones profundas y nuevas.

Su espalda se arqueó, tensa. Hywel solo obedecía al éxtasis de Sophie que se encontraba en ese sensible punto, a un roce de ser insoportable.

Esperó ahí, quieto, hasta que las piernas de su amante flaquearon. Sophie no fue capaz de moverse. La voluntad abandonó su cuerpo. Solo podía jadear para recuperar el aliento.

Hywel se limpió la boca con el antebrazo, y sus manos, con la ropa interior. Se acostó, abrazó a Sophie y la atrajo a su cuerpo. Besó su nuca. Qué hermoso era sentir toda su piel pegada a la suya.

Era extraño notar que no se sentía solo. Sabía que su mujer estaba con él, no solamente su cuerpo, sino toda ella. Completa.

—¿Estás bien? —Como toda respuesta, ella murmuró algo que parecía una afirmación. Hywel sonrió, satisfecho de su logro, pero no era solo suyo. Sophie se lo facilitó al ser una mujer muy receptiva y abierta—. ¿Fue placentero?

—Ajá. —Y después musitó unas palabras que él no pudo entender, pero supuso que fue algo bueno.

Muy, muy bueno.

Hywel los cubrió a ambos con el cobertor. Inspiró el aroma de ella; era nuevo y solo para él. Era la fragancia de la pasión consumada.

Sophie no era capaz de hablar o moverse. Se sentía igual que una muñeca de trapo, despojada de toda fuerza. Apenas podía abrir los párpados, pesaban como una tonelada.

Feliz y satisfecha, se rindió.

Y ya no supo más… No le importó, sabía que su lobo feroz estaba ahí velando su sueño.

Capítulo 22

Un movimiento brusco despertó a Sophie, luego fue consciente del bullicio. Miró a Hywel, la atención de él se encontraba fija en la puerta.

—Creo que escuché la voz de Edward… —Los ojos se le desorbitaron. Pánico y felicidad en partes iguales. En términos crudos, medio deshonró a la cuñada de su mejor amigo, y su reputación lo precedía. Si los sorprendía en esa tesitura le iba a quebrar la nariz… o algo peor—. ¡Se suponía que debía llegar en nueve meses!

—¡Emily! ¡Y mi sobrina!

Sophie jadeó. Se levantaron al mismo tiempo. Apresurada, ella se puso el camisón. Él saltaba en un pie intentando ponerse los pantalones.

Ella rodeó la cama y le dio un beso corto.

—Debo irme, si tengo suerte, con este revuelo no habrá sirvientes a la vista. Estarán todos dándole la bienvenida a Edward y a Emily… —Adiós al plan romántico de que la fuera a dejar a su habitación. —. Nos vemos abajo, mi lobo.

No esperó la respuesta de Hywel, corrió y desapareció tras la puerta.

Él parpadeó como si estuviera despertando de un sueño. Sophie se fue tan rápido, que ni siquiera alcanzó a decirle que se había puesto el camisón al revés.

Mientras tanto, ella corría a toda velocidad por el pasillo que conectaba las habitaciones del ala izquierda.

Se detuvo en seco antes de llegar a la escalera al escuchar una voz cercana.

Se agachó detrás de una columna que sostenía una estatuilla de Shiva. Y observó…

No había un alma. Sophie exhaló, aliviada... Le faltaba la mitad del recorrido. Si tenía suerte, podría estar en cinco segundos al otro

lado.

La voz de Iniya, la cocinera, exclamaba en la primera planta:

—¡Qué sorpresa más grande, mi señor! ¡Si supiera todas las cosas que han sucedido en esta mansión! ¡Se caería de espalda!

Sophie constató que no tenía tiempo que perder, pronto irían a despertar a Hywel. Era imperativo arriesgarse.

Salió de su improvisado escondite y volvió a correr en puntitas.

Atravesar hacia el ala derecha fue el segundo más largo de su vida.

No se detuvo, el pasillo se atisbaba desierto. Sus piernas cobraron una agilidad que no sentía desde los siete años.

Y justo cuando tomaba el pomo de la puerta para entrar, la voz de Eira la paralizó.

—¿Qué es todo ese alboroto? —La mitad del cuerpo de Eira sobresalía por la puerta entreabierta—. ¿Sophie, sabes algo?

Un calor fulminante se esparció en toda la cara de Sophie. Al menos era su cuñada, y no su suegra.

Carraspeó.

Eira ladeó su cabeza y dijo:

—No te has puesto el salto de cama, *cariad*, se te trasluce todo. ¿Por qué traes el camisón al revés?

—¿Al revés? Ay… —Se tocó el cuello y el pecho, no estaba la abertura del escote. ¡Cielos, qué torpe! —Su mente fue más rápida que el rayo y añadió—. Escuché la voz de mi cuñado y de mi hermana. Han llegado desde la India, me emocioné y salí sin pensar.

—¿Edward ha vuelto? Oh, hace mil años que no lo veo… Vamos a darle la bienvenida… Conoceré a la famosa diosa de las matemáticas, Emily es toda una leyenda en tu familia.

—Sí, lo es… Te encantará, es la mejor hermana… —Giró el pomo de la puerta y la abrió—. Bueno, me pondré bien el camisón y el salto de cama… Bajaré al vestíbulo… Avísale a Hywel, por favor.

—Sí... Iré ahora.

—Gracias.

Sophie entró a su habitación y se apoyó en la puerta al cerrarla.

Resopló y se llevó la mano al pecho. Ya no le asustaba tanto su corazón. Sus latidos briosos no oprimían ni eran dolorosos. Estaba viva y sentía.

Y sentía que esa mañana en especial estaba muy distraída.

—Dios, qué torpeza ponerme el camisón al revés. Menos mal que Eira no hizo demasiadas preguntas… —Gimió, contrita—. O quizás no quiso hacerlas.

No le dio más vueltas al asunto. Se quitó el camisón. Rauda, se lavó los dientes, la cara, las manos, las axilas y sus partes privadas. Sentía que la fragancia de la intimidad compartida con Hywel se podía percibir a kilómetros de distancia.

Se secó y se volvió a poner el camisón, asegurándose de que no estuviera del revés y luego, el bendito salto de cama.

Salió de su habitación corriendo, así justificaría su respiración agitada y el azoramiento. Justo cuando llegaba a las escaleras, se encontró con Hywel descalzo y vestido a medias: pantalón, camisa y chaleco.

Le ofreció el brazo.

Sophie se dio un golpecito en la frente.

—Olvidé las pantuflas.

Hywel rio y añadió:

—Al menos te diste vuelta el camisón. No alcancé a decírtelo.

El carmín de sus mejillas se intensificó.

—Lo sé… Eira lo notó.

—¿Te descubrió?

—Si lo hizo, prefirió callar y fingir demencia. —Cerró los ojos reprendiéndose. Era una muy mala expresión. Su cuñada estuvo un año en un manicomio—. Perdón, no fue mi intención.

—No te preocupes, lo has hecho sin malicia. Si te sirve de consuelo, incluso Eira se ríe a costa de su propia tragedia.

Sophie lo sabía. Era más sabio si lo dejaba ir.

—Mejor bajemos…

Tomados del brazo descendieron hasta llegar al vestíbulo colmado de algarabía. Todos los sirvientes de la mansión le daban la bienvenida a la familia Dutton: Edward, Emily y Saanvi, una bebita que todavía no cumplía un año.

Hywel carraspeó y elevó su voz para exclamar.

—¡¡Dutton, *fy ffrind*!!

Edward lo miró con alegría, pero pronto su expresión cambió a la sorpresa al ver a Sophie prendada de su brazo, ¡y en camisón!

Entreabrió la boca, mas no podía decir nada. Emily lo salvó al exclamar:

—¡Sabía que ustedes terminarían juntos! —Cargando a su bebé, se acercó a su hermana. La abrazó como pudo—. Te presento a tu sobrina, cielo.

Se la ofreció para que la tomara en brazos. Sophie agradeció que sus hermanos y primos se hubieran llenado de niños, así no se sentía torpe cargando a su sobrina.

—Eres preciosa, mi Saanvi. —Mecía a su sobrina y le besaba la frente. Era tan suave. Sus ojos, tan abiertos y curiosos, la contemplaban con atención.

—Sí que lo es. —La atención de Emily se desvió hacia Hywel, él observaba con tanto amor e ilusión a Sophie, parecía ser otro hombre. Seguramente, él ya fantaseaba con tener a sus propios hijos—. ¿Y desde cuándo eres mi cuñado? Debe ser desde solo hace unos meses…

Hywel parpadeó despertando de ese sueño de formar una familia con Sophie. Le sonrió a Emily y se rascó la nuca.

—Lo cierto es que aún no nos casamos… Oh, no, no, no, no, no pongan esas caras, por favor, todo tiene una explicación.

Edward y Emily arquearon sus cejas y al unísono exigieron:

—Más te vale, Hywel Welsh.

Las suspicacias se apaciguaron con la intervención de Cerys en compañía de Eira.

—¡Edward! ¡Dios, cómo has cambiado, muchacho! —Le tomó las manos al amigo más fiel de su hijo y lo abrazó—. Gracias por cuidar de mi Hywel… Gracias por no abandonarlo cuando yo no estuve.

—Él tampoco me abandonó, señora Cerys… Es el hermano que la vida me dio. —Se separaron, mas no sus manos—. No sabe cuánto me alegró enterarme de que usted estaba viva…Y que pudieron rescatar a Eira de ese lugar.

—Hemos pasado por mucho… pero ya estamos mejor. Tu mansión ha sido un verdadero refugio.

Edward sonrió. La mansión que fue un símbolo de todo lo que el dinero podía comprar, se había convertido en un lugar en el que se transformaban vidas, tanto la de él como la de su amigo y familia.

—Me alegra que sea así. —Soltó a Cerys solo para saludar a la hermana de Hywel—. Has crecido mucho, Eira.

—Y tú también, Edward querido… Te ves inmensamente feliz.

—Lo soy.

*****

Y las explicaciones llegaron. Fue una larga conversación, sobre todo, tomando en cuenta que la última carta que recibieron Edward y Emily por parte de Hywel fue en enero, la cual fue escrita en agosto. Pese a que el intercambio era intenso, la distancia y lo inexactos que eran los tiempos de viajes prolongaban demasiado las respuestas a las noticias que se daban.

Hywel y Sophie fueron relatando los hechos ocurridos desde esa carta. Se guardaron pocos detalles en realidad, y se dieron cuenta de que muchas vidas cambiaron, no solo la de ellos; matrimonios, amistades, metas logradas, desafíos superados, nacimientos… tragedias.

La muerte de Northwood fue tratado con monosílabos y silencios largos. Nadie se atrevió a mencionar el nombre de aquel monstruo que los marcó para siempre y que, sin embargo, no les quitó lo principal: la esperanza de que todo podía mejorar, que la vida no acababa ahí.

Al finalizar, Emily tomó la palabra y le dijo a su esposo:

—¿Ves que era mejor volver antes, querido? El compromiso de Hywel y Sophie cambia las cosas en la compañía.

—Así es… —Besó la mano de su esposa y miró a su amigo—. Tenemos que tomar decisiones importantes. Pero lo veremos a su tiempo. Quiero descansar, un viaje de casi cuatro meses agota a cualquiera.

Hywel arqueó sus cejas y terció:

—Y eso que tardaron poco. La última vez me demoré seis meses.

—Partimos a finales del invierno, y los vientos estuvieron a nuestro favor. Ni una sola tormenta, y el Fortune apenas se averió.

Sophie no se abstuvo de intervenir, una duda la asaltaba.

—Asumo que todavía no pasan por Londres.

Emily negó con su cabeza.

—Vinimos directo a la mansión. Estoy exhausta. He estado fuera de Inglaterra dos años, un día más es una raya más para el tigre.

—¿Sufriste mucho con los mareos?

—Al principio fue horrible, pero ya me acostumbré a los barcos y es algo que disfruto. Sin embargo, la verdad es que cansa y quiero estar entera para la avalancha de visitas que debo hacer a todo el mundo, las inevitables fiestas y el trabajo. —Sonrió—. Me alegra mucho haberte encontrado aquí, un pedacito de mi familia… Ah, esta mansión siempre tendrá algo especial.

—Sí. —Se inclinó hacia Hywel y se apoyó en su hombro—. Nos cambió la vida… Oh, qué alegría que llegaron antes, solo faltaban ustedes para que nos pudiéramos casar. Yo ya me estaba resignando a tener un compromiso demasiado largo para mi gusto.

Iba a ser eterno, ya había probado una cucharada de las mieles del matrimonio y era adictiva.

Emily asintió. Entendía muy bien esa urgencia de empezar a vivir con el amor de su vida.

—En este matrimonio debemos juntar a toda la familia y amigos.

—Será el gran evento de la temporada. —Sonrió, maliciosa—. Las cotillas de lenguas ponzoñosas tendrán que comerse el hecho de que otra Dama del Diablo dejará de ser una solterona.

Capítulo 23

Sophie nunca olvidaría las semanas que le sucedieron al retorno de Emily. Entre su trabajo en la Academia Hope, los preparativos de su boda y la redacción de su estudio para los miembros de la Royal Society, apenas tenía tiempo para respirar.

Pero nunca se sintió más viva y dichosa.

No importaba cuán cansada se acostara todas las noches, lo hacía con una sonrisa, pensando que era un día más cerca de su boda.

Para Hywel, ser testigo de ver esa plenitud en su prometida, era un tesoro de valor incalculable.

Y era contagioso.

Sus días también se llenaron de trabajo, demoler la casa de su padre y construir otra era una tarea ardua. Lo bueno era que contaba con la asesoría experta del primo de Sophie: Lawrence Martin, marqués de Bolton, quien era arquitecto y solía llevar a cabo renovaciones y reparaciones. Hywel le encomendó su primer proyecto de construcción: una casa familiar y un invernadero.

El retorno de Edward supuso también que el trabajo en la compañía sería más intenso, debían reestructurar la empresa para no verse obligados a embarcarse tan seguido. Ya no alternarían sus estadías en India, sino que viajarían juntos, acompañados de sus familias. Mientras que en Inglaterra, la administración se podría dividir entre algunos primos y hermanos de Sophie y Emily, quienes tenían experiencia en ello.

Ya no sería el negocio de dos amigos solitarios, sino un proyecto que involucraría al círculo íntimo de sus esposas.

Tal como lo pensó Hywel. Un negocio familiar.

*****

Esa tarde, Hywel entró con Edward a la joyería. Se acercaron al mesón, y el dependiente los saludó con solemnidad.

Hywel sacó una cajita y la exhibió.

—Este es el solitario que le comenté. Hay que desmontar este zafiro para el anillo de bodas, y reemplácelo por un rubí.

El dependiente tomó el solitario y comprobó la autenticidad de la pieza con rigurosidad. Una vez conforme, preguntó:

—¿Ya se ha decidido por algún diseño en específico?

Hywel miró a Edward. Él asintió, sacó una cajita de su bolsillo y la exhibió. Era un anillo simple, casi primitivo, como si hubiera sido moldeado a golpes. Lo coronaba una piedra preciosa que parecía incrustada en la banda.

—Quiero algo similar. Verá, mi futura esposa pasa más tiempo con las manos en la tierra que bordando cojines… —Se quedó pensativo y se preguntó si Sophie sabía bordar. No se la imaginaba haciendo una tarea tan… artística—. Quiero algo práctico y que no se vea en la obligación de quitárselo por sus actividades diarias. Un anillo demasiado elegante sería un incordio para ella.

El dependiente observó la pieza y, con sumo interés, solicitó a Edward:

—¿Me permite tomarla, señor?

—Por supuesto.

Edward se la entregó, el dependiente la sostuvo, reverente.

—Qué anillo tan singular, cualquier ignorante diría que es basura, pero la técnica es sobresaliente… Arcaica, en el buen sentido.

—Es un anillo indio forjado hace trescientos años.

El dependiente arqueó sus cejas, y en sus ojos el interés se convirtió en respeto.

—Es notable… —Dirigió su atención a Hywel—. Ahora entiendo por qué quiere darle un anillo de estas características a su futura esposa. Cualquier imperfección que le dé el uso diario no le quitará el encanto y significado a esta joya.

—Exactamente.

—¿Habrá la posibilidad de que nos preste el anillo para que nuestro maestro orfebre pueda reproducirla a cabalidad? Solo serán

un par de días para que estudie la pieza… Por supuesto todo formalizado con un contrato.

—Eso mismo iba a proponer.

—Voy a buscarlo en seguida. Si me permiten…

Hywel y Edward se sonrieron. La joyería que les recomendó William era la indicada. En otras ya habían rechazado el trabajo por ser demasiado «exótico», un eufemismo para no decir que era una baratija sin clase.

Sin embargo, esa sonrisa se desvaneció en el rostro de Hywel al escuchar una voz conocida a sus espaldas.

Elmer Grant.

—Señor Welsh, al fin tengo la oportunidad de hablar con usted.

Hywel contó hasta diez para no perder su buen humor, y no dar un espectáculo en un lugar público. Se giró y replicó:

—¿Hablar? Las últimas veces que lo he visto practicar ese arte, su desempeño ha sido más que insuficiente... En fin, vaya al grano, estoy ocupado.

Grant dio una mirada de soslayo a Edward y dijo:

—Es privado.

Hywel alzó su barbilla y repuso:

—No me importa, mi amigo no se va.

—Que conste que se lo advertí.

Hywel sacó su reloj de bolsillo. Sin dejar de contar los segundos dijo:

—Tiene exactamente un minuto para hablar...

—Usted no será el primero.

Edward arqueó una ceja y le propinó una ojeada subrepticia a su amigo, quien hizo un mohín dubitativo. Al cabo de un interminable y silencioso lapso, Hywel preguntó:

—¿El primero en qué? ¿Me perdí de alguna competencia? Sea más específico, Grant.

—Usted no será el primero para su prometida.

—Eso lo tengo claro. —Se encogió de hombros—. Usted pudo ser su primera relación amorosa, pero yo me quedaré con todo el resto… No le veo problema, solo beneficios. En este caso, ser el último es más satisfactorio que ser el primero.

Elmer apretó la mandíbula. No sabía si Welsh era estúpido o si se estaba burlando de él.

—Usted no será su primer amante.

Hywel lo miró fijo con una expresión insondable. Su mente traicionera le mostró aquella terrible imagen. Ya conocía los gestos, la voz, el aroma, la piel de Sophie cuando alcanzaba el éxtasis. Poner a Elmer en esa situación le asqueaba… Sin embargo, confiaba en lo que su prometida le confesó, confió en lo que sintió cuando tuvieron su primera experiencia íntima.

Y si cabía la mínima posibilidad de que Sophie le hubiera mentido… Lo cierto era que la entendía, porque no era motivo de orgullo reconocer que se entregó a la persona equivocada. Dolía. El sentimiento de culpa y vergüenza era el peor verdugo.

«Estuve a punto de entregarlo casi todo».

La declaración de Sophie sonaba como un ruego en su mente. En aquella época no estaban juntos, ella prefería mantener las distancias… De hecho, si pretendía espantarlo, pudo haber dicho que sí se entregó a Grant.

Pero eso tampoco lo hubiera alejado.

En los ojos de Elmer veía el ansia carcomiéndolo. Esperaba su reacción. La lógica. La de un hombre herido en su orgullo masculino por no ser el primero, por no tener la pureza de su mujer.

Hywel suspiró.

—Me da lo mismo, Grant. Yo valoro a Sophie por lo que es, no por lo que se supone que perdió. En todo caso, si caigo en las odiosas comparaciones, la que debería ofenderse por un largo prontuario amoroso sería ella. Solo Dios sabe por qué mi prometida no me cuestiona ni me cela. Debería encerrarme en una vitrina, pero de barro. —Se quitó una pelusa de su chaqueta y se deshizo de ella—. Si aprecia su nariz y sus pelotas, hágame el favor de retirarse. Agradezca que estoy de buen humor comprando un anillo de bodas.

Los labios de Grant eran una fina línea tensa. Sus fosas nasales se dilataban con cada respiración. Pura furia contenida.

—Que conste que se lo advertí.

—No, Grant… Si me vuelve a dirigir la palabra, cobraré sus pagarés. No me provoque.

Grant no dijo ni una sola sílaba más. Furibundo, salió de la joyería dando un portazo.

Hywel negó con la cabeza y dio media vuelta. Ahí estaba el dependiente con una expresión que pretendía ser neutral, pero que fallaba estrepitosamente.

Edward, soltó un resoplido y dijo:

—Es peor de lo que me contaron. He visto sujetos obtusos, pero Grant los supera con creces.

—No sé qué versión de la realidad tiene en su cabeza.

—Una alterada… Aunque, pensándolo bien, no me sorprende demasiado, su actitud es normal en la mayoría de los hombres, seguro que creía que eres como él. Amigo, nosotros somos una anomalía.

—Una feliz anomalía. ¿Te imaginas si le diera importancia a la virtud? Ay, me perdería al amor de mi vida por moralidades hipócritas. ¡Horrible! La castidad solo sirve en los monasterios y en los conventos católicos. —Dirigió su atención al dependiente—. Esto saldrá en las columnas sociales, ¿cierto?

—No por mi parte, señor… Pero no puedo asegurar que las damas y caballeros de allá mantengan la boca cerrada.

Hywel lanzó una mirada por sobre su hombro, y varios curiosos dieron una apresurada media vuelta.

—Debí quebrarle la nariz. Así tendrían algo más suculento para cotillear… Como sea, sigamos con el contrato.

*****

Esa misma noche, Sophie entintó su pluma. Inspiró ante la hoja en blanco y escribió:

> *Dedico este estudio a mi familia, a las personas que me han enseñado e impulsado a ir más allá. Mi gratitud es infinita.*
>
> *T. S. I. Wayne*

Arrugó su nariz al terminar de escribir esa última oración. Era demasiado frío para su gusto, pero no tenía muchas alternativas. Le

hubiera encantado nombrar a sus padres, a la duquesa de Ravensworth, a la condesa de Corby, a Hywel, incluso a lord Blackpool… pero eso delataría su identidad.

Debía protegerla para poder llegar hasta el final.

La emoción hizo que la pluma temblara entre sus dedos entintados. Lanzó una risa nerviosa, incrédula de haber terminado.

Ceremoniosa, fijó la tinta con papel secante. Cerró el libro encuadernado en cuero y con título en letras doradas.

Lord Blackpool le recomendó que el título del estudio debía cumplir con ciertos criterios para que pasara los primeros filtros con facilidad, y sin provocar demasiados cuestionamientos.

Al final, Sophie llegó a uno que era académico pero ambicioso:

Contribución experimental al estudio de la nutrición mineral de las plantas, y su influencia en el crecimiento de la Digitalis purpurea.

Por T. S. I. Wayne

Sonrió, orgullosa de sí misma. A su alrededor todo era un aparente caos: hojas en blanco, otras arrugadas al interior de un papelero, plumas que ya no servían, frascos de tinta y sus amadas bitácoras; la mayoría de ellas registraban experimentos fallidos, pero eran la prueba del proceso.

Más allá, una deforme pila de hojas con los bordes arrugados, el borrador de su estudio. Las tomó y las ordenó. Ahí se encontraba la primera versión, la que tenía borrones, tachados y anotaciones. Esa sería su copia. Alcanzó una hoja en blanco y escribió como título:

Las dedaleras y la tierra que aprende a sanar.
Por Sophia Montgomery.
11 de junio de 1846.

En otra hoja escribió:

Dedicado a todos quienes han transitado a mi lado en este andar.

A mis mentoras, tía Emma y tía Katty. Gracias por brindarme sus conocimientos y alentarme en el mundo de la botánica y la ciencia.

A mi padre y a mi madre, August y Minerva Montgomery. Dios me bendijo al ser su hija. No pude haber tenido mejores padres que ustedes.

A mis hermanos y hermanas, los amo con mi alma, mi vida no sería la misma sin ustedes.

A lord Blackpool, por ver más allá de las apariencias.

A Hywel Welsh, sin su apoyo en el momento más crítico, y sin su amor en el instante más vulnerable, este estudio no habría visto la luz.

A todos ellos mi más eterna gratitud.

Sophie Montgomery

Para ella ese era su verdadero estudio. El que guardaría en un lugar de honor de su biblioteca, y que mostraría a sus hijos cuando fueran mayores.

Y quién sabía, también podría ser de inspiración para alguien más en el futuro.

Suspiró entrecortado. Tragó saliva para soltar el nudo que se formó en su garganta.

Varios golpes en la puerta interrumpieron su emoción. Sophie carraspeó antes de dar su venia.

La cabeza de Eleanor se asomó.

—Hywel ha venido a verte. —Ser futuros cuñados anuló todo trato formal.

—¿Tan tarde? ¡Qué extraño!

—Eso mismo le dije, pero él me dijo que no era grave. Solo quería darte un beso de buenas noches… Quién hubiera imaginado que fuera tan meloso.

—Me gusta su lado meloso. —Se levantó y se quitó el mandil que usaba para no manchar su vestido con tinta.

Eleanor fisgoneó hacia el escritorio y preguntó:

—¿Ya lo has terminado? —Sophie sonrió—. ¡Oh, qué maravilla! Estoy tan feliz por ti. —Se adentró en la habitación y abrazó a su

hermana.

—Gracias, cielo. Estoy cansada pero feliz.

—Me lo imagino. —Ladeó su cabeza y observó sus ojeras—. Has dormido tan poco.

—Ha valido la pena. —Se separó de su hermana—. Y tú, ¿cuándo te vas a animar a que los demás lean tus cuentos?

—Ya te he dicho que no, son muy perturbadores. Van a creer que estoy loca.

—Es cierto… lo perturbador, no que eres loca; pero también son muy buenos. Dan mucho miedo.

—No, déjalo así. Con que ustedes los lean me conformo. Emily se llevó los capítulos de la novela que estoy escribiendo. Ya quiero saber su opinión.

—Te va a decir lo mismo que yo. Que es una aterradora genialidad.

En los labios de Eleanor se quiso asomar una sonrisa, pero la contuvo.

—Ya, mejor ve a darle su beso de buenas noches a tu prometido, o se dormirá en la sala de estar.

Sophie la amonestó con un ademán, sabía que su hermana estaba cambiando el tema para no seguir hablando de sus historias de suspenso y terror.

Al llegar a la sala de estar, Hywel la esperaba de pie acompañado por Minerva, quien ya estaba lista para irse a dormir.

La madre de Sophie le dio un cálido abrazo a Hywel y se despidió:

—Nos vemos, querido. Les dejaré la puerta abierta, y no la cierren.

—Por supuesto, señora Montgomery. No tardaremos demasiado.

—Bien. —Se acercó a su hija y le besó la frente—. Buenas noches, Sophie. Por favor, no te duermas tan tarde.

—Te prometo que me iré a dormir una vez que se vaya Hywel.

—Eso espero. No pretenderás tener esas ojeras para tu boda.

—Dormiré bien a partir de hoy.

Minerva asintió y los dejó a solas.

Ni bien pasaron cinco segundos y ellos ya se besaban con lánguido ardor. El cansancio los tomó por asalto y se notaba en ese intercambio que gritaba: «Quiero una cama y dormir a tu lado».

Cuando por fin se animaron a separar sus labios, Sophie dijo:

—Ha sido un hermoso beso de buenas noches.

—Ajá.

—Pero me parece que no has venido solo a eso.

Hywel asintió y tomó su lugar en el sofá. Sophie se sentó en su regazo y se abrazaron.

—Hoy Grant se atrevió a hablarme… De verdad, ese sujeto no sabe cuándo detenerse… —Y le contó el episodio de la joyería.

Sin darse cuenta, Sophie se tapó la boca. Indignada e incrédula de lo que ese hombre se atrevió a decirle a su prometido, ¡y en público!

Y después de la ira, vino la incertidumbre. Seria y trémula, preguntó:

—¿Y creíste en sus palabras?

Hywel la atrajo más hacia su cuerpo. Aquel gesto la llenó de un inmenso alivio. Una respuesta que no necesitaba palabras. Aun así, quería escucharla, y él no tardó en dársela.

—No… Y aunque fuera cierto, es irrelevante para mí. En un caso hipotético, si él te hubiera quitado tu virtud, pues solo eso sería. Una o dos veces quizás te habría tenido, pero yo me voy a quedar contigo para siempre. Conmigo lo vivirás todo. —Sophie se acurrucó en su pecho y él le besó la coronilla—. Quería que lo supieras antes de que te enteraras por rumores o la prensa. Para que puedas actuar ante un eventual mal rato.

—Gracias por contármelo.

Hywel le acarició el rostro.

—No he sido un santo, y no te puedo exigir lo mismo. Sería muy hipócrita de mi parte ser un puritano… —Esa sonrisa lobuna que ella bien conocía curvó sus labios—. En todo caso, yo ya he comprobado que soy el primero.

Sophie le arqueó una ceja.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Esa insana curiosidad que tienes con… —Se acomodó, lo suficiente para que ella sintiera esa tensa presencia—. Ya tú sabes. No es propio de alguien que lo ha visto o tocado antes.

—Oh, es que… bueno, es extraño y fascinante el primer acercamiento. Es bien sabido que la experimentación es muy diferente a la teoría.

—Y yo estaré feliz de ser tu objeto de prueba. —Soltó una exhalación—. Ya falta poco para que nos casemos, tendremos toda la vida para experimentar.

—Ya quiero que llegue ese día… Cambiando de tema, mañana ¿me puedes acompañar a la casa de lord Blackpool?

—¿Lo has terminado?

—Ajá.

Hywel la besó.

—Oh, estoy más que orgulloso de ti, *cariad*. —Chasqueó su lengua—. Esa palabra no puede definir lo que siento… necesito un prefijo en latín o griego. Uno grande.

—¿Mega?, ¿super?, ¿hiper?

—Megasuperhiperorgulloso de ti…

Sophie rio. Le encantaban las ocurrencias de Hywel.

Definitivamente ella no lo amaba, lo megasuperhiperamaba…

Capítulo 24

UNA REPUTACIÓN EN ENTREDICHO
Por H. Wells

Cualquiera que se quede con el titular pensará que estamos hablando de la reputación de una dama, pero lamento desilusionarlos, este no es el caso.

Durante toda la temporada, el señor Grant ha estado imponiendo su presencia a la señorita Sophia Montgomery, quien se ha negado en todos los tonos posibles —con bofetada incluida— a cualquier acercamiento por parte de él.

El último escándalo se desarrolló en una joyería de St. James's. Mis más que confiables fuentes me informaron que el señor Grant aseveró al señor Welsh —prometido de la señorita Montgomery— que él fue el primer amante de ella. Lo cual ha reflotado los rumores del pasado en los que se señalaba que el señor Grant pretendía a la aludida.

Lo que no vio venir el señor Grant fue la templanza del señor Welsh que no cayó en la provocación. Porque eso fue, una vil provocación… ¿O acaso pensaban que condenaría a una dama de reputación tan intachable por los dichos de un caballero despechado?

Dado el deleznable comportamiento pasado del señor Grant, no me fio de la veracidad de sus declaraciones. Un hombre que no escatima en pisotear la dignidad de su esposa —y la de otra que fue su amor— no merece el beneficio de la duda.

Ni ser llamado hombre.

Clarín Social, 13 de junio de 1846.

Loretta Grant dobló la revista social y la dejó a un lado de la taza de té. Apretó los labios. Cerró los ojos y su respiración se calentó. Su esposo no cesaba con sus humillaciones.

Inspiró profundo. A sus fosas nasales llegó el olor a huevos escalfados. El estómago se le revolvió y la boca se le llenó de saliva.

Las náuseas matutinas eran lo peor de ese embarazo que aún no revelaba. Iba a esperar hasta que fuera evidente. No quería anunciarlo y perderlo otra vez.

Contuvo las ganas de vomitar y miró a su esposo. Él se encontraba absorto leyendo el periódico.

La situación era insostenible.

—Esposo, necesito hablar con usted… Es serio.

Grant, sin dejar de leer, dijo:

—¿Pasó algo malo?

—Nos han retirado otra invitación… Del concierto privado del Quinteto Divino.

Solo se escuchó el leve crujido del papel del periódico que Elmer sostenía. Luego una inspiración. La voz indolente de él repuso:

—No quería ir de todos modos.

—Es la sexta invitación que nos retiran. Y no solo eso, también han dejado de llegar las que eran seguras.

—¿Y qué quiere que haga?

El sonido de la silla que chirriaba. El tirón que Grant sintió entre sus dedos. El periódico en el suelo.

Loretta respiraba agitada, con mirada severa.

—Deja en paz a Sophia Montgomery. —Adiós al trato respetuoso y sumiso—. ¿Cuándo vas a entender que ella no te ama?

—Tú no tienes idea de nada.

—Terminaremos en el ostracismo si nos dejan de invitar a los eventos de la temporada. ¿Tú crees que alguno de nuestros amigos nos auxiliará si caemos en la ruina? ¿O que mi padre nos seguirá ayudando si me humillas de esa forma? No creas que lo hace por mí, sino para mantener las apariencias.

—Es su problema si cree en los rumores.

—No, Grant. Es tu problema. Eres tan insistente, eres tan obvio… ¿No ves el ridículo que haces? Todo el mundo lo nota.

Grant se levantó y la señaló con el dedo:

—Desde el principio te dije que no te amaba, que solo era conveniencia.

Loretta alzó su barbilla. Esa acusación se la sabía de memoria, ya no dolía.

—Lo sé… Una cosa es que no me ames, otra muy diferente es que me faltes el respeto con tu desdén y tus humillaciones. Preferiría que tuvieras una amante oculta en algún lugar de Covent Garden, en vez de intentar algo imposible con una dama que no quiere nada contigo.

—Si al menos me dieras un hijo ya me habría buscado una…

Loretta entreabrió la boca, su mano viajó a su vientre. Recordó el dolor agudo, la sangre corriendo por sus piernas.

Casi podía sentir esa vida desarraigándose de sus entrañas.

Por el rabillo del ojo notó la presencia del mayordomo, el que entraba en la estancia fingiendo que ellos no discutían.

—Un mensaje desde Portland Place. —Entregó una nota sellada.

Grant la abrió sin dilación y leyó.

Arrugó el papel con brusquedad y abandonó la habitación en silencio.

Loretta recogió la nota que había quedado sobre la mesa. Se llevó la mano a la boca para ahogar un jadeo.

Su señoría está agonizando. Le sugiero que se apersone lo más pronto posible. Su padre no va a pasar del mediodía.

Atentamente,

Steve Kirk

Era del médico que atendía a su suegro. Loretta miró hacia el cielo raso.

—Dios, haz que Elmer entre en razón…

*****

Sophie se encontraba afuera de la Academia, a un costado del carruaje que llevaría a sus alumnas a la excursión. Tachó el último nombre de la lista y suspiró.

Charity, la encargada de ese grupo, antes de subir dijo:

—Ahora que Edward está a cargo de la mansión, ¿habrá un refrigerio indio cuando lleguemos?

—Yo creo que sí. Edward y Hywel son generosos cuando se trata de agasajar a sus invitados. Los bocadillos son algo que no se ven tan a menudo, pero son deliciosos.

—Más les vale que lo sean. Voy con hambre.

Sophie tachó el nombre de su prima en la lista y apremió:

—Mejor sube. Nos veremos al rato.

Charity asintió con una sonrisa pícara y se internó en el carruaje. Sophie cerró la portezuela y le ordenó al cochero que partiera.

La satisfacción se reflejó en su rostro, ese día iba a ser productivo e intenso. Esperaba tener un par de minutos a solas con su prometido y robarle unos cuantos besos.

Dio media vuelta y se dirigió a buscar a su grupo para cerrar la comitiva. Sin embargo, sus pasos se detuvieron al notar que un carruaje sobrio pero elegante, y sin blasón se detenía frente a la academia.

Un lacayo vestido de negro ayudó a una dama de luto a que se apeara. No sabía quién era, el velo ocultaba sus facciones.

Sophie no podía moverse de su lugar. La dama se acercaba a ella con decisión.

Al llegar, la dama le brindó una pequeña reverencia. Sophie la respondió y saludó:

—Buenos días. ¿La puedo ayudar en algo?

La dama asintió y respondió:

—Necesito conversar con usted. No tengo mucho tiempo, seré breve.

Sophie estuvo tentada a negarse, pero algo en la voz de la mujer le señaló que cumpliría con su palabra.

—Estoy a punto de salir a una excursión con mis alumnas, pero puedo darle cinco minutos.

—Son suficientes para mí… Gracias. —Se alzó el velo y Sophie entreabrió la boca. Era la esposa de Elmer Grant—. Le prometo que no he venido a hacer un escándalo.

—Eso espero. —Con un ademán la invitó a entrar en la academia. Loretta se volvió a poner el velo.

Cuando entraban al vestíbulo, justo pasaba la gobernanta. Sophie le entregó el listado y solicitó:

—Señora Waters, ¿puede ser tan amable de llevar a mi grupo de alumnas al carruaje? No tardaré demasiado.

—Como ordene, señorita Montgomery.

—Gracias, es un sol maravilloso.

—Aduladora. —Le guiñó un ojo.

Sophie esbozó una sonrisa, la cual se esfumó mientras guiaba a Loretta por los pasillos de la famosa Academia Hope. La nueva vizcondesa nunca había entrado a semejante lugar. No era como la escuela de señoritas donde estudió. No guardaba los mejores recuerdos de aquellos años; todo era orden, obediencia, rigidez y millones de reglas inquebrantables.

Esa imagen contrastaba con los rostros sonrientes de las jóvenes de la Academia Hope. El edificio no era frío, el barullo constante lo dotaba de vida. Incluso algunas alumnas saludaban con cariño a Sophie cuando pasaba por su lado. No había miedo, no evadían las miradas, no apresuraban su andar.

Una aberración en toda regla sería la opinión de muchos, pero sentir esa paz y calidez en una institución educativa era algo notable.

Llegaron a un salón, en cuya puerta un membrete tenía escrita la palabra «Ciencias». Loreta arqueó una ceja. No le extrañaba del todo. Cuando debutó, sus amigas se burlaban de Sophia Montgomery por ser una marisabidilla insufrible.

Debía admitir que en ese lugar la respetaban genuinamente por lo mismo, por saber.

Sophie le ofreció sentarse en uno de los pupitres, mientras movía una silla. Pudo haber sido soberbia y tomar asiento en su

puesto de maestra, mas prefirió la igualdad de condiciones.

Loretta lo agradeció en su fuero interno. Sophie inició la entrevista:

—Usted dirá… milady. Mi pésame por el fallecimiento de su suegro.

—Gracias, señorita Montgomery. —Inspiró—. Sé que ha de sorprenderle mi visita, pero me he visto forzada por las circunstancias. —Hizo una pausa. Esperaba que Sophie la interrogara, mas solo la escuchaba con atención. Carraspeó—. Como puede asumir, mi esposo se ha convertido en el nuevo vizconde Grant… En los próximos meses nuestras vidas cambiarán, él tomará posesión de todos los bienes y de su escaño en el Parlamento.

No hubo ni una clase de comentario, solo un atento silencio.

Loretta había ensayado muchas veces su discurso, pero la nula reacción de Sophie era peor que un interrogatorio. Nunca imaginó que un monólogo sería tan pesado de llevar. La obligaba a exponer su situación por iniciativa propia.

No le quedó más remedio que envalentonarse y llegar al punto.

—Estoy consciente de que el comportamiento de mi esposo hacia usted ha sido despreciable, y aquello ha ocasionado que las Grandes Damas nos hayan vetado de los eventos sociales que organizan, y no solo ellas, en consecuencia ya no nos quieren en otras partes… Y con justa razón, no lo niego. Yo sé que usted ha rechazado a mi esposo y ha dejado más que claro que no le interesa revivir su vínculo. Solo basta con verla cerca de su prometido, son una pareja… envidiable. —A Sophie le entristeció ver a la mujer que se casó con su primer amor ser tan infeliz. Se le notaba en sus ojos, en su voz. Tras una pausa, Loretta agregó—: El asunto es que este castigo no solo lo perjudica a él, sino que a mí también. El vizcondado pende de un hilo muy fino y si caemos… No podemos perder del todo a nuestras conexiones de amistad y políticas. Mi padre ya nos ha quitado su ayuda con el último escándalo que Grant protagonizó en la joyería y… y… Necesito velar por el futuro de mi hijo… Mi esposo todavía no lo sabe, es muy pronto aún…

Sophie apretó los labios, un nudo se tensó en su vientre.

Una parte de ella se sentía culpable por provocar dolor aunque fuera indirecto. La otra parte rechazaba esa idea, Grant era el gran artífice de su propia autodestrucción social.

Su gesto se suavizó. Loretta era una víctima. Cualquier mujer que aceptaba un matrimonio por conveniencia jamás se encontraba en una posición ventajosa.

—Lamento mucho la situación que está atravesando, milady, pero me temo que no soy la persona que puede ayudarla.

—Usted, precisamente, es la indicada. Le suplico que interceda por mí ante las Grandes Damas. Permítanos volver a sus eventos sociales cuando termine el duelo por el antiguo vizconde. Así el resto de los aristócratas verán que no somos personas *non grata*. Pensarán que nuestra ausencia solo se debió al luto.

Sophie se quedó en silencio por largos segundos. Ella no sería la culpable de la desgracia de esa mujer.

—Podría intervenir… Pero no le prometo nada, pues no será fácil, las Grandes Damas no olvidan… y yo tampoco. Tenga en cuenta que lo hago por usted, solo por usted, no por lord Grant. Si fuera por mí, no lo vería nunca más.

—Gracias, señorita Montgomery. Es muy generosa.

—No me lo agradezca tanto, porque habrá condiciones. El señor Grant no podrá mirarme, hablarme o respirar el mismo aire que yo o el de mi esposo… futuro esposo... Bastará una sola provocación, solo una, para que él cobre los pagarés del vizcondado que tiene en su poder. —Loretta entreabrió su boca. ¿Cuándo terminaría esa debacle? La situación era peor de lo que imaginaba. Sophie resopló, intentó ser amable al decir—: Asumo que no lo sabía… Ay, típico de los hombres de ocultar esos detalles inmensos.

Loretta se pellizcó el puente de su nariz. Se sentía a la deriva. Su voz apenas era un murmullo cuando dijo:

—Dios, jamás debí aceptar este matrimonio.

—¿Cómo dijo?

Loretta se apresuró a rectificar:

—Dije que no sé qué hacer con este matrimonio.

—Por el momento, lo único que le puedo sugerir es que se concentre en la misión de ahorrar dinero para usted y su futuro, no

piense en el vizcondado… Prepárese para lo peor, porque su esposo no es el mejor tomando decisiones y es demasiado idiota para recibir el consejo de una mujer.

Loretta suspiró entrecortado… Quizás lo más sabio era considerar las palabras de Sophie. No sonaba descabellado, debía asegurar su futuro y reservarse algo de dignidad para ella. Nadie más lo iba a hacer.

Su padre ya se lo había advertido, mientras ella no enderezara el comportamiento de Grant y sanearan las deudas del vizcondado, no seguiría malgastando dinero en ellos.

Se levantó. Esa era la última vez que hacía algo por Elmer. A partir de ese momento, velaría por sí misma y por el hijo que venía en camino…

A esas alturas, ya deseaba que Dios se apiadara de ella y se lo quitara como los demás. No confiaba en Grant como padre. Sería una condena.

Le ofreció a Sophie una reverencia final.

—Le reitero mi gratitud, señorita Montgomery.

Sophie asintió.

Cuando los pasos de Loretta se alejaron lo suficiente, soltó el aire de sus pulmones. Sabía que lady Grant había arriesgado mucho al ir a hablar con ella, no solo su dignidad. Si la descubrían rompiendo el luto riguroso por su suegro, los cotilleos la despellejarían viva.

—Más le vale a Grant sentar cabeza. Su esposa es lo único de valor que tiene, y ni siquiera lo aprecia… Imbécil.

Resopló y salió de la estancia.

La excursión al invernadero no solo sería con fines académicos. También le iba a permitir pasar el sabor amargo de esa reunión.

Enderezó su postura y sacudió su cabeza.

Y avanzó.

Capítulo 25

Hywel se balanceaba sobre sus pies frente al altar. Con sus manos unidas a sus espaldas, contemplaba la puerta de la iglesia de St Pancras. Sus piernas temblaban, su cuerpo sudaba y le latían las sienes.

Esa mañana estival del 10 de julio, la luz del sol entraba gloriosa por los sagrados vitrales y llenaba de colores el suelo de la iglesia. El anciano vicario, ceremonioso, hojeaba el libro de oración común, más por matar el tiempo que por buscar el ritual del matrimonio.

Hywel se inclinó hacia Edward, su padrino de bodas, y preguntó:

—La iglesia se ve medio vacía, ¿habrán llegado todos los invitados?

Edward posó la mano sobre el hombro de su amigo y respondió:

—Se ve medio vacía porque es inmensa, pero están todos nuestros familiares y amigos. Relájate, hermano, no te darás cuenta y ya estarás casado.

—Es fácil para ti decirlo. —Y jugueteó con el solitario que adornaba su pañuelo.

—Por supuesto, ya pasé por ese calvario que es la espera, y no pienso volver a vivir aquella experiencia.

—Tienes los anillos, ¿cierto?

—Me lo preguntaste hace diez minutos. —Se palmeó el pecho. Aquí están.

Hywel dio media vuelta y le dijo al vicario:

—Señor Robinson, recuerde que la novia también me dará un anillo.

—Esta es la tercera vez que me lo dice, señor Welsh. Le informo que este es el segundo matrimonio de un Montgomery que oficio, ya sé a lo que voy.

—Bien, solo me quería asegurar. —Hizo una mueca, lo cierto era que no confiaba en la memoria del vetusto hombre de Dios.

Las puertas de la iglesia se abrieron de par en par. Hywel se envaró y se secó el sudor de la frente. Una comitiva de siete sobrinos de Sophie, cuyas edades estaban entre los tres y cinco años, avanzaban hacia él. Llevaban canastas con pétalos de flores y las lanzaban como si aquella ceremonia fuera un carnaval.

Ante ese espectáculo Hywel soñó despierto. Si fuera por él, tendría diez hijos, pero no podía abusar del cuerpo —y del tiempo— de su futura esposa.

—Cuatro es un buen número —pensó en voz alta.

Edward frunció el ceño y preguntó:

—Cuatro ¿qué?

—Cuatro Sophies en miniatura.

—¿Quieres tener solo niñas?

—Por qué no. Todas inteligentes, un hermoso rebaño de ovejitas negras, como su madre.

Edward negó con la cabeza. Su amigo estaba enamorado hasta la médula de los huesos, y no lo culpaba, él mismo se encontraba en esa maravillosa tesitura. Sus ojos viajaron hacia Emily, su adorada diosa, quien oficiaba de dama de honor junto a Eleonor.

La música dulce de un arpa y un violín se diseminó por el cielo abovedado de la iglesia. Gwendolyne y Anthony —hermana y cuñado del novio— se lucieron con su regalo de bodas, un dueto compuesto especialmente para la entrada de Sophie, una melodía que iba entre lo divino y lo terrenal.

Y ahí estaba ella, vestida de blanco y sosteniendo un ramo de dedaleras púrpuras, avanzando decidida hacia él, prendada del brazo de su padre.

Dios, esa sonrisa jamás la olvidaría. No importaba que el velo ocultara el rostro de su futura esposa, podía ver que la felicidad pendía de esos labios que tantas veces besó, que nunca dejaría de besar.

Casi no podía creer que ella se viera tan dichosa de casarse con él, pero ahí estaba, con el amor reflejado en todo su ser.

Cuando Sophie llegó a su lado, él apenas escuchaba la voz del señor Robinson iniciando la ceremonia. Toda su atención estaba centrada en la mujer que se convertiría en su esposa. Alzó el velo y por fin pudo ver los ojos vidriosos de Sophie. ¡Cómo anhelaba besarla!

No aguantó más y tomó su mano libre. No importaba que no fuera así la ceremonia, necesitaba tocarla.

De pronto, la voz del vicario se hizo más severa. Hywel desvió su atención hacia él:

—… Si alguno de vosotros sabe algún impedimento, por el cual no puedan casarse lícitamente, lo confiese. Porque tengan por cierto, que todos los que son unidos en contraposición a la palabra de Dios, su matrimonio no es lícito.

El manto del silencio se extendió en la iglesia, apagando el eco de las palabras del vicario.

Hywel y Sophie miraron hacia la puerta. Elevaron una plegaria al cielo para que Grant no se le ocurriera hacer gala de su terquedad.

«Lo asesinaré si lo hace», pensó Sophie, belicosa.

«Ahora sí que le quebraré todos los huesos y lo arruinaré si se aparece», masculló Hywel en su interior. Gentil, apretó la mano de Sophie, y ella lo hizo de vuelta.

Los invitados, por pura curiosidad, miraron también. Los novios tenían la vista clavada en la entrada.

La puerta se abrió. Todos jadearon y el eco reverberó. Sophie y Hywel sudaron frío al ver una silueta masculina recortada por la luz.

Lord Blackpool, rojo como una amapola, entró gesticulando sentidas disculpas. Su esposa se abanicaba, sonreía incómoda y tironeaba de él para sentarse lo más pronto posible.

Todos volvieron a respirar, y su atención retornó a los novios. Hywel puso los ojos en blanco y masculló:

—Dios, casi me da un síncope.

Sophie se llevó la mano al pecho y añadió en un tono de secretismo:

—Yo ya estaba a punto de lanzarle todo mi vocabulario de marinero.

Hywel arqueó una ceja:

—¿En serio conoces el vocabulario de marinero?

—La mayoría de la cintura para abajo.

El vicario carraspeó y los amonestó con la mirada. Asumiendo que nadie más interrumpiría, continuó:

—Hywel Ferdinand Welsh… —Los novios miraron al señor Robinson al mismo tiempo. Sí, ya estaba sucediendo. La respiración de ambos se aceleró—. ¿Quieres tomar a esta mujer por tu legítima esposa, y vivir con ella, conforme a la ordenanza de Dios, en el santo estado del matrimonio? ¿La amarás, consolarás, honrarás y conservarás en tiempo de enfermedad y de salud; y renunciando a todas las otras, te conservarás para ella sola, mientras los dos vivan?

Hywel sintió que esperó toda la vida para decir:

—¡Por Dios, sí que quiero!

El vicario se tragó una carcajada. Nunca había visto a un novio tan entusiasta.

Repitió la misma pregunta a Sophie, y ella, con la voz colmada de emoción, dijo:

—Sí, acepto. —Una lágrima solitaria se deslizó en su mejilla. Hywel se apresuró a interceptarla con su pulgar.

La ceremonia continuó.

—¿Quién entrega a esta mujer, para que se case con este hombre?

August se acercó. Hywel se vio obligado a seguir el ritual y soltó a Sophie por solo unos segundos para que su mano pasara a su padre, luego al vicario y, al final, retornara a él. Sophie apenas contenía la risa, por lo ridícula que era la situación.

No obstante su actitud cambió al recitar sus votos con solemnidad. Sus voces no vacilaron, fueron firmes y decididas al prometer estar juntos en la salud, en la enfermedad, en la riqueza, en la pobreza, amarse, cuidarse hasta el último aliento.

Edward le entregó los anillos a Hywel para que el vicario los bendijera. El señor Robinson posó su mano sobre las alianzas y su voz resonó:

—Bendice, oh, Señor, estos anillos, para que quienes los dan y los lleven moren en tu paz y continúen en tu favor, hasta el fin de su

vida; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Le entregó un anillo a Hywel. La mano de su casi esposa temblaba cuando él le quitó el guante y dijo:

—Con este anillo te desposo… —Deslizó la alianza en su dedo anular. Arqueó su ceja al enfatizar—: Con mi cuerpo yo te adoro, y todos mis bienes mundanos yo te los doy. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

A Sophie no le extrañó la descarada insinuación de Hywel, y no se lo reprochaba. Era la parte que más ansiaban; adorarse con el cuerpo en libertad.

Admiró su anillo, era rústico, robusto, simple e ideal para no quitárselo por miedo a estropearlo.

Luego, fue su turno, repitió las mismas palabras que Hywel… Deslizó en el largo dedo anular una alianza de similares características, pero sin una piedra preciosa. El anillo de un hombre imperfecto, hermoso en todas sus dimensiones.

Su esposo. Su amado esposo que se metió en su piel y en su corazón sin recitar poemas o prometiéndole el cielo, las estrellas y la luna. No, a él le bastó tratarla como un igual, con respeto, admiración y sin restringirla.

Amándola, sin esconderla, dándole su lugar.

Sin ocultar lo que él sentía, no necesitaba una fachada de frialdad para ser más hombre.

La ceremonia prosiguió con solemnidad. Se elevaron al cielo las oraciones y las bendiciones para los nuevos esposos y, finalmente, el señor Robinsón declaró:

—Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo los bendiga, conserve y guarde; el Señor por su misericordia vuelva a vosotros los ojos de su favor; y los llene de toda bendición espiritual y gracia para que vivan juntos en este mundo, de tal manera que gocen en el otro de la vida eterna. Amén.

Con un ademán los conminó a que se besaran. Hywel no evitó soltar un:

—¡Al fin!

Y atrajo a su esposa para darle ese beso que tanto anhelaba, sin esconderse, ante todo el mundo.

Ante Dios.

Los aplausos y vítores no se hicieron esperar. Sophie se colgó de su cuello y prolongaron ese contacto para grabarlo no solo en la memoria, sino también en los labios.

Y al separarse, el vicario los miró, con esa expresión de saber qué les iba a deparar a los novios. Una larga vida juntos.

—Ahora solo falta firmar el registro.

Cuando llegó el turno de Hywel para firmar, sus fosas nasales se dilataron y un gozoso nudo apretó su garganta. Entintó la pluma y rubricó su nueva identidad.

Desde ese momento y para siempre sería, Hywel Montgomery…

Había vuelto a nacer.

*****

El gran salón de la mansión bullía de algarabía, repleto, no solo de personas, sino de música, risas, niños…

Muchos niños… Personitas que revoloteaban, corrían, lloraban o intentaban entablar una conversación de «adultos» con cualquier individuo que pillaran despistado.

Así fue como él se vio rodeado de cuatro niños.

Hywel no se dio cuenta cuando lo rodearon. En un instante conversaba con Horatio, y al siguiente alguien le tiraba la levita.

Miró hacia abajo y Erin, la hija de Frank —el hermano mayor de Sophie—, le dijo:

—Tío Hywel…

Recién en ese instante, él se dio cuenta de que tenía sobrinos. En cuestión de horas era tío, cuñado, sobrino, primo… hijo.

Se agachó para quedar a la altura de aquellos niños, que lo observaban con curiosidad. Le sonrió a Erin y dijo:

—Dime, corderita.

La niña rio y repuso:

—No me llamo corderita, me llamo Erin.

Hywel se llevó la mano al pecho.

—Oh, mis disculpas, lady Erin… ¿Así debo llamarla?

La niña negó con la cabeza.

—Mi papá me dijo que en la familia no se necesitan usar títulos.

—¿Entonces es solo Erin?

—Ajá…

—Bien, ¿en qué te puedo ayudar?

—¿Es verdad que usted es un hombre lobo?

El nuevo tío de los niños arqueó las cejas. Curioso y divertido evadió la respuesta.

—¿Ustedes creen que soy un hombre lobo?

Liam, el hermano mellizo de Erin, repuso:

—¿Puede tocar cosas de plata?

Hywel lo pensó por un buen rato.

—Sí…

Austin —otro sobrino de Sophie, primogénito de Ernest— se envalentonó y exigió:

—Pruébelo.

Hywel hizo una divertida mueca. Vaya carácter del pequeño. Les siguió el juego.

—¿Tienes algo de plata? Dicen que los hombres lobo no pueden tocarla.

Austin miró a su hermano Samuel y este, con cierta renuencia, esculcó su bolsillo y le entregó una moneda: un chelín.

Hywel apretó los labios para no reír a carcajadas. Quizás de dónde sacaron esa moneda de plata, para un niño de cuatro años era una pequeña fortuna. Con razón no la quería entregar para la prueba.

La moneda pasó de mano en mano hasta llegar a la de Erin, asunto que no sorprendió a Hywel; ella parecía ser la cabecilla de esa banda de duendecillos que ponían en duda su humanidad.

Erin le ofreció la moneda a Hywel. Él, serio, acercó sus dedos, vacilante, como si fuera una flama incandescente.

—¡Ay! —Apartó los dedos siseando, como si el chelín los hubiera quemado. Los niños jadearon y se paralizaron. Hywel rio y tomó la moneda—. Fue una broma… Miren, puedo tocarla… ¿Me la como?

Samuel abrió sus ojos como platos y dijo:

—¡Nooooo!

—Así puedo comprobar de verdad que no soy un hombre lobo.

Liam se atrevió a intervenir:

—No, ya sabemos que no es uno. —Buscó el apoyo de su hermana y sus primos con la mirada—. ¿Cierto?

Al unísono, afirmaron que el nuevo tío pasó la prueba.

Hywel le devolvió la moneda a Samuel y preguntó:

—Y bien, ¿por qué creían que yo soy un hombre lobo?

El rostro de Erin se azoró en dos segundos.

—Si le digo, ¿guardará el secreto?

—Soy muy bueno guardando secretos.

Erin se aseguró de que nadie más estuviera cerca, aparte de sus «secuaces», y con un tono de secretismo dijo:

—Estábamos escondidos en la biblioteca, y de pronto llegaron tía Sophie y todas sus primas y amigas.

—¿Ah, sí?

Hywel conocía ese ritual de las Damas del Diablo. La que se casaba solía relatar su historia de amor a las demás. No sabía cuántos detalles daban —ni quería saberlo—, pero indudablemente no era algo que los niños podían escuchar.

Erin hizo una pausa y luego confesó:

—Tía Sophie dijo que, en su luna de miel, iba a comprobar si usted es un lobo de verdad…

Hywel intentó mantenerse a la altura de esa conversación tan seria, pero los niños se lo ponían difícil. Tosió para disimular una carcajada y dijo:

—Se han confundido, ser un lobo no es lo mismo que ser un hombre lobo.

Liam le dio un codazo a Erin y le reprochó:

—Te lo dije, no es lo mismo.

Hywel se apresuró a aclarar el malentendido.

—Su tía Sophie me llama lobo de cariño.

Los cuatro niños al unísono soltaron un esclarecedor:

—Aaaaaah.

—¿Están más tranquilos ahora?

Los pequeños asintieron. Sin embargo, Erin debía tener la última palabra.

—¿Qué es la luna de miel? ¿No es la luna cuando aparecen los hombres lobo?

Hywel fingió meditarlo para no estallar en carcajadas. Sus labios apenas podían contenerse… Dios, qué divertidos eran sus sobrinos.

—La luna de miel es un viaje que hacen los nuevos esposos para conocerse mejor. —Era una respuesta plausible, apta para menores de edad y no alejada de la realidad.

—Ah… bueno, eso era.

Y tal como llegaron, se esfumaron.

Unas carcajadas masculinas resonaron a sus espaldas. Al girarse vio que eran los hermanos de Sophie: Frank, Ernest, Horatio y Justin. El primero sentenció:

—Y eso que solo tienen cinco años. No quiero imaginar cuando tengan quince.

Ernest agregó:

—Debes admitir que Hywel lo manejó bastante bien. ¿Cierto, Horatio?

—Considero que es más terrible cuando están en esa etapa en la que preguntan sin cesar «¿por qué esto?, ¿por qué lo otro?». No hallo la hora de que Scarlett la supere.

Frank repuso:

—Después pensarás que esa edad era un picnic. Niños pequeños, problemas pequeños.

Justin coincidió:

—Eso es cierto, antes solo quería que Ambrose creciera para poder dormir en la noche, y ahora no hay forma de que se quede quieto por cinco minutos.

Hywel se encogió de hombros.

—Si pretenden asustarme con la paternidad, están equivocados.

Sin que se diera cuenta, Edward apareció por su retaguardia y le palmeó la espalda. Él cargaba a su hijita como si fuera un tesoro.

—Estos cuatro demonios solo les gusta quejarse de llenos. Están embobados con sus retoños y quieren que te unas al club pronto… Vete a tu luna de miel, haz feliz a mi cuñada y dales un nuevo sobrino.

Hywel consultó su reloj, llevaban tres horas de celebración.

—Sí, creo que ya es momento. —Buscó a Sophie en el salón. Hablaba con Blackpool y su esposa—. Ya brindamos, bailamos, conversamos, nos tomamos un daguerrotipo… Solo falta lanzar el ramo y el pañuelo… Iré a buscar a mi esposa. —Sonrió—. Qué bien se siente decir eso.

Los demás no pudieron rebatir o burlarse de aquello. Era maravilloso decirlo.

Hywel llegó hasta donde se encontraba Sophie. No interrumpió la conversación, solo la abrazó por la cintura. Saludó con un gesto a Blackpool y a su esposa.

El conde esculcó el bolsillo interior de su levita, sacó una carta y dijo:

—Este es el motivo por el cual llegamos tarde. Justo cuando salíamos, un miembro de la Royal me entregó esto para que yo se la diera a mi… discípulo. —Le guiñó un ojo a Sophie y se la ofreció.

Sophie la tomó y, apresurada, rompió el sello y desplegó la carta.

—Estimado T. S. I. Wayne. Hemos revisado su trabajo titulado: Contribución experimental al estudio de la nutrición mineral de las plantas, y su influencia en el crecimiento de la Digitalis purpurea, y… ¡Oh, Dios! —Se tapó la boca para acallar su voz quebrada. Hywel también leía y le besó la coronilla—… Y es un placer para nosotros extenderle una invitación extraordinaria a exponerlo ante la comisión, conformada por académicos de las ramas de las ciencias y la botánica… —Carraspeó—. De aceptar esta invitación, comuníquela a su patrocinador, su señoría, el conde de Blackpool, para fijar una fecha… —Miró al conde—. Pero usted me dijo que iba a buscarme un patrocinador en la Royal.

—Bueno, eso era antes. Le tengo otra buena noticia. Desde hace una semana, soy miembro oficial de la Royal Society, por lo que puedo patrocinarla sin recurrir a un tercero. Su estudio pasó por

todos los filtros, y hubo varios miembros interesados en patrocinar su ponencia, pero yo llegué primero. Creo que el destino nos sonríe.

—Oh, tal parece que sí… Le prometo que no se arrepentirá de esto.

—Aunque me expulsen no me arrepentiré. La pasión por la ciencia no siempre proviene de la mente de los hombres… Asumo que su respuesta es un sí.

—Sí, milord. —Extendió su mano y el conde la estrechó firme.

—Va a tener que ponerse a trabajar. ¿Cuánto durará su luna de miel?

—Dos semanas.

—Estupendo, haré lo posible para que fijen una fecha para el próximo mes. Cuando llegue de Francia, tendrá dos semanas para prepararse.

—Será suficiente para mí.

—Estaremos comunicándonos.

—Así será, milord.

Hywel le estrechó la mano a Blackpool.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por Sophie.

Lady Blackpool se atrevió a intervenir.

—A Nathan le apasiona la ciencia, no le importa de donde venga… Aunque, claro, todavía tiene ciertos prejuicios.

El conde rio.

—El matrimonio ayuda a derribarlos… En fin, la ciencia no sabe de géneros, Wel… —Chasqueó su lengua—. Montgomery… Vaya, tendré que acostumbrarme a tu nuevo apellido.

—Es el apellido que merece la perpetuidad… Bien, me tengo que llevar a Sophie a su luna de miel. —Miró a su esposa—. Vamos a despedirnos y a realizar el último rito.

La primera despedida fue con la madre y las hermanas de Hywel.

Cerys abrazó a su hijo con fuerza.

—Te mereces toda la felicidad del mundo, hijo mío. Disfruta del tesoro de amar y ser amado. —Besó su mejilla y volvió a abrazarlo.

—Gracias, mamá. —La apretó más fuerte—. Tu herencia pesó más, tú me enseñaste a amar.

Entretanto, las hermanas de Hywel se despedían de Sophie. Gwendolyne le tomó la mano y le ordenó con cariño:

—Mima mucho a nuestro hermano.

Eira le tomó la otra mano y añadió:

—Sí, tiene que recuperar todo lo que tardó en asumir lo mucho que te ama.

Sophie las abrazó al mismo tiempo y prometió:

—Pagará por muchos años, y eso solo serán los intereses.

Los abrazos se intercambiaron, mas los buenos deseos permanecieron.

Lo mismo sucedió al despedirse de los Montgomery. Abrazos, emoción… y una pizca de tristeza. Una familia que alguna vez fue numerosa, se redujo inexorablemente. Ahora solo eran tres.

August y Minerva jamás se acostumbrarían al adiós.

Eleonor lloraba. No importaba que Sophie fuera a vivir en Londres, cerca de ellos, en la casa que Frank le regaló mientras construyen la propia. Extrañaría sus conversaciones, esas noches en que a veces dormían juntas…

Quizás era momento de tomarse en serio su futuro. A veces, los sueños e ilusiones solo se quedaban en eso. Tal vez esa era la señal de buscar uno que pudiera realizar sin depender de nadie.

Eleanor se secó las lágrimas, con su voz ahogada exclamó:

—¡Sophie lanzará el ramo!

En cuestión de segundos, todas las solteras de la familia —las pocas que quedaban— se situaron detrás de la novia.

Sophie no perdió el tiempo. Sin mediar ningún preámbulo lanzó el ramo, sorprendiéndolas a todas, al punto de que varias ni siquiera alzaron sus brazos para atraparlo.

Y la suerte cayó en Florence, quien tardó unos segundos en comprender que ella sería la siguiente.

Incrédula de su «ineludible destino», solo musitó:

—Es probable que conmigo muera la imbatible tradición.

Las damas solteras rodearon a Florence para bromear y felicitarla. Ese fue el lapso que aprovechó Hywel para congregar a los solteros. Se subió sobre una silla y lanzó un silbido.

—¡Es el turno de los caballeros! —Se quitó el pañuelo—. Ya conocen las reglas… Aquí está su destino. ¡No sean cobardes! ¡El matrimonio no es una enfermedad mortal!

Los varones solteros, fingiendo desprecio por la nueva tradición, obedecieron. Hywel contó al menos a ocho en edad de merecer, todos mayores de veintiuno, los más jóvenes de esa generación.

Dio media vuelta… Tampoco contó hasta tres. Lanzó el pañuelo.

Los caballeros demostraron estar más atentos, saltaron al mismo tiempo y alzaron sus brazos.

—¡Lo tengo! —exclamó Matthew.

De inmediato recibió una oleada de palmadas en la espalda y bromas masculinas. Matt se guardó el pañuelo en el bolsillo, como si fuera cualquier cosa. Lo cierto era que no tenía tiempo ni interés para pensar en formar una familia.

O al menos, esa era la excusa que siempre se repetía.

Hywel tomó a Sophie de la mano, podía sentir su calor, la firmeza de su agarre. Su ovejita negra de corazón indómito que jamás lo iba a soltar.

Debían tomar un tren a Southampton y desde ahí el barco que los llevaría a Francia…

En altamar celebrarían su anhelada noche de bodas.

En unas cuantas horas, bajo la luz de la luna, el lobo por fin se iba a dar su festín…

Capítulo 26

La luz de la luna llena bañaba la cubierta del Grand Turk, y apenas se vislumbraban las formas del océano en esa oscura inmensidad. A Sophie no le importaba, jamás había salido de Inglaterra y quería recordarlo todo: el aroma salino, la vibración bajo sus pies, la ingravidez de flotar en la plenitud del mar en calma.

Hywel la abrazaba por la espalda. Llevaban un buen rato ahí, quietos. Él besó su cuello con ternura.

—¿Te sientes mejor, *cariad*?

—Sí, ya se me ha pasado el mareo. No es lo mismo el *cutter* de Edward que este barco a vapor. Asumo que tú no te has mareado ni por un segundo.

—Asumes bien. Si he de hacer cálculos, he pasado un cuarto de mi vida en el mar.

—¿Nunca te dio miedo de que te sucediera algo malo? El mar es traicionero y también hay piratas que saquean las cargas.

—No temía por mi vida. En realidad, no me importaba… En esa época era egoísta, pensaba que solo Edward lloraría por mí. —Inspiró el aroma de su esposa—. Era un idiota inconsciente.

—¿Y ahora?

—Soy un idiota inmensamente feliz... —Se meció lánguido, como si fuera un íntimo vals inmóvil—. Dígame, señora Montgomery, ¿está en condiciones de cumplir con sus deberes maritales? O prefieres esperar hasta llegar a Normandía.

Sophie rio quedo. Entre ellos, la intimidad jamás sería un deber. No obstante, le siguió el juego:

—Podré, siempre y cuando el señor Montgomery esté en condiciones de cumplir con sus deberes de esposo.

—Estoy en condiciones desde hace dos años.

Ella se giró lo justo para poder mirarlo.

—¿Cómo?

—La primera vez que te vi en el invernadero de la mansión… Estabas con el señor Kumar preparando un almácigo, tenías las manos llenas de tierra, y te juro que pensé: «Dios, es ella, mi búsqueda ha terminado». En esa época era un cobarde; mi pensamiento fue tan firme y decidido que me asusté. Todo este tiempo me mentí, y estuve intentando convencerme de que alguien mejor que yo se merecía quedarse con la ovejita negra. Además, tú no colaborabas mucho.

—Ya sabes por qué era así… Las ovejas no nos descarriamos porque sí.

—Ustedes son demasiado para los hombres tradicionales.

—Una bendición y una maldición.

—Pero es una maldición que se puede romper. De eso estoy seguro… —Besó su frente—. Vamos, *cariad*, es hora de sellar nuestras promesas.

Abrazados, descendieron hasta llegar al camarote de lujo. Hywel abrió la puerta y se encontraron con una habitación que nada tenía que envidiarle a una alcoba en tierra firme. Las lámparas de aceite proveían de luz dorada que se derramaba en las paredes de caoba. La cama mullida, inmensa y nívea invitaba a los amantes a consumar su unión.

El único sonido que se escuchaba era el de la rueda del barco que golpeaba el agua; hipnótico y constante.

Hywel cerró la puerta con seguro, y luego atravesó el camarote para entreabrir la pequeña ventana. La brisa fresca de julio inundó el lugar. Inspiró profundo. Sophie pudo notar en él esa sonrisa de felicidad que le brindaba el mar.

No obstante, esa sonrisa se amplió más cuando él se giró y la admiró.

Sophie llevaba un vestido sencillo para viajar. Verde, como el follaje del invernadero que fue testigo de ese amor que germinó puro y fuerte.

Hywel se acercó a ella y enmarcó el amado rostro entre sus manos. Sembró cientos de besos en sus labios, toques tiernos al principio, tenues lamidas tentadoras después. Sophie intentaba atraparlo en su juego que él dominaba con maestría.

Pero ella era una alumna aventajada. Sus manos recorrieron el torso masculino hasta llegar a los hombros y le quitó la levita.

Hywel quería esperar para encenderla más, la atrajo a él y profundizó el contacto. Sus lenguas se encontraron a plenitud y se enredaron para saborearse.

Sus manos se recorrieron sobre la ropa, indagaban sus formas que ya conocían. Algodones, sedas, linos y encajes eran una sensual barrera que Sophie ansiaba derribar, y que Hywel pretendía custodiar.

O esa era su intención.

Ella calcinó la voluntad de su esposo cuando propinó una larga caricia a toda su masculinidad, para luego empuñarlo sobre la ropa tensa.

Hywel cortó el beso y siseó ante la sensible reacción de su cuerpo. Sus dedos audaces desabotonaron el corpiño con pericia. Ella hizo lo suyo con los botones de nácar del chaleco.

Entre besos y caricias, las prendas cayeron al suelo, hasta que no hubo más que piel cálida entre ellos. Con parsimonia recorrían la geografía del otro, sus cuerpos se rozaban en cada movimiento que, con el paso de los minutos, se volvió un voluptuoso martirio.

Hywel fue el primero en rendirse al deseo. Invitó a su esposa a la cama, él se sentó apoyado en almohadas e instó a que Sophie se recostara entre sus piernas abiertas para seguirse amando.

Ella se sintió como si fuera el festín de ese lobo que se alimentaba de sus pechos, apretaba sus nalgas y recorría sus muslos. Para luego volver a besarla con voraz lujuria.

No obstante Sophie no era pasiva, devolvía ese placentero calvario estimulando esa orgullosa erección que clamaba por atención. Los graves jadeos que le arrancaba a su esposo la llenaban de orgullo femenino.

La mano de Hywel pronto indagó entre las tersas piernas de su esposa. Delicado y gentil, abrió los húmedos pliegues y su dedo penetró en el volcánico centro, propinándole un ramalazo de fruición.

Sophie sintió que no era como la primera vez, experimentaba más anhelo por consumar su unión. Su intimidad parecía más

pulsante y resbaladiza. Un gemido irrumpió en su garganta cuando su esposo retiró el dedo, para luego arremeter y presionar con la palma, en ese punto divino que le hizo estremecer de ansiedad.

La sonrisa lobuna apareció en los labios de Hywel al tener a su mujer contoneándose por más contacto, rogando por sentir más. Entregada a él.

La volvió a besar al tiempo que asediaba los sentidos de Sophie. Quería dejarla al límite, abierta y dispuesta para su primera invasión.

Otro dedo la penetró, y ella casi perdió la razón. Era como sentir a su esposo en todo el cuerpo. Abrió más las piernas, movió sus caderas buscando más roce, más profundidad, más presión.

Parecía que nada era suficiente. Se encontraba en ese tortuoso límite de estar a punto de alcanzar el éxtasis, mas necesitaba ser llenada.

—Quiero más, Hywel, más… —murmuró entre la dicha y la frustración.

—Entonces, tómame, *cariad*. —La instó a montarlo a horcajadas. Él guio su miembro a la entrada de su esposa, dándole el control de su iniciación—. Baja con cuidado, a tu ritmo… Es posible que sea doloroso… y si no quieres continuar, si es demasiado, lo intentaremos después. Ya sabes que podemos alcanzar el placer de otras maneras, ninguno de los dos se quedará con hambre.

Sophie asintió. Sus pulsaciones se aceleraron mientras descendía y su sedoso interior se abría de a poco. Hywel sostenía su miembro firme, mirándola, respirando con ella.

—Vas bien, amor mío… Te siento.

Y cuando Sophie llegaba a un punto en que no podía avanzar más, retrocedía lo suficiente para volver a intentar. Su cuerpo era sabio, se amoldaba a su esposo para darle la bienvenida.

Hywel se enamoró más de su valiente esposa. La primera vez unidos podía ser abrumadora, pero su encuentro previo allanó el camino con confianza y curiosidad saciada, pues la mente siempre viva de Sophie podía traicionarla y enfriar su deseo.

De súbito, ella lo sintió, ese agudo y fugaz pinchazo en sus entrañas, frenó su descenso y tensó su interior.

—¿Estás bien? ¿Quieres parar, preciosa? —preguntó Hywel, pendiente de cada gesto y movimiento.

—Estoy bien… No quiero que esto me detenga.

—Si se vuelve insoportable no te obligues. Quiero que lo disfrutes, que desees volver a sentirme dentro de ti.

Sophie lo miró a los ojos.

—Te amo, Hywel… ¿Después es más fácil?

—Indudablemente… Te aseguro que en el futuro no dolerá.

—Ayúdame… Necesito que empujes conmigo.

Él asintió. Sophie elevó sus caderas tan solo un poco y descendió. Hywel empujó.

Ambos lanzaron un gemido que llenó el camarote. Por fin estaba hecho. Sophie sentía a su esposo tan dentro de ella, en todas partes, en su alma, en su mente… en cada pensamiento.

Y el instinto reclamó su lugar en esa hoguera.

Lenta pero inexorable, comenzó aquella danza primitiva, en la que Hywel guiaba a Sophie a encontrar ese divino destello que la acercaría al final.

Pronto ella encontró su ritmo. Sus generosas caderas ondeaban con lascivo desenfreno. Las manos de su esposo se anclaron a su cintura y la siguió en cada embestida.

La habitación se llenó de voces jadeantes, del sonido de la cama que se quejaba al son de los amantes. La fragancia de la intimidad compartida, que se mezclaba con el mar era lo único que podían respirar.

Sophie volvió a alcanzar ese punto glorioso. Aprendió a obedecer a su naturaleza, a esa que le demandaba inclinarse sobre su esposo para obtener más contacto. Hywel cerró los ojos, sus manos viajaron a los glúteos de su mujer y los apretó. Su miembro acometía al cadencioso ritmo que ella le dictaba, impulsándola a recibir más.

Sophie se aferró a su esposo, se abrió más para él, para ella… Y el placer la tomó sin previo aviso, desde su centro arrasó

implacable, extendiéndose a cada rincón de su ser. En cada embestida el gozo aumentaba, se expandía, la desbordaba…

Sollozó al rebasar un límite invisible entre el deleite y el dolor. No lo soportó más y cayó rendida.

Y cuando Hywel la sintió abandonada a la calma, la siguió. Bastó una estocada más, llegar hasta lo más profundo y desató su propio paradisiaco infierno. Se aferró al cuerpo de su esposa y la colmó de su pulsante simiente que parecía inacabable. Apretó su mandíbula para poder soportar el último estertor de deleite.

Se quedó hundido en su esposa, sin querer separarse. No todavía. Ninguno parecía tener la fuerza suficiente para moverse. Con suerte recuperaban el aliento.

La luz dorada de las lámparas fue el mudo testigo de esa primera unión. Las sombras de los amantes plasmadas en la pared eran lo único que parecían moverse.

El barco que rompía las aguas era un lejano recordatorio de dónde estaban.

Sophie fue la primera en dar una señal de vida. Besó el pecho de su esposo y se acurrucó en él. En sus labios, la perezosa sonrisa era la prueba de su felicidad.

Hywel la estrechó más entre sus brazos. Besó su coronilla y aspiró hondo para llenarse de su aroma a sol.

—No tienes idea de cuánto te amo, mi ovejita negra. Eres el sueño que jamás imaginé hacer realidad.

Aquella declaración se clavó en el corazón de Sophie. No eran vacías palabras de amor, conocía el largo viaje que Hywel emprendió desde su nacimiento. La vida, en muchos sentidos, fue injusta, le había arrebatado todo sin haber cometido pecado alguno, pero él tuvo la suficiente entereza de decidir sobre aquel destino que parecía impuesto.

Cometió errores, quizás desvió su camino. Sin embargo, jamás dejó de ser un hombre íntegro. Uno que era capaz de ver más allá de las convenciones o de lo que se cree que es bueno o no.

Sophie se incorporó lo suficiente para encontrarse con los ojos de su esposo.

—Y tú me devolviste las ganas de volver a soñar. Me haces sentir que puedo lograrlo todo… No haré una competencia de quien ama más, pero estoy segura de que te adoro, señor lobo.

Para muchos, ella era una mujer arruinada, despojada de merecer el respeto. Indigna por su cuna, por quienes la rodeaban, por su intelecto, o por ser solo alguien que perdió en ese juego social con reglas imposibles de seguir.

Pero él la vio y nunca le pidió cambiar.

Las manos de Hywel cobraron vida, lo justo para acariciar la espalda de Sophie. Sonreía, no podía evitarlo.

Y con esa misma sonrisa, el sueño se cernió sobre él…

Contra todos sus deseos, abandonó a su esposa solo para ir al tocador y humedecer un par de toallas para asearse. Limpió primero a Sophie con gentileza. Apenas era visible el rastro de su virtud arrebatada. Agradeció al cielo de que la experiencia no fuera traumática para ella. Ese era el objetivo que quería lograr, y todo indicaba que había cumplido con creces.

Acto seguido, se limpió con premura y volvió a acostarse.

Ambos se cubrieron con una sábana, no necesitaban más para sus cuerpos caldeados por la pasión. Se abrazaron, la cabeza de ella descansó en el sólido pecho, sus piernas se entrelazaron.

Todo estaba en su lugar.

Hywel cerró sus ojos. Sintió que Sophie alzó su cabeza.

—Tengo una pregunta. —Él abrió un ojo—. ¿Se puede hacer el amor varias veces en el día, o en la noche?

Él rio bajito.

—Podemos hacerlo tanto como nos apetezca… Pero necesito descansar un rato antes de volver a intentarlo.

—Ah… —Se quedó pensativa, le urgía más precisión a esa ambigua respuesta—: ¿Cuál es tu concepto de un rato? Porque para mí, un rato son unos cinco minutos.

Hywel reprimió una carcajada, era una pregunta legítima.

—Mi concepto de «un rato» es media hora, tres cuarto de hora… Ah, ya no tengo veinte años para recuperarme en cinco minutos… Pero tampoco puedo pedirle a Dios haberte conocido

antes, eras una niña de diez para ese entonces… Ni siquiera te habría dado una segunda mirada.

—Ni yo… —Rio, imaginando esa cómica crueldad del destino—. En esa época solo jugaba con muñecas, para mí habrías sido un señor muy simpático. Nada más.

—Todo es momento y lugar, *cariad*. Nos encontramos en el momento preciso…

—Ajá. —Bostezó largo y profundo. Contagió a Hywel—. Si despiertas primero, me haces el amor otra vez.

—Trato hecho. También vale lo mismo para ti.

—Hecho…

Dos horas después, Sophie fue la que despertó primero… y su esposo lo disfrutó.

Capítulo 27

Sophie metió la llave en la cerradura. Esa tarde de finales de julio los esposos volvieron a la realidad.

Hywel acomodaba el equipaje a la entrada, y pagaba al cochero que los llevó desde la estación de Nine Elms, hasta el barrio residencial de Marylebone.

Su nuevo hogar se encontraba en la calle Gloucester Place, residencia que le obsequió Frank por sus nupcias. Todos los hermanos Montgomery recibían una. Aquello fue un secreto hasta que se casó Horatio y luego Justin.

Hywel admiró la fachada angosta y adosada a otras propiedades con las mismas características arquitectónicas: tres plantas, ático, un sótano, fachada inferior pintada de blanco, las superiores a ladrillo desnudo.

Sophie abrió la puerta y rápidamente apareció el ama de llaves a darles la bienvenida.

—Qué alegría tenerlos de vuelta, señores Montgomery.

Sophie le sonrió. Su ama de llaves era una antigua alumna de la Academia Hope, y justo se había quedado sin trabajo. Para alivio de ambas no coincidieron como maestra y alumna. Hubiera sido raro.

—Gracias, señora Roberts. —Entró al vestíbulo y se quitó el sombrero y los guantes. Avanzó lo suficiente para no estorbarle a Hywel que traía un baúl.

El ama de llaves abrió sus ojos, horrorizada por su distracción. No era posible que el señor subiera el equipaje como si fuera un lacayo o una sirvienta.

—Oh, no, señor Montgomery, llamaré a las chicas del servicio para que…

—No se moleste, señora Roberts. Están demasiado pesados para ellas. Yo lo cargo… —Le guiñó el ojo—. No le puede pedir a un hombre que no lleve su propio equipaje.

—Pero es que…

—Insisto. —Y dicho esto, atravesó el vestíbulo hasta llegar a la escalera y subir a la segunda planta.

Sophie le sonrió al ama de llaves.

—¿Hay alguna novedad?

La señora Roberts parpadeó, todavía miraba hacia las escaleras.

—Oh sí… Llegaron algunas invitaciones y cartas. Están en el estudio. —Hywel bajó la escalera, y fue a buscar el equipaje restante—. Señor, ¿está seguro de que no quiere ayuda?

—No… Con esto ya termino. No llevamos tanta ropa. —Sonrió y arqueó sus cejas de una forma tal que, inequívocamente, señaló que se la pasaron desnudos la mayor parte del tiempo—. El clima de Normandía es parecido al de Londres, y es bastante fresco en la costa, pero es menos rígido a la hora de vestir.

La señora Roberts apretó los labios para no reír, no era un secreto lo que ocurría en una luna de miel. Sophie se abanicó la cara, con el calor concentrándose en las mejillas. El ama de llaves cerró la puerta tras de Hywel, quien subía otra vez la escalera, y luego recordó…

—Ah, le guardamos todos los ejemplares del Clarín Social en el que hablaron de su matrimonio. También algunos periódicos.

—Oh, gracias… ¿Me puede llevar limonada y emparedados a la sala de estar? Necesitamos un refrigerio, con suerte desayunamos antes de desembarcar.

—¿El señor la acompañará?

—Sí… Ah, y también tráigame la correspondencia y lo demás, por favor. Revisaremos todo mientras comemos.

—Como ordene, señora Montgomery.

Sophie le sonrió y miró todo a su alrededor. Ese sería su hogar durante sus primeros años de matrimonio. La nueva casa que Hywel quería construir estaba recién en la etapa de los planos. La demolición de la antigua residencia Welsh se iniciaría en las siguientes semanas.

Hywel volvió a bajar las escaleras. Se quitó el sombrero y los guantes, se peinó el cabello con los dedos. Miró a Sophie.

—El próximo año volveremos a Normandía a celebrar nuestro aniversario.

Ella sonrió.

—Espero pasar algunos días más en la playa eso sí, casi ni salimos de la alcoba.

—No te vi muy enfadada por ello.

—Ese no es el punto, solo lo recalco para que lo consideres el próximo año. —Lo abrazó por la cintura y le dio un beso casto—. Pedí un refrigerio para ambos, ¿vamos a la sala de estar a revisar la correspondencia y los cotilleos?

—¿Ya tenemos correspondencia? —Hywel la tomó de la mano y se dirigieron a la estancia.

—Sí, pronto será mi cumpleaños y todos mis hermanos y primos me envían cartas de felicitaciones.

—Oh, debo pensar en tu regalo. Es el próximo jueves… ¿O me equivoco?

—Sí… Yo también debo pensar en tu obsequio, un mes pasa volando.

Entraron a la sala de estar. En la mesa de centro ya se encontraban las cartas y los periódicos.

—Ah, para mi cumpleaños solo te quiero en la cama. —Ella lo miró de reojo con una ligera sonrisa pícara. Ambos se sentaron, Sophie empezó a revisar la correspondencia y él tomó un ejemplar del Clarín Social—. Te envuelves en ese camisón trasparente, pon en tu cabeza un rosetón y serás el mejor regalo que puede recibir este hombre.

Sophie alzó su barbilla con fingida altivez.

—Ya veré que puedo hacer al respecto.

En ese momento llegó una muchacha a servir el refrigerio. Hywel y Sophie bebieron y comieron en silencio al mismo tiempo que leían.

Tras un rato, Sophie comentó:

—Frank nos está invitando al bautizo de la pequeña Juno. Es en Somerton, en septiembre.

Hywel sin dejar de leer, repuso.

—Ahí estaremos… —Apartó su atención a la revista—. ¿Es cierto que su esposa les pone nombres a sus gallinas?

Las carcajadas de Sophie llenaron la estancia. Era inevitable.

—Y obedecen sus órdenes. Es casi un número de circo, ya verás.

Hywel retomó la lectura. Sin embargo, tras unos instantes su ceño se frunció. Un ligero bufido mezclado con un gruñido se coló en su garganta.

Sophie lo observó y notó la expresión adusta de su esposo.

—¿Pasa algo malo?

Hywel apretó los labios y le entregó el Clarín Social a su esposa.

Y VIVIERON FELICES PARA SIEMPRE… MENOS UNO
Por H. Wells

La última gran boda de la temporada se celebró hace dos semanas. La señorita Sophia Montgomery y el señor Hywel Welsh unieron sus vidas en una emotiva y singular ceremonia religiosa, que congregó a numerosos invitados cercanos a la pareja. La fiesta en la mansión del empresario de la Assam Tea Company, el señor Edward Dutton, fue apoteósica —dentro de lo que cabe para ser un desayuno nupcial—. Y, si mis cálculos son correctos, los nuevos señores Montgomery —sí, en este insólito caso él tomó el apellido de ella— deberían estar regresando de su luna de miel en Francia en estos días.

No obstante, toda moneda tiene dos caras.

Volvamos al día de la boda. Mientras los señores Montgomery unían sus vidas, en el exterior de la iglesia de St Pancras la historia era muy diferente. Lord Grant era una verdadera alma en pena; en su semblante se veía el gran dilema de interrumpir la boda o no. Quizás una pizca de cordura lo instó a no manchar el recuerdo de una pareja enamorada. Usted pensará que me lo estoy inventando para vender más ejemplares, pero puedo

decir con toda propiedad que es cierto, pues fui testigo de tal cuadro desolador, el cual fue el principio del descenso al infierno del nuevo vizconde.

El errático comportamiento de lord Grant llegó a su apogeo durante las últimas semanas, en las cuales se le vio bebiendo más de la cuenta y visitando sitios de dudosa reputación.

El episodio más lamentable y reciente se vivió ayer, en el cual su propia esposa lo halló durmiendo en una banca de la plaza que se encuentra frente a su hogar. Tuvieron que cargarlo tres hombres para poder entrarlo.

Nos preguntamos si el señor Grant ya ha tocado fondo, o si todavía nos queda un acto más en esta tragedia que él mismo decidió vivir.

Más vale recordarle al vizconde que todo el mundo tiene los ojos en él.

Clarín Social, 25 de julio de 1846.

Sophie suspiró.

Era una lástima no sentir nada por la suerte de Grant. Solo indiferencia.

Sin embargo, lo que sí lamentaba era el destino de lady Grant… Parecía condenada a soportar la vida al lado de un hombre que ni siquiera la respetaba.

Temió por su integridad física.

Se encontraba en una encrucijada. No debería importarle, no debería entrometerse, pero… no deseaba que otra persona más sufriera la inconsciencia de Grant.

Soltó otro suspiro y le entregó la revista a su esposo.

—Hywel, necesito tu ayuda.

*****

El desayuno en la residencia de los Grant era silencioso. Después de dos días de profunda resaca, Elmer fue capaz de levantarse para probar algo que no fuera whisky.

La cabeza le dolía horrores y sus sentidos parecían estar todavía bajo los efectos del alcohol; alterados, ralentizados a los mandatos de su voluntad.

Bebió té. Sabía diferente. Le lanzó una mirada de desprecio a su esposa:

—¿Dónde compraste este té?

—Es té de Assam. Me lo regaló una conocida.

La palabra «Assam» repicó en su cabeza como una campanilla chillona. Solo pensó en el infeliz que le arrebató a su Sophie.

—Está asqueroso. —Apartó la taza como si fuera estiércol.

Loretta Bebió un sorbo. Casi podía leer la mente de su esposo. Durante dos días tuvo que soportar el delirio etílico de Elmer; no hacía más que llamar a Sophia Montgomery y lanzar maldiciones al hombre que la embaucó y le robó a su mujer.

Solo para espolear la tortura del vizconde, replicó con un tono que pretendía subrayar un doble sentido:

—A mí me encanta. Tiene buen cuerpo y un sabor excepcional. Lástima que sea un lujo que no me pueda permitir todos los días. Nuestro presupuesto es cada vez más… estrecho.

—Agradece que todavía tienes qué comer y un techo donde dormir.

—¿Debería estar agradecida? Te recuerdo que mi dote aportó lo suficiente para mantener este hogar todos estos años. No es mi culpa que tu padre lo dilapidara con sus terribles decisiones financieras.

—No metas a mi padre en esto. Respeta su memoria.

—Entonces deja de quejarte como un niño y actúa como un hombre. —Grant le lanzó una mirada asesina. Ella bebió un sorbo de té y anunció—: Estoy embarazada.

Elmer entreabrió su boca. Su esposa embadurnó una tostada con mermelada. La frialdad con que dio aquella noticia distaba mucho de las anteriores. No había ninguna sonrisa, emoción o ilusión en sus ojos.

Incluso él debería sentirse satisfecho, pero la realidad le sabía a hiel. Desde su retorno a Londres, Loretta se convirtió en la

encarnación de su desdicha. Deseaba hacerle sentir tan miserable como él.

Castigarla.

—¿Es mío?

Un nudo se apretó en el vientre de Loretta, e instintivamente su mano viajó directo a proteger a su bebé. Sus oraciones nunca fueron escuchadas, ese hijo se arraigaba cada día más a su vientre… Ella no era capaz de interrumpir ese embarazo; al fin y al cabo, era lo único que le estaba dando sentido a su existencia.

—¿Cómo te atreves, infeliz? —Se levantó tan rápido que botó la silla—. Yo no soy como tú que se anda revolcando con mujerzuelas por despecho… Me encantaría decirte que me preñó un mozo de cuadras, y así tendrías que reconocer a un bastardo como propio, pero no, tú has sido el único.

Una risa floja y cruel borboteó de la garganta de Elmer.

—Seguramente lo perderás como los demás… Ni para eso sirves.

Loretta alzó la barbilla. No iba a llorar frente a él. Tomó el vaso de limonada y se la arrojó a la cara.

—Esta es la última vez que me insultas, Grant. Me voy de esta casa. No te soporto.

Elmer intentó atrapar la mano de su esposa, pero sus movimientos fueron torpes. Ella lo evadió con facilidad, y se alejó a paso vivo.

—¡Vuelve, maldita sea! —Se levantó y se tropezó con la pata de la mesa. Cayó y, como acto reflejo, se aferró al mantel.

El sonido de la vajilla estrellándose en el suelo, el té extendiéndose sobre la mesa, la comida derramada por doquier fue la atronadora sinfonía del desastre, la que culminó con un portazo que reverberó desde el vestíbulo.

Elmer bufaba y salivaba como bestia. Se levantó con el mundo tambaleando. Sus fosas nasales se abrían y contraían con cada iracunda respiración. Contempló lo que quedó sobre la mesa y lanzó un alarido mientras arrasaba con todo a su paso.

Un agudo ardor se propagó a lo largo de su palma. La sangre manó como vertiente. El dolor lo trajo al presente. La cólera se

disipó lo suficiente como para devolverle la razón.

Los sirvientes, hasta ese momento, invisibles, lo observaban en silente pánico, sin saber si actuar o no.

Grant con el pecho agitado vociferó:

—¡¡Qué miran, inútiles!! ¡¡Traigan un médico!!

Capítulo 28

Sophie se acomodaba la peluca de cabellos castaños para que se viera lo más natural posible. Era la última parte de su disfraz; sin embargo, fue inútil. Las manos le temblaban y no podía gobernarlas tal como deseaba.

—¡Maldición! Esta peluca parece una rata muerta. No está resultando. —Se la quitó con brusquedad, arruinando la malla que confinaba su largo cabello—. Dios, si no arreglo esto ahora, me descubrirán en la entrada del edificio.

Los ojos le ardieron y su respiración se calentó. Su corazón, tan sereno las últimas semanas, hizo acto de presencia acelerando sus latidos al punto de parecer un zumbido.

Se sentó en la cama y se llevó las manos a la cabeza. La seductora idea de renunciar se paseó por la alcoba, como un espíritu instigador, tentándola. ¿Para qué continuar si no podía presentarse como ella misma?

En ese momento, Hywel entró a la alcoba. La mirada perdida y postura encorvada de su esposa lo alarmó.

Se arrodilló frente a ella y le tomó las manos.

—¿Qué pasa, *cariad*? ¿Por qué no has terminado de arreglarte?

—No puedo ponerme la peluca… Se ve horrible y artificial… Me descubrirán.

Hywel observó la peluca que yacía entre las manos de Sophie, y luego reparó en la malla rota y el cabello fuera de lugar.

—Todavía tenemos tiempo para resolverlo. Debemos estar en la Royal en tres horas… ¿Por qué no le has pedido ayuda a Rose? —preguntó, aludiendo a la doncella de Sophie.

—Oh… Es que… Bueno… Quería hacerlo sola…

Hywel asintió. Su esposa no era perfecta, para algunos asuntos, la practicidad no era rival para su orgullo.

—¿La llamo para que te ayude? —Sophie asintió, derrotada—. Porque si no quieres que ella lo haga, puedo traer a un peluquero

para que te corte el cabello. Así tu disfraz será más que impecable. Problemas desesperados, medidas desesperadas.

Sophie se tocó la cabeza por puro instinto. Era una solución demasiado radical…

—Lo consideraré si la peluca no funciona, aun con la ayuda de Rose.

Hywel le besó la frente.

—Iré a buscarla.

Sophie suspiró.

—Gracias… —Y cuando la puerta se cerró, ella se palmeó las mejillas—. ¿En qué estaba pensando? No puedo perder el control, no ahora. No puedo arrojar mi trabajo a la basura… Algún día todos ellos se enterarán de quién es T. S. I. Wayne.

Las dos últimas semanas se dedicó a ensayar su ponencia frente a Hywel. Él volvió a leer el libro de von Liebig, las bitácoras y el estudio final de su esposa para interrogarla fingiendo que era un académico. Podían juzgar su trabajo, sus procedimientos, sus resultados, incluso su persona.

En esos simulacros, Sophie dimensionó el gran intelecto de su esposo. Una cosa era que le contaran que se adelantó varios cursos gracias a ello, y otra muy diferente era cuando la acribillaba con preguntas tramposas, y cuestionamientos que dinamitaban sus propias convicciones.

Hywel podía ser implacable y difícil de convencer si se obsesionaba con probar su punto. No tenía piedad con ella.

Varias veces terminaron en un tenso silencio después de un choque de voluntades y opiniones. No obstante, eso no significaba que no se demostraran preocupación y cariño. En algún punto, el malestar se difuminaba, se ofrecían una rama de olivo, delimitaban hasta dónde presionar, hacían las paces en la cama y volvían a empezar.

Golpearon la puerta y Rose entró con cierta timidez. La doncella ahogó un jadeo al verla con pantalones.

—Por los clavos de Cristo, señora. ¿Por qué está vestida de esa forma?

Sophie alzó su barbilla.

—Porque si no puedes contra el enemigo, únetele… Ninguna mujer ha entrado en la Royal Society… y no será hoy. Necesito ayuda con mi peluca. —Sophie se levantó y se la entregó a la doncella.

Rose entreabrió la boca, su expresión iba entre el escándalo y la admiración.

—¿Qué clase de brujería hizo para tener los hombros tan anchos… ¿Dónde está su cintura? ¿Y sus…? —Con sus manos bien abiertas gesticuló sobre sus pechos.

Sophie se carcajeó. Su desesperación y mal humor desaparecieron.

—Todo es una ilusión. Un buen sastre puede hacer verdaderos milagros.

—Impresionante… Entonces veamos si yo le puedo completar el milagro.

*****

El carruaje de lord Blackpool se detuvo frente al ala norte de Somerset House, lugar donde funcionaban diversas asociaciones civiles y entes gubernamentales, entre ellos, la Royal Society.

El conde se apeó, lo siguió Hywel y, al final, un jovencito imberbe que empujó sus gafas sobre el puente de su nariz.

T. S. I. Wayne.

El semblante de los tres caballeros era el epítome de la concentración y la solemnidad. Se identificaron con uno de los guardias, para luego atravesar uno de los imponente arcos del *hall* e ingresar al patio central. A mano derecha, se hallaba el edificio donde funcionaba la Royal.

Los tres caballeros miraron hacia arriba.

Blackpool le dio una palmada a Wayne.

—Suerte, estimado. Tengo fe en que todo saldrá a la perfección.

Wayne carraspeó. Su voz sonaba como la de un chiquillo que no desarrolló bien la gravedad de su voz.

—Gracias, milord.

Hywel por su parte llevaba las manos a sus espaldas, fue la única forma que halló para no tocar a Wayne, porque para él seguía siendo Sophie. Ni siquiera esas gafas o su cabello corto lo disuadía de amarla.

Inspiró y anunció:

—Ha llegado la hora. Demuéstrales que el futuro les pisa los talones.

Wayne asintió con un movimiento seco e hizo un gesto hacia la puerta que rozaba lo burlón, e invitó:

—Después de ustedes, caballeros.

Blackpool abrió la puerta y entró. Wayne contuvo la respiración y los siguió.

El edificio los engulló.

Wayne podía escuchar sus propios pasos sobre la piedra pulida y que resonaban en las altas paredes, las que solo eran decoradas con grabados científicos o retratos de miembros ilustres de la Royal.

Se internaron a un pasillo largo y frío, flanqueado por bustos de Newton, Boyle, Halley, y otros que no pudo reconocer. Todas las puertas estaban cerradas, pero entre el silencio podía escuchar voces masculinas graves y ahogadas.

El sonido del picaporte abriéndose le hizo dar un respingo. Blackpool abría la puerta que se localizaba al final.

Al cruzar el umbral, Wayne se encontró con un salón más pequeño de lo que esperaba, pero era suficiente para su propósito. Al centro, el estrado para dirigirse al público, a un constado de este sus preciadas dedaleras que llegaron antes que ellos. Detrás, una pizarra con la información de la ponencia.

En el lugar ya se encontraba el público. Estudiantes y académicos sentados en numerosas hileras ascendentes. Hywel tomó asiento en primera fila. La comisión que se encargaría de juzgar su experimento se hallaba sentada en una mesa larga, en lo alto de la estancia, entre el público.

Seis hombres… para variar.

Miradas frías, serias aguardando. Posturas envaradas. Plumas, tintas y papeles para tomar notas.

Uno de ellos estornudó, y el sonido reverberó, elevándose por sobre el murmullo de los asistentes.

Los ojos de Wayne se desviaron hacia esa persona.

Se comió el jadeo que casi salió de su garganta y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Oleadas y oleadas de frío y calor azotaron a Sophie en cuanto lo reconoció.

Elmer Grant y su mirada asesina centrada en Hywel Montgomery.

«¡Qué diablos hace aquí!», aulló la mente de Sophie, desconcertada y maldiciendo su suerte.

El sudor perló su frente, pero lo cierto era que toda la ropa la sentía pegada al cuerpo.

Reprimió el impulso de avisarle a Hywel para no delatarse. Si llamaba demasiado la atención de Grant, la reconocería antes de tiempo y estaría acabada, perdería la poca credibilidad que ya tenía por ser mujer.

Miró a Blackpool. Él tomaba lugar en el estrado para iniciar la introducción. Se acercó a él y murmuró entre dientes:

—¿Qué hace lord Grant aquí? ¿Usted lo sabía?

—A mí me sorprende tanto como a usted. No lo reconocí hasta que empecé a leer las notas que me dejaron aquí para introducirlo. Siempre hay un observador político en las ponencias, sobre todo en las extraordinarias, como la suya. —Le brindó una breve ojeada al objeto de la conversación—. Más vale que solo se fije en Montgomery y no en usted… A menos que le interese realmente el tema.

—No hay más alternativa. —Inspiró y soltó el aire en un resoplido—. Empecemos.

Se situó al lado del estrado con las manos en la espalda, mientras el conde iniciaba la presentación:

—Bienvenidos caballeros… Gracias… —El salón se fue sumiendo en paulatino silencio. Blackpool esperó a captar toda la atención del público y continuó—: Gracias… Bienvenidos a esta ponencia extraordinaria, titulada *Contribución experimental al estudio de la nutrición mineral de las plantas, y su influencia en el crecimiento de la Digitalis purpurea*. Esta ponencia fue gentilmente otorgada por mi

colega y amigo, sir Edmund Atherton, miembro senior de la Royal Society, quien presidirá la ilustre comisión, la que se encargará de evaluar el trabajo de mi joven colega, el señor Theodore Samuel Isaiah Wayne.

Las miradas de todos se centraron en el aludido, el que se ajustó las gafas, apretó los labios y balanceó su peso sobre sus pies.

Ajeno al nerviosismo de Wayne, el conde prosiguió:

—El segundo miembro de la comisión es el doctor Henry Ashcroft, médico y fisiólogo, miembro de la Royal College of Physicians. —El hombre asintió—. En tercer lugar, tenemos al profesor William Harrington, matemático especializado en estadísticas.

La puerta se abrió. Todos giraron la cabeza. Un hombre con cabello revuelto entró, intentando pasar desapercibido. Una tarea inútil.

Blackpool lo amonestó con la mirada. Esperó a que tomara asiento para que la vergüenza del recién llegado fuera mayor.

—Buenas noches, señor… ¿Nos permite continuar? —El hombre, rojo hasta las orejas asintió rápido—. Gracias… Bien… El siguiente integrante de la comisión es sir Thomas Whinkley, botánico y naturalista. Le sigue el reverendo Charles Yaxley, teólogo y, finalmente, Elmer Grant, vizconde Grant, representante del Parlamento y que oficiará como observador.

En ese momento, Wayne desvió su atención hacia Hywel, a quien la mirada se le desorbitó y se giró para buscar a Grant en la comisión.

El vizconde le propinó una ceja arqueada y una media sonrisa maliciosa.

Hywel volvió a su lugar. La ponencia estaba en peligro, y no por los posibles detractores, sino porque Grant podría atar cabos y darse cuenta de que Wayne era Sophie. El vizconde no se quedaría quieto después de tantas humillaciones, se cobraría su revancha si eso sucedía. No importaba que no supiera un comino de botánica o ciencias, podía influir en la opinión de los demás, y echar por tierra el trabajo que le tomó años a Sophie.

Se centró en su esposa, sus miradas se cruzaron por un fugaz momento, pero fue suficiente para él. Ella parecía tener todo bajo control.

La voz de Blackpool volvió a sus oídos, clara y firme:

—Dejo con ustedes al señor Theodore Wayne.

Después de unos breves aplausos tibios, el silencio se volvió espeso y pesado. En ese salón se podía percibir hasta la más mínima respiración.

Wayne tomó su lugar en el estrado. Carraspeó. Sus notas aguardaban en el bolsillo de su levita, mas no hizo ademán de sacarlas. Recordó el consejo de Hywel…

«Solo céntrate en el presidente de la comisión como ancla, imagina que solo le hablas a él».

Impostó su voz para sonar más grave y dijo en tono sereno:

—Gracias, milord… Antes de iniciar esta ponencia, solo deseo que tengan en mente el lema de esta noble institución, *Nullius in verba*[4]. Mi experimento se ha llevado a cabo, precisamente, bajo ese precepto.

»Bien, para empezar, la pregunta que quise responder con este experimento fue: ¿cómo podemos comprobar el agotamiento químico del suelo?…

Y Sophie fue quien hablaba a través de su disfraz. De memoria, conocedora de cada detalle del proceso. Al principio comentó sobre sus fracasos, lo que no dio resultado. Aquello desconcertó a los oyentes, pero todo cobró sentido cuando ella explicó por qué los errores eran tan importantes como los aciertos. Ellos conducían a la respuesta correcta.

El silencio no solo se llenó con la voz de Sophie, sino por las plumas que se entintaban y luego rasgaban el papel tomando notas.

Cuando mencionó el incidente del granizo y cómo lo usó para reforzar las variables independientes del experimento, varios fruncieron el ceño y se susurraban unos a otros.

No obstante, al agradecer brevemente a Hywel por darle un espacio en el invernadero, Grant empezó a tomar real atención a la ponencia y al joven que la estaba dando. No sabía qué era lo que le

molestaba, pero esa sensación se instaló en su mente como una termita esculcando en el núcleo de un tronco.

Sophie no le prestaba atención a Grant, continuó sin prisa ni pausa hasta llegar a los resultados de su experimento. El motivo por el cual ella se encontraba en ese lugar.

—Para cerrar esta ponencia, puedo asegurar que estamos encaminados para cambiar las prácticas agrarias y, de este modo, no será necesario depender de la suerte o aplazar lo inevitable. Lo único que debemos hacer es trabajar en conjunto con la naturaleza, ya podemos escuchar lo que pide, solo hay que dárselo para que ella nos retribuya.

»Muchas gracias por haber aceptado mi estudio y permitirme exponerlo ante ustedes.

Los aplausos fueron comedidos, escépticos. Blackpool se lo había advertido, que no esperara grandes demostraciones de reconocimiento.

Sin embargo, tras los aplausos el silencio volvió a ser sepulcral.

Sir Edmund Atherton, el presidente de la comisión, se inclinó hacia adelante. Su voz, grave y serena, hizo eco en el salón al declarar:

—Señor Wayne, su trabajo ha sido leído a consciencia y hemos escuchado atentos su ponencia. Antes de finalizar, la comisión desea formular algunas preguntas para que nos aclare ciertos puntos.

La postura de Wayne era marcial. Miraba directo a la comisión. Su voz no vaciló al responder:

—Por supuesto. Estoy a vuestra disposición.

Sir Edmund asintió con reconocimiento y le cedió la palabra a Henry Ashcroft.

—Señor Wayne, su estudio sostiene que la variación mineral del suelo incide directamente en la potencia de la *Digitalis purpurea*.

—Así es.

—¿Cómo descarta de que se trate de una variación fortuita?

Wayne no se apresuró a responder. Asintió y se aproximó a sus amadas dedaleras. Acarició las hojas de Circe.

Grant entrecerró sus ojos, ese anillo era muy extraño… ¿Dónde lo había visto antes?

El joven lo sacó de sus pensamientos cuando respondió:

—Porque repetí el ensayo cuando ocurrió el incidente del granizo. Suelos controlados, con plantas procedentes del mismo linaje y sin diferencias apreciables en su constitución. La variación fue constante.

—¿Y quién verificó esos resultados?

—Yo mismo y un asistente que no sabía a qué suelo correspondía cada muestra.

Ashcroft frunció el ceño, mas su gesto no era reprobatorio.

—Comprendo.

Sir Thomas Whinkley hizo un ademán para señalar que él formularía sus inquietudes. Estudió al joven de arriba abajo, al punto de incomodarlo. Su entonación fue flemática al señalar:

—Señor Wayne, su exposición ha sido clara, incluso me atrevería a aseverar que es accesible. No es el estilo habitual de nuestros tratados.

—Considero que la claridad y accesibilidad no resta seriedad al conocimiento. Lo vuelve trasmisible y comprensible para cualquiera que esté fuera de este salón.

El botánico ladeó su cabeza, entrelazó sus dedos y preguntó:

—¿Dónde recibió su formación científica?

—De manera autodidacta.

—¿No asistió a ninguna universidad? —Arqueó su ceja canosa y poblada.

—No, milord. Me hubiera encantado, pero mis posibilidades fueron… limitadas. Mi formación proviene de la observación, la repetición y el error.

Los integrantes de la comisión, al igual que el público, se miraban unos a otros. No sabían si estaban frente a un genio en potencia o un charlatán.

Sir Tomas rompió esa tensión al aseverar:

—Eso no es común.

—Tampoco lo es el progreso cuando se sigue el mismo camino. La mayoría de las veces se abre paso ante los obstáculos.

La voz calma de William Harrington intervino:

—Y, sin embargo, sus registros son meticulosos.

—Gracias, señor.

—Y el margen de error está claro y explícito. Eso indica honestidad intelectual y científica. No hay espacio a la improvisación.

Wayne asintió. Aquellas palabras valían más que una ovación.

Jugó con su anillo, lo giró y puso la piedra en su lugar.

Grant abrió sus ojos y contuvo el aliento. ¡Ya lo recordaba!

La joyería.

No… imposible. Estaba perdiendo la razón…

Sin embargo…

Su mirada viajó hacia Hywel. Su mano izquierda también llevaba un anillo casi idéntico al de Wayne.

Y el recuerdo estalló en la cabeza.

La ilusión en los ojos de Sophie…

—Cuando nos casemos, deseo que lleves un anillo también. Quiero que todo el mundo sepa que eres mi esposo.

Él rio ante esa petición extravagante.

—Ningún hombre lleva anillo de matrimonio.

—En mi familia existe esa tradición. Vamos, no es tan malo como parece.

—Me lo pensaré…

—Señor Wayne… —La voz de Charles Yaxley lo trajo de golpe al presente—, su trabajo tiene repercusiones médicas. La *Digitalis* puede ser remedio o veneno.

—Soy muy consciente de ello.

—¿No teme que, al igual que la *Digitalis*, su estudio pueda ser utilizado con ligereza?

Wayne asintió e hizo un mohín al quedar pensativo, mas no tardó demasiado en responder:

—Me preocupa más que el temor detenga el conocimiento. La ignorancia también mata, reverendo, y ella no deja registro.

Yaxley hizo un asentimiento seco.

Grant no miró a Wayne… Sus ojos estaban centrados en la copia del estudio. Solo necesitaba ver la primera página… La dedicatoria.

Esa caligrafía tan singular.

Estudió a Wayne.

No podía ser casualidad…

Debía comprobarlo… pero ¿cómo?

Ante el prolongado silencio, el presidente de la comisión indagó:

—¿Nadie más desea formular alguna pregunta? ¿Lord Grant?

El vizconde esbozó una sonrisa tirante. Alzó su barbilla. Escrutó al joven y se tomó varios segundos antes de decir:

—Resulta curioso. Un investigador sin título, sin institución, sin respaldo formal… ¿No cree que esté sentando un mal precedente?

Wayne apretó la mandíbula. Si otro lo hubiera cuestionado no le habría hecho hervir la sangre como lo hacía Grant. Su voz sonó más dura de lo que pretendía cuando respondió:

—Mi trabajo no busca sustituir instituciones, milord. Solo aportar observaciones verificables.

Grant entrelazó sus dedos y arremetió:

—¿Y por qué deberíamos confiar en usted?

—Porque los resultados están ahí, a disposición de cualquiera que quiera repetirlos.

Grant bufó, su tono drenaba desdén al cuestionar:

—¿O deberíamos confiar porque cuenta con el favor de ciertos patrocinadores? —Por un instante desvió su atención hacia Blackpool, luego hacia Hywel… Solo tenía ojos para el expositor…

Wayne entrecerró sus ojos:

—¿Está cuestionando mi estudio o mis relaciones personales?

Los murmullos se dispersaron en el salón y treparon por las paredes. Todos desaprobaban el exabrupto del vizconde. Su interrogatorio estaba fuera de lugar. No era ético… ni político.

La voz de Grant se impuso ante el caos.

—Cuestiono su credibilidad, Wayne. Este trabajo podría haberlo elaborado cualquiera… —Y escupió—. Incluso yo…

Wayne negó con un ligero gesto de cabeza. Lo miró fijo.

—Entonces, permítame aclararle mi credibilidad, milord. Este estudio no fue concebido para agradar, ni buscar favores, ni obtener

un minuto de fama. Se sostiene con hechos, cifras, registros verificables. Su opinión no cambia los resultados.

Grant empuñó sus manos hasta que sus nudillos palidecieron…

¡Cómo deseaba estar equivocado!

Pero tampoco soportaba la idea de ser el hazmerreír.

Esos ojos azules desafiantes…

¡Era la última vez que toleraba el desprecio de Sophie Montgomery!

El vizconde se levantó. Los miembros de la comisión lo miraron con los ojos desorbitados. Grant la apuntó con el dedo y acusó:

—No, yo se lo voy a aclarar a todos. ¡Usted no es quién dice ser! ¡Admítalo!

Wayne cerró sus ojos… Era obvio. Grant ya lo sabía. No supo qué error cometió, pero no saldría indemne de ese lugar.

Era extraño, no se sentía derrotada.

Soltó un resoplido. Abrió los ojos y miró a Hywel.

Se quitó las gafas.

Le siguió la peluca.

Bocas entreabiertas, ojos que no creían lo que veían.

Alientos contenidos.

Y en medio de ese terrible silencio, la voz de una mujer se escuchó por primera vez en la Royal Society.

—En eso le voy a dar la razón… milord. Soy exactamente quien no debería estar aquí.

Capítulo 29

Sophie esperó a que todos se le fueran encima como lobos hambrientos sobre una oveja malherida. Sin embargo, ellos la estudiaban en aturdido silencio. Parpadeaban como si no pudieran creer que estaba ahí. Que todo era un extraño sueño.

No hubo gritos, reproches o exigencias.

Ella se quitó la malla y, al atusar su cabello suelto, hizo que sir Edmund saliera de su estupefacción.

El académico tomó una larga inspiración. Entrelazó sus dedos, mientras su mente encajaba al joven apasionado por la ciencia en esa mujer que no parecía tener vergüenza… pero tampoco había soberbia.

—Señor Way... —Su mente lo traicionó—. Perdón… ¿Señorita? ¿Señora?

Sophie asintió y mostró su anillo de casada.

—Soy la señora Sophia Montgomery.

Y aquello fue como si hubieran pinchado una burbuja.

Varios se removieron de sus asientos, como si ellos estuvieran fuera de lugar. Algunos evitaron mirarla fijo, por vergüenza propia o ajena. El desconcierto y la incredulidad era algo que se experimentaba todos los días en la Royal Society, pero jamás a ese nivel.

Y hubo otros que no solo leían las publicaciones científicas, sino también las revistas de sociedad. Tener en la misma sala a lord Grant y a la mujer que él acosaba era lo más emocionante que había sucedido en mucho tiempo.

Grant apretó los labios, el aire salía caliente de sus fosas nasales. No estaba logrando lo que anhelaba, no estaba ocurriendo el linchamiento público hacia Sophie. Miraba a todos, buscando a alguien, un aliado.

Nadie.

¡Maldita sea!

—¡Esto es inadmisible! —Golpeó la mesa y blandió su dedo acusador—. ¡Una burla a esta institución! ¡Una intrusión total y completamente deliberada! ¡¿Se cree más inteligente que estos ilustres caballeros?!

Sir Thomas Whinkley lo observó. Negó con un inapreciable gesto de cabeza y dijo:

—Lord Grant. El señor… la señora Wayne… Montgomery. —Observó a Sophie—. ¿Cómo prefiere que la llamemos?

—Señora Montgomery está bien… El cambio de nombre no afecta el resultado de mi trabajo.

La seguridad y solemnidad de su voz eran idénticas a las de Wayne, salvo por el tono femenino.

—Bien. —Su atención volvió a Grant—. Milord, el estudio de la señora Montgomery es el que ha sido invitado con un patrocinio formal. Y cabe destacar que fue evaluado previamente por varios miembros de la Royal Society. Sus resultados no fueron objetados. El trabajo riguroso y científico se ganó la posibilidad de presentarse ante nosotros.

—¡Porque nadie sabía quién era, por todos los santos! ¡Nos ha engañado!

William Harrington no necesitó alzar su voz para puntualizar:

—El engaño sería relevante si afectara a los registros, al método, a los resultados, pero este no es el caso.

El reverendo Yaxley se masajeó la barba y repuso:

—El asunto que ahora nos concierne no es moral, sino ético.

Sophie sudó frío con aquella sentencia. Sus latidos se dispararon al punto de sofocarla, pero se mantuvo estoica.

Contuvo la respiración.

Grant no fue capaz de reprimir una sonrisa. Un pequeño triunfo y añadió:

—Precisamente. ¿Cómo podemos confiar en el trabajo de esa mujer si nos ha engañado para presentarse?

Sophie miró al presidente de la comisión:

—Si hubieran sabido que este trabajo fue hecho por mí, ¿lo habrían siquiera considerado? Mi sexo es el principal obstáculo para

ser tomada en cuenta, y este disfraz fue la única forma que encontré para poder presentarme sin ser cuestionada.

—Pamplinas. Eres una menti…

Sir Edmund golpeó la mesa.

—Esta comisión no juzga identidades, milord. Juzga trabajos. —Clavó sus ojos en Sophie—. Señora Montgomery, ¿ratifica cada observación, cada cifra y cada conclusión expuesta hoy?

Sophie no evadió el contacto. Firme respondió:

—Cada una, milord. Lord Blackpool puede dar fe de ello. Él creyó en mi trabajo, vio más allá de mi nombre… Si algo he de pedir, es que no lo juzguen por su omisión.

Sir Edmund le arqueó una ceja a lord Blackpool. Lo cierto era que cuando el conde hablaba del experimento y de quien lo llevaba a cabo, siempre decía «esta persona» o solo se refería a Wayne.

En el estricto rigor, nunca los engañó, jugó como un malabarista con la ambigüedad.

Sir Edmund dio un asentimiento seco.

—Bien, entonces la comisión deliberará. Y lo hará sobre su estudio, no sobre su sexo.

Grant sintió en su pecho ese golpe. Casi ahogado estalló:

—¡Esto no se quedará así! ¡Presentaré una queja formal!

Sir Edmund se levantó, mas no su voz.

—Hágalo, milord. Pero la respuesta no será la que usted desea.

—Esto es insultante… y se hacen llamar académicos. —Grant bufó y se retiró de la sala a paso airado.

Un portazo resonó en el salón, y más de uno se encogió con aquella inaudita muestra de violencia.

El presidente de la comisión negó con su cabeza y volvió a sentarse. Su atención regresó a Sophie.

—Señora Montgomery, como ya he dicho, la comisión deliberará. Espere nuestra respuesta en las siguientes semanas.

—Muchas gracias, milord. Ha sido un honor presentarme ante ustedes.

—Caballeros, la ponencia se da por concluida. Pueden retirarse… Blackpool, necesito que vayas a mi oficina.

—Por supuesto, sir Edmund. —Le hizo una discreta mueca a Sophie que decía «Me van a reprender», pero que, al contrario de angustiarla, le dio tranquilidad. No parecía especialmente afligido—. No se preocupe por sus dedaleras, yo las llevaré al invernadero.

—Gracias, milord.

—De nada. —Le guiñó el ojo—… Colega.

Sophie sonrió… Al fin podía decir que había cumplido con su propósito.

Y era extraña la sensación. No sentía que había triunfado ni tampoco había un orgullo exacerbado, solo la satisfacción de haber podido exponer, ser puesta a prueba y salir airosa a pesar de todo.

A pesar de Grant.

El salón fue vaciándose. Hywel y Sophie esperaron hasta quedarse a solas…

Afuera, el mundo seguía girando, ignorante de lo que sucedió en el ala norte de Somerset House. Desde la calle Strand se podían oír los carruajes traqueteantes, uno que otro vendedor ambulante pregonando sus productos, algunos perros callejeros ladrando.

No obstante, para ellos el mundo se redujo a ese silente instante en el que se abrazaron con fuerza. Necesitaban ese contacto tanto como respirar.

Hywel aspiró el aroma del cabello de Sophie… a sol…

Su sol.

—Estoy muy orgulloso de ti, *cariad*. Demostraste quién eres. Resististe como una campeona.

—Gracias, mi lobo… Ah, creo que el mérito no es del todo mío, pero no me entristece, me confirma que no estoy sola. Reconozco que me habría costado mucho llegar a esta instancia por mis propios medios… Partiendo por el hecho de que ni yo misma me convencía de hacerlo.

—Nosotros somos el ejemplo de que conocemos a las personas en el momento correcto. En tu caso, tal vez habrías tardado en entablar una conversación interesante con Blackpool.

—Quizás nunca le habría hablado… pero si no fuera por tu ayuda, no habría podido seguir con mi experimento. Necesitaba un ambiente controlado.

—Bueno, acepto esa parte del crédito… —Se distanció sin separarse del todo y miró a su alrededor—. ¿Qué te parece si profanamos este lugar con un beso entre dos «caballeros»?

Sophie esbozó una pícara y maliciosa sonrisa. Alzó su barbilla y se entregó.

*****

Grant entró a la casa. Todo tambaleaba.

El frío silencio se cernía sobre él como un juez que le señalaba sus errores y fracasos.

El mayordomo lo recibió sin atreverse a dirigirle la palabra. Ya nunca se sabía si iba a obtener respuestas monosilábicas o insultos por parte del vizconde.

Las piernas de Grant apenas podían mantener el equilibrio de ese cuerpo alcoholizado. Arrastraba los pies para no caer en ese agujero que giraba sin cesar.

Llegar a la sala de estar fue un eterno viacrucis.

Se desplomó en el sofá.

Cerró los ojos y el bendito olvido lo envolvió.

*****

Pero ni el olvido se apiadaba de él.

Cuando volvió a abrir los ojos, era de noche. Unas velas del candelabro eran la única fuente de luz en la estancia.

La consciencia tardó en aparecer, pero una vez que lo hizo, el vacío en su pecho arrasó con lo que quedaba de su corazón. Ese vacío que le confirmaba lo que nunca quiso admitir.

Lo que alguna vez le perteneció, ya no lo era.

Sophie era una mujer que estaba muy lejos de su alcance. Quizás la perdió el día que decidió obedecer a las exigencias de su padre, a las presiones de sus amigos, a su reputación…

«Esa mujercita no sabe obedecer. Lo único que traerá a nuestra familia será escándalo e indecencia. ¡Ni siquiera su dote sirve de algo! O te casas con lady Loretta o no heredarás nada». La voz de su padre tronaba en su memoria. El viejo sabía qué teclas tocar para

espolear la cobardía de su hijo. Si había algo que Grant apreciaba más que a Sophie, era su posición.

Los ojos le ardieron… Al fin y al cabo, su padre solo le heredó deudas que ni la dote más cuantiosa podía sanear.

Debió desobedecer, debió elegir a Sophie… Él seguía amándola, pero ella lo despreciaba con la misma pasión que ardía en su corazón.

Ella ya no era la misma mujer que lo amó. Él mismo la mató.

Se había convertido en alguien inalcanzable. Un imposible.

Se miró las manos temblorosas, llenas de culpabilidad.

La vida, de pronto, le resultó insoportable.

Y, sin embargo, él era demasiado cobarde para abandonarla por voluntad propia.

El quejido de la puerta que se abría cortó su espiral de lamento y arrepentimiento.

El mayordomo entró. Su voz solo se limitó a decir:

—Ha llegado esta carta, milord. —Se la ofreció. El papel doblado y sellado tiritaba en las manos del hombre.

Grant lo miró como si fuera un puñal.

Su lengua torpe y ebria apenas le permitió cuestionar:

—¿Por qué no la dejaste con el resto de la correspondencia?

—Supuse que le interesaría, es de lady Grant.

Loretta no daba señales de vida desde hacía semanas. Grant no se atrevió a tocar la carta.

—Déjela ahí. —Apuntó la mesa de centro—. Después la leeré.

El mayordomo obedeció y abandonó la estancia.

Grant se restregó los ojos. La visión borrosa de la misiva seguía siendo implacable.

Igual que Loretta…

Tragó saliva y tomó la carta. La abrió.

Elmer:

Te escribo para informarte que estoy bien… Aunque da igual, sé que eso no te interesa, solo te importa el vástago que crece en mi vientre… Lo único que te diré es que ya lo siento moverse.

No quiero que me busques para seguir jugando al matrimonio respetable. No volveré a esa vida miserable y triste.

Por eso, he hecho todo lo posible para que no me encuentres. No permitiré que mi bebé tenga un padre como tú.

Nuestras vidas no volverán a cruzarse.

Loretta

Grant leyó la carta tres veces, mas no fue capaz de romperla. Por primera vez en su vida, no tenía a nadie a quien culpar. Solo a él.

Capítulo 30

Los días que sucedieron a la ponencia de Sophie fueron de calma y calor. El verano en Londres era pacífico y solitario. La mayoría de los aristócratas volvía a sus casas de campo para descansar. Ese también era el plan del matrimonio Montgomery, pero aguardaban en la capital por dos motivos.

El primero, comprobar que el episodio de Grant en la Royal Society no hubiera salido de Somerset House. Algunos académicos podían ser cotillas también. Sin embargo, el sentido común dictaba que ellos mantendrían ese secreto bajo siete llaves. No podían admitir que una mujer entró a aquel santuario del saber, expuso su trabajo y que, si no fuera por Grant, nadie se habría dado cuenta de ello.

Eso sentaba un muy mal precedente que era mejor no ventilar a la opinión pública.

El segundo, y el más preponderante, era aguardar por la respuesta de la Royal Society.

Independiente de ello, a Sophie no le importaba si era positivo o negativo, sino que le dieran una respuesta. Que quedara por escrito su paso por la Royal Society.

Que su huella fuera indeleble.

Ya había llegado más lejos de lo que nunca imaginó. La respuesta solo serían los fuegos artificiales luego de un gran baile.

Esa mañana de finales de agosto, Hywel se levantó de la mesa y le dio un beso de despedida a Sophie.

—Nos vemos a la tarde, *cariad*.

—Que te vaya bien en el puerto.

—Gracias.

—Ah… Tráeme un poco de té, por favor.

—¿Y mermar el cargamento con tus exigencias? Eres una sinvergüenza.

—Siempre.

Hywel abandonó el comedor dejando a Sophie con una sonrisa. Ella se quedó pensando en que si su carta habría llegado al señor Justus von Liebig. Se preguntó si algún día le contestaría.

Suspiró.

«¿Cómo puedo comprobar qué químicos en particular le faltan a la tierra? Ay, parece que tengo que profundizar mis conocimientos de química».

Su mente nunca dejaba de trabajar.

El sonido de la puerta cerrándose interrumpió sus pensamientos. Frunció el ceño. ¿Por qué tardó tanto Hywel en salir?

Para su sorpresa, su esposo volvió al comedor. Sonreía como un niño.

—Ha llegado la respuesta. —Le entregó una carta—. Iba saliendo cuando me interceptó el cartero… ¿Por qué tienes esa cara? Oh, *cariad*…

El mentón de Sophie temblaba, intentaba sonreír mientras sus lágrimas pugnaban por salir… Una respuesta. Ella sí fue escuchada.

Hywel tomó una silla y se sentó. Le dio golpecitos a su muslo.

—Ven, léela conmigo. Quiero tener la primicia.

Dos lagrimones surcaron su piel y por fin pudo sonreír. Se sentó en el regazo de su esposo y abrió la carta.

Sus ojos viajaron veloces por la introducción y los tecnicismos. Su boca se tropezaba y se saltaba párrafos para llegar a lo importante.

—Deliberación del autor… Se acuerda por mayoría que la revelación de la identidad no constituye causa suficiente para desestimar el trabajo presentado. —Hywel besó su mejilla, él también leía junto con su esposa—. Deliberación del estudio… El estudio presenta potencial de impacto en prácticas agrarias, recomendándose prudencia en su aplicación… Claro un campo no es lo mismo que macetas con dedaleras… Resolución… La comisión resuelve… Oh, cielos… Oh, Dios… ¡Aceptaron el estudio! ¡Lo aceptaron!

Abrazó a su esposo con fuerza… y sus lágrimas se convirtieron en torrente.

Al fin y al cabo, sí le importaba que aceptaran su trabajo. Le daba igual que recomendaran que la circulación de su estudio fuera restringida, y que no significaba que la admitirían como miembro de la Royal Society.

Ella, su formación, las personas que influyeron en su vida y su trabajo fueron reconocidos.

—Lo lograste, mi ovejita negra. —Hywel besó el hombro de su esposa y acariciaba su espalda—. Sabía que lo lograrías. Eres la mejor… Vas a tener que escribir muchas cartas para avisarles a todos.

Hywel sonreía, las lágrimas de su amada esposa eran de felicidad. La misma felicidad que él experimentaba por tener el honor de vivir la vida a su lado, por ser amado por ella…

Esa felicidad que alejaba fantasmas y que los mantenía en un rincón oscuro, sin posibilidad de volver a aparecer.

Ambos tenían todo por delante.

El futuro les pertenecía, cada día era sembrada una semilla en la tierra fértil de su unión.

Y sabían que la cosecha sería generosa.

Epílogo

Gales, 30 de julio de 1853.

El sol iluminaba las tierras galesas, y parecía que lo hacía con mayor intensidad en Dyffryn Glas, el valle verde, lugar donde Sophie y Hywel pasaban gran parte del año.

Arrodillada en el huerto, Sophie cosechaba unas zanahorias. Le encantaba el aroma de la tierra húmeda y oscura. Las dejó en la canasta y se levantó con cierta dificultad.

El bebé que venía en camino pronto nacería. Un Montgomery más sobre la faz de la tierra.

Sophie se quejó del reconfortante esfuerzo, y sus manos fueron directo a la espalda baja para aliviar el dolor. Observó orgullosa las tierras que ahora le hacían honor a su nombre. Cuando llegaron seis años atrás, era un manchón oscuro que ensuciaba el paisaje.

Ese verdor moteado de cebada dorada era el resultado de llevar su estudio a mayor escala. A las tierras de Dyffryn Glas solo le faltaba nitrógeno, potasio, fósforo y mucho amor.

La voz de Idwal, su primogénito, rompió con el sonido de la brisa que silbaba cantos de quietud.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Corría hacia ella entre los parterres del jardín. Ni bien entró al huerto, se tropezó… Sophie hizo una mueca de dolor ajeno. El niño se levantó enseguida y se sacudió el pantalón y avanzó—. Auch… Mamita, dice papá que llegó una carta.

—¿En serio? —Se hizo la sorprendida. Las cartas por su cumpleaños siempre llegaban puntuales—. ¿De quién es?

El niño se encogió de hombros. Sophie puso sus ojos en blanco.

—Qué poco chismoso eres, mi cachorro. Tienes cinco años, ya deberías saber que hay que averiguar todo lo posible.

—Se me olvidó… Vamos, yo llevaré la canasta. —Le ofreció la mano libre a su madre y la guio a la gran casa que gobernaba las

tierras

—Hijo, ¿hiciste tus deberes?

—Ajá… Le leí un cuento a mi papá. Luego me enseñó sobre las estaciones del año.

—Bien. ¿Cómo va tu experimento con el guisante?

—Todavía no pasa nada… Es aburrido.

—Pero si lo empezaste ayer. No siempre tendrás resultados inmediatos. Las plantas necesitan tiempo y paciencia. Recuerda anotar tus avances.

—Hice un dibujo del guisante aburrido.

—Podría ser una acuarela para Nathan. —Rio de su propio chiste interno y recordó a lord Blackpool. Esa lejana Navidad de 1846 le regaló unas acuarelas de las orquídeas que él le vendió. Cómo reía ese hombre.

Empezó a ser tradición que todos los años, en vez de regalarle una tarjeta navideña, le daba una acuarela botánica firmada por T. S. I. Wayne. Él las colgaba en las paredes de su oficina en la Royal Society.

En un par de años más, escribiría su estudio con los resultados de los cultivos en Dyffryn Glas, así complementaría el de 1846. Varios jóvenes académicos, cuando descubrían su primer trabajo, le escribían para tener más detalles y consejo.

Le reconfortaba que la circulación restringida alcanzaba límites insospechados, mucho más lejos de lo que supusieron en la comisión que la evaluó.

Al rodear el invernadero de la casa y llegar al acceso principal, Sophie se encontró con un carruaje que se detenía. No era desconocido. Tenía el blasón del vizcondado de Grant.

Sonrió.

En ese momento se apeó Loretta y luego su hijo, el pequeño David.

Se acercó a ellos y saludó con una ligera reverencia. Loretta asintió. Idwal y David hicieron grupo aparte para observar un hormiguero.

Sophie le advirtió a su hijo:

—No te alejes tanto, que David va a ensuciar su ropa y tiene que viajar. —Miró a Loretta—. ¿Ya está todo en orden?

—Sí. —Suspiró—. Ya puedo administrar el patrimonio de David. Al menos Grant saneó gran parte de las deudas. Bebía del vino más barato para no mermar su presupuesto.

—Al menos. —Observó al pequeño. Gracias a Dios, se parecía a su madre. Grant nunca lo pudo conocer. Con suerte supo que nació fuerte y sano.

Él jamás se enteró —o imaginó— que Loretta estuvo viviendo todo ese tiempo en una casita en las tierras de Hywel.

Ese día que ellos llegaron de luna de miel, decidieron ayudarla. Se entrevistaron con Loretta para ofrecerle una salida. Todo bajo las narices de Grant, quien se recuperaba de su borrachera.

Ella tomó la oportunidad sin dudarlo ni un segundo.

Su padre, avergonzado de que ella abandonara a su esposo, solo la ayudó con una pequeña asignación mensual. El dinero que recibía Hywel de los pagarés se los daba a lady Grant para el patrimonio de su hijo.

Ambas mujeres nunca entablaron una relación de amistad propiamente tal, más bien era una asociación cordial para proteger una vida que estaba por nacer. Mientras menos personas supieran del paradero de Loretta, mejor.

La vizcondesa Grant le entregó las llaves de la casita a Sophie.

—Mi gratitud será eterna. —Su mirada se desvió hacia Hywel que salía de la casa—. Para ambos. Sin su ayuda no sé qué habría pasado con David.

Hywel se situó al lado de Sophie y la abrazó por la cintura.

—Como le dijimos esa vez, no podíamos quedarnos de brazos cruzados.

—E hicieron más de lo que debían… Eso no lo olvidaré. —Esbozó una sonrisa—. Bueno, me tengo que ir. ¿Irán a Londres para la temporada?

Hywel asintió y respondió:

—Como todos los años.

—Entonces nos veremos… o leemos, probablemente seré la comidilla de las revistas de sociedad.

Sophie se encogió de hombros.

—Es inevitable. —Loretta imitó el gesto y llamó a su hijo, quien se acercó, obediente. Sophie le desordenó los cabellos—. Adiós, David… mejor dicho lord Grant. —El niño arrugó la nariz, todavía no se acostumbraba a su título—. Hasta pronto, lady Grant.

—Hasta pronto, señora Montgomery… Señor Montgomery. —En ese momento se acercó Idwal—. Nos vemos en Londres, cachorro.

—Adiós, milady… Adiós, David.

Loretta y su hijo se subieron al carruaje y tomaron rumbo a una nueva etapa en sus vidas.

Idwal miró a su madre.

—¿Me llevarás a jugar con David?

—Por supuesto.

El niño olfateó el aire como un lobito… olía a vainilla.

—¡Galletas! —Y al igual que un brioso vendaval, se internó en la casa.

Hywel rio. Sabía que tarde o temprano su hijo se daría cuenta de que la cocinera estaba haciendo sus galletas favoritas.

Abarcó con sus manos el vientre de Sophie.

—¿Tú también tendrás buen olfato? —le preguntó a su futuro hijo… o hija. Una patada fue una respuesta—. Me encanta cuando hace eso.

Sophie se quejó, con un hilo de voz dijo:

—A mí no… me dio en las costillas.

—Auch. —Le acarició donde se suponía que estaban las costillas, Sophie estaba megasuperhiperembarazada—. A veces me siento culpable por hacerte esto.

—Lo hicimos a propósito, no te des todo el crédito.

La sonrisa lobuna de Hywel apareció en sus labios. Recordó el vigoroso entusiasmo que emplearon en concebir al segundo cachorro… Luego esa sonrisa desapareció.

—Ah, me distraje. Toma. —Le entregó una carta—. Mira el remitente.

Sophie leyó y sonrió.

—¡Es de Justus!

El hombre de ciencias tardó varias cartas en creerle a Sophie que ella era T. S. I. Wayne. Y cuando se convenció, mantuvieron una fluida comunicación —en la medida que lo permitía el servicio postal— que permanecía hasta ese día.

Sophie la abrió y la leyó. Rio a carcajadas. No era nada científico. Solo una línea. «Feliz cumpleaños, Wayne».

Hywel le besó la coronilla y le dio la mano.

—Vamos a celebrar tu día… A la noche te daré tu regalo. —Arqueó sus cejas, pícaro.

—Maravilloso… no quedaré más embarazada de lo que ya estoy.

Fue el turno de Hywel para reír.

—No sabes cuánto te amo, *cariad*. Ni la más mínima idea.

Entraron a la casa tomados de la mano.

El sol declinaba por las colinas de Dyffryn Glas.

Sophie no podía sentirse más plena y feliz; había cosechado algo más duradero que cualquier regalo de la tierra: una vida libre, una que ella eligió… una en la que amar y ser amada no era un acto de obediencia, sino el fruto del trabajo de ellos dos.

Nota de la autora

Sophie Montgomery es un personaje de ficción, pero las barreras que enfrenta en esta historia no lo son.

La Royal Society de Londres fue fundada en 1660 y se convirtió una de las instituciones científicas más influyentes del mundo, pero aun así, no admitió mujeres como miembros hasta 1945, casi un siglo después de los hechos plasmados en esta novela.

Durante generaciones, muchas mujeres contribuyeron al avance del conocimiento desde los márgenes: como asistentes, ilustradoras, corresponsales anónimas o investigadoras, cuyos trabajos fueron firmados por otros.

O robados por otros.

¿Cuántas Sophies existieron, cuyos nombres no quedaron registrados?

Corazones indómitos no pretende reescribir la historia, sino imaginar un espacio para todas aquellas mujeres que pensaron, observaron, experimentaron y crearon, aun cuando el mundo no estaba dispuesto a reconocerlas.

Si hoy conocemos sus nombres, es porque muchas de ellas se atrevieron, como Sophie, a sembrar sin la garantía de ver su trabajo florecer.

Agradecimientos

Si has llegado a esta página, gracias por brindarme una oportunidad, por leerme, por esperar los capítulos en Wattpad, por comprar esta novela. Sin ti yo no estaría aquí, quizás habría tirado la toalla hace mucho tiempo.

También debo mencionar a Mile, mi gratitud es infinita por darle una última ojeada a este manuscrito, de lo contrario saldría con más pifias de las que seguro encontraste al leer.

Esta novela fue todo un desafío, fue preguntarse qué tan plausible sería una mujer como Sophie en 1946, y la verdad sí que la tuvo difícil.

El final fue lo más realista posible, dentro de las circunstancias que creé para que ella llegara a la Royal Society. Su triunfo es silencioso, un registro perdido entre muchos… Pero para ella fue suficiente. Fue escuchada.

Tampoco podemos dejar atrás a Hywel, un hombre con todas sus letras. Humano y frágil, pero eso no lo define, su personalidad no es el trauma, es lo que lo construyó. Él fue un personaje muy hermoso de escribir.

En fin, me estoy desviando.

Gracias por guardar a estos personajes en tu corazón. Espero que haya sido una historia inolvidable… Sé que es difícil recordar a estas alturas quién es quién, pero lo importante es el viaje.

Mi gratitud también va hacia mi familia, mis padres, hermanas y mis hijos.

Mención aparte a lord Alfrelailo, mi fiel esposo, el que me sigue dando un final feliz…

Nos leemos en mi próxima historia, espero que estés ahí una vez más.

Hilda Rojas Correa

Si te gustó esta historia…

Y esta es tu primera vez leyéndome, te cuento que tengo muchas novelas más de este universo. Te dejo aquí los títulos de las diversas series y el orden cronológico de las historias que la componen (por si alguien tiene un TOC).

Series

- Relaciones escandalosas(RE)
- Herederos del Diablo (HDD)
- Quinteto Divino (QD)
- Damas del Diablo (DDD)

1816 Una propuesta descarada (RE 0.5)
1818 Una relación inapropiada (RE 1)
1818 Una apuesta indecorosa (RE 2)
1819 Una elección nada conveniente (RE 3)
1819 Una esposa inadecuada (RE 4)
1840 Y llegó con el verano (HDD 1)
1840 Tentando al demonio (HDD 2)
1841 Y de pronto, el amor (HDD 3)
1842 Al filo del escándalo (HDD 4)
1843 Una dama inesperada (HDD 5)
1844 Una sonata para Oxford (QD 1)
1844 Más allá del anhelo (DDD 1)
1844 A la sombra de la venganza (HDD 6)
1844 La inconveniencia de amar (DDD 2)
1845 Una serenata para Gwendolyne (QD 2)
1846 Corazones indómitos (DDD 3)

Sobre la autora

Hilda Rojas Correa, es el seudónimo de Pamela Díaz Rivera, nació en julio de 1980, en Santiago de Chile. Es la mayor de tres hermanas, casada, madre de dos hijos, productora multimedia de profesión y se autodenomina como una romántica empedernida.

La primera novela que escribió fue, «Yo, tú, ellos… nosotros» en el año 2013. Sin embargo, no se tomaría en serio el oficio hasta el año 2015.

Desde entonces, ha autopublicado más de treinta novelas de romance contemporáneo, histórico y fantasía mitológica.

Si has disfrutado de esta novela, síguela en las distintas plataformas de compra y redes sociales, comparte su trabajo y regala un comentario.



---

[1] *¡Ojalá te pudras en el infierno!*

[2] *Oh, querida… Te amo.*

[3] *Te amo, vida mía. No podría decir cuánto.*

[4] *«No creas a nadie por su palabra» o «Sin la palabra de nadie». Representa la base del método científico moderno, impulsando la verificación personal y empírica frente a la autoridad o la tradición.*
